DAD
CION

COLL.
MEDICINA
HOMEOPATICA

RX71
C6
c.1

1080045452

610.1
615 (61)

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E#5C#124
C2 5C#124

HOMEOPATIA.

GOBIERNO DEL ESTADO DE N. LEON
MONTERREY
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

6150(0)

EXAMEN CRÍTICO-FILOSÓFICO

DE LAS DOCTRINAS MEDICAS

HOMEOPÁTICA Y ALOPATICA

COMPARADAS ENTRE SI.

Por Don José Sebastian Coll,

Profesor de Medicina en esta Corte.

110268

Munere fungar cotis,
Allios secare faciens,
Impos ipsa secandi.–*Hor. de Art. Poet.*

Madrid, 1843.
IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

26443

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

RX 71
C6

Esta obra es propiedad de su autor, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

PRÓLOGO.

Una grande controversia, cuyo teatro es toda la Europa, se está agitando hoy con motivo de la aparicion de la reforma médica fundamental hecha por el Dr. Samuel Hahnemann; lo que hace que el mundo médico se halle dividido en dos grandes bandos ó partidos, el uno llamado *Alópata* y el otro *Homeópata*: el primero sigue las doctrinas de la antigua escuela ó *alopática* (1) y campea bajo la enseña de *contraria contrariis curantur*. El otro establece el tratamiento de las enfermedades segun la doctrina nueva ó reformada, cuyo distintivo es *similia similibus curantur*.

Uno y otro partido, como declara el lema de sus banderas, tiene pretensiones bien opuestas. El alopático se esfuerza en persuadir que él solo está

(1) *Alopática*. Se ha convenido generalmente en nombrar así toda doctrina y toda escuela médica que no es la homeopática.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en posesion de la verdadera ciencia médica, y que la nueva doctrina ú homeopática no es nada real, ni á nada puede conducir su práctica, mas que á perder en inaccion un tiempo muy precioso, cuando se destina sin tardanza al socorro de nuestras enfermedades. La escuela moderna, ú homeopática pretende tambien á su vez, que fuera de ella no hay salvacion para los enfermos; que la alopatía es un absurdo perjudicial á la humanidad, en tal grado, que su práctica no es para el hombre honrado.

Bajo cualquiera punto de vista que se mire esta cuestion, enteramente humanitaria, se verá la absoluta necesidad de que una de las dos partes contendientes haga dimision de sus creencias y abjure sus errores, porque... una de dos: ó la hemeopatía es una mentira abominable y perjudicial, ó al contrario, es una verdad útil y por tal digna de aprecio. En el primer caso, si la homeopatía es un error... ¿á qué dejarlo cundir y circular tanto tiempo? Si la homeopatía es una verdad, cuantos esfuerzos se hagan para sofocarla, serán vanos; ella triunfará sin duda: pero para asegurarse de su valor ó inutilidad, es necesario cuanto antes someterla al juicio de la razon y al crisol de la esperiencia. Si de esta doble prueba sale victoriosa, la menor detencion en admitirla será un crímen de lesa humanidad, asi como lo fuera tambien el no desterrarla inmediatamente lejos de nosotros en el caso contrario.

La necesidad de descifrar pronto un enigma cuya

solucion nos interesa tanto, es bien urgente; y supuesto tenemos abierta á toda hora la puerta de los sentidos y los hechos, por donde salir de nuestra duda, vamos por ella á donde habita la verdad á terminar la contienda. ¿Y quién la ha de decidir? Yo no veo otro mejor árbitro que la opinion pública. El público es aquí el interesado; para él ha de ser todo el botin, porque suya ha de ser la victoria, cualquiera de las partes beligerantes que triunfe, ó sufra derrota.

Nosotros los médicos de ambos partidos, á quienes anima el mismo deseo de hacer bien á nuestros semejantes, aunque diferamos en los medios de realizarlo, ofrecerémos (si mis compañeros gustan, como creo) al ilustrado público español el espectáculo de una guerra, á que desde hoy les concito, no como otras que maltratan á la sociedad, sino amistosa, franca, leal y fraternal, pudiendo el que disienta sobre cualquiera particular de los que se tocarán en esta obra, esponer las razones fundadas de su divergencia de opinion, por medio del *Boletin de medicina y cirugía* que periódicamente se publica en esta capital, para que llegue sin falta á mi noticia y pueda yo contestarlas, ó ceder á ellas dócilmente, si son mas poderosas que las mias.

Una guerra semejante, sobre ser siempre defensiva y nunca ofensiva de la humanidad, honra á los que la hacen con la modestia y decoro correspondientes á lo sublime del objeto. Conducta que reclaman tambien las leyes de la decencia, y las luces del siglo de libre discusion y de progreso,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en que nos hallamos, y asi la espero de la filantropía, amor á lo verdadero y buena educacion de mis co-hermanos.

Todos nosotros en uso del liberalismo científico de la época que alcanzamos, sacudido el yugo del servilismo escolástico, rotas las trabas de la rutina, de la preocupacion, y libres de todo espíritu de partido, deberemos aplaudir todo lo que nos parezca bueno, y no hablaremos á favor de cosa alguna, cuya verdad y utilidad no esté suficientemente comprobada. Unos y otros hemos abjurado ya muchos errores de nuestros abuelos: estos abjuraron otros tantos de sus antepasados, y á su turno nuestros nietos harán lo mismo con no pocas creencias, que ahora tenemos por seguras; porque el movimiento progresivo de las ciencias, no para, y no reconociendo estos límite alguno, fuera temeridad loca el señalárselo. Siguiendo pues, el consejo de Pascal, habremos de limitar el respeto hácia nuestros mayores sin ser injustos: examinaremos la doctrina médica de ambas escuelas, desde sus fundamentos hasta sus últimas aplicaciones, absteniéndonos de opiniones arriesgadas sobre su valor lógico y terapéutico.

Por mi parte prometo no pronunciar juicio sobre particular alguno, dejándolo á cargo de los lectores, especialmente médicos, siendo solo de mi incunvencia presentar las cosas por todos sus lados, al conocimiento del público ilustrado que las ha de juzgar, haciendo brillar sobre todas ellas la luz mas viva que yo pueda, para que los lectores las

vean claramente segun son en sí. De este modo percibirán bien cuál de las dos escuelas presenta una doctrina mas ventajosa, y optarán con acierto en caso de enfermedad, á ser tratados conforme á la una ó la otra.

Advierto que respetando las conveniencias de un escrito como el de que voy á ocuparme, todo él se hallará libre de personalidades. Me levantaré, si, contra los errores, porque no puede ser menos, en una obra destinada á darlos á conocer y desterrarlos, pero callaré los nombres de sus autores, si ellos mismos no lo han revelado antes por medio de la prensa. Si no obstante mi silencio, alguno se hace aplicaciones, ni tendré de ello la culpa yo, ni le podré dar otra satisfaccion de su creida ofensa que decirle con Ciceron, (1) *Ego autem neminem nomino: quare irasci mihi nemo poterit, nisi qui ante de se voluerit confiteri.*

Declaro, por último, que cuanto en la introduccion que seguirá inmediatamente á este prólogo, voy á decir respecto al recibimiento que la homeopatía ha tenido en muchas partes al anunciarse, y del modo de hostilizarla sus antagonistas, es todo relativo al estrangero, y en nada hace referencia á lo acaecido á su publicacion en España, á cuya noticia se destinará espresamente un capítulo de esta obra.

Tal cual aparece de lo que antecede, es el objeto que me he propuesto al escribir este *exámen*

(1) Cic. de Lege Manil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crítico filosófico de la Homeopatía por comparacion á la Alopatía, que presento á la consideracion y juicio del público, cuyo beneficio es el blanco de todas mis miras. Si consigo dar en él, y admite con aprecio el presente escrito que le consagro, mi ambicion habrá quedado completamente satisfecha; mi trabajo completamente recompensado y aun quizá habré probado en cierto modo la verdad de la homeopatía con el hecho de atreverme á descender en su defensa á la arena, no obstante la conciencia que tengo de mi pequeñez.

INTRODUCCION.

Ya hace muchos años que la Homeopatía ó reforma médica general amaneció al mundo científico, pero tan repentinamente y con tal brillo, que deslumbró á la multitud ignorante: ostentaba un caracter tan positivo y cierto, que dejaba muy atrás todas las doctrinas médicas que le habian precedido. Tan original y estraordinaria apareció, que en nada se asemejaba á las anteriores, con lo que llamó la atencion de todos los talentos, los puso en movimiento, y á proporcion de su temple peculiar, cada uno la recibió de diverso modo.

Muchos espendedores de drogas medicinales en varias naciones, por la disminucion, que de este consumo podia traer la homeopatía, juraron su ruina y la de los que la ejercian, valiéndose para conseguir su deprabado intento, de cuantas imposturas les sugeria su abominable corazon y los de sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crítico filosófico de la Homeopatía por comparacion á la Alopatía, que presento á la consideracion y juicio del público, cuyo beneficio es el blanco de todas mis miras. Si consigo dar en él, y admite con aprecio el presente escrito que le consagro, mi ambicion habrá quedado completamente satisfecha; mi trabajo completamente recompensado y aun quizá habré probado en cierto modo la verdad de la homeopatía con el hecho de atreverme á descender en su defensa á la arena, no obstante la conciencia que tengo de mi pequeñez.

INTRODUCCION.

Ya hace muchos años que la Homeopatía ó reforma médica general amaneció al mundo científico, pero tan repentinamente y con tal brillo, que deslumbró á la multitud ignorante: ostentaba un caracter tan positivo y cierto, que dejaba muy atrás todas las doctrinas médicas que le habian precedido. Tan original y estraordinaria apareció, que en nada se asemejaba á las anteriores, con lo que llamó la atencion de todos los talentos, los puso en movimiento, y á proporcion de su temple peculiar, cada uno la recibió de diverso modo.

Muchos espendedores de drogas medicinales en varias naciones, por la disminucion, que de este consumo podia traer la homeopatía, juraron su ruina y la de los que la ejercian, valiéndose para conseguir su deprabado intento, de cuantas imposturas les sugeria su abominable corazon y los de sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amigos y paniaguados: y como cada uno de estos conspiradores reunia muchos adictos, se deja ver fácilmente, cuan escesivo deberia ser su número, y cuan perniciosa su predicacion al sencillo pueblo que tenia la desgracia de abrigar y escuchar aquellos apóstoles, sin reflexionar que todos predicaban para el saco como si el lema de su bandera fuese: las boticas no se han establecido para el bien de los *enfermos*, sino para el de los *boticarios*. Aquella medianía de talentos, por una parte fácil de deslumbrar, y por otra bien hallada con su poltronería y sus preocupaciones, que tiene por divisa el insensato orgullo de ver el término de la ciencia encerrado en el horizonte de su estrecho saber, despreció y deshechó la homeopatía con desden y sin exámen.

Tampoco se hallan bien con ella los médicos araganes que pudieran llamarse de *misa y olla*, porque se dedicaron á la medicina, no como á una ciencia, sino como á un tráfico, que les asegurase su bucólica: estudiantes reglamentarios, enemigos de meterse en honduras científicas: hombres aprobados en la facultad, mas que por su suficiencia, por una compasion mal entendida, y á puras penas para hacer sufrir penas puras y esentas de todo consuelo á los que tuvieren la desgracia de confiar la direccion de su salud á tales Gerundios del arte de curar, fieles imitadores del de el P. Isla cuando dejó los estudios y se metió á predicador.

No han faltado, ni aun hoy faltan en varias naciones notabilidades médicas de pompa y de boato avezadas á la reverencia y culto con que los legos los acatan, teniéndolos por los ejes sobre que rueda todo el saber médico, en su mas alto grado de perfeccion, que aunque contemplados por ojos peritos, aparezca luego que su mérito no se halla en proporcion con el crédito que logran, sin embargo, á merced de cierto aire de circunspeccion y de importancia, que ostentan, y mediante su gerigonza escolástica, que ellos mismos no comprenden, pero que los es muy lucrativa, consiguen fascinar al vulgo que los tiene por gigantes, siendo en la realidad pigmeos.

A estos tales su amor propio no les permite ver en la homeopatía mas que la ruina de su reputacion y de su imperio; por eso la detestan y rechazan contumaces, atentos solo á conservar el cetro de la medicina que temen arrebate de sus manos; por eso estan siempre resueltos á defender y conservar su ventajosa posicion á todo trance; y aunque desconocen la esperiencia, aunque la temen, la hacen sin embargo, pero siempre es á medias por el temor y á medias por la ignorancia. Si se les invita al combate, lo huyen por debilidad; si se les abandona á la accion del tiempo que á todos hace justicia, su lenguaje se hace altanero y ofensivo; de modo que entre estos hombres y los de progreso, no hay alianza posible, porque el egoismo y el amor á la verdad no tienen punto alguno de contacto.

Es muy duro, muy humillante, casi imposible á un médico hecho ya tan famoso, adoptar una doctrina nueva, aunque la crea verdadera, porque seria confesar que le quedaba algo que saber y que podia

aprender hoy lo que ayer ignoraba. Mal se avendria con su orgullo el haberse de meter de nuevo á estudiante con barbas y borla, renunciar á sus antiguos trabajos y reputacion, esponerse á que le motejasen de versátil, á la pérdida de su clientela y á la privacion de los dulces hábitos de un nombre que ya no necesitaba mas lustre. Es menester conocer que todos estos sacrificios son durísimos y dolorosos, y como tales requieren un valor y desinterés á toda prueba. Mas como esto escasea y es menester cohonestar la conducta, se creen en la necesidad de engañar al pueblo para que no piense, que aquel médico orgulloso rechaza la homeopatía á pesar de sus ventajas, por conservar sus intereses personales sin detrimento, y entonces no tiene otro recurso, que decir mal de aquella, aunque su testimonio interior le pruebe lo contrario.

Entonces para suplir la falta de razones y de escritos, madura y concienciosamente pensados que no pueden producir, esplotan contra nosotros la ironía, la sátira, el desden y el ultraje. Pero como gente débil que conoce lo poco que puede y el riesgo que corre de una ignominiosa derrota, tampoco se presentan en la lid á cuerpo descubierto; dan la vanguardia á jóvenes apenas salidos de la escuela, que no conociendo por sí mismos nada de nuestra doctrina, se refieren ciegamente á la opinion de sus maestros, sin pensar que cuando pretenden desacreditar la homeopatía con folletos calumniosos, no son mas que los instrumentos de hombres mas hábiles en la malicia, que aprovechando su ignoran-

cia y deslumbrándolos con su nombre y su autoridad, les hacen creer en perjuicio de la homeopatía, cuanto conviene á sus pasiones y á sus intereses, citándoles á gusto de su paladar tratamientos homeopáticos, sin suceso ensayados en los hospitales, se entiende que sin mas testigos que las personas interesadas en hacer servir aquellos hechos clandestinos, cuando no supuestos enteramente, á sus miras particulares: hechos que aun dado caso que fuesen verdaderos, nada probarian contra la nueva doctrina, porque como los médicos alópatas no tienen de ella un conocimiento profundo, ni la esperiencia necesaria; su habilidad para seguir con los enfermos un tratamiento homeopático corre parejas con la de un sastre para hacer un par de botas, ó la de un zapatero para hacer un frak.

Estos alópatas de rango elevado, procuran por todos los medios posibles mantener al pueblo en la creencia de que son los mas celosos defensores de su salud, y que por tanto toman sumo interés en apartar de la medicina toda impureza de doctrina, toda innovacion perjudicial, cuando sola la conservacion de sus intereses sin menoscabo, es lo que les hace echarla de circunspectos y detenidos en la admision de los inventos mas útiles. Asi es que aunqne conozcan la verdad y utilidad de la homeopatía, para que no parezca que posponen al suyo el interés general, resistiéndose á abrazarla, exigen de los médicos homeópatas que les demos alópatas por caucion de nuestras opiniones y aun de nuestras menores palabras; sin reflexionar que

piden lo imposible, porque lo es, *ser y no ser de los nuestros al mismo tiempo*, mediante á que el alópata que les merezca mas consideracion, la pierde toda para con ellos en cuanto dá el primer paso hácia nosotros.

Testigo irrefragable de esta verdad entre infinitos que pudiera presentar, es el doctor Brera, justamente reputado de los alópatas por una de las mas brillantes lumbreras de su escuela. Este mismo, pues, examina y contempla con aprecio y buena fé las bases fundamentales de nuestras doctrinas, y esto le ha bastado para ser tenido hoy por sospechoso de aquellos mismos que ayer tanto admiraban y aplaudian sus talentos, en dando otro paso, será inmediatamente convencido de renegado y tránsfuga de la alopatía, y homeópata decidido, y si continúa escribiendo pocas palabras mas á favor nuestro, dejará para aquellos de ser médico, segun ya ha sucedido á no pocos hombres de talento que han querido de buena fé examinar y comprobar por sí mismos la homeopatía. Conque si á todos los que asi se conducen, sus mismos compañeros los tratan como al cirio pascual que en cuanto se acaba de decir la verdad lo matan, ¿dónde hemos de ir por alópatas que garanticen nuestras creencias?

No se puede leer sin horror y sin indignacion la historia de la medicina, desde la aparicion de la homeopatía, por los hechos tan escandalosos que nos presenta perpetrados por médicos alópatas para desacreditarla é impedir á todo trance su propaga-

cion. Entre otros escritores, Gueirard, nos dice que al tiempo de la propagacion de la homeopatía en Viena, algunos médicos homeópatas se comprometieron á establecer y desempeñar una seccion de clínica homeopática en uno de los primeros hospitales de aquella capital, y que los médicos alópatas á cuyo cargo estaban las demas salas, desplegaron un celo y una actividad muy notables á favor de los homeópatas, haciendo que se les proveyese de cuanto pudieran apetecer para el buen éxito, porque esperaban reirse á costa de los novadores; mas luego que vieron los resultados desmentir altamente sus esperanzas, cambiaron de conducta y apostaron personas de su confianza en los tránsitos á las salas homeopáticas, provistas de sustancias venenosas que echar en las marmitas del caldo destinado para los enfermos sometidos al tratamiento homeopático. Los emponzoñadores fueron cogidos in fraganti, la publicacion de este acontecimiento produjo un escándalo infernal, y los homeópatas se negaron, como era justo, á continuar los ensayos mientras no se les asegurase á satisfaccion el campo de la esperiencia.

A vista de tal maldad no parece sino que el Diablo Cojuelo en su pág. 192 de la edicion española, se refiere á los médicos ordinarios de aquel hospital, cuando dice:—*Reciben el grado de doctor en presencia de la muerte, la cual les pone la borla despues de haberles hecho jurar que no ejercerán la medicina de otro modo que el que se practica hoy dia.*—¿Serán tales doctores bue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos garantes de las verdades de la homeopatía (1)?

A parte de todo esto, habiendo sido la homeopatía el invento de un hombre solo que la publicó, probó y defendió contra todos los alópatas del universo, es claro que el mejor garante es su positivismo, es el estar como está aferrada y sostenida por la verdad, sin cuyo apoyo, sin cuya defensa necesariamente hubiera sucumbido á tantas contradicciones de los alópatas, incapaces de deponer á favor de lo que tan encarnizadamente persiguen, sin pararse en la honestidad de los medios.

Convengo en que todo el mundo tiene razon en interesarse por la causa que cree justa, de consiguiente todo médico que ha examinado ú ha creido examinar la homeopatía y aun el que creyéndola verdaderamente indigna de exámen, ha tomado partido contra ella, puede defender sus convicciones con todos los recursos legítimos de sus talentos, pero sin faltar al decoro, y respetando otras tan necesarias y justas conveniencias.

Esto supuesto, júzguese de la modestia de aquellos alópatas que como Mr. Monfalcon parece que quieren poner á los homeópatas fuera del gremio médico, permitiéndose estas dos palabras por oposicion: *Los medicos y los homeópatas.—La*

(1) Continuando los alópatas en estas exigencias, llegaria el caso de que el último de ellos que quedase en el mundo para hacer las exequias á sus doctrinas y enterrarse con ellas, aun no nos pediria por fiadores de las nuestras, los alópatas que ya no habia.

medicina y la homeopatia, con las que parece que quieren privar á los médicos de la nueva escuela de sus diplomas y de sus condecoraciones, reduciéndolos á la detestable clase de curanderos. Y si Monfalcon vé que á pesar suyo y de sus galanterías con que obsequia á los homeópatas, el crédito de estos, de cada dia crece y que no ha podido impedir que á Staph, por ejemplo, se continúe dando el título de médico, á lo menos en la carta, en que se le llama á Lóndres donde ha curado á la Reina de Inglaterra, debe tambien estar bien persuadido de que su distincion de *médicos* y de *homeópatas* no es mas, que una afectacion pueril y de mal gusto, que prueba que su autor habla de los homeópatas con la prevencion mas indecorosa y ofensiva.

Debia tambien habérsele ocurrido que siendo los homeópatas hechos precisamente de aquellos alópatas mas sábios, ó á lo menos de aquellos que no ceden en conocimientos alopáticos á Mr. Monfalcon, nos autoriza á creer, que cuando distingue la medicina de la homeopatía, quiere decirnos, que el caduco arte médico debe perder su nombre desde el momento en que se llega á curar mucho mas, mejor y con mas seguridad que antes, y que asi como otra ciencia dejó caer con desprecio el nombre de su laboriosa y pobre madre, y se ostentó opulenta y fecunda bajo el nombre nuevo de *química*; del mismo modo querrá que la ciencia saludable se nombre desde hoy *homeopatía*, y que la palabra *medicina* se abandone á los ultrages del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porvenir, y se borre en las tinieblas al lado del nombre *Alquimia*.

Por desgracia tambien para el sábio y avisado Monfalcon no percibe que á juzgar de su gente tomándole á él por tipo, es condicion indispensable para permanecer alópata contumaz abdicar la razon y la lógica. Conviene en que *la homeopatía está fundada sobre un principio nuevo, y acaso fecundo, que lega al porvenir verdades importantes, demostraciones inatacables*, y á renglon seguido sienta, que todos los homeópatas son unos *visionarios*, sin limitarse á señalar algunos ni esceptuar al mismo Hahnemann, sino que su asercion es mas lata, es absoluta. *Para que la homeopatía pudiera pasar* (dice) *era menester purgarla de los desvarios de los homeópatas*.

Tarea bien difícil para Monfalcon, mientras que para él mismo los *sueños* de los homeópatas son la homeopatía entera, y mientras que llama *realidades* á la ley de los semejantes y al poder de las pequeñas dósis. Y sino, si Monfalcon no es el que *sueña* y el que desvaría, ¿qué hace de su razon y de su lógica cuando admite una ciencia y no vé en ella mas que un *sueño*, *un desvarío*? ¿De dónde ha recibido ademas el poder de abolir las leyes de la naturaleza que se le antoja, siendo generales y eternas, y sustituir otras escepcionales de su capricho, cuando admite el poder de las pequeñas dósis respecto á ciertas sustancias, y las niega respecto á ciertas otras?.... ¿Con qué razon llama estimulante al régimen de la homeopatía que manda escluir de él en lo posible cuanto participe de alguna propiedad medicinal, *estimulante*, ú otra que no sea esclusivamente nutritiva? Mejor fuera que supuesto conoce nuestro régimen de otro modo mejor que el que nosotros le conocemos, se dignase instruirnos respecto á esto, y se lo agradeciéramos. Tambien cuando por servicios de este género mereciera colocarse entre nuestros maestros de la teórica y práctica homeopáticas, le concederiamos el derecho de tamizar la ciencia, privándola de todo lo que de vicioso han introducido en ella los homeópatas; pero mientras haya hecho y visto menos que nosotros en esta materia, que nos permita le tengamos por incompetente para determinar el punto preciso, en que nuestras creencias deban hacer alto por ser el punto preciso en que comienzan á ser sueños.

Lo que Mr. Dessaix á nombre de la Academia homeopática de Lion, de que es secretario general, reprende al bueno de Monfalcon, puede que no sea sueño, porque es seguro que cuando el Cólera morbo epidémico devastaba á Marsella, Mr. Monfalcon encontró en esta ciudad á Mr. Dupplat, que le quiso leer numerosas observaciones de coléricos curados por la homeopatía, y Monfalcon rechazó la lectura por la razon poderosa para él, de ser homeópata Dupplat. Parecia racional que estando como estaba el primero encargado por el gobierno de su nacion de hacer allí frente al cólera, y empeñado en una lucha sin esperanza de triunfo, hubiera acogido cualquiera noticia ventajosa, á lo menos no deberia

reusarle alguna atencion, aun cuando el que le proponia un nuevo método de tratamiento mas feliz, hubiera sido un tártaro, un indio, ú otro bárbaro; pero esta atencion se reusó sin vacilar á Mr. Dupplat, porque era homeópata, aunque práctico mas instruido que Monfalcon, porque habia pasado á través de la primera epidemia colérica, y habia presenciado todos los horrorosos estragos de la segunda que Monfalcon no habia visto.

Con un poco que los alópatas como este meditarán sobre su conducta, deberian conocer que no respondia á sus designios, y que favorecia nuestra causa, porque no se les ocultaria que tanto empeño en evitar nuestro roce, en no querer saber nuestras cosas, ni verlas, ni hablar con los que las habian visto, mostraba claramente el temor que tienen de hallar solo desengaños y derrotas allí, donde deseáran ir por armas con que combatirnos. Por sostener su temeraria resolucion, desoyen los gritos de la humanidad, en cuyo perjuicio escuchando solo el eco de un insensato orgullo, quieren hacer de nosotros otros tantos *Parias*, sin considerar que en un mundo donde la homeopatía se estiende tan prodigiosamente (como que hoy dia cuenta la Francia á millares los homeópatas, cuyo número hace pocos años era el de cuatro ú cinco; tanto les van comprimiendo, y reduciendo de cada dia á ocupar un círculo mas estrecho); son ellos mismos los que á fuerza de tal aislarse, se condenan al mas lastimoso ostracismo.

Los adversarios de la homeopatía que acabo de diseñar, por su edad y su antigüedad práctica, car-

gos que obtienen y consideraciones que logran, deben ser mirados como gefes de la coalicion, de quienes son subalternos otra turba multa de doctores visoños. El aplomo, severidad, cordura y sensatez que los primeros aparentan á vista del pueblo que en su edad echaria de menos la falta de tales adornos, está remplazada en los últimos por el atolondramiento, la irreflexion, la audacia y fuego de la baja edad de que hacen gala. Médicos intonsos, rodeados todavia de la atmósfera escolar, que como aun no se han familiarizado con la esperiencia, ni sufrido los reveses de la práctica, arremeten con todo sin detenerse en barras. La sed de los combates y el no sospechar de la inseguridad de las opiniones que aquellos les comunicaron en los bancos de la escuela, unido todo al deseo que tienen de granjearse el amor de sus maestros, defendiendo su partido, les impele á combatir las opiniones de los demas, cualesquiera que sean, con armas por lo regular poco corteses que á menudo les hacen traicion volviéndose contra los mismos que las emplean. La ironia, la mentira, el sarcasmo, la procacidad, la falta de educacion, y de respeto para con las personas mas dignas de él, forman el arsenal crítico de estas gentes, que á mayor abundamiento tergiversan citas, las dislocan, las fraccionan, tomando de ellas solo el trozo que puedan interpretar á su favor, separado del resto de la frase, que entera, probaria lo contrario de lo que quisieran hacer entender (1).

(1) Se ha inculpado á Hahnemann de inconsecuente porque prohibiendo en toda medicacion homeopática el

Entre los notables de esta clase, se han señalado por su atrevido y poco decoroso lenguage MM. Gerdri, Sanson y Fleuri, este último cirujano del hospital de San Luis en París, autor de un folleto titulado: *L' Homeopathie exposée aux gens du monde*; traducido al español, no se sabe por quien, cuyos remordimientos acaso le hicieron cubrirse con el velo del anónimo. En la portada se lee: *L'home est de glace aux verités, il est de feu pour le mensonge*. Y en verdad que el lema es verdadero, y cuadra bien, si Mr. Fleuri se ha propuesto darnos en él su retrato, porque el folleto parece era el producto volcánico de un pecho vomitando sin cesar encendida lava de mentiras y los mas atroces insultos contra una doctrina que el folletista desconoce, y sin las consideraciones que la buena educacion quiere se tengan hácia un sábio doctrinario de edad mas que octogenaria. Sirvan por lo pronto de muestra estos pocos rasgos de moderacion, que Mr. Fleuri ha tenido á bien de estampar en su citada paulina. Pág 33: *La accion pura de los medicamentos hemeopáticos es mas que una broma; es la ironía en los gruesos* (1) *labios alemanes, es la mofa salida de una cabeza hipocondriaca y alucinada.* Pág. 22: *estraño mucho que un hombre que ha osado imprimir obra semejante, no se halla encerrado en una casa de locos á causa de su enagenacion mental.* Pág. 39: *se llena uno sucesivamente de piedad, desprecio é indignacion para con los desgraciados que pueden concebir semejantes tonterías, y que no se ruborizan de imprimirlas, atreviéndose á hacer de ellas la base de un sistema.*

uso de sustancias aromáticas, persuadido de que pueden viciar, ó anular la accion del medicamento homeopático, se permite él mismo y aconseja la aplicacion entre las espaldillas, de un emplasto de pez de Borgoña, en un caso que señala, pero el mismo inculpador ha tenido mucho cuidado de callar, que á renglon seguido dice aquel sabio reformador médico, que se retracta y retira dicho consejo, porque ha visto despues que el uso dicho del emplasto era perjudicial en todo tratamiento homeopático.

No es enteramente de este lugar el pasar revista á todos los insultos que el cirujano de San Luis vomita contra un hombre por tantos títulos respetable, contra sus doctrinas y contra los que las siguen, aunque estos se cuentan por millares en Europa, y aunque su crédito científico antes de abrazar la homeopatía, fuese ya incomparablemente mayor que el de Mr. Fleuri, pero tampoco es del todo inoportuno que cuando estoy dando cuenta del recibimiento que la homeopatía ha tenido en varias partes, y que cuando me ocupo de dar á conocer sus diferentes enemigos y temple de las armas que empuñan, me detenga un poco con Monfalcon y Fleuri, haciendo conocer de mis lectores estos dos corifeos, para que por ellos puedan juzgar de los demas antagonistas de la nueva escuela.

(1) Gruesos labios. Ignorábamos que el tener un sábio gruesos labios probára algo contra sus doctrinas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por otra parte, el escrito de Fleuri es quizá el mas corrosivo de los de su especie, y al mismo tiempo, el mas seductor para los no orientados en la materia, por la soltura y facilidad de diccion, y el gracejo. Es tambien el único de su clase traducido á nuestro idióma por un anónimo sospechoso de mala fé, en el hecho de presentar su traduccion sin la de la victoriosa respuesta de Aquiles Hoffman, que siguió inmediatamente al folleto original, y de la que en pocos meses se vendieron tres ediciones, circunstancia que hace presumir que el traductor de Fleuri tenia noticia de la contestacion de Hoffman, y que no seria temeridad, el creer que omitió la traduccion dicha con designio de sorprender al público, mas antes que ilustrarle, como le hubiera ilustrado presentando á su fallo la cuestion en juicio contradictorio.

Para inutilizar semejantes tramas, continuaremos el retrato de Mr. Fleuri, vuelto á colocar en el Daguerreotipo, y verémos que dando á sus espresiones al valor lógico competente, no parece sino que el modesto cirujano cree y aun quiere persuadirnos que todos los grandes prácticos reputados generalmente tales, y aun por Fleuri poco há, en el hecho de haber reconocido y abrazado las verdades de la homeopatía en lugar de sobre ilustrar mas su entendimiento, y contra el órden natural de los acontecimientos humanos se hicieron estúpidos, quedando para siempre jamás en presa del vértigo y del alucinamiento, y que los numerosos establecimientos homeopáticos formados y tan prodigiosamente multiplicados por el orbe, todos *per modum miraculi*, se han convertido en otras tantas madrigueras de topos, porque asi lo quiere el único lince que ha quedado, el modesto cirujano de S. Luis.

El sin embargo de su pretendida perspicacia, en cada página de su folleto nos ofrece errores en que no incurrieran los mas topos. En la pag. 14 se lee. La sarna, por ejemplo, la sarna que la homeopatía citaba con orgullo como la mas poderosa justificacion de sus doctrinas *antes del descubrimiento del Acarus scabiei!* la curará añadiendo un nuevo insecto á aquellos, *cuya presencia determina la enfermedad?* Fijese la atencion sobre lo rayado del citado pasage y aparecerá que su autor dá por sentado que la homeopatía ha sido anterior al descubrimiento del Acarus debido al naturalista Cárlos Lineo, muerto mucho tiempo antes de nacer la homeopatía. Sirva de ejemplo de perspicacia este poquillo de anacronismo! El mismo pasage dá por cosa cierta que el ácarus es *causa y no efecto* de los granos sarnosos, y la esperiencia no está aquí á favor de Fleuni, pues si se colocan sobre el brazo desnudo de una persona sana algunos de aquellos insectos cubiertos con un vidrio cóncavo, asegurado con una venda, no comunican la sarna, ni la producen, aunque por apremio se tengan encerrados en aquella prision toda su vida. Lo que caso de probar algo, será quizá que tales vichos ni son padres ni hijos de la sarna, sino de otros vichos depositadores de su larva en los granos sarnosos donde nacidos despues, viven como en su mundo propio, como los escarabajos en

la basura, como otros insectos en las carnes podridas, como Fleuri en sus ligerezas y aseveraciones sin fundamento; con lo que el lector podrá juzgar de paso, si la *terrible audacia* que Fleuri imputa á Hahnemann, deberá en justicia adjudicarse á este ó á su detractor.

Seria un trabajo sin término querer manifestar el carácter y tendencias de las muchas clases de enemigos de la homeopatía; por lo mismo no me detendré mas en él, y pasaré á dar á conocer otra gente, que sin odiar la homeopatía, la perjudica mas que sus mas encarnizados perseguidores. Estos son todos los tránsfugas recientes de la alopatía que apenas pasados á nuestro campo, ya no vacilan en emprender las espediciones mas dificiles y arriesgadas, sin caudillo ni guia ejercitada que les dirija en su marcha. Porque han leido algo de nuestras doctrinas, ya se les figura que las poseen por completo, y se atreven á aplicarlas al tratamiento de las enfermedades; lo que hace que su práctica abunde de malos resultados, que el vulgo atribuye á la imperfeccion de la doctrina, porque cree que los que la practican no pueden ser sus enemigos, sino mas bien sus amantes, á quienes al mismo tiempo suponen dotados de la suficiente pericia. Aun ellos mismos están en la persuasion que el pueblo respecto á esto, y asi es que los reveses prácticos que á menudo sufren, los ponen á cuenta, no de su ignorancia, que es la verdadera causa, sino de la imperfeccion y vacíos del arte que procuran entonces llenar con procedimientos alopáticos, haciendo una

amalgama incoherente de principios de las dos escuelas, que aplicados al tratamiento de una misma enfermedad, la complican, y aumentan su rebeldía, ó la hacen de todo punto incurable, porque aunque la homeopática es mas poderosa que toda otra doctrina médica para curar las enfermedades naturales, carece sin embargo de poder contar las artificiales que la alopatía hace nacer al lado de las enfermedades naturales, complicándolas de este modo y produciendo un monstruo indomable para toda doctrina médica.

Tales homeópatas de poco acá, lo repito, perjudican de buena fé los progresos de la homeopatía mas que lo que pudieran hacerlo con toda su refinada malicia cuantos abiertamente la hostilizan. El daño está en que nadie desconfía de ellos ni sospecha el mal que necesariamente acarrean á la humanidad doliente, y á la ciencia de remediarlo. La buena intencion con que proceden, aunque laudable, no es bastante contrapeso de tantos inconvenientes. Convencido yo de esta verdad, no cesaré de rogar á mis cohermanos que para bien de la humanidad de la ciencia y del suyo propio, no se encarguen del cuidado de enfermos homeopáticos, antes de estar bien adiestrados en la teórica y práctica de la doctrina, sin asociarse á otro homeópata ejercitado, bajo cuya direccion adquirirán mas pronto, que abandonados á si solos, los conocimientos necesarios, para que despues su práctica sea feliz, y entre tanto los adquieren, no estarán tan espuestos á equivocaciones, que cuando mas adelan-

te, despues de bien instruidos, las conozcan, lastimen su conciencia con remordimientos tardíos.

No solo por este lado la homeopatía está espuesta á recibir mortales heridas de sus mismos apasionados. En los oidos de varios gobiernos supremos ha resonado ya el eco de la fama que publica los triunfos de la homeopatía contra todo género de dolencias, aun las unánimemente reputadas incurables por la antigua escuela; y atentos á mejorar la suerte de sus gobernados, cada uno de aquellos se apresura á comprobar lo que de la homeopatía se preconiza, para en caso de salir cierto, no privar de sus veutajas á los pueblos.

Con esta mira han comisionado médicos para el desempeño de secciones clínicas de homeopatía en algunos hospitales, con encargo de dar parte exacto á las autoridades comitentes, de los resultados obtenidos, para en su vista proveer lo conveniente, y es un dolor que estas medidas tan filantrópicas se fustren por falta de las necesarias precauciones al plantearlas, y aun lleguen á obrar en sentido contrario al fin propuesto de hallar la verdad, envolviéndola y desviando de ella, con perjuicio de la humanidad y descrédito de la medicina homeopática.

Las equivocaciones que la autoridad puede cometer en el nombramiento de tales comisiones, y acerca de los resultados de las mismas al valuarlos, dimana de que el gobierno carece muchas veces del conocimiento tan exacto que necesitaba tener de las condiciones, carácter y pericia homeopática de las personas que se le proponen para tales destinos.

En la inteligencia de que todo médico digno de este nombre está en la obligacion de seguir constantemente á la medicina en sus progresos, para hallarse en todo evento al nivel de las adquisiciones conque la accion progresiva de aquella cada dia la enriquece, destina al desempeño de una clínica homeopática al profesor que logra mas fama, porque en virtud de aquella justa suposicion, cree que posee en lleno la ciencia de curar, y de consiguiente los grandes conocimientos homeopáticos que desea y que son indispensables para el buen desempeño de la clínica homeopática, que le encarga.

Pero la prueba de que lo justo de esta suposicion no la exime de ser equivocada, está en que á ser cierta, cualquiera médico de cualquiera nacion, despues de medio siglo ó cerca de edad que ya cuenta la homeopatía, debería tener de ella el conocimiento mas completo, y puntualmente sucede todo lo contrario, pues unos la conocen á medias, otros casi nada, y el resto ignora esta doctrina absolutamente; y es menester no olvidar lo que antes he dicho y ahora repito, que por mas sabio y completo que sea en conocimientos alopáticos el médico de la escuela ordinaria ó dominante, como no tiene la esperiencia, ni los conocimientos profundos que de la homeopatía se requieren, para someterla á la prueba de los hechos, los resultados que obtengan no pueden dar la medida cabal de la utilidad, ó inutilidad de ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aun pudiera suceder que la autoridad superior echase mano para este cargo, sorprendida por las apariencias de que á menudo se reviste el hombre para sus fines particulares, de un médico semejante á los del hospital de Viena, de que arriba se ha hecho mencion, y entonces.... Qué consecuencias!

Pero si era dificil errar tan enormemente en la eleccion del sugeto, no lo es tanto el que recaiga en otro que sobre insuficiente sea tambien presuntuoso, y por esto no quiera declarar su insuficiencia á la autoridad, atento á no decaer del buen concepto con que le favorecia al darle aquella comision. Si el electo á la escasez de conocimientos en homeopatía, en vez de ser presumido agregaba un temple de ánimo tímido, pacato é irresoluto, temblaria cada vez que se acercase á su sala de clínica, pero no se atreveria por eso á renunciar el cargo, que aunque á remolque y bien disgustado continuaría desempeñando por temor de que el que se lo confirió tuviese á desprecio de su favor la renuncia. Tampoco en este caso los resultados de la comision podrian dar al gobierno sobre la materia, la ilustracion que apetecia, y la homeopatía seria juzgada con injusticia por el pueblo que veia el poco fruto de estos establecimientos, que creeria montados bajo el pie conveniente para hacer dar á la homeopatía opimos frutos, sino fuera del todo estéril, y en este concepto equivocado la desecharía como inútil y aun perjudicial, siendo de suyo útil y muy beneficiosa, en manos peritas.

A todas estas contrariedades y muchas otras

que omito por brevedad, se halla espuesta la homeopatía, como se vé, no solo de parte de sus enemigos, sino tambien de la de sus amadores. Sin embargo, por encima de tantos obstáculos, va caminando de conquista en conquista, lentamente, sí, pero sin dar un paso hácia atrás, ó como dice el Dr. Conde de Saint-Desguidi: "palmo á palmo, «á puras penas, y á costa de beneficios va con«quistando el terreno en que sembrar otros nue«vos." Su verdad, su justicia, el estado de incertidumbre de la medicina ordinaria que hace tan deseable la reforma, son la escolta que protege la marcha de la homeopatía.

De que esta se generalice, cualquiera conocerá la grande necesidad, si atiende á que como dice Hahnemann hace 25 siglos que la medicina ordinaria está caminando con los bueyes uncidos á la zaga de la carreta por entre derrumbaderos, y precipicios de suposiciones gratuitas, hipótesis huecas, en un cahos de tinieblas, sin otra guia que una ciega tactológia.

Y en verdad que si se hallan muchos errores en las diversas ramas del saber humano, la medicina dominante, como se verá en el curso de esta obra, los ofrece mucho mas abundantes que cualquiera otra ciencia. Como su objeto ha sido siempre la curacion de las enfermedades, los médicos concienciosos como Hipócrates y otros, conociendo su impotencia de hacer bien, y temerosos de dañar, se abstenian de administrar mas remedios que un buen régimen. Otros mas atrevidos y menos escrupulo-

sos han creado muchos sistemas caprichosos que aplicaban al tratamiento de las enfermedades, y como todo el mundo ha visto, han ido pasando de una en otra moda de curarlas, ya por los medios llamados depurantes de toda especie, ya por los neutralizantes químicos, ya por los tónicos, ya por los estimulantes, otras temporadas por los contra-estimulantes etc., hasta llegar al vampirismo bárbaro de Mr. Brousais que está hoy en voga. Esto ha hecho decir al oráculo médico del siglo XVII que la medicina no era el arte de curar, sino mas bien el arte de garlar, y esto mismo ha dado motivo á que Girthaner, Bichat y otros modernos todavía la juzguen con mas severidad.

No se trata aquí de las partes accesorias de la medicina, como la anatomía, la fisiología, la anatomía patológica y la semeyóctica, porque las primeras son estudios positivos, son conocimientos de hechos; ni de la última que como deriva enteramente de ellas, es su corolario fácil de comprobar por las mismas: hablo de la medicina propiamente dicha, que siendo absolutamente hipotética, no nos presenta ningun critérico seguro de conducta, ni nos permite saber cuál de sus innumerables sistemas es el mejor, ó el menos malo, sino que la vemos siempre errar en un círculo vicioso de sistemas alternativamente proclamados con entusiasmo y desechados con desprecio, para despues de haber pasado mas, ó menos tiempo entregados al olvido y aun á la execracion, volverlos á admitir por turno con aplauso.

Sin duda errariamos eternamente dentro de tal laberinto, si la providencia no se hubiera condolido de nosotros enviándonos al grande Hahnemann que con su hallazgo de la ley de los semejantes nos ha puesto en posesion del hilo de Adriadna. Júzguese ahora cuán acreedor sea á nuestro reconocimiento el hombre que en el estado tan deplorable de incertidumbre en que encontró la medicina, la ha hecho fija y positiva, dándole las bases ciertas de que carecia.

Imposible parece á vista de esto que haya espíritus de tan vil condicion, orgullosos y roidos de la envidia que tienen á la elevacion y gloria de aquel sabio, que le retribuyan, por tan señalados servicios hechos á la humanidad, las mas atrozes calumnias, los mas escandalosos dicterios, y las mas temerarias procacidades, con que pretenden arruinar su doctrina y empañar su colosal mérito.

Ni uno ni otro les será fácil conseguir, porque la verdad ha de prevalecer sobre el error. Poco importa á la homeopatía ni á su fundador que Mr. Fleuri le trate de loco, ni que Mr. Sanson al retirarse en plena derrota, de la polémica sostenida poco tiempo contra Mr. el Dr. Leon Simon, que la defendia, haya dicho que los médicos homeópatas eran todavía de peor condicion que los salteadores de caminos, pues estos se contentaban con proponer al viagero el siguiente dilema: *La bolsa ó la vida*, mientras el homeópata exije de sus enfermos *la bolsa y la vida juntamente*. Ni á nosotros ni á Sanson toca decir si los homeópatas ó los alópatas abonan

á los facinerosos; tal declaracion pende del arbitrio del público que nos juzgará y dará á cada uno el renombre que en justicia le convenga, pues en su poder tiene los renombres de todos.

Por eso, y porque todos los partidos se honran ó envilecen á si mismos, segun que tratan á su contrario con decoro ó sin él, yo no quiero usar de represálias volviendo insulto por insulto: y aunque toda accion no motivada algo viva provoca y justifica la reaccion, lo que me autorizaba para pagar si quisiera, á Mr. en su misma moneda y aun con usuras, miro sus rompimientos contra la homeopatía, con frescura, como esplosiones de su ánimo emponzoñado por la desesperacion y la envidia de aquel que juega y pierde todo. Concédasele pues algun desahogo. Nosotros no necesitamos de insultos para defender la homeopatía, ni creemos tengan algun poder sobre una cuestion científica: lejos, pues de imitar á Sanson y compañeros, voy á ofrecer al exámen público las principales cuestiones de homeopatía y alopatía, puestas paralelamente mas al frente de otros para su mas fácil comparacion, y el público será el juez. Este medio me parece mas decoroso y el mejor para poder formar un juicio exacto de una y otra doctrina.

Conforme á él seguirá inmediatamente á esta introduccion el primer capítulo de la presente obra, en el que se dará una breve noticia histórica de la medicina desde su origen hasta la era halmensanniana. El 2.º contendrá la historia tambien abreviada de la homeopatía y su hallazgo por Samuel Hahnemann.

El 3.º la protestacion de fé médica del autor. El 4.º El espíritu de la doctrina homeopática, y asi en lo sucesivo se irán presentando alternativamente como ya he dicho, las principales cuestiones en que estriban ambas doctrinas y que desenvuelven sus bases. Concluyendo la obra con un apéndice sobre diversas materias y acontecimientos relativos á la homeopatía, la tabla para la inteligencia y valor que haya de darse á las voces técnicas empleadas, y un índice de todos los capítulos contenidos en esta obra.

El objeto que me he propuesto al escribirla, es el de poner á los médicos que no están iniciados en la homeopatía en disposicion de juzgar de ella; y satisfacer la curiosidad y la ansiedad de todos mis lectores, que no pueden menos de estar muy interesados en ver la solucion de una cuestion tan peregrina y de tan general interés. Mi obra, pues habla con el Magistrado, el legislador, el abogado, el comerciante, el banquero, el sacerdote, el negociante, el naturalista, el médico, el publicista, el filósofo, y hasta con los que haran y caban, pues prometo ser claro y fácil de entender de cualquiera que sepa leer y tenga una mediana disposicion al raciocinio.

El trabajo de que me ocupo, ninguna presuncion me escita de mérito literario, porque muchos de los particulares que abraza han sido tratados antes que por mí por otros médicos homeópatas y alópatas de la mas alta reputacion: mi único mérito, si alguno me pertenece, está cifrado en haber

reunido, puesto en órden y dado una forma la mas conveniente y clara, para presentarlos en esta obra á la sancion pública, unas veces en pensamiento y algunas fracciones de ellos, aun á la letra, los diversos materiales que se hallan esparcidos por toda la literatura homeopática. Voy en cierto modo á ser el eco de Hahnemann y de los principales homeópatas de Europa; mis opiniones espresadas en toda la estension de esta obra, no deben considerarse como decisiones que doy, sino como otros tantos puntos cuestionables que ofrezco á la opinion pública para que los examine y juzgue: á ese gran jurado compuesto de individuos de todas clases y categorías.

La circunstancia de que la mayoría de sus componentes sea estraña á la medicina, no arguye incompetencia para el fallo: por lo mismo de no pertenecer á bandería alguna médica, tampoco adolecerá su juicio del espíritu de partido, á mas de que en la posicion que ocupa el tribunal ante quien va á ser juzgada esta causa esencialmente sanitaria, y de muerte á vida para él, obrar con injusticia era lo mismo que suicidarse; al contrario, la intervencion y vigilancia sobre todo aquello que toca de mas cerca á su salud y su vida, satisface el mas constante deseo, la primera necesidad del hombre, el deseo y la necesidad de vivir sin enfermedad.

Siendo tan claro como he demostrado que la justicia ó la injusticia que se hagá á la homeopatía, mas bien que á esta misma, defiende ó mata al juez, tampoco cabe dudar que el del presente litigio solo

puede serlo el público como el mas interesado, como solo el competente por derecho natural y soberano. Ante él, pues, voy á esponer los principios fundamentales de ambas doctrinas médicas, con el fin de facilitarle cuanto pueda su conocimiento, ayudarle á pesar en la balanza de la razon los principios sobre que están fundadas, examinar detenidamente sus procedimientos, y juzgar con rectitud de sus resultados. Todo esto está al cargo de la opinion pública, á quien con mis cortas luces solo intento ilustrar y ponerla en disposicion de que en caso de enfermedad pueda optar, no á la ventura, sino por motivos racionales, entre los distintos tratamientos medicinales derivados de las dos doctrinas rivales. Yo no decido sobre punto alguno cuestionable de los contenidos en mi presente obra, pues conozco bien la pobreza científica mia que me impide desempeñar otro papel que el de la rueda de amolar. Asi pues, *munere fungar cotis allios sesare faciens, impos ipsa secandi.*

CAPITULO I.

Rápida ojeada sobre la historia de la medicina desde su origen hasta la era Hahemanniana.

El primer hombre, dice Leclerc, debió ser por necesidad al primer sacerdote, porque no tuvo ni pudo tener en mucho tiempo otro sacrificador, otro ministro del culto y de las relaciones entre el Criador y sus criaturas: por la misma razon diré

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reunido, puesto en órden y dado una forma la mas conveniente y clara, para presentarlos en esta obra á la sancion pública, unas veces en pensamiento y algunas fracciones de ellos, aun á la letra, los diversos materiales que se hallan esparcidos por toda la literatura homeopática. Voy en cierto modo á ser el eco de Hahnemann y de los principales homeópatas de Europa; mis opiniones espresadas en toda la estension de esta obra, no deben considerarse como decisiones que doy, sino como otros tantos puntos cuestionables que ofrezco á la opinion pública para que los examine y juzgue: á ese gran jurado compuesto de individuos de todas clases y categorías.

La circunstancia de que la mayoría de sus componentes sea estraña á la medicina, no arguye incompetencia para el fallo: por lo mismo de no pertenecer á bandería alguna médica, tampoco adolecerá su juicio del espíritu de partido, á mas de que en la posicion que ocupa el tribunal ante quien va á ser juzgada esta causa esencialmente sanitaria, y de muerte á vida para él, obrar con injusticia era lo mismo que suicidarse; al contrario, la intervencion y vigilancia sobre todo aquello que toca de mas cerca á su salud y su vida, satisface el mas constante deseo, la primera necesidad del hombre, el deseo y la necesidad de vivir sin enfermedad.

Siendo tan claro como he demostrado que la justicia ó la injusticia que se hagá á la homeopatía, mas bien que á esta misma, defiende ó mata al juez, tampoco cabe dudar que el del presente litigio solo

puede serlo el público como el mas interesado, como solo el competente por derecho natural y soberano. Ante él, pues, voy á esponer los principios fundamentales de ambas doctrinas médicas, con el fin de facilitarle cuanto pueda su conocimiento, ayudarle á pesar en la balanza de la razon los principios sobre que están fundadas, examinar detenidamente sus procedimientos, y juzgar con rectitud de sus resultados. Todo esto está al cargo de la opinion pública, á quien con mis cortas luces solo intento ilustrar y ponerla en disposicion de que en caso de enfermedad pueda optar, no á la ventura, sino por motivos racionales, entre los distintos tratamientos medicinales derivados de las dos doctrinas rivales. Yo no decido sobre punto alguno cuestionable de los contenidos en mi presente obra, pues conozco bien la pobreza científica mia que me impide desempeñar otro papel que el de la rueda de amolar. Asi pues, *munere fungar cotis allios sesare faciens, impos ipsa secandi.*

CAPITULO I.

Rápida ojeada sobre la historia de la medicina desde su origen hasta la era Hahemanniana.

El primer hombre, dice Leclerc, debió ser por necesidad al primer sacerdote, porque no tuvo ni pudo tener en mucho tiempo otro sacrificador, otro ministro del culto y de las relaciones entre el Criador y sus criaturas: por la misma razon diré

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo tambien que debió ser el primer médico, pues no habia con él otro hombre que se encargase de evitar y reparar los desórdenes á que su salud quedó espuesta desde su espulsion del paraiso en castigo de su desobediencia y rebelion.

Sabemos por el Génesis que desde el momento mismo de la prevaricacion de nuestros primeros padres, estos se hallaron desnudos, confusos, avergonzados, llenos de remordimientos; y como dejados de la mano del Señor, sujetos á mil y mil penalidades: pero como la divina Justicia trae de la mano á la misericordia, tambien les dejó en los seres de la creacion, los remedios seguros de sus males. Perdida la inocencia por la caida de la gracia que les daba hasta entonces el dominio sobre todos los seres de la naturaleza y aun sobre sus propias pasiones, se hallaron sumidos en el torbellino de los afectos de ánimo mas encontrados; sometidos á la influencia de los seres que les rodeaban, y en la necesidad de procurarse el alimento con el sudor de su rostro.

Fuera ya del paraiso, era bien natural que en su estado de abandono, impelidos de sus necesidades y del instinto, vagarian de una á otra parte en busca de los medios de satisfacerlas. En estas escursiones, desnudos como se hallaban, debian sufrir bastante del medio ambiente. Para libertarse, unas veces de las incomodidades v. gr. del frio, otras para corregir los trastornos que este provocase en su salud, necesitarian buscar de dia los sitios mas emplados por el calor del sol, mas defendidos de

las corrientes del viento etc., y de noche los albergues ó grutas mas abrigadas, donde cobijados con pieles de animales, ó envueltos en ojarasca ó heno que recogieran, aguardarian la venida del siguiente dia para ir en busca de frutos de que sustentarse.

No teniendo para la eleccion de aquellos, otra guia que la de los sentidos, parece regular que detuviesen la vista sobre los mas hermosos y matizados: en seguida, tomando el que mas de entre ellos llamaba su atencion, lo examinarian por el olfato, y ó lo desecharian si les olia mal, ó se decidirian á gustarlo en el caso contrario, y hallándolo tambien grato al paladar, comerian de él. Pero como estos procedimientos no bastan todas las veces para determinar la salubridad ó insalubridad de las sustancias alimenticias, sufririan muchas equivocaciones perjudiciales á su salud; porque muchos frutos bajo las apariencias mas bellas á la vista, olfato y gusto, encierran un tósigo, como sucede con el manzanillo de la América meridional, con la Mandrágora, con las bayas del Laurocerazo, y otros que aun cuando no sean un veneno, provocan como el madroño la embriaguez, otro trastorno de funcion, y á menudo les sucederian chascos semejantes al de su descendiente Noé con el jugo fermentado de las ubas.

Era pues consiguiente que estas reiteradas equivocaciones, y el deseo de evitarlas, les hiciesen buscar y hallar mas pronto, ó mas tarde un criterio mas seguro para la eleccion de los alimentos en la observacion de *A jubantibus et nocentibus*. Y hé

aquí de paso echados por nuestros primeros padres los primeros fundamentos de la dietética; en virtud de cuya observacion se abstendrian de los frutos que la esperiencia les habia revelado que alteraban su salud, y tomarian de los que habian hallado aptos para desarrollarla y sostenerla. Siguiendo la misma ilacion, debemos presumir que cuando Adan sintiese alguna indisposicion de su salud bajo la influencia de algunas de dichas sustancias nocivas, procuraria desalterarse y libertarse de aquel estado anormal, comiendo otro fruto de que recordase le habia afectado en sentido contrario, y seria conducido á obrar así aun en el caso de no tener idea anterior de que la accion del segundo era opuesta á la del primero, procediendo por un impulso meramente instintivo, como el del sediento que se abalanza al agua fresca la primera vez que en su vida se vé atacado de sed, antes de tener esperiencia de que la frescura y humedad de aquel líquido sean sedantes ó antagonistas de la sed y ceguedad que le devora. O bien asi como el que oprimido de una fiebre ardiente, con delirio, que le impide recordar cosa alguna, asociar, ni comparar ideas, anhela por bebidas frescas, á pesar del mal estado de su cerebro, que le incapacita de obrar mas que por instinto, ni atender á otra cosa que á los gritos y exigencias de sus órganos pacientes, que maquinalmente trata de acallar y contentar imitando la conducta del perro que come yerba sin meditacion antecedente para provocar el vómito cuando siente su estómago embarazado.

El motivo determinante de tales actos therapéuticos está en nuestra misma organizacion, y de esta verdad han certificado los médicos de todos los tiempos y de todas las escuelas, Boherhaave en sus aforismos *de cognoscendis et curandis morbis*, dice «*Morbi quidem præsentia impulsu certo et automatico cogit corpus ipsum ad applicationen auxilii coeterun ignoti, licet inteligentia humana modum aseguatur neutiquam.*»

Reflexionando sobre lo dicho hasta aquí, debemos convenir en que Adan fué el primer médico del mundo, pues la Higiene le fué conocida en parte y la egerció, como tambien la therapéutica conforme al principio formulado *Ajubantibus et nocentibus* y al otro espresado hoy por *Contraria contrariis curantur*. De donde debemos concluir que la medicina es tan antigua como el mundo, y que la ley de los contrarios, aunque no haya sido proclamada hasta Galeno, se hallaba ya presentida y practicada por Adan, y que fué inspirada mas por el instinto que por la razon.

Esta medicina tan imperfecta como se manifiesta en su origen, fue propagándose tradicionalmente de unos á otros á proporcion que se iba poblando el orbe: cada dia se le agregaban nuevos descubrimientos, y segun se multiplicaba el género humano, muchos se dedicaban á curar las enfermedades de los otros tomándolo por oficio. Esta especie de médicos fué progresivamente en aumento, y queriendo unos sobresalir de los otros, la vanidad les indujo á inventar varias hipótesis estravagantes

dando libre curso á su imaginacion, creando varios medios de curacion mas ó menos caprichosos segun el grado de exaltacion de la fantasía de cada uno. Mas adelante ya nos informa la historia de que en la India, en la Persia, en el Egipto y otras regiones se abrogaron el egercicio esclusivo de la medicina los sacerdotes de los templos de Isis, de Osiris, de Esculapio, de Zoroastro etc.: cubierto á los ojos de los profanos con el velo del misterio. Mucho mas adelante encontramos la era hipocrática: entonces fue cuando el anciano de Coos, recogiendo los hechos esparcidos, y en cierto modo perdidos para la ciencia, los reunió á los de su observacion y práctica propias, y de todos ellos formó un cuerpo de doctrina fundado en la observacion de los recursos que la naturaleza emplea para desembarazarse de las enfermedades.

Si se hubiera seguido el impulso que Hipócrates y sus discípulos entonces dieron á la ciencia, ahora formaria ya las delicias de sus amantes y de los de la humanidad. Por mal de esta, vino al mundo un Claudio Galeno, de quien dice un sabio escritor (Feijóo) que cuando lanzó al mundo médico su axióma de *Contraria contrariis curantur*, hizo mas daño que la invencion de la pólvora y de la artillería. Fue hombre á la verdad de grandes talentos, que no sirvieron mas que de envanecerle, porque el talento que no trabaja arreglado á principios seguros en materia tan importante, es un puñal, al paso que los grandes talentos con principios, son un tesoro. Galeno comenzó por hacer tabla rasa de

los principios de la medicina que habian regido hasta él: abandonó el camino de la esperiencia abierto por Hipócrates, para lanzarse en el de la imaginacion, paseándose toda su vida por los amenos pensiles de la manía de discurrir, se condujo como los magos de Faraon, no sirviendo mas que para espresar nuestras tinieblas y para agravar todas las calamidades de la falsa filosofía. Creador del Cuaternion y demas fantasmagoría médica que aun subsiste, aunque bajo otras apariencias, llevó el estravío de su imaginacion hasta el estremo de dejarnos escrito como un aviso práctico que habia soñado una noche que un enfermo grave que asistia, se habia curado sangrándole, y que movido de esto, le sangró y sanó.

Fue el mismo quien puso la medicina en tal estado de vacío y de incertidumbre, que ha hecho decir al Hipócrates del siglo XVII, que no debia llamarse *Arte de curar*, sino *Arte de garlar*, y que Moliere en el acto 3.º de su enfermo imaginario diga: *"Que casi todos los hombres mueren de sus remedios y no de sus enfermedades;* á Boheraave, notabilidad alopática tan famosa que recibia sin estravío su correspondencia desde los puntos mas remotos del mundo con solo dirigirla *á Mr. Boheraave, médico en Europa*, á este sabio cuyas instituciones médicas se han estado dando hasta poco há por testo en todas las escuelas médicas de España, tambien le hizo decir: *"Que si se compara el poco bien que pueden hacer á la humanidad, media docena de discípulos de esculapio, con*

los inmensos males que le hace sufrir la inmensa turba de doctores, no se puede echar de sí el pensamiento de felicitar á la humanidad sino hubiera médicos."

De modo que los errores y desvaríos de aquel hombre famoso, han hecho á la ciencia de curar permanecer mucho tiempo en una anarquía completa de sistemas, que se hallaban en contradiccion unos con otros y consigo mismos. Cada una de estas teorías sublimes (dice Hanhemann), asombraba al orbe por su profundidad ininteligible, y atraia á su autor una multitud de entusiastas prosélitos, que nada de provecho para la práctica podian sacar, hasta que un nuevo sistema opuesto al anterior lo hacia caer en olvido con su repentina aparicion. Ninguno de estos sistemas se hallaba acorde con la naturaleza y la esperiencia: todos eran tegidos de sutilezas fundadas sobre consecuencias ilusorias que de nada servian á la cabecera de los enfermos, propias solo para alimentar disputas, y para sutilizar, volatizar, y sublimar la ciencia sobre las estrellas, dejándonos sin remedio por acá abajo.

Asi es que la historia de la medicina en muchos siglos solo presenta suposiciones gratuitas é infundadas al que vá á buscar esperiencias rigurosas, teorías que se suceden á teorías; sistemas á sistemas, y á la verdad siempre desconocida. A la escuela galénica que no vé en las enfermedades mas que humores viciados, sucede otra infatuada de su *strictum y de su Laxum*; cediendo el humorismo su lugar al solidismo. En seguida vienen

Hoffman y Boherhaave enseñando principios diametralmente opuestos: mas tarde el electricismo reemplaza á la irritabilidad Halleriana, y Broun pretende despues resucitar el método asclepiadeo: á poco tiempo este escocés cae tambien en olvido para dar lugar á Broussaix que hace triunfar por algun tiempo la teoría de la inflamacion, é inunda benignamente la tierra de sangre y agua gomosa. Viniendo á parar todos estos movimientos de la ciencia en un caos de confusiones contradictorias, sin otro resultado que dejar á los enfermos con sus enfermedades y á la medicina con su impotencia de curarlas. Tal era y es el estado de la medicina, que intenta reformar el inmortal Hanhemann dándole las bases fijas y estables de que carece y elevándola al rango de ciencia. Para seguir á esta en su marcha progresiva conforme al órden de los acontecimientos, deberé ahora dar una breve noticia histórica del hallazgo de la homeopatía por Samuel Hanhemann.

CAPITULO II.

Historia abreviada de la homeopatía y su hallazgo, por el Dr. Samuel Hanhemann.

La palabra homeopatía se compone de los dos radicales griegos Homeios que quiere decir *semejantes, análogos*, pahtos, *padecimiento, ó afeccion.* Sirve para denotar que la doctrina médica que lleva este nombre, cura las enfermedades naturales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los inmensos males que le hace sufrir la inmensa turba de doctores, no se puede echar de sí el pensamiento de felicitar á la humanidad sino hubiera médicos."

De modo que los errores y desvaríos de aquel hombre famoso, han hecho á la ciencia de curar permanecer mucho tiempo en una anarquía completa de sistemas, que se hallaban en contradiccion unos con otros y consigo mismos. Cada una de estas teorías sublimes (dice Hanhemann), asombraba al orbe por su profundidad ininteligible, y atraia á su autor una multitud de entusiastas prosélitos, que nada de provecho para la práctica podian sacar, hasta que un nuevo sistema opuesto al anterior lo hacia caer en olvido con su repentina aparicion. Ninguno de estos sistemas se hallaba acorde con la naturaleza y la esperiencia: todos eran tegidos de sutilezas fundadas sobre consecuencias ilusorias que de nada servian á la cabecera de los enfermos, propias solo para alimentar disputas, y para sutilizar, volatizar, y sublimar la ciencia sobre las estrellas, dejándonos sin remedio por acá abajo.

Asi es que la historia de la medicina en muchos siglos solo presenta suposiciones gratuitas é infundadas al que vá á buscar esperiencias rigurosas, teorías que se suceden á teorías; sistemas á sistemas, y á la verdad siempre desconocida. A la escuela galénica que no vé en las enfermedades mas que humores viciados, sucede otra infatuada de su *strictum y de su Laxum*; cediendo el humorismo su lugar al solidismo. En seguida vienen

Hoffman y Boherhaave enseñando principios diametralmente opuestos: mas tarde el electricismo reemplaza á la irritabilidad Halleriana, y Broun pretende despues resucitar el método asclepiadeo: á poco tiempo este escocés cae tambien en olvido para dar lugar á Broussaix que hace triunfar por algun tiempo la teoría de la inflamacion, é inunda benignamente la tierra de sangre y agua gomosa. Viniendo á parar todos estos movimientos de la ciencia en un caos de confusiones contradictorias, sin otro resultado que dejar á los enfermos con sus enfermedades y á la medicina con su impotencia de curarlas. Tal era y es el estado de la medicina, que intenta reformar el inmortal Hanhemann dándole las bases fijas y estables de que carece y elevándola al rango de ciencia. Para seguir á esta en su marcha progresiva conforme al órden de los acontecimientos, deberé ahora dar una breve noticia histórica del hallazgo de la homeopatía por Samuel Hanhemann.

CAPITULO II.

Historia abreviada de la homeopatía y su hallazgo, por el Dr. Samuel Hanhemann.

La palabra homeopatía se compone de los dos radicales griegos Homeios que quiere decir *semejantes, análogos*, pahtos, *padecimiento, ó afeccion.* Sirve para denotar que la doctrina médica que lleva este nombre, cura las enfermedades naturales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por medio de sustancias medicinales que tengan la propiedad de producir en el hombre sano enfermedades artificiales, *análogas* á las naturales que se intenta curar. El principio fundamental, ó base de la homeopatía es la ley de armonía general, que regla y coordina las tendencias y movimientos de todos los cuerpos naturales, aplicada á las tendencias y movimientos de nuestros órganos, formulada por *similia similibus curantur*.

Si se quiere averiguar la antigüedad de la homeopatía, su orígen se pierde en la oscuridad de los siglos. Algunos antes de aquel, en que el grande Hipócrates floreció, la historia nos dice ya, que hubo un pastor llamado Melampo que por medio de la administracion del Heleboro (que entre sus numerosos síntomas produce en el hombre sano.—*Furor.—Ausencia de ideas.—Enagenacion mental y demencia,*) curó á las hijas del rey Preto que por su locura creian haberse convertido en vacas. Curacion lograda á no poderlo dudar, conforme á la ley de los semejantes. Hipócrates entre sus aforismos nos dejó este: *vomitus vomitu curantur.*— El mismo en su tratado de *morbo sacro*, dice: "*Plerique morbi iis ipsis curantur á quibus etiam nascuntur.*" Mas adelante Paraselso ha pronunciado igualmente: "*Neque unquam ullus morbus callidus per frigida sanatus fuit, nec frigidus per callida: simile autem suum simile frequenter curavit.*" El Dr. Santa María en la introduccion á su nuevo formulario médico-farmacéutico impreso en 1820, dice: "*Imposible es que estos hechos no*

sean mas que casualidades felices: indudablemente penden de alguna gran ley terapéutica:" en otra parte de la misma obra: "*Indudable es que curamos algunas veces obrando en el mismo sentido de la naturaleza, y completando por nuestros medios el esfuerzo que ella emprendió y que no tiene fuerza para concluir.*" Tambien Sidenham se espresaba en el siglo XVII en estos términos: "Un «verdadero médico es el que cura radicalmente una «enfermedad crónica, destruyendo por un remedio «*apropiado* la especie de enfermedad, y no el que «no hace otra cosa que introducir una nueva cua«lidad al lado de la primera, lo que puede ejecu«tarse sin destruir la especie: un método que in«troduce simplemente cualidades diferentes, tiene «el mismo poder de curar inmediatamente las en«fermedades *específicas* que la espada para apagar «el fuego." Riverio dice, que ha curado él mismo intermitentes soporosas administrando el ópio en el intérvalo de los accesos. Se sabe que la terrible enfermedad llamada *Sudeta inglesa* cede como milagrosamente á los sudoríficos. Juan Pedro Frank maravillado de ver ceder algunos flujos de vientre al uso de los purgantes, pregunta, si los drásticos serán capaces de curar la diarrea.

En todos tiempos ha habido célebres prácticos que han presentido la homeopatía, sorprendidos de curaciones maravillosas obtenidas con remedios venidos á sus manos como por casualidad, y aplicados contra los principios de la ciencia que profesaban y enseñaban. Sin salir de nuestra era ni de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

capital en que escribo, y apelando á la buena fé de mis comprofesores les preguntaré: si con frecuencia no disponen contra las intermitentes producidas por un miasma pantanoso la quina, que en el hombre sano produce un estado morboso análogo. Tambien confesarán que ninguno de ellos llamado al socorro de un asfixiado por el frio, le aplicará cubiertas calientes ú otro medio contrario al frio, sino este mismo por medio de las fricciones con nieve etc. Que á las oftalmias oponen colirios estimulantes, que en el sano las provocan: infusiones aromáticas calientes en las calenturas catarrales: ruibarbo contra las diarréas crónicas: mercurio contra la sifilis: azufre contra la sarna etc. etc. De modo que apenas se pasará dia de su práctica en que no haya tenido lugar alguna medicacion obrada bajo la jurisdiccion de la ley de los semejantes, aunque no lo hayan percibido.

De donde se vé claro que la homeopatía, aunque desconocida, en todo tiempo ha habitado entre nosotros: que ha sido presentida por unos, y anunciada por otros desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, en que el inmortal Hanhemann la ha demostrado, formulado, dogmatizado, y dado las numerosas aplicaciones prácticas, que de la misma aparecen.

Este hombre estraordinario, dotado de un raro genio de observacion, químico sobresaliente y hábil naturalista, ayudado de sus grandes conocimientos en estas y las demas ciencias naturales, se dedicó al estudio de la medicina, en cuya facultad ob-

tuvo el grado de doctor al términar los años legales de escuela. Un talento sobresaliente y ávido de saber no se contenta con el comun conocimiento de la profesion que vá á formar su destino; la examina por todos sus lados, calcula, pesa y medita su valor, sus perfecciones y sus defectos. Esto fué lo que hizo Hanhemann, y lo que le mostró en la ciencia médica un cúmulo de hipótesis arbitrarias en contradicion con las leyes de la naturaleza, de la razon y de su conciencioso corazon, que le determinó á no practicar su profesion mientras esta no le ofreciese medios mas directos y menos hipotéticos que poder emplear en el tratamiento de sus enfermos. Renunció pues absolutamente al egercicio de la medicina, lo que le dió lugar de ocuparse en el estudio de las lenguas estrangeras, aficionándose con preferencia á la inglesa, que le proporcionó los medios de subsistencia en la traduccion de los autores médicos de esta nacion.

Con todo el candor que le es natural confiesa él mismo, que en la lectura del tratado escrito sobre la quina por el Dr. Cúllen, fué donde tomó la primera idea de esperimentar esta sustancia sobre sí mismo, y asombrado de que le hubiera producido una enfermedad muy parecida á la fiebre intermitente, repitió varias veces la esperiencia y siempre con los mismos resultados. De Newton se cuenta que paseándose un dia, vió caer del árbol al suelo uno manzana, en ocasion de hallarse todo su ánimo ocupado en buscar las leyes de la atraccion: esto le abrió el camino para descubrir despues, que esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se hacia en razon directa de las masas y del cuadrado de las distancias. Lo que la manzana para Newton fué la quina para Hanhemann.

Este se resolvió á sujetar á la prueba sobre su propio organismo otra multitud de sustancias que le dieron las series de síntomas de donde han tomado origen los cuadros fieles que representan todas nuestras enfermedades, y componen la materia médica pura que lleva su nombre. Esto fué abrir un campo, cuya inmensa estension hubiera acobardado al valor ordinario: pero Hanhemann sin socorros, ni otro apoyo que sus luces y filantropía, acomete esta empresa gigantesca.

Continúa tomando en ayunas una dósis del medicamento que quiere esperimentar; si pasadas algunas horas no le produce síntoma alguno, toma otra mayor cantidad del mismo. Anota con cuidado, sin omitir los mas lijeros matices, cuantos síntomas señalan su accion sobre el organismo: repite la prueba del mismo medicamento muchísimas veces en diversos sugetos sometidos á las mismas condiciones de régimen. Variando el sexo, la edad y la constitucion de las personas sujetas á la prueba, debia obtener, no solo todos los síntomas que el medicamento tenia la facultad de producir sino tambien los diversos grados de influencia patogenética relativos á la diversidad de edad, sexo y constituciones.

Principió Hanhemann estas esperiencias el año de 1790, y permaneció repitiéndolas sin publicarlas, por espacio de 30 años, formando un cuerpo de

doctrina, que pasado este tiempo, para asegurarse mas y mas de la verdad de su descubrimiento, dió á luz, con sorpresa de todo el mundo médico.

Admiremos de paso el ardiente amor á la humanidad e inclinacion á lo verdadero, que determinó á este genio tan sublime y estraordinario á sufrir treinta años continuos, que invirtió en los esperimentos sobre sí mismo, padeciendo una enfermedad artificial por cada medicamento que esperimentaba, con un dolor por cada síntoma de ella, aunque teniendo en su mano los medios de moderar el ímpetu y la duracion, porque la homeopatía, en posesion de sus antídotos ó moderadores de la accion de sus dósis, cuando es escesiva, se asemeja á la lanza de Aquiles apta para curar las heridas que la misma hacia. Honor y respeto al hombre filantrópico, que á imitacion de nuestro divino Redentor abrumó su cuerpo de penalidades para disminuir las del género humano! ¡Y con que aire de candor y de bondad nota la semejanza de los síntomas del medicamento con los de las enfermedades naturales! ¡Que cuidado y esmero en evitar todo descuido en sus indagaciones!

Si en el acto de la prueba acontecía algun accidente físico ú moral, que pudiera modificar el resultado de la esperiencia, como un susto, un vivo pesar, un acceso de cólera ó una falta de régimen, la esperiencia, en que ocurría se tildaba, se tenia por nula y se principiaba de nuevo. Para evitar aun la menor apariencia de error, ponia Hanhemann un estremo cuidado, tanto en la eleccion de las sustan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias, como en las condiciones de los sugetos sometidos á la prueba de ellas. Los tres reinos de la naturaleza fueron puestos en contribucion con la misma sagacidad y el mismo escrúpulo.

Una cosa bien digna de notarse es, que por variadas que sean las constituciones individuales, y no obstante la diferencia de la edad y del sexo, siempre y constantemente señala el medicamento sus síntomas modificados, es verdad, en cuanto al grado de impresion sobre la parte sensible ó irritable del organismo, pero invariable en su esencia.

Esta invariabilidad en la naturaleza de la impresion demuestra claramente la especificidad de las sustancias medicinales. De aquí dedujo Hanhemann la consecuencia tan natural de que las dósis del medicamento deben ser variadas y puestas en relacion con el grado de impresionabilidad del sugeto sometido á la esperiencia.

De la esperimentacion sobre el hombre sano, pasó á la contraprueba de ella y vió que todas las sustancias que hacian nacer en el organismo sano un estado patogenético *sui generis*, tenian la facultad de borrar de un modo suave, pronto y permanente, otro asemejado á él en el enfermo, lo que dió motivo al sabio fundador de la homeopatía para sentar que: la ley de *Analogia general* que rige el universo aplicada al cuerpo humano y formuladas por *Similia similibus curantur*, es la única ley natural que envuelve la ley de curacion de las enfermedades, y es el principio fundamental ó la base de la homeopatía. De ella procede como consecuencia obligada esta otra ley.—La enfermedad *se cura del modo mas directo, mas pronto y mas segúro*, por un remedio capaz de producir en el cuerpo sano una afeccion artificial que sea *análoga* á la que se trata de destruir. Las mismas consideraciones fundadas en aquellos actos esperimentales, le dieron motivo á establecer, que: cada remedio posee dos propiedades diferentes, segun se administra al hombre sano ú al enfermo; que la primera de estas dos propiedades, es patogenética, palabra griega que quiere decir: *generador de padecimientos*, por cuanto desarrolla en el organismo sensaciones dolorosas y le constituye enfermo.—Que la segunda propiedad es terapéutica ó curativa, es decir, apta para dar la salud al cuerpo enfermo.—Que estas dos propiedades del medicamento no son diferentes mas que en la espresion, constituyendo una sola, é idéntica fuerza que desarrolla síntomas en el organismo sano y los hace desaparecer del organismo enfermo: Que de esta doble facultad de las sustancias medicinales se sigue que un medicamento no tiene la propiedad de curar, sino porque tiene la de hacer enfermar.

Estas proposiciones, principio fundamental de la homeopatía, son como se ha visto, la espresion fiel de los hechos que resultan de dos órdenes de investigaciones, á que Hanhemann se entregó con ardor por espacio de treinta años, como queda arriba dicho. Las unas tienen por objeto determinar la accion de los medicamentos sobre el cuerpo sano: las otras comprobar la accion de estas sustancias contra enfermedades *análogas* á las que el medicamento tie-

ne la propiedad de producir en el hombre que goza salud. En estos dos órdenes de investigaciones la esperiencia ha hablado de tal modo, que la homeopatía se presenta como una verdad incontestable, porque toda persona de buena fé que tenga los conocimientos necesarios, si repite las esperiencias del fundador, obtendrá los mismos resultados y le confirmarán la exactitud de su doctrina.

Queda pues demostrado, que la homeopatía es de una antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos; que en todos ellos y hoy dia se ha practicado y practica, aunque sin saberlo; que muchos médicos en todas épocas la han presentido, otros la han anunciado, y que Hanhemann solo ha tenido la gloria del descubrimiento de todas sus leyes, y de formar un cuerpo de doctrina racional, y finalmente, que esta doctrina con sus axiomas y corolarios, no se ha establecido *á priori*, no ha nacido de hipótesis precedente; tiene otro orígen mas puro, otro fundamento mas sólido que las demas doctrinas médicas; la simple prueba.

CAPITULO III.

Protestacion de fé médica del autor.

Hijo de un Dr. en medicina, y dedicado por eleccion propia al estudio de la profesion paterna, lo emprendí con todo el empeño de que era capaz, y con el mismo despues de haber dejado los bancos de la escuela, continúe siguiendo siempre á la ciencia en sus progresos, porque mi vocacion por el arte salvador de la vida de los hombres, no podia

ser mas decidida. El ardiente deseo de poseerlo en lleno, hizo que cuantos sistemas ha conocido la medicina desde su orijen, fuesen repetidas veces el objeto de mis meditaciones sujetándolos al mas severo exámen. Todos parecian ofrecer alguna cosa interesante; pero ¡oh que enormemente contrapesada de inmensos errores! Cuanto mas profundizaba en el estudio de una ciencia que hacía todas mis delicias, mas mis dudas se aumentaban y mi penosa confusion crecia. Afanado en busca de la verdad, recorria los monumentos de la ciencia, donde solo hallaba hipótesis vacías, sombras, á lo mas probabilidades, pero la verdad no parecia.

Si contemplaba en el órden que la providencia ha establecido para la conservacion de los seres vivientes, veia que los frutos y demas producciones de la naturaleza, destinados á servir de alimento al hombre y á los brutos, diferian en América de los de Europa, v. gr. cuidando asi de poner en cada clima lo necesario para realizar estos fines en unos seres diversamente modificados por la diversidad de climas. Todos admiten sin pena, que el mundo y cuanto contiene está destinado por el Criador al bien estar del hombre; junto á este mismo deben pues estar los agentes terapeúticos para cada una de sus enfermedades; pensar de otra manera seria suponer manca la providencia, que tan solícita y cuidadosa vemos por otro lado. En el órden físico y fisiológico, cada ser corresponde á una necesidad determinada del hombre; cada enfermedad pues en el órden patológico debe tener tambien su correspondiente

remedio, pero ¿cómo hallarlo? ¿Cómo conocerlo? ¿Qué reglas seguir en su aplicacion? No se puede concebir que de un monton de drogas hacinadas en una receta haya, cada una de ellas de ir á diverso distrito ó region del cuerpo humano á desempeñar el destino que el capricho del médico le ha señalado, sin tener cuenta alguna con sus propiedades medicinales, que de ningun modo puede revelarnos este procedimiento, pues no es posible acertar en tal concurso de agentes, á cual de ellos se debe el bien ó el mal subsiguiente á su administracion.

Las diversas y numerosas obras de materias médica no podian sacarme de mi penosa incertidumbre, no siendo en rigor otra cosa que una série de indicaciones sin motivo, y de prescripciones sin resultado. En la medicina considerada en general, echaba de menos un principio generador, una ley fundamental por la que se esplicasen todas sus partes, y me sirviese de guia práctica, pues la de los contrarios bajo cuya dependencia se creia proceder cuando no se obraba empíricamente, sobre estar mal formulada, ya era inaplicable; ya paliativa y las mas veces perjudicial: las diversas patologías no me ofrecian otra cosa que signos hipotéticos de síntomas mal estudiados, agrupados artificialmente para representar una enfermedad, tambien problemática que se pretendia curar.

Tal estado de duda y de incertidumbre me tenia en una inquietud de ánimo y disgusto contínuos, sin poderme acercar á los enfermos sino temblando. Yo era en el rigor de la espresion un curandero

autorizado por la ley: esto no obstante y á pesar de mi repugnancia, era menester hacer algo; yo curaba pues, y los demas médicos curaban algunas veces, y lo que mas me sorprendia, era el que estas curaciones eran lo mas frecuentemente logradas con medicamentos tomados de la práctica vulgar, y administrados contra las reglas del arte, lo que aumentaba mas mi confusion, y la desconfianza en las reglas terapéuticas que se me habian inculcado en la escuela.

Esto me dió motivo á reflexionar que tales curaciones no podian ser casuales, porque en la naturaleza nada sucede sin sumision á una ley natural, constante é invariable, y para la curacion de las enfermedades, era preciso que tambien la hubiese, pero ¿dónde la hallaria? Solo la casualidad ó un gran genio podian descubrirla, y entre tanto era forzoso esperar. Lo único que me consolaba en mi sensible situacion, era el considerar que yo hacía cuanto de mí pendia para encontrar la verdad, y si mis libros no me la mostraban, la culpa no era mia; el defecto estaba no en mí, sino en la ciencia misma.

Con todo, para acallar mas los gritos de mi conciencia, voy á pedir consejo á un médico de grande reputacion, y cuya práctica era de las mas felices en resultados. Despues de haber escuchado atentamente mi larga confesion médica, me dió por toda respuesta: "diez años he estado aprendiendo á recetar, y treinta hace que estoy aprendiendo á no recetar." Descontento de una contestacion tan la-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cónica como poco satisfactoria de mis justos deseos, me dediqué á escudriñar y acechar la conducta de aquellos médicos, cuya práctica era mas certera. Este género de espionage me hizo luego percibir que aquellos hombres habian sustituido una medicacion espectante á otra medicacion mas peligrosa. Desde entonces limité toda mi terapéutica al uso de los humetantes y otros medios de igual suavidad: algun paliativo en casos urgentes, á desembarazar, cuando se podia, el organismo de los obstáculos que pudieran estorbar su triunfo sobre el mal, á tener en lo posible al enfermo á cubierto de las influencias nocivas esteriores, á modificar el medio ambiente, uniendo todo esto á un régimen severo, y dejando todo lo demas á cargo de los esfuerzos convergentes de la naturaleza, próvida siempre de medios y abundante en recursos. En lo sucesivo no tuve motivo de arrepentirme de la resolucion tomada, que me proporcionaba resultados satisfactorios, mas frecuentes que antes, pero una voz interior me decia, que era necesario saber curar, y no contentarse con solamente no ser homicida.

Precisado cual me veía á seguir en mi práctica un método incompleto á falta de otros mejores, júzguese con que avidez me arrojaria al exámen de la doctrina de Hanhemann, cuando llegó á mi noticia; y como en los escritos de este grande hombre hay una espresion tan precisa y tan afirmativa, unida á tanta verdad espresada con candor y con una lógica irresistible; su lectura desde luego me produjo un principio de conviccion, detenido en su progreso por las preocupaciones que me habian acompañado desde la infancia médica: pero cuanto mas leia y meditaba, tanto mas persuadido quedaba de la verdad y utilidad contenida en ellos, hasta que mi conviccion íntima se verificó relativamente á la teoría. En seguida someto por espacio de dos años esta teoría al crisol de la esperiencia, y sale de él con mas brillo y esplendor: la luz de la verdad tras de que tanto habia corrido en la larga noche oscurecida por las nieblas alopáticas, se presentó con toda claridad á mi vista, y con la misma se presentará al que no se empeñe en cerrar los ojos. Cincuenta y seis años tenia yo entonces de edad, por cierto bastante adelantada para principiar una nueva série de estudios pesados y profundos: parecia natural que esta circunstancia resfriase mi resolucion de emprender tan penosa tarea, mis amigos se valian de esta consideracion, que sin cesar ponian á mi vista para que abandonase mi empeño, pero esta misma consideracion fue la que me apresuró á ponerlo en ejecucion. Me hacía ver que habia pasado la mayor parte de mi vida en un estado neutral para la humanidad, y no queria dejar de aprovechar mis restantes dias con mas utilidad de aquella, ya que la ocasion tan deseada se habia presentado.

No se me ocultaba que la suerte de los que proclaman una verdad útil, opuesta á las preocupaciones mas antiguas, en pugna con los intereses y el egoismo de muchos particulares, y que hiere el amor propio desordenado, es siempre bien penosa

y acibarada, porque todo esto está en el órden de los acontecimientos humanos. Mas de una vez se presentaron á mi memoria los nombres de Galiley, Cristóbal Colon, Harveo, Davi, Jener, y aun el del mismo Hanhemann, haciéndome temer una suerte como la de estos por intentar estender en nuestra nacion una verdad utilísima, igual en esto á las de aquellos, de las cuales hoy nadie duda sino que al contrario se aprovechan de ella, bendiciendo á sus autores, sin embargo de que cuando las anunciaron, se tuvieron por absurdos, hasta que un exámen rigoroso y detenido, orilló esta equivocacion y despues con el tiempo se hicieron familiares, pues lo maravilloso no lo es sino por nuestra ignorancia.

Todas las consecuencias desagradables que me ha traido el reconocimiento de una verdad, yo las preveia, pero como á mi, lo mismo que á todos los demas médicos, al concederme la ley el derecho de vida y de muerte sobre mis hermanos, se me exigió el juramento que hice de ejercer bien y fielmente mi profesion, y era necesario cumplirlo, ó renunciar á la consideracion de hombre honrado, á la sana moral, á la religion, á lo que se debe á Dios y los hombres, á ninguna de las récias persecuciones, injurias, desprecios, amenazas, ni aun las asechanzas que han armado contra mi vida los adversarios de la homeopatía y mios, no me ha cogido de sorpresa, ni han sido bastante á hacerme dar paso atrás en los nueve años que ha que camino por la homeopatía adelante, con gravísimo detrimento de mis intereses. En parte estoy indemnizado de aquellos sufrimientos, con el placer que produce en el ánimo un deber bien cumplido, y los resultados felices de que mi práctica se hace mas amena cada dia.

El testimonio de mi conciencia, sanciona mis actos: sin cesar me dice que obro bien; esto me basta y me da el valor suficiente para procurar llevar á cabo mis justas pretensiones, cualquiera que sea la conducta que adopten para contrariarla mis disidentes comprofesores. El público sensato y el tiempo que pone cada cosa en su lugar, me harán justicia; entre tanto seguiré dándoles á conocer el estado de sus mas caros intereses, cuales son su salud y su vida: á este fin les presentaré en la continuacion de mi obra los principales puntos controversibles de la doctrina de ambas escuelas, para que puedan compararlos y juzgar con conocimiento de la materia; principiando por poner á su vista el espíritu de la homeopatía en el capítulo siguiente, que es la traduccion literal de la memoria que con el mismo título publicó Hanhemann en 1813, y que no he querido estractar por no disminuir su mérito.

CAPITULO IV.

Espiritu de la doctrina homeopática.

No se puede conocer la esencia de las enfermedades y los cambios ocultos que producen en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y acibarada, porque todo esto está en el órden de los acontecimientos humanos. Mas de una vez se presentaron á mi memoria los nombres de Galiley, Cristóbal Colon, Harveo, Davi, Jener, y aun el del mismo Hanhemann, haciéndome temer una suerte como la de estos por intentar estender en nuestra nacion una verdad utilísima, igual en esto á las de aquellos, de las cuales hoy nadie duda sino que al contrario se aprovechan de ella, bendiciendo á sus autores, sin embargo de que cuando las anunciaron, se tuvieron por absurdos, hasta que un exámen rigoroso y detenido, orilló esta equivocacion y despues con el tiempo se hicieron familiares, pues lo maravilloso no lo es sino por nuestra ignorancia.

Todas las consecuencias desagradables que me ha traido el reconocimiento de una verdad, yo las preveia, pero como á mi, lo mismo que á todos los demas médicos, al concederme la ley el derecho de vida y de muerte sobre mis hermanos, se me exigió el juramento que hice de ejercer bien y fielmente mi profesion, y era necesario cumplirlo, ó renunciar á la consideracion de hombre honrado, á la sana moral, á la religion, á lo que se debe á Dios y los hombres, á ninguna de las récias persecuciones, injurias, desprecios, amenazas, ni aun las asechanzas que han armado contra mi vida los adversarios de la homeopatía y mios, no me ha cogido de sorpresa, ni han sido bastante á hacerme dar paso atrás en los nueve años que ha que camino por la homeopatía adelante, con gravísimo detrimento de mis intereses. En parte estoy indemnizado de aquellos sufrimientos, con el placer que produce en el ánimo un deber bien cumplido, y los resultados felices de que mi práctica se hace mas amena cada dia.

El testimonio de mi conciencia, sanciona mis actos: sin cesar me dice que obro bien; esto me basta y me da el valor suficiente para procurar llevar á cabo mis justas pretensiones, cualquiera que sea la conducta que adopten para contrariarla mis disidentes comprofesores. El público sensato y el tiempo que pone cada cosa en su lugar, me harán justicia; entre tanto seguiré dándoles á conocer el estado de sus mas caros intereses, cuales son su salud y su vida: á este fin les presentaré en la continuacion de mi obra los principales puntos controversibles de la doctrina de ambas escuelas, para que puedan compararlos y juzgar con conocimiento de la materia; principiando por poner á su vista el espíritu de la homeopatía en el capítulo siguiente, que es la traduccion literal de la memoria que con el mismo título publicó Hanhemann en 1813, y que no he querido estractar por no disminuir su mérito.

CAPITULO IV.

Espiritu de la doctrina homeopática.

No se puede conocer la esencia de las enfermedades y los cambios ocultos que producen en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuerpo: es un absurdo querer fundar el tratamiento sobre conjeturas establecidas con este objeto. No se pueden adivinar las virtudes curativas de los medicamentos por medio de hipótesis químicas, ni por las impresiones que hacen en los sentidos del olfato, vista y gusto, y fuera absurdo pretender, sin mas fundamento que el que nos dan aquellas impresiones de los sentidos, la curacion de las enfermedades con unas sustancias cuyo abuso acarrea tanto peligro. Semejante modo de proceder se intenta cohonestar, invocando en su apoyo la costumbre general, y aun el ser el solo que se sigue hace millares de años, pero estas alegaciones no hacen menos contrario á la razon y á los intereses del género humano, el tener por verdades las hipótesis vagas que se forjan sobre la naturaleza íntima de las enfermedades, y oponer á estas, virtudes no menos imaginarias, atribuidas á los medicamentos.

Es absolutamente necesario que lo que hay que destruir en cada enfermedad para convertirla en salud, sea conocido con toda evidencia por nuestros sentidos, y que cada medicamento esprese de un modo manifiesto y apreciable lo que puede curar con certeza; sin la cual condicion, no podemos ni debemos decidirnos á emplearlo contra enfermedad alguna. De otra suerte, la medicina jamás llegará á dejar de ser una lotería, en que se juega la vida de nuestros semejantes, ni jamás llegará á ser un verdadero socorro para el hombre enfermo.

Voy á hacer ver lo que se nos ofrece como

incontestablemente curable en las enfermedades, y como es necesario conducirse para asegurarse de las virtudes curativas que poseen los medicamentos, de modo que podamos emplear estas sustancias á título de remedios,

No podemos conocer la vida sino de un modo empírico, esto es, por medio de sus manifestaciones ó fenómenos, y es absolutamente imposible que por medio de especulaciones metafísicas, nos formemos de ella una idea *á priori*. Jamás los mortales llegarán á comprender, ni jamás descubrirán por conjeturas lo que la vida es en sí misma y en su esencia íntima.

La vida del hombre y sus dos estados, la salud y la enfermedad, no puede esplicarse por ningun principio de los que sirven á la esplicacion de otros objetos. La vida á nada del mundo puede compararse mas que á sí misma. Ninguna relacion hay entre ella y una máquina hidráulica ó de otra especie, una operacion química, una descomposicion y una produccion de gas, una batería galvánica: en una palabra, á nada se asemeja de lo que no vive. Tampoco en ningun respeto obedece á las leyes puramente físicas, que no tienen poder sino sobre las sustancias inorgánicas. Las sustancias materiales que componen el organismo humano en su combinacion con la *vida*, no obedecen á las leyes que rigen la materia en el estado de *no vida*, ni reconocen otras que las de la vitalidad; se hallan entonces animadas y vivientes; asi como se halla el todo á que pertenecen animado y vivo. En el or-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ganismo reina una fuerza fundamental, inefable y muy poderosa que destruye toda tendencia de las partes constituyentes del cuerpo á conformarse con las leyes de la presion, del choque, de la fuerza de inercia, de la fermentacion, de la putrefaccion etc., y que las subordina únicamente á las leyes maravillosas de la vida, es decir, las mantiene en el estado de sensibilidad y de actividad necesaria á la conservacion del todo viviente, en un estado dinámico, casi espiritual.

El estado del organismo depende, pues, únicamente del de la vida que le anima, de donde se sigue que la mutacion que llamamos enfermedad, es igualmente, no un efecto químico, físico, ni mecánico, sino el resultado de modificaciones en el modo viviente con que el hombre siente y obra, es decir, una mutacion dinámica, una especie de nueva existencia, cuya consecuencia debe ser acarrear una mutacion en las propiedades de los principios constitutivos materiales del cuerpo.

La influencia de las causas morbíficas, cuya mayor parte obran de fuera adentro, para producir nuestras diversas enfermedades, es tambien casi siempre tan visible é inmaterial (1), que no podria ni alterar inmediatamente la forma y la sustancia de las partes constituyentes de nuestro cuerpo, ni

(1) Esceptuando algunas enfermedades quirúrgicas y las producidas por cuerpos estraños no susceptibles de ser digeridos, que se introducen algunas veces en el canal alimentario. (*Nota del mismo Hanh.*)

introducir en nuestras venas líquido alguno acre y nocivo, capaz de modificar y de corromper químicamente la masa de nuestros humores, hipótesi insostenible y sin pruebas, imaginada por algunas cabezas atestadas de ideas mecánicas. Las causas escitantes de las enfermedades, obran por su virtualidad sobre el estado de nuestra vida, de un modo puramente dinámico y como espiritual. Principian por desarmonizar los órganos de la fuerza vital, y la existencia modificada que de esto resulta, la mutacion dinámica que se sigue arrastra una mutacion en la manera de sentir (desazon, dolores), y de obrar (anomalía de las funciones) de cada órgano en particular y del conjunto de órganos, y la alteracion de los líquidos que llenan nuestros vasos, determinando la secrecion de sustancias no acostumbradas. Este es el inevitable resultado del nuevo carácter que ha tomado la vida, carácter que difiere del de el estado de salud.

Estas sustancias pues insólitas ó anormales que se manifiestan en las enfermedades, no son mas que productos de la enfermedad misma: deben necesariamente ser escretados todo el tiempo que la enfermedad conserve su carácter actual, y constituir asi parte de sus síntomas. Son únicamente efectos y consiguientemente manifestaciones de la anomalía que existe en lo interior, y aunque sean frecuentemente contagiosos para las personas sanas, no ejercen sobre el enfermo que los ha producido, accion alguna capaz de engendrar ó de entretener la enfermedad; es decir, que no obran como causas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

morbíficas materiales (1), asi como un hombre no puede infestar otras partes de su cuerpo con el pus su propio cancer venereo, ni de su uretra atacada de gonorrea, ni la víbora puede hacerse una mordedura mortal ó peligrosa con su misma veneno.

Segun esto, es evidente que las enfermedades del hombre engendradas por la influencia dinámica y virtual de causas morbíficas, no son originariamente sino modificaciones dinámicas, y por decirlo asi, espirituales del carácter vital de nuestro organismo.

Se vé sin trabajo que no siendo estas alteraciones dinámicas del carácter vital de nuestro organismo, llamadas enfermedades, como no son otra cosa mas que mutaciones en la manera de sentir y de obrar, no pueden espresarse sino por medio de una agregacion de síntomas, y que solamente bajo esta forma es como pueden llegar á nuestro conocimiento.

Supuesto que en un acto tan importante para la vida humana, como la curacion de una enfermedad, no hay otro objeto admisible de curacion que un estado del cuerpo enfermo, que se puede reconocer muy bien por medio de nuestras facultades, ó nuestros sentidos, puesto que no debemos tomar otra guia en atencion á que invocar simples conjeturas, ó hipótesis desnudas de pruebas, sería locura y aun atentado contra la humanidad, se sigue de aqui que las enfermedades, modificaciones dinámicas del carácter de la vida, se espresan únicamente por modificaciones en la manera de sentir y de obrar de nuestro organismo; es decir, únicamente por una agregacion de síntomas apreciables. Solo estos pues deben formar el objeto de curacion en una enfermedad. En efecto, despues de quitados todos los síntomas, no queda sino la salud.

No siendo las enfermedades mas que alteraciones dinámicas del estado de nuestro organismo y del carácter de nuestra vida, no pueden destruirse de otro modo que empleando potencias y fuerzas que igualmente puedan producir modificaciones dinámicas en el estado del organismo humano. En otros términos, los medicamentos curan las enfermedades de una manera virtual y dinámica (1).

(1) Barriendo y echando fuera mecánicamente estas sustancias, no nos es mas posible agotar la fuente de donde manan y curan la enfermedad en sí misma, que el acortar la duracion de un coriza ó curarle en fuerza de sonarnos á menudo las narices, lo que no haria que por eso el coriza terminase un dia antes de lo que exigia su naturaleza. (*Hanh.*)

(1) No curan ni por pretendidas propiedades disolventes y mecánicamente incisivas, depurativas y evacuantes, ni en virtud de una actividad que les haga propios para espeler electivamente principios morbosos imaginarios, ni por medio de un poder antiséptico, obrando como en la carne podrida, ni por alguna otra influencia clínica ó física como si obrasen sobre cosas materiales muertas, segun las escuelas médicas de todos tiempos lo han imaginado y soñado. A la verdad los médicos modernos hasta un cierto punto han principiado á considerar las enfermedades como modificaciones dinámicas, y en

Estas sustancias activas y fuerzas, que tenemos á nuestra disposicion (medicamentos) curan por el mismo poder dinámico de modificar el estado actual y el carácter vital de nuestro organismo en su modo de sentir y de obrar, que aquel en virtud del cual lo modifican dinámicamente y provocan en él ciertos síntomas morbosos, cuyo conocimiento, como se verá mas adelante, nos da las nociones mas ciertas sobre los estados morbosos, que cada uno de estos medicamentos puede curar con mas seguridad. Solo un agente que pueda desarmonizar el estado del hombre en general (dinámicamente) y consiguientemente tambien modificar el estado de los sugetos que gozan salud, es lo que puede completar la curacion; ninguna otra sustancia ó fuerza hay que sea poderosa para producir en

---

algun modo han intentado combatirlas dinámicamente por medicamentos; pero no reconociendo que la actividad sensible, irritable y nutritiva de la vida es variable al infinito *in modo et qualitate*, únicas mutaciones íntimas que podemos reconocer por su reflexion al esterior, no considerando estas mutaciones, como realmente lo son, el solo objeto de curacion que no pueda inducir en error, no admitiendo, como hipotéticamente no admiten, sino una aumentacion ó disminucion anormales de esta actividad *quo ad quantitatem*, en fin, atribuyendo no menos arbitrariamente á las sustancias medicamentosas la virtud de volver esta aumentacion y esta diminucion á su tipo normal, medio de que se sirven para esplicar la curacion: no tienen á la vista mas que quimeras, quimeras en cuanto á la indicacion, y quimeras en cuanto al modo de obrar los medicamentos. (*Hanh.*)

el organismo humano una mutacion que pueda espeler la enfermedad (1).

Mas por otra parte tampoco hay en la naturaleza agente ni fuerza capaz de afectar morbíficamente al hombre en salud, sin que al mismo tiempo no tenga el poder de curar ciertos estados morbosos.

Ahora bien, pues que la facultad de curar una enfermedad y la de producir una afeccion morbosa en las personas sanas, son inseparables una de otra en todos medicamentos; y pues que estas dos facultades proceden manifiestamente de una sola y misma fuerza, es decir, del poder que tienen los medicamentos de modificar dinámicamente el estado del hombre, y que por consiguiente estos tampoco pueden obrar sobre los enfermos segun otra ley natural inherente, que la que preside á su accion sobre los individuos sanos, se sigue de aqui, que la potencia del medicamento que cura la enfermedad en los enfermos, es la misma que la que hace escitar síntomas morbosos en el hombre en plena salud (2).

Tambien pues encontraremos, que la potencia curativa de los medicamentos, ó lo que puede obrarse por cada uno de ellos en las enfermedades, jamás se espresa mas claramente, ni puede llegar

---

(1) Este poder no pertenece á ninguna sustancia que no sea, por ejemplo, mas que nutritiva. (*Hanh.*)

(2) La diferencia del resultado en estos dos casos depende únicamente de la del objeto que se vá á modificar. (*Hanh.*)

á nuestro conocimiento de un modo mas puro y mas completo que por los fenómenos y síntomas morbosos (especies de enfermedades artificiales) que estas sustancias provocan en el hombre sano; porque desde que tenemos á la vista el cuadro de los síntomas morbosos particulares, producidos en el hombre sano por las diversas sustancias medicinales, nada mas nos resta que hacer, que recurrir á las esperiencias puras, las solas capaces de determinar cuáles son los síntomas medicinales, que siempre hacen cesar, y curan de un modo rápido y durable, ciertos síntomas morbosos, para que conozcamos de antemano el que entre los medicamentos, cuyos síntomas particulares se han estudiado, es el mas seguro medio de curacion de cada caso dado de enfermedad (1).

(1) Por simple, verdadera y natural que sea esta proposicion, cualquiera derecho que se crea tener á creer que hace mucho tiempo que debia haber sido admitida como principio fundamental en la apreciacion de las virtudes curativas, sin embargo nadie hasta aqui ha llegado á tener de ella ni aun la sospecha mas remota. Durante los millares de años de cuyos acontecimientos nos noticia la historia, nadie ha presentido este orígen tan natural del conocimiento de las propiedades curativas de los medicamentos, y nadie ha concebido la idea de recurrir á él antes de emplearlos en las enfermedades. Hasta hoy siempre se ha estado en la creencia de que no se podia comprobar la accion de los medicamentos, sino por el resultado de su aplicacion al hombre enfermo; se pretendia averiguarla por las circunstancias, en que tal medicamento dado (de ordinario era una mezcla de diversas sustancias) habia sido eficaz contra un caso igualmente dado de enfermedad. Pero el resultado feliz de una sustancia medicamentosa, aun (lo que rara vez se vé) en un caso de enfermedad descripta con exactitud, nunca podria hacernos conocer las circunstancias en que esta sustancia podria en lo sucesivo ser saludable, pues que á escepcion de las enfermedades producidas por un miasma fijo, la viruela, el sarampion, la sifilis, la sarna, etc., ó de aquellas que son debidas á muchos vicios siempre semejantes á sí mismos, como la gota etc., todas las otras no son sino casos aislados, es decir, que cada uno aparece en la naturaleza bajo la forma de un conjunto diferente de síntomas, que jamás existe ó existirá enteramente semejante del que vemos hoy, y que por consiguiente, el resultado de un remedio en tal ó tal caso no es suficiente para concluir que la sustancia obrará la curacion en otro caso (que será diferente), el aproximar violentamente unos á otros estos casos de enfermedad que la naturaleza ha hecho que sean diferentes al infinito; su reunion bajo un cierto número de formas nominales, como las que la patología crea arbitrariamente, es una obra humana sin realidad, que arrastra á contínuas ilusiones, y que á menudo hace confundir, unos con otros, estados morbosos bien diferentes. Otro método no menos incierto y muy apto para inducir á error, aunque seguido desde la mas remota antigüedad, es el establecer propiedades curativas generales para los medicamentos, segun el efecto que han producido en casos aislados. Con este proceder, fundándose la materia médica en lo que un medicamento ha producido de tiempo en tiempo, en algunos casos morbosos, v. gr. una secrecion de orina, la aparicion de las reglas, la cesacion de convulsiones, una especie de sueño, la espectoracion etc.; se erige esta sustancia en diurética, sudorífica, emenagoga, anti-espasmódica, soporífica, béquica etc.; confundiendo así las pala-

Preguntemos en seguida á la esperiencia, para saber de ella cuáles son los elementos morbosos artificiales (ú observados como consecuencia de los

medicamentos) sobre cuyo socorro se pueda contar en ciertos estados morbosos naturales; preguntémosle, si el medio de restablecer la salud de la manera mas cierta y mas durable, consiste en emplear los medicamentos que son aptos á producir en el hombre sano un estado morboso *diferente* de aquel que se quiere curar, ó emplear los que determinan en el organismo sano un estado *opuesto* al que se quiere hacer cesar, ó si finalmente deberán emplearse los que provocan en los sugetos que disfrutan salud un estado *análogo* á la enfermedad natural que se tiene á la vista, porque no hay mas que estos tres modos posibles de modificar el organismo; la respuesta á semejante pregunta no será equívoca.

Ya de suyo se manifiesta, que medicamentos que obran en sentido *diferente* (alopáticamente),

---

bras de *durante el uso* con las de *por el uso*, concluyendo del particular al general contra todas las leyes de la lógica, y aun formando un condicional absoluto, porque lo que no tiene el poder de provocar en todos los casos la orina, las reglas, el sueño, la espectoracion, no podia para el que raciocine con exactitud, merecer el título absolutamente de sudorífico, diurético, de emenagogo, de soporífico, de béquico. Esto es sin embargo lo que hace la materia médica ordinaria. En resúmen, es imposible que en asociaciones tan diversificadas de síntomas diferentes, como son las enfermedades infinitamente variadas del hombre, el uso de un medio pueda declarar su accion medicinal pura y primitiva, y enseñar lo que positivamente se debe esperar de él, respecto á las modificaciones que el organismo haya de sufrir. Los medicamentos no pueden darnos estos signos mientras no se les haga obrar sobre el hombre sano. (*Hanh.*)

que tienen tendencia á producir en el hombre sano síntomas no idénticos á los de la enfermedad, cuya curacion se propone, no podrian, segun la naturaleza de las cosas, ser convenientes y saludables, y que deberian obrar de una manera en cierto modo oblícua, de otra suerte, cada enfermedad podria ser curada prontamente, con seguridad y de un modo durable por cualquiera medicamento indistintamente. Pero como cada medicamento posee un modo de accion diferente del de los otros, como cada enfermedad determina, segun las leyes eternas de la naturaleza, una desarmonía del organismo humano diferente de la ocasionada por las otras, esta proposicion implica contradicion, lo que basta para demostrar la imposibilidad de un buen resultado en igual caso, no pudiendo obrarse una mutacion cualquiera sino por una causa apropiada y no *per quamlibet causam*. Por eso la esperiencia confirma todos los dias que con sus mezclas disparatadas de medicamentos desconocidos, la práctica generalmente seguida produce todas suertes de efectos, pero el de la curacion es el mas raro de todos.

La segunda manera de tratar las enfermedades por medicamentos, consiste en emplear sustancias que obren de una manera *contraria* (*en antiopáticamente ó antipáticamente*) al estado morboso existente. No es difícil concebir que semejante método nunca puede producir una curacion durable, porque el mal no puede tardar en reaparecer en mayor grado que antes. He aquí lo que en tal caso su-

cede. Por una disposicion admirable de la creacion, los seres orgánicos vivientes no obedecen á las leyes de la naturaleza inorgánica: no reciben como esta la impresion de las cosas esteriores de una manera puramente pasiva; no ceden como ella á las influencias esteriores, sino que tienden á establecer lo contrario de la accion que resienten (1). A la

(1) El jugo verde de una planta y que no goza ya de la vida, no tarda á ponerse pálido bajo la influencia de la luz solar, y concluye por perder el color, mientras que la planta viva, que se ha hecho ahilar en una cueva, vuelve á tomar prontamente su tinte verde natural esponiéndola al sol. Una raiz sacada de tierra y seca (muerta), se destruye pronto en un suelo caliente y húmedo, mientras que una raiz viva hecha tallos vigorosos en este mismo suelo. La cerbeza espumosa, se convierte rápidamente en vinagre á 96 del termómetro de Fahrenheit, en una botella, pero á la misma temperatura en el estómago, deja de fermentar y se hace en poco tiempo un jugo nutricio muy suave. La carne á medio podrir comida por un hombre sano es la que da los escrementos menos fétidos, mientras que la quina que detiene tan poderosamente la putrefaccion en las sustancias animales privadas de la vida, obra sobre los vísceras sanas de modo que produce los vientos mas repugnantes. La cal se apodera de todos los ácidos en la naturaleza inorgánica, pero introducida en un estómago sano, determina comunmente sudores ágrios. Al paso que nada preserva mejor la fibra animal muerta, de la putrefaccion, las úlceras del hombre vivo se ponen sórdidas y verdes cuando se les rocía frecuentemente con el tanino. Una mano metida en agua caliente, se queda despues mas fresca que la otra mano que no ha sido bañada, y esto tanto mas cuanto, mas caliente estaba el agua del baño. (*Hanh.*)

verdad, el cuerpo humano esperimentó en los primeros momentos alguna mutacion procedente de la accion que sobre él ejercen las potencias físicas; pero esta mutacion no es durable como en los cuerpos inorgánicos, y asi como debia de ser para que la potencia medicinal obrando en sentido inverso de la enfermedad pudiese producir un efecto estable, una curacion durable. Bien lejos de esto el organismo humano, tiende á determinar por antagonismo lo contrario precisamente de la imprevision recibida de afuera (1). Asi la mano que ha tenido algun tiempo metida en agua helada, despues de sacada de aquella agua no permanece fria, ó no se limita á volver á tomar la temperatura del aire ambiente, como sucederia á una piedra: aquella ya no conserva la temperatura del resto del cuerpo, sino que cuanto mas fria estaba la agua del baño, y mas tiempo esta agua haya obrado sobre la piel sana de la mano, mas tambien se inflama á proporcion, que pone mas caliente esta última despues de retirada del baño.

(1) Conforme á ley estable de la naturaleza, el uso de cada medicamento produce desde muy luego ciertas mutaciones dinámicas y síntomas morbosos en el cuerpo humano vivo (*efecto primitivo*), pero determina en seguida por medio de un antagonismo particular, que se puede llamar en muchos casos, tendencia á la conservacion de sí mismo un estado directamente opuesto á aquel (*efecto secundario.*) Asi es como, por ejemplo, el uso de las sustancias narcóticas determina primero la insensibilidad y despues un estado dolorido. (*Hahn.*)

No puede menos de ser muy corto el tiempo que dure la modificacion causada en un síntoma morboso existente, siendo debida á la accion de un medicamento que obra en sentido inverso de la enfermedad; dicho alivio no tarda en verse precisado á ceder (1) al antagonismo que domina en el cuerpo vivo, y que provoca lo contrario, es decir, un estado opuesto á la mejoria falaz producida por el paliativo y semejante al mal primitivo. Luego este estado es una adicion hecha á la enfermedad primera que no ha sido curada; es por consiguiente esta misma enfermedad primera á un grado mas fuerte. El mal ciertamente continúa asi, *despues que el paliativo ó el medicamento obrando de una manera* antipática ha agotado su accion (2).

(1) Lo mismo que una mano que se ha quemado no permanece fria y sin dolor, apenas por mas tiempo que el que se ha dejado metida en agua fria. (*Hahn.*)

(2) Asi el dolor de una quemadura en la mano, se calma prontamente, pero solo por algunos minutos, por el agua fria; pasados los cuales, el dolor escociente y la inflamacion se hacen mas vivos de lo que eran antes. La inflamacion efecto secundario del agua fria, se agrega á la inflamacion efecto primitivo de la quemadura que la agua fria no ha podido destruir. El sentimiento penoso de plenitud que se esperimenta en el abdómen como consecuencia de un estreñimiento habitual de vientre, parece cesar como por encanto poco despues de la accion de un purgante; pero desde el dia siguiente, la plenitud dolorosa reaparece con la tension del abdómen y el estreñimiento de vientre, y al cabo de algunos dias estos accidentes mismos son mas graves de lo que eran antes del purgante. El estupor soñolento que produce el ópio es seguido de noches, en que se duerme mucho menos que de contínuo. Pero lo que demuestra que este estado consecutivo es una verdadera agravacion, es que cuando se le opone de nuevo el paliativo (v. gr. el ópio á un insomnio habitual ó á una diarrea crónica) es necesario darlo á mas alta dósis, como para combatir una enfermedad mas fuerte, si se quiere que produzca por tan poco tiempo como antes la misma apariencia de mejoria. (*Hahn.*)

Las enfermedades crónicas son la piedra de toque de la verdadera medicina; la que descubre el carácter dañino de los medios paliativos ó que obran enantiopáticamente, porque repitiéndolos, es necesario, si se quiere que produzcan su efecto engañoso, una apariencia fugaz de mejoria, darlos á dósis siempre crecientes, que comprometen frecuentemente la vida, y que con bastante frecuencia causan realmente la muerte del enfermo (1).

No resta pues mas que una manera de emplear los medicamentos para curar las enfermedades realmente; esto consiste en dar cada vez uno que tenga la tendencia de provocar en el organismo una afeccion morbosa artificial análoga, y lo mas análoga posible al caso morboso presente.

Es fácil probar por el raciocinio que esta manera de emplear los medicamentos es el método mas perfecto, el único que sea bueno, como lo comprueban ya innumerables observaciones, y como lo demuestran la esperiencia de los médicos

(1) Como cuando se repite el ópio á dósis siempre en aumento para paliar los síntomas graves de una enfermedad crónica. (*Hahn.*)

partidarios de mi doctrina y la de los hechos que pasan todos los dias á nuestros ojos (1).

Sin trabajo se comprenderá conforme á qué leyes de la naturaleza se obra y debe obrarse la sola curacion racional de las enfermedades; su curacion homeopática.

---

(1) Para no citar mas que un pequeño número de hechos que se nos presentan diariamente, recordaré que el dolor escociente producido por el agua hirviendo derramada sobre la piel, se calma acercando la parte al fuego, si está medianamente quemada, ó manteniéndola de contínuo humedecida de aguardiente, ó de esencia de trementina caliente, que ocasiona una sensacion aun mas viva de quemadura. Este modo infalible de curacion, está muy en uso entre los artesanos. El dolor escociente que el alcool y la esencia de trementina determinan, permanece todavía en seguida por algunos minutos, en atencion á que el organismo homeopáticamente desembarazado por el de la inflamacion escitada por la quemadura, no tarda en reparar la lesion de la piel y forma una nueva epidérmis que impide al espíritu de vino penetrar mas. Asi es como en algunas horas se curan por la aplicacion de un medio escitante, dolores escocientes, una quemadura que tratada por los paliativos refrescantes y los ungüentos acostumbrados, degenera en una úlcera maligna, y continúa ordinariamente supurando semanas y aun meses, causando mucho dolor. Los bailarines de profesion, saben por una larga y antigua esperiencia, que cuando se hallan muy acalorados con el baile, se quedan frescos por algunos instantes aligerándose de ropa y bebiendo agua fresca, pero que infaliblemente en seguida se ven atacados de una enfermedad mortal; y sábiamente, en vez de ponerse al aire ó quitarse ropa, toman una bebida calefaciente por su naturaleza, ponche ó té caliente con rom, lo que unido á un suave paseo por el cuarto, les libra luego de la fiebre cálida producida por el baile. Del mismo modo un segador no visoño

Una de las primeras leyes naturales que no pueden desconocerse es esta: *la afectibilidad del organismo vivo por las enfermedades naturales es sin comparacion mas débil que la afectibilidad por los medicamentos.*

Todos los dias y á todas horas una multitud de causas escitatrices de enfermedades obran sobre nosotros, pero no tienen poder de destruir nuestro equilibrio y hacernos enfermar cuando estamos en plena salud. La actividad de la fuerza vital conservadora que existe en nosotros resiste ordinariamente á la mayor parte de causas, y el hombre

---

cuando se ve escesivamente fatigado por el ardor del sol no hace mas que tomar un vaso de aguardiente para repararse, y apenas se pasa una hora sin que se halle perfectamente bien, sin frio ni calor. Ningun hombre esperimentado será de parecer de meter en agua caliente ó aproximar al fuego un miembro helado; la aplicacion de la nieve ó el agua de hielo al fundirse, es el remedio homeopático conocido de todo el mundo en igual caso. La desazon producida por una alegria demasiado viva (alegria delirante, agitacion, temblor, movilidad escesiva, palpitaciones de corazon, insomnio), cede de una manera pronta y durable al café, que produce los mismos fenómenos cuando no se está habituado á él. Hay tambien una multitud de acontecimientos diarios que confirman esta grande verdad, que la naturaleza ha querido que fuese posible á los hombres desembarazarse de sus largas enfermedades por enfermedades cortas análogas á aquellas. Pueblos que habian languidecido durante muchos siglos en la esclavitud y en la apatía, despertaron despues, volvieron á tomar el sentimiento de su dignidad, y recobraron la libertad despues de haber estado envilecidos por la tiranía de un conquistador. (*Hahn.*)

conserva la salud. Esto no se opone á que cuando ellas han llegado á un grado muy álto de intensidad, y nos esponemos á su influencia muy al descubierto, no caigamos enfermos; pero aun entonces no enfermamos de gravedad, sino cuando en el momento mismo hay en nuestro organismo un flanco débil, y prestándose mas particularmente á los ataques, le hace mas apto para ser afectado por la causa morbífica presente (simplemente ó compuesta) y para ser por ella puesto en desarmonía.

Si las potencias naturales tanto físicas como morales, llamadas causas morbíficas, tuviesen un poder absoluto de desharmonizar el organismo humano, como se hallan esparcidas por todas partes, ninguno tendria salud; el mundo entero estaría enfermo y no tendriamos idea de la salud. Mas, como generalmente hablando, las enfermedades no son sino escepciones en el estado de los hombres, y como se requiere el concurso de un gran número de circunstancias y de condiciones diversas, tanto de parte de las potencias morbíficas como de parte de la persona que haya de enfermar, para que una enfermedad sea realmente producida por sus causas escitatrices; se sigue que el hombre es tan poco afectable por semejantes causas, que no pueden jamás de un modo absoluto hacerle enfermar, y que á lo menos no pueden desharmonizar su organismo hasta el punto de hacerle enfermar, mientras que en él no exista una predisposicion especial.

Con las potencias dinámicas artificiales que llamamos medicamentos, sucede todo al contrario. En efecto, todo verdadero medicamento obra en todos tiempos, en todas circunstancias y sobre todos los cuerpos vivos y animados, y escita en estos los síntomas que le son peculiares (en grado perceptible á nuestros sentidos cuando la dósis es bastante fuerte), de modo que evidentemente todo organismo humano vivo debe ser en todo tiempo y de una manera absoluta ocupado, y en algun modo infectado de la enfermedad medicinal; lo que como todo el mundo vé, no sucede con las enfermedades naturales (1).

De todas estas observaciones se sigue incontestablemente, que el cuerpo humano es mucho mas propenso á ser afectado por las potencias medicinales que por las causas de enfermedad y los miasmas contagiosos, ó lo que significa lo mismo, que las potencias medicinales tienen una virtud absoluta de desharmonizar el organismo humano, y que las afecciones morbíficas no la tienen sino muy condicional, susceptible de ser vencida por la otra.

A la verdad, se sigue ya de aquí que las enfermedades pueden ser curadas por los medicamentos; es decir, que la afeccion morbosa puede ser estinguida en el organismo enfermo cuando se le opone la mo-

(1) Aun las mismas enfermedades pestilentes no son contagiosas de un modo absoluto, y no atacan á todos sin escepcion. Las otras enfermedades respetan todavia un número mayor de hombres, aunque estos se espongan á las vicisitudes del tiempo, de las estaciones y á la influencia de otra multitud de causas nocivas. (*Hahn.*)

dificacion conveniente provocada por una sustancia medicamentosa. Pero para que la curacion suceda realmente, es de necesidad que la segunda ley natural se observe igualmente. Esta segunda ley dice, que una afeccion dinámica mas fuerte apaga de una manera durable otra afeccion dinámica menos fuerte en el organismo vivo, cuando la primera se asemeja á la segunda en cuanto á la especie en efecto, como ya creo haberlo probado, la modificacion dinámica que se aguarda del medicamento, no debe ser de otra especie que la modificacion morbosa; no debe ser alopática, para que de ella no resulte un desórden todavia mayor, lo que sucede en la práctica vulgar: no debe tampoco ser opuesta ó enantiopática; para que un efecto no se limite á una apariencia de alivio, una simple paliacion inevitablemente seguida de la exasperacion del mal primitivo; ella debe ser semejante, es decir, que el medicamento para procurar una curacion durable ha de tener la propiedad de hacer nacer síntomas análogos en el hombre que goza salud.

Ahora pues, como las afecciones dinámicas del organismo, debidas, sea á enfermedad, sea al medicamento, no pueden reconocerse sino por la manifestacion de las mutaciones sobrevenidas en la materia de sentir y de obrar; y como por consecuencia, tampoco el conjunto de estas afecciones dinámicas puede ser espresado sino por el de los síntomas; pero que como el organismo cede mas á la afeccion medicamentosa, es decir, se deja mas modificar por ella que por la afeccion morbosa análoga, se sigue de aqui incontestablemente que debe ser desembarazado de la afeccion morbosa, cuando se hace obrar sobre él un medicamento que, diferente de la enfermedad por su naturaleza (1), se le acerca en lo posible por la analogía de sus síntomas; es decir, es homeopático, porque el organismo en su cualidad de unidad viviente, no puede admitir á la vez dos afecciones dinámicas semejantes, sin que la mas leve se vea obligada á ceder á la mas fuerte. Luego, supuesta la tendencia á ser afectado mas fuertemente por un medicamento que por una enfermedad análoga, esta debe necesariamente abandonar el organismo, que en seguida por el hecho se encuentra curado.

No se crea que para curar el organismo de su enfermedad, se le comunica una afeccion nueva y semejante por una dósis de medicamento homeopático, ni que él se encuentre por esto mas cargado, ó mas enfermo que antes, es de-

(1) Sin esta diferencia natural entre la afeccion morbosa y la afeccion medicinal, no seria posible la curacion, si las dos enfermedades fuesen, no solo semejantes, sino de la misma naturaleza, es decir, idénticas, nada sucederia notable, ó á todo lo mas, un aumento del mal, asi como no se curaria jamás un cancro, por la aplicacion del pus tomado del cancro de otra persona. (*Hahn.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cir, que se haya aumentado algo su enfermedad; á esta no se le ha hecho ninguna adicion, como sucederia con una lámina de plomo, comprimida entre otras dos de hierro por un peso, ó como sucederia á una pieza de cobre caliente ya por la frotacion, si se la sumergiese en agua hirbiendo. Nada de esto. Nuestro organismo vivo no se comporta segun las leyes fisicas de la naturaleza muerta; se rehace por medio de un antagonismo vital, para en cualidad de *todo viviente*, y cerrado por todas partes, desembarazarse de su modificacion morbosa, y hacer que se estinga en él, cuando llega á apoderársele otra afeccion semejante mas fuerte, escitada por un medicamento homeopático.

Véase como nuestro organismo vivo reacciona de un modo dinámico y casi espiritual. En virtud de una fuerza activa por sí misma, hace él cesar en su interior una modificacion discordante (enfermedad), luego que la potencia mas fuerte del medicamento homeopático le procura otra afeccion, pero muy análoga. En otros términos, la unidad de su vida no permite qne pueda sentir ni ser ocupado, ó padecer simultáneamente dos desharmonías generales semejantes, y por eso la afeccion dinámica presente (enfermedad), cesa luego que una segunda potencia dinámica (medicamento), mas capaz de modificarle, obra sobre él, y provoca síntomas que tengan mucha analogía con

los de la otra. En el espíritu humano sucede lo mismo (1).

Y si al organismo humano cuando goza salud, le hallamos ya mas dispuesto á dejarse afectar de los medicamentos que de las enfermedades, como ya lo he demostrado, en el estado de enfermedad, siente la impresion de los medi-

---

(1) Una jóven afligida por la muerte de una amiga suya, si se la lleva á ver unos pobres niños, cuyo padre, su único apoyo, acaba de morir, no se entristece mas de lo que estaba, á la vista de este cuadro lastimoso, al contrario, de su contemplacion saca un motivo de consuelo; como su propia desgracia es mas débil, se encuentra curada del pesar que le inspiraba la muerte de su compañera; porque el espíritu que es uno solo, no puede ser afectado á la vez sino de una sola modificacion de la misma naturaleza, lo que hace que una de las dos se estinga en él, cuando otra análoga mas fuerte se le llega, y le impresiona á la manera de un medicamento homeopático. Aquella jóven no se consolaria, porque su madre encolerizada contra ella (potencia alopática) la maltratase; lejos de esto, este nuevo disgusto de otra naturaleza haria empeorar su espíritu mas todavia. Del mismo modo, un festin solo obraria en ella como un paliativo que la distraeria solamente por algunas horas, porque la nueva afeccion que de este regocijo resultaria, seria enantiopática, y cuando volviese á verse en soledad, su tristeza no seria menos profunda, y lloraria mas amargamente la pérdida de su amiga. Lo que sucede aqui en la vida moral, sucede tambien en la vida orgánica. Nuestra vida, que es una sola, no puede ser presa simultáneamente de dos afecciones dinámicas generales, porque cuando la segunda se asemeja á la primera, pero es mas fuerte, no deja de estinguir y hacer cesar á aquella (*Hahn*).

camentos homeopáticos, muchísimo mas que la de los nuevos medicamentos alopáticos; porque estando ya dispuesto por la enfermedad á la manifestacion de ciertos síntomas, tambien lo debe estar á dejar parecer los análogos provocados por el medicamento, lo mismo que una afeccion moral hace al sugeto mas impresionable á la relacion que se le hace de afecciones del mismo género. En vista de todo esto, debe ser útil y de necesidad forzosa dar la mas pequeña dósis posible del medicamento para procurar la curacion; y esta necesidad de hacer tomar una dósis tan débil, resulta ya de que aqui la potencia dinámica del medicamento va á dar directamente en el blanco, no por la cantidad, sino por la virtualidad y la cualidad (apropiacion dinámica homeopática). Porque la dósis fuera mayor no seria mas útil, al contrario, dañaria, pues no curaria la modificacion dinámica de la afeccion morbosa mejor que la dósis mas pequeña, y por otro lado produciria una enfermedad medicinal mas complicada, lo que siempre es un mal, aun cuando se pase en un espacio de tiempo determinado.

El organismo, pues, se afecta fuertemente por el poder de una dósis muy pequeña, aunque sea de la potencia medicinal, capaz de contrabalancear y estinguir la totalidad de síntomas de la enfermedad, por su tendencia á provocar síntomas semejantes. Como ya tengo dicho, queda libre de la afeccion morbosa, en el momento en que la afeccion medicamentosa se apodera de él, afeccion por la cual es infinitamente mas fácil de impresionar al organismo que por la otra.

Si las potencias medicinales aun á fuerte dósis no afectan el organismo sano, sino por un pequeño número determinado de dias, se concibe bien que una débil dósis, y en las enfermedades agudas, una muy pequeña, como la esperiencia ha acreditado que debe darse en los tratamientos homeopáticos, puede no afectar el cuerpo sino por muy poco tiempo, por algunas horas solamente, pues que entonces la afeccion medicamentosa que ha tomado el lugar de la enfermedad, no tarda en ser reemplazada por la salud perfecta.

No puede haber otras leyes que estas, conforme á las cuales la naturaleza del organismo vivo procede á la curacion durable de las enfermedades por los medicamentos; y efectivamente, de esta manera es como obra con una certeza, se puede decir matemática. No hay en el mundo un solo caso de enfermedad dinámica (escepto la agonía, la decrepitud, la destruccion de una víscera ó de un miembro no indispensable á la existencia), (1) cuyos síntomas no puedan hallarse con grande semejanza entre los efectos positivos de algun medicamento que no pueda ser curado por este mismo medicamento (2), de una manera rápida y durable.

(1) Parece que en lugar de no indispensable, deberia decir indispensable.

(2) Las curaciones mismas que en casos raros de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre todos los métodos curativos imaginables, no hay uno que pueda desembarazar al hombre enfermo con mas facilidad, certeza, prontitud y solidez, que la administracion de un remedio homeopático á dósis pequeña.

---

práctica vulgar asombran por su buen éxito, no suceden sino en razon de un medicamento homeopático, que la casualidad hizo entrar en la receta. Hasta ahora los medicamentos no han podido ser elegidos homeopáticamente contra las enfermedades por los médicos, pues estos no buscaban sus efectos positivos, sus efectos observables sobre el hombre en salud; efectos que por consiguiente ignoraban, y que no miraban como aplicables al tratamiento de las enfermedades, los que el acaso me ha hecho conocer antes y despues de escribir mi materia médica, y que tampoco sospechaban la necesidad para obtener curaciones radicales, de una coincidencia entre los efectos de los medicamentos y síntomas de las enfermedades (*Hahn.*)

CAPITULO V.

La escuela médica ordinaria conoce el uso de los instrumentos de su oficio? ¿Tiene medios seguros de adquirir este conocimiento? Crítica de su materia médica.

A nadie se le oculta cuán importante sea en todo arte ó profesion, tener un completo conocimiento de los instrumentos de que tiene que servirse el que la ejerce, para que sus obras salgan perfectas y bien acabadas. Esta importancia es mayor sin comparacion que en cualquiera arte ó manufactura, en una profesion como la del médico, que tiene á su cuidado conservar la obra mas perfecta que ha salido de las manos del supremo Criador, y reparar los menoscabos á que de continuo se halla espuesta. En el desempeño de un encargo como el nuestro, que es el mas interesante, útil y necesario para la sociedad, y esto como por voto de la Sabiduría infinita, que dice en el libro de Job: *Nullum censum super censum salutis....* Que es el mas sagrado y mas noble, como que su desempeño ha sido por muchos siglos esclusivo al sacerdocio y á los príncipes: que es el que mas acerca al hombre á la naturaleza divina, hasta en opinion de los paganos, pues Ciceron ha dicho: «*Homines ad Deos nulla allia re propius accedunt, quam salutem ho-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre todos los métodos curativos imaginables, no hay uno que pueda desembarazar al hombre enfermo con mas facilidad, certeza, prontitud y solidez, que la administracion de un remedio homeopático á dósis pequeña.

---

práctica vulgar asombran por su buen éxito, no suceden sino en razon de un medicamento homeopático, que la casualidad hizo entrar en la receta. Hasta ahora los medicamentos no han podido ser elegidos homeopáticamente contra las enfermedades por los médicos, pues estos no buscaban sus efectos positivos, sus efectos observables sobre el hombre en salud; efectos que por consiguiente ignoraban, y que no miraban como aplicables al tratamiento de las enfermedades, los que el acaso me ha hecho conocer antes y despues de escribir mi materia médica, y que tampoco sospechaban la necesidad para obtener curaciones radicales, de una coincidencia entre los efectos de los medicamentos y síntomas de las enfermedades (*Hahn.*)

CAPITULO V.

La escuela médica ordinaria conoce el uso de los instrumentos de su oficio? ¿Tiene medios seguros de adquirir este conocimiento? Crítica de su materia médica.

A nadie se le oculta cuán importante sea en todo arte ó profesion, tener un completo conocimiento de los instrumentos de que tiene que servirse el que la ejerce, para que sus obras salgan perfectas y bien acabadas. Esta importancia es mayor sin comparacion que en cualquiera arte ó manufactura, en una profesion como la del médico, que tiene á su cuidado conservar la obra mas perfecta que ha salido de las manos del supremo Criador, y reparar los menoscabos á que de continuo se halla espuesta. En el desempeño de un encargo como el nuestro, que es el mas interesante, útil y necesario para la sociedad, y esto como por voto de la Sabiduría infinita, que dice en el libro de Job: *Nullum censum super censum salutis....* Que es el mas sagrado y mas noble, como que su desempeño ha sido por muchos siglos esclusivo al sacerdocio y á los príncipes: que es el que mas acerca al hombre á la naturaleza divina, hasta en opinion de los paganos, pues Ciceron ha dicho: «*Homines ad Deos nulla allia re propius accedunt, quam salutem ho-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minibus dando.» En el desempeño, repito, de un ministerio tan interesante, noble y sacerdotal, nunca estará de mas cuanto esmero, cuidado y atencion se ponga para la eleccion, perfeccion y cabal conocimiento de los medios ó instrumentos que haya de emplear la mano, por otra parte inteligente y diestra, del que quiere asegurar la perfeccion de su obra y no perderla.

Pero vemos con dolor que en todos tiempos los genios mas eminentes de la escuela médica ordinaria, se han lamentado y lamentan de la falta de este conocimiento. Los tres reinos de la naturaleza esplotados por la física, la química y la observacion, han enriquecido la materia médica de todas las escuelas. Pero el modo de conducirse los talentos de la escuela médica reinante, para el descubrimiento de las virtudes medicinales de los cuerpos sujetos á su examen, no podia apenas servir sino para estraviarlos; ellos han corrido afanados en busca de la verdad, y el mas afortunado no lo ha sido para hallarla, mas que á medias ó menos. Ni podia ser otra cosa segun la imperfeccion, y aun diré, nulidad de los medios adoptados que figuran como capitales entre la *tradicion*, *la determinacion á priori*, *y la esperimentacion ab usu in morbis*.

A..... La tradicion, como medio determinante de las propiedades medicinales de los cuerpos, no podia conducir al entendimiento mas que á juicios inexactos y casi siempre erróneos: es una guia muy infiel, y de ello se puede convencer á la escuela alopática con sus propios libros en la mano, libros, no de los siglos remotos, apellidados de la ignorancia, sino con los últimos que han visto la luz pública en medio del presente de ilustracion y de progreso. Si examinamos la materia médica, que por reglamento se da para testo de todas las escuelas médicas de la nacion, como la mas á propósito para este destino, y que hace muy poco que se ha publicado, nos convencerá de esta verdad. Este tratado, y todos los que de la misma materia le han precedido, no son otra cosa que tradiciones de quimeras y de puerilidades, copiadas sucesivamente de los primeros por los últimos escritores.

Abramos, pues, á la ventura dicha materia médica, y supongamos que se abrió por la página 203; á la tercera línea se nos presenta el artículo Stannum, respecto á cuyas virtudes medicinales dice solo que es *antihelmintico*, *y que se usa con particularidad en el Tenia*, *en limaduras*, *á la dósis de medio á un escrúpulo*, *pudiéndose repetir segun las circunstancias algunas veces al dia.* Confrontado con esta las materias médicas y las farmacopeas que le han precedido, se verá que principando por la última hasta llegar á la primera, todas hablan del estaño, asignándole la misma cualidad de antihelmintico, desde poco antes del principio del siglo último, en que por primera vez se habló de este metal como antihelmintico, sin que los médicos sospechasen en él tal virtud, hasta que una muger de Lith, pueblo de Escocia, llamada Alston, fue la primera que se sepa

empleó el estaño contra la lombriz solitaria en un mercader de vinos, administrándola del modo siguiente..... "Tómese onza y media de estaño, redúzcase á polvo, mézclese con jarabe de azúcar, y tómese la mitad de esta mezcla el viernes antes de la nueva luna; la mitad de lo restante dos dias despues, y el último resto el domingo; en seguida un purgante el lunes."

En la presente fórmula no se trata de limaduras groseras y guarnecidas de puntas, con las que quieren los farmacologistas aguijonear á la solitaria para obligarla á dejar su alojamiento, sin parar la atencion en que para la produccion de tal mecanismo seria mas del caso que el estaño, la limadura de otro metal mas duro, mejor aun el esmeril molido, y sobre todo, el vidrio, en igual estado. Tampoco se han parado en el inconveniente de de que siendo la membrana mucosa digestiva, tanto ó mas irritable que la piel de la solitaria, las puntas de aquellas limaduras la ofenderian tanto ó mas que á la lombriz.

Véase de qué modo tan irreflexivo los escritores de las farmacopeas saben echar á perder lo poco bueno que toman de la medicina vulgar. Sin embargo, la observacion y la esperiencia (Hahn. materia médica, tomo 2.º, pág. 313) demuestran, que ni la limadura de estaño, ni su polvo mezclado con el jarabe de azúcar, segun la fórmula de Alston, hacen perecer la solitaria de ninguna especie. Porque ¿cuándo se ha visto á la una ó á la otra de estas dos preparaciones hacer salir de los intestinos el gusano muerto? Siempre hay necesidad de agregar el uso de los purgantes, y aun asi y todo las mas veces no sale, y la rara vez que despues de este doble procedimiento llega á abandonar el canal intestinal, el estaño parece no haber obrado sobre él, mas que como un medio estupefaciente, que facilitó el que pudiese ser arrastrado sin resistencia, por la insensibilidad y torpeza en que se hallaba aquel parásito. Porque el estaño es tan poco apropiado para matar la solitaria, que cuando los purgantes no la espelen toda entera, y casi nunca la espelen, el animal no hace mas que crecer y robustecerse mas en el cuerpo, como lo acreditan los trabajadores en aquel metal, que son los mas frecuentemente y en mas alto grado molestados de los accidentes causados por su presencia.

El estaño, pues, parece que se limita á apaciguar de una manera puramente paliativa los movimientos desagradables á que la solitaria se entrega, cuando no se halla á su plácer; de donde se sigue un efecto secundario, mas antes dañoso que útil al enfermo. Pero aun cuando alguna vez hubiera necesidad de esta paliacion, continúa el mismo Hahn., no es menos cierto, como la esperiencia me lo ha enseñado, que para obtenerla, no hay necesidad de administrar el estaño á escrúpulos, y una débil porcion de grano de la dilucion al milloncismo, ó menos, es suficiente.

Tan imperfecto como se vé es el método ó *traditione* que la escuela médica ordinaria pone en juego, para conocer el uso de los instrumentos

que emplea, y sin embargo no se descontenta de él, porque es muy cómodo no torturar el entendimiento con dudas, acerca de la certeza ó falsedad de la tradicion, cuando se puede evitar esta molestia mediante un robusto acto de fé. No se dá pena por averiguar si las sustancias que emplea, tienen ó no las propiedades que se le asignan, ó si poseen algunas otras mas. Proceder bien distinto del de la escuela médica homeopática, que solo da á tales noticias su justo valor, esto es, las toma para someterlas á la prueba, sin resolverse á usar de ellas á la cabecera del enfermo, sin haber comprobado antes por esperiencias repetidas sobre el hombre sano, lo que cada uno de estos medios puede curar en el enfermo.

Asi es como se ha asegurado de 456 efectos patogenéticos diversos que produce el estaño sobre el organismo sano, sin los que en lo sucesivo puedan descubrirse, continuando la observacion en el sano, con el empeño y escrupulosidad que hasta aqui; mientras que la escuela médica su rival reduce todo el conocimiento que tiene de las propiedades medicinales del estaño, á la virtud *antihelmintica*, y aun esta es muy disputable, si se considera lo que va dicho arriba.

He tomado sin eleccion al estaño para hacerlo servir de ejemplo, siendo indiferente que la crítica verse sobre esta ú otra sustancia, para hacer ver la poca confianza que debe inspirar al médico sensato y conciencioso una materia médica, fundada sobre tan débiles cimientos.

Seria muy de notar que en una obra tan reciente no se hiciese mencion de la homeopatía, anunciada hace ya cerca de medio siglo. Este, sin duda, habrá sido el motivo de que dicha obra en su página 149 nos presente la siguiente nota. "Siguiendo los principios del doctor Hahnemann, establecidos en la teoría ingeniosa de la homeopatía, cuya base fundamental es, que diferentes enfermedades se curan con remedios, capaces de producir síntomas análagos á los de la enfermedad: que el remedio es tanto mas apropiado, cuanto sus efectos (1) se parecen mas á los síntomas del mal que ha de combatir; y que es inútil y aun nocivo emplear al efecto los remedios á grandes dósis, pues bastan las menores cantidades para combatir las dolencias, y estinguir á veces la disposicion á males análogos á los efectos producidos por el remedio, asi como un átomo de vacuna basta para libertar de las viruelas, y uno de peste para comunicar esta cruel enfermedad; se ha propuesto la belladona como preservativo de la escarlata, pues que tomada por algun tiempo en polvo ú estracto, causa, especialmente en los niños, rubicundez en la piel, mas ó menos fugaz ó duradera, sequedad y ardor en la garganta, dilatacion de la pupila, vista fija, ansiedad, y á veces tumefaccion de las glándulas submaxilares, fenómenos que tienen bastante analogía con los síntomas que acompañan la erupcion de la

(1) *Primitivos*, debiera haber añadido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escarlata. Para conseguir estos efectos, se ha administrado el estracto de belladona, poniendo tres granos de este por onza de agua de canela, y administrando una sola vez al dia en ayunas una gota mas que los años que tiene el sugeto. Tambien se prescriben dos granos de los polvos de la raiz, con dos dracmas de azúcar (1), divididos en sesenta partes iguales, y se da cuatro veces al dia á los niños hasta tres años, de medio á un papel por toma: de tres á seis años, de un papel á papel y medio: de nueve hasta doce, de tres hasta cuatro papeles, prolongando el uso del medicamento de quince á mas dias, y suspendiéndolo por cuatro ó cinco para volverlo á tomar por igual temporada. Se presume si este uso de la belladona será preservativo del sarampion."

Si en la nota que nos ocupa se quiere dar á entender que el modo que ella establece de administrar la belladona, es conforme á los *principios establecidos por el doctor Hahnemann en la teoria ingeniosa de la homeopatía*, no podemos menos de declarar que su contenido es una falsedad. Si solo se dirige á darnos á conocer que la alopatía, aprovechando los trabajos de la nueva escuela, aconseja el uso de la belladona contra la escarlata, por la relacion de analogía entre los fenómenos pato-

(1) Azúcar, esta palabra sin mas precision, designa siempre el azúcar comun ó de caña, que los homeópatas no emplean en mezclas como la de la nota.

genéticos *primitivos* de aquella planta, y síntomas de esta enfermedad; aun así y todo no podemos en caridad dispensarnos de decir, que la belladona administrada segun la nota, no cura la escarlata ni el sarampion, ni es preservativo de otra cosa que de la salud que interrumpe sin fruto.

Si en el lugar citado se ha persuadido dar un bosquejo de medicacion homeopática, por el uso de la belladona en él recomendado, no se ha conseguido: el contenido de la nota, antes que conforme, es contradictorio á los *principios de Hahnemann*. 1.º Porque este y todos los homeópatos tienen proscrito el uso del estracto de belladona, sirviéndose siempre y sin escepcion del jugo reciente de la planta entera fresca, y cogida aquella al principiar su florescencia, mezclado con partes iguales de alcohol puro, á lo que se da en homeopatía el nombre de *tintura madre*, por cuanto de esta mezcla proceden las ulteriores diluciones, llevadas hasta el decilloneismo y aun mas allá; y por consiguiente, tampoco se hace uso de la raiz sola. 2.º Aun cuando la homeopatía se sirviese de la raiz separadamente (de lo que dista mucho), tampoco la daria simplemente pulverizada, y mezclada con azúcar sin mas preparacion. 3.º porque aquellos polvos mezclados con el azúcar ordinario, no están puros y sin mezcla de otra sustancia medicinal, mediante que dicho azúcar por mas que se intente purificar, siempre conserva una corta porcion de cal, de que no se puede despojar; razon porque en tales mezclas la homeopatía siempre emplea el azú-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

car de leche, que está exento de tal inconveniente. 4.° Porque con la cantidad de belladona contenida en las doscientas cuarenta papeletas que se supone puede tomar un muchacho de doce años en el espacio de treinta y cinco dias, preparado homeopáticamente, habia para curar de la escarlatina lisa de Sidenham á todos los habitantes del orbe. Digo de la escarlatina lisa, porque la llamada miliar purpúrea requiere para su curacion otros medios, aunque la escuela médica alopática, como tan avezada á generalizar, no hace en la nota distincion alguna de estas dos diversas escarlatas. 5.° "Ni es necesario ni útil, dice Hahn. (espir. de la doctr. homeop. pág. 56), dar sino la mas pequeña dósis posible del medicamento para procurar la curacion etc." Y la nota aleópata, "que es inútil y aun nocivo emplear al efecto los remedios á grandes dósis etc.;" lo que viene á parar á lo mismo. ¿Por qué, pues, el notero que acaba de confesar la necesidad de las pequeñas dósis, adopta en seguida otros muchísimos millones de millones de veces mayores que las que Hahnemann ordena, si dice que sigue sus principios?

6.° Por la nota se autoriza á administrar á un muchacho de doce años hasta diez y seis papeletas de belladona por dia, y Hahnemann quiere que deje agotar bien la accion medicinal de una toma de remedio homeopático, antes de administrar otra segunda; y en el primer tomo de su materia médica traducida del francés por Mr. Jourdan, artículo Belladona, pág. 490, dice: "La belladona por otra

parte, no hace menos servicios en las afecciones las mas crónicas, en las que aun á débiles dósis su accion dura tres semanas y aun mas." ¿Es conforme á estos principios el administrar diez y seis pepeletas por dia?

7.° No solo autoriza la nota á usar diez y seis papeletas diarias de belladona, sino tambien para que en cada una se dé un treintésimo de grano, que al dia es mas de medio grano. Veamos ahora de qué modo Hahnemann fracciona este medicamento para administrarlo en el lugar citado, últimamente dice: "Guiado por ensayos multiplicados sobre enfermos, me he decidido á no emplear mas que la dilucion al decilloneismo, de la que he encontrado que la mas pequeña parte de una gota (1), es una dósis suficiente para llenar todas las indicaciones curativas que se hallan en relacion con este medicamento."

8.° Consiguiente á esto, Hanhemann administra la belladona para preservar de la escarlatina lisa, del modo que aparecerá del siguiente pasaje del mismo, pág. ya citada y siguiente, que copiado á la letra dice asi: "La propiedad que yo he reconocido en la belladona, dada á la mas pequeña

(1) Haciendo tomar un glóbulo del grueso de una grana de adormidera (300 de los cuales pesan un grano), empapado de dicha dilucion, se da menos de la milésima parte de gota de este líquido, porque una sola gota basta para empapar mas de mil glóbulos semejantes. (Nota de Hahn).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

dósis cada siete ú ocho dias, de ser un preservativo de la verdadera escarlata, tal cual la han descrito Sidenham, Plenciz y otros, ha sido puesta en ridículo durante diez y nueve años, por una multitud de médicos que no conocian esta enfermedad peculiar de los niños, y confundiéndola con la miliar purpúrea importada de la Bélgica en 1801, querian tambien aplicar á esta última mi medio (1), que naturalmente era inútil. Yo me felicito de que otros médicos hayan observado en estos últimos años la antigua y verdadera escarlatina, comprobado la virtud preservativa de la belladona en esta

(1) Siendo una enfermedad enteramente diferente la *miliar purpúrea*, requiere tambien un tratamiento del todo diverso. Aquí la belladona no produce buenos efectos, y los tratamientos vulgarmente usados, dejan perecer la mayor parte de los enfermos, mientras que se podrian curar todos por el uso alternado del Aconito, y de la tintura de café crudo; el primero contra el calor, la agitacion siempre creciente y la ansiedad vecina de la agonía; el otro contra los dolores escesivos con disposicion á llorar; la dilucion al decilloneismo del jugo de Aconito, y la al milloneismo de la tintura de café crudo; una y otra á la dósis de la mas pequeña parte de gota, dando cada doce; diez y seis y veinte y cuatro horas el uno ú el otro de estos dos medios, segun se ha indicado. Parece que estas dos enfermedades tan diferentes (la escarlatina y la miliar purpúrea), se han encontrado en estos últimos tiempos reunidas en unos mismos sugetos en algunas epidémias, lo que ha hecho que la belladona haya sido mas útil en algunos enfermos, y el Aconito en otros. (Nota de Hahn. org. á la pág. 492.

enfermedad, y hecho justicia á mis trabajos tanto tiempo desconocidos."

9.º Hahnemann párr. 125 de su org. quiere que la administracion de la belladona y cualquiera otro medicamento homeopático, sea pura y sin mezcla ni uso contemporáneo de otras cosas que alimentos simples, que no sean mas que nutritivos; y á pesar de la nota de la materia médica alopática, la canela no se halla en este caso. "Como es necesario en la práctica homeopática (dice en el pár. 259 del mismo org.) que las dósis sean muy débiles, se concibe fácilmente que es necesario apartar del régimen del enfermo y de su género de vida, todo lo que pueda ejercer sobre él una influencia medicinal cualquiera, para que el efecto de las dósis tan exiguas no sea estinguido, sobre pasado, ó turbado por un estimulante estraño. Mas abajo, en la nota á este mismo párrafo, nombra muchos de estos *estimulantes estraños* prohibidos, y entre ellos se halla el chocolate con *canela*, los saquillos aromáticos y aguas de olor, de modo que la mezcla del agua de esta corteza aromática con la belladona, no debe, segun Hahn., beberse, pero ni aun quiere que se huela; porque todas estas cosas, dice, ejercen una accion medicinal accesoria, y deben cuidadosamente apartarse del enfermo.

En resúmen, es antihomeopático el uso del estracto de belladona: lo es tambien la prescripcion de dósis tan enormes, como las aconsejadas en la nota que criticamos: la administracion de la raiz de belladona, en lugar del jugo de la misma plan-

ta entera, ó de sus tallos, hojas y botones de flor, preparados del modo que arriba se dijo: el dar la misma raiz solamente pulverizada, y casi en el estado bruto en que la naturaleza la ofrece: su mezcla con el azúcar ordinario: la del agua de canela con el estracto; finalmente, el número, tamaño y repeticion tan aproximada de las dósis. Todo lo que parece acreditar, que el contenido de la nota estampada en la materia médica, que sirve de testo á todas las escuelas de la nacion, si no es una mera tradicion desnuda de fundamento y de verdad, no puede haber llegado á noticia del autor de otro modo, que por revelacion sobrenatural, ó quizá lo ha soñado, puesto que no podrá citar un solo lugar de la literatura homeopática, de donde haya tomado semejantes noticias; y por consiguiente, se sigue tambien el ningun valor lógico del método á *traditione*, seguido por la escuela alopática para la formacion de la materia médica.

Por lo espuesto en la primera parte ó seccion de este capítulo, hemos visto hasta dónde llegan los auxilios que nos puede proporcionar el método á *traditione*, en la calificacion de las virtudes medicinales de los cuerpos de la naturaleza, y el poco ó ningun conocimiento que puede darnos del uso de los instrumentos de nuestro oficio. Vamos, pues, en seguida á examinar el valor que pueda tener el de la determinacion *á priori*.

B..... En primer lugar el médico alopatista desempeña con la nariz el método de determinacion *á priori*, sirviéndose de este órgano y del diverso

modo de impresionarlo con sus efluvios olorosos, los cuerpos que con él quiere examinar, para asegurarse de sus propiedades medicinales. Pretende por el olfato averiguar, lo que aun sirviéndose de todos cinco sentidos con la atencion mas despierta, muchas veces se nos oculta, y esta pretension le ha hecho crear términos de terapéutica general. Ha dado el nombre comun de aromáticos á muchos olores diferentes entre sí, con la mira de atribuirles la misma accion medicinal. Todos los cuerpos que abraza esta vasta categoría, han sido condecorados arbitrariamente y sin escrúpulo, con el título de escitantes, nervinos, resolutivos etc. De este modo la vida de los hombres ha sido puesta al arbitrio de algunos embaucadores, cuya imaginacion hacia toda la costa de lo que se llama materia médica. Asombra el aire de confianza, con que al romero, v. gr. la salvia, camomila, arnica, ruda, ajenjos, y otra multitud de plantas aromáticas, atendiendo solamente á esta cualidad, se les haya concedido la posesion de unas mismas virtudes medicinales. Reunir con frecuencia bajo una misma categoría medicamentos tan diferentes, á quienes distingue su distinto modo de obrar sobre el organismo, ¿no es (dice Hahn.), poner á la materia médica el sello de una presuncion ignorante y sin conciencia?

El mas inferior de los artesanos no puede entregarse (el mismo Hahn.) al ridículo de forjarse en la imaginacion, el modo de obrar de los materiales ó útiles de que se sirve en su oficio, sin hacer

primero la prueba. Comienza, siempre que quiere hacer uso de un medio, ensayándolo en pequeño, para ver las mutaciones que pueden resultar de su accion, antes de aplicarlo á trabajos en grande, en que una equivocacion pudiera acarrearle pérdidas considerables. El blanqueador ha ensayado sobre algunos retales, la propiedad que el cloro tiene de destruir todos los colores vegetales, antes de esponer almacenes enteros de ricas telas, á los destrozos que en ellas pudiera causar una sustancia tan destructora. Para preferir el hilo de cáñamo al de lino, el zapatero se ha asegurado primero, de que aquel tiene mas firmeza ó resistencia á quebrarse, y á otras causas de destruccion; y que posee en mas alto grado la propiedad de abultarse por la humedad en los agujeros que la alesna ha hecho en la piel, y sin embargo, este no es mas que un zapatero; mientras que el orgulloso alópata, impelido únicamente de apariencias superficiales y engañosas, decretadas de ante mano, conforme á sus juicios atestados de ilusion y de error, procede al acto mas grave que un hombre puede ejercer sobre su semejante, á un acto del cual depende la muerte ó la vida de un individuo, y no pocas veces la felicidad ó la ruina de familias enteras. ¡Qué alma tan apática, dureza de corazon y falta de conciencia no se necesita, para acercarse sin temblar al enfermo, á quien se va á administrar un medicamento, medio conocido en sus virtudes, ó enteramente desconocido!!!! Parece imposible que haya hombres del arte, que sometan la salud y vida de

su semejante á los decretos del sentido el mas imperfecto que posee, para el cual nuestros idiómas tienen menos palabras con que poder espresar los matices diversos de sus impresiones; pretendiendo que dicho sentido solo pueda bastar para apreciar la accion de las sustancias sobre el cuerpo humano, imposible de descubrir, si no se hace sobre sí mismo uso de cada sustancia, y se observan sus efectos inmediatos sobre el organismo. Se ve, segun lo dicho, cuán arbitrarias y poco racionales sean las aserciones de la materia médica ordinaria! ¡Cuánto se aproximan á la pura mentira! ¡Cuán criminal sea fundar la terapéutica sobre mentiras! (Hahn. fuent. de la mat. medic. ordin. pág. 17).

C..... El gusto, tercer medio de averiguacion de las propiedades medicinales de los cuerpos.

Hace ya mucho tiempo que la alopatía ha decretado (Hahn.), que todas las plantas que tengan un sabor amargo, ipso facto, tengan tambien una misma y sola manera de obrar, no obstante la infinita variedad de amargura, que entre todas ellas aparece, y no obstante que estas multiplicadas diferencias de sabor digan claro, que su accion sobre el cuerpo humano no puede ser la misma. Pero como al sabor amargo, en general, se ha acordado por los AA. de materias médicas, y por los médicos prácticos, el honor de poder probar en los medicamentos que lo poseen la existencia de las virtudes estomáquica y tónica, y de demostrar que todos ellos tienen ó producen efectos uniformes é idénticos; los tales amargos á pesar de las luces del

siglo y de la buena lógica conservan todavia hoy su crédito de tónicos y estomáquicos sin contradicion.

Si alguna de estas sustancias tiene el poder especial de escitar afecciones del corazon, disgusto por los alimentos, pesadez de estómago, conatos de vomitar en las personas sanas, y de consiguiente, de curar homeopáticamente incomodidades de esta especie; cada una de estas sustancias no posee menos todavia otras virtudes medicinales particulares, enteramente diferentes, que no se habian echado de ver hasta el dia, que por lo ordinario son mucho mas importantes que aquellas, en cuya razon se las asocia unas á otras. Por consiguiente, prescribir indistintamente los amargos uno por otro, incluirlos sin eleccion en una misma fórmula, y hacinarlos todos bajo el nombre colectivo de amargos, como medicamentos, sin duda ninguna idénticos, es dar la prueba menos equívoca de la mas ciega y mas grosera rutina.

Si tomando á la letra esta decision dictatorial de la materia médica y de la terapéutica, se considera la amargura como de por sí sola suficiente, para establecer de una manera absoluta el poder de activar la digestion y fortificar; entonces la coliquintila, la escila, el agárico, la angustura, la saponaria, el lupino, el ácido hiorociánico, etc., tendrian derecho en cualidad de amargos, á ser colocados en el rango de tónicos y de estomáquicos, aunque la mayor parte de ellos tengan cualidades venenosas.

El haber encontrado en la quina un sabor amargo y astringente, ha bastado para juzgar de las virtudes inherentes á esta corteza. Desde entonces todas las sustancias dotadas de un sabor amargo y estíptico, debian tener las mismas virtudes medicinales que la quina. Tal es la precipitacion y tales las preocupaciones, con que en las materias médicas se ha establecido el modo de accion de los medicamentos sobre el cuerpo humano, segun la impresion que el órgano del gusto recibe.

D..... La química, como otro medio de la investigacion á priori, de la virtud de los medicamentos.»

El ilustre fundador de la homeopatía se espresa sobre este particular con su acostumbrada rectitud lógica, en el primer tomo de su materia médica pura, pág. 19, oigámosle.

"La química, dice, se ha abrogado tambien el derecho de conocer las virtudes terapéuticas generales de los medicamentos. Nosotros vamos á ver que esta fuente de la materia médica ordinaria, tampoco es mas pura que las antecedentes."

"Hace un siglo, desde Geofroy, que se ha apelado á la química, para obtener ilustraciones que no se han podido conseguir por otras vias. Nada dice de las hipótesis puramente teóricas, cuyos partidarios, á imitacion de Baumes, Stheffens y Burdach sostienen que tal ó tal de los principios elementales de un cuerpo, es lo único que contiene de medicinal, y le asignan conforme á esto, virtudes medicinales, con una prontitud que asombra. Como para

obrar asi no es necesario, ni consultar la naturaleza, ni invocar la esperiencia, ni hacer ensayo alguno sobre el hombre vivo, y basta dejar á la imaginacion libres las bridas, la obra se halla pronto concluida."

Yo quiero hablar aqui, no de aquellas pretensiones, sino de los esfuerzos concienciosos que los modernos han hecho, para llegar, con el socorro de la química orgánica, al descubrimiento de los puros y verdaderos efectos de los medicamentos, cuyo conocimiento sabian bien, que del todo faltaba á la materia médica consagrada por las escuelas.

Hacer de la química, esta ciencia que produce milágros á nuestros ojos, la base ó el orígen de las noticias positivas de la materia médica, era una idea mucho mas racional en apariencia, que todas aquellas de que ya hemos hablado. Asi es que sedujo á muchos, principalmente de aquellos que no tenian conocimiento positivo, ya de la química, á quien pedian mas de lo que podia dar, ya en medicina, cuyas verdaderas necesidades ignoraban, y ya tambien en la una y la otra de estas dos ciencias.

La química orgánica no podia estraer materias animales sino de partes muertas, que varian en su modo de comportarse respecto á los reactivos. Mas estos no son aquellos principios inmediatos, que en la desharmonía del organismo vivo y la curacion de sus enfermedades, obran como los químicos nos muestran despues de haberlos separado. Las partes que la química estrae de la carne muscular, á saber, la fibrina, la linfa coagulable, la gelatina y diversas sales, difieren infinitamente de lo que el músculo vivo é irritable era en el hombre sano ó enfermo, cuando gozaba de su integridad orgánica. Lo que el químico ha separado, ni aun la mas remota analogía tiene con aquel. ¿Qué conclusion se puede sacar de estas partes muertas, que pueda aplicarse al organismo vivo, ó á lo de que los medicamentos hubieran sido capaces de producir en ellas cuando hacian parte del círculo de la vida? La digestion, esta sorprendente conversion de sustancias heterogéneas en un líquido propio, para reparar las pérdidas de los órganos tan prodigiosamente diversas del cuerpo humano..... ¿se esplicaria por la presencia de un poco de soda, y algunos fosfates en el jugo gástrico?... Lo que la química descubre en dicho jugo.... ¿dá razon de las alteraciones morbosas de la digestion y de la nutricion, hasta el punto de poder formar sobre estas nociones un método de tratamiento capaz de inspirar confianza?.... No, seguramente.

Del mismo modo, los principios inmediatos que la química saca de las plantas medicinales nada ofrecen, ni en su olor, ni en su sabor, que pueda espresar y poner de manifiesto los efectos tan diferentes de los remedios vegetales, y sobre todo, aquella influencia que ejercen sobre el modo de obrar y de sentir del hombre sano ú enfermo.

El aceite esencial, la agua destilada, ó la resina que se saca de una planta, no es el principio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

activo del vegetal. Este principio residia solamente de una manera invisible en los materiales que la química ha separado, y que en sí mismo no es susceptible de impresionar nuestros sentidos. Sus efectos no nos son apreciables mientras que el agua destilada, el aceite esencial, y sobre todo, la planta entera, no es tomada por un hombre vivo, sobre cuyo sensible organismo obra de una manera dinámica y virtual.

¿Qué importancia médica pueden tener los otros principios que se estraen de los vegetales, la fibra vegetal, la tierra, las sales, la goma, la albumina, etc., que se vuelven á encontrar, poco mas ó menos, los mismos aun entre las plantas mas diferentes entre sí respecto á sus propiedades medicinales? Acaso la pequeña cantidad de oxalato calcáreo, cuya presencia en el ruibarbo comprueba la química, es la que puede anunciar que esta sustancia produce en el hombre sano una alteracion tan morbosa del sueño, con un tan particular calor del cuerpo, sin sed, y la misma que es susceptible de curar los estados morbosos análogos?

¿Qué datos, todos estos principios inmediatos pueden darnos, por mas cuidado que se ponga en su estraccion química, respecto á la virtud que cada planta tiene de provocar en el cuerpo humano vivo una modificacion virtual particular, que altera su modo de sentir y de obrar?

El químico Gren, que no sabia una palabra de medicina, y cuyo tratado de farmacológia está salpicado de aserciones las mas atrevidas, que-

ria persuadir á los médicos, que no se puede conocer la manera de obrar de los medicamentos, sino estando informado por la química, de la naturaleza de los principios constituyentes que dominan en ellos.

Y bien, ¿que nos enseña la química respecto á los principios inmediatos muertos de los medicamentos? Nos hace únicamente conocer el papel que cada uno de ellos representa en sus propias operaciones; nos enseña el modo con que se comportan con tal ó cual reactivo, y la razon por qué el uno se deba llamar goma, otro resina, albumina, moco, tierra, sal, etc.; cosas todas bien indiferentes para el médico. Estas denominaciones nada dicen de lo que el vegetal ó el mineral, cada uno conforme al carácter propio de su invisible naturaleza virtual, puede producir de mutaciones en el estado del hombre vivo. Y sin embargo, sobre esto únicamente es, sobre lo que se funda el arte de curar todo entero.....! Unicamente los efectos provocados por el espíritu activo de cada sustancia medicinal aplicada al hombre, son los que pueden ilustrar al médico sobre la esfera de actividad de los medicamentos, é indicar los resultados curativos á que cada uno de ellos pueda conducir. Relativamente á este objeto, ninguna luz nos dan los nombres impuestos á los principios inmediatos que de ellos estrae la química, y que son casi los mismos en la mayor parte de plantas.

Asi es que la química puede informarnos de que el calomelano se compone de ocho ú diez par-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes de mercurio y una de cloro, reunidos por la sublimacion, y que se ennegrece tinturándolo con el agua de cal; pero la química, como tal, no sabe ni puede enseñarnos, que escita en el hombre una abundante salivacion, acompañada de una fetidez particular del aliento. Este efecto dinámico del mercurio dulce sobre el cuerpo humano, no se nos ha revelado sino por la aplicacion medicinal que de él se hace, y la observacion de los fenómenos que resultan de su accion sobre el organismo vivo. La esperiencia sola, pues, es la que puede pronunciar relativamente á la influencia dinámica de los medicamentos sobre nosotros; es decir, sobre sus virtudes medicinales, y la química se halla en la impotencia mas absoluta bajo este respecto, puesto que jamás obra mas que sobre sustancias inorgánicas, en conflicto las unas con las otras.

La química puede enseñarnos una cosa bien poco importante de saber, que las hojas de la belladona tienen poco mas ó menos los mismos principios constituyentes que los de la berza ó repollo morado, y otra multitud de plantas; que de ellas se estrae albumina, gluten, estractivo, resina verde, un ácido, potosa, cal, silícea, etc. Pero si este conocimiento de los materiales predominantes, tal cual la química nos lo procura por medio de sus reactivos, hubiera de servirnos, como quiere Gren, para determinar la actividad medicinal de los medicamentos, se seguiria de aqui, que se podria comer una ensalada de hojas de belladona, sin mas inconveniente que una ensalada de repollo morado (1). ¿Es esto lo que el químico pretende? Sin embargo, si la química se abroga el derecho de determinar las virtudes medicinales de un cuerpo natural, segun los principios inmediatos que en él comprueba la análisis, ella no podrá escusarse cuando sus reactivos le muestran la existencia de principios semejantes, de admitir tambien la identidad de accion medicinal, y debe por consiguiente declarar, que el repollo morado y la belladona son una y otra, ó dos plantas absolutamente inocentes, ó igualmente venenosas; lo que pone en plena evidencia el ridículo de sus pretensiones, y demuestra del modo mas claro su incompetencia de pronunciar sobre las propiedades medicinales de los cuerpos.

¿Los partidarios del sistema de Gren no perciben que es imposible obtener de la química mas que nociones químicas, sobre la presencia de tal ó tal principio material, en tal ó tal cuerpo de la naturaleza, y que la química no ve, por consiguiente, sino séres químicos en todos estos principios? La análisis indica bien el modo con que ellos se comportan con los reactivos, pero este es todo el alcance de su círculo de accion, y en lo concernien-

(1) Oxígeno, hidrógeno y carbono son los materiales predominantes de que consta el alcohol, y los mismos se hallan en el aceite, variando solo la proporcion. ¿Los aficionados á bebidas espirituosas, llevados de esta consideracion, beberán aceite ó aguardiente indiferentemente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de á la mutacion dinámica, que una sustancia medicinal puesta en contacto con el cuerpo vivo puede producirle: he aqui lo que ella no puede descubrir ni en sus retortas ni en sus recipientes.

En general, toda ciencia, cualquiera que sea, no puede juzgar sino de los objetos de su esfera. Es una locura esperar de ella luces sobre los objetos pertenecientes á otras ciencias.

A la hidrostática corresponde dar á conocer exactamente la diferencia del peso específico, que media entre el oro puro y la plata fina; pero no se abroga el derecho de determinar el valor respectivo que deben tener estos dos metales, en las transacciones comerciales. No puede decir si, á peso igual, el valor convencional del oro es doce, trece ó catorce veces al de la plata, en Europa ó en la China, siendo la rareza del uno ó del otro en el comercio, la sola circunstancia de que depende esta proporcion.

Del mismo modo, por necesario que sea al agrónomo conocer exactamente la forma de las plantas, y saber distinguirlas unas de otras por sus partes esteriores, sin embargo, la botánica que le da estas nociones, no le enseñará jamás si tal vegetal es propio ó no, para pasto de las ovejas ó de los puercos; ella jamás le enseñará qué grano, qué raiz, da mas fuerza al caballo, engorda mas al ganado mayor. Ni el sistema de Tournefort ó de Lineo, ni el método de Haller ó el de Jussieu, le ilustrarán sobre esto. No adquiere las luces que necesita, sino por esperiencias comparativas hechas con cuidado,

sobre diferentes animales. Cada ciencia no puede discutir mas que los objetos que entran en su dominio.

¿Qué encuentra la química en el imán natural y en el imán artificial? En el primero solamente, una rica mina de hierro, intimamente combinado con la silícea, frecuentemente tambien con manganeso; y en el segundo solo hierro puro. La análisis, aun la mas delicada, no le hace descubrir ni el menor vestigio de la virtud magnética, que es, sin embargo, tan poderosa.

E.... La fisica, como otro medio de la indagacion á *priori* de la virtud de los medicamentos.

Otra ciencia, la física, demuestra por sus esperiencias, que la fuerza de atraccion reside en la piedra imán y en el imán artificial; descubre las propiedades fisicas del magnetismo; muestra las relaciones que existen entre él y el mundo esterior; hace conocer las atracciones que ejerce sobre el hierro, el nikel y el cobalto; descubre la tendencia que una de las estremidades de la aguja imanada tiene de dirigirse hácia el Norte; comprueba la declinacion de esta aguja, sea hácia el Este, sea hácia el Oeste, en épocas y en regiones diferentes; señala, en fin, las variaciones de su inclinacion, siguiendo la diversidad de las latitudes. La física, pues, sabe decir respecto al imán, algo mas que la química; sabe hablar de su virtud magnética, mirada bajo el punto de vista físico.

Mas estas dos ciencias, la química y la física, no apuran todavia cuanto debe saberse relativo al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

imán. Ni la una ni la otra puede enseñarnos cuanto entra en el círculo de las atribuciones de este objeto; ni las nociones que la física procura, ni las que dá la química, nos enseñan á conocer la poderosa influencia especial y característica, que el magnetismo ejerce sobre el hombre, puesto en relacion con él, y la enérgica virtud curativa que despliega en las enfermedades apropiadas á su modo particular de accion. La química y la física ambas enmudecen cuando se trata de estas propiedades, cuyo descubrimiento deben abandonar á la investigacion y á las esperiencias del médico.

Ahora que está ya bien establecido, que una ciencia no puede, sin hacerse ridícula, jactarse de pretensiones, sobre lo que no puede ser discutido sino por otra ciencia; yo creo que se llegará poco á poco á ser bastante razonable para conocer, que el único encargo de la química es el de separar y el de reunir los elementos químicos de los cuerpos, y que bajo este respeto solamente, puede ser de una utilidad técnica á la farmácia: yo espero que se comenzará á entrever que los medicamentos no existen para ella á título de medicamentos, es decir, de potencias que determinan una mutacion dinámica en el hombre, sino meramente como sustancias químicas, es decir, de cuerpos, de cuya composicion y elementos tiene la mision de patentizar la evidencia; que en consecuencia no procura respecto á estos mas que señales puramente químicas, no estando en su poder el ilustrarnos sobre las modificaciones dinámicas del organismo que los mismos

pueden ocasionar, ni sobre las virtudes medicinales y curativas de que cada uno de ellos puede ser dotado (Hasta aqui Hahn. loc. cit).

Considérese, pues, ahora, lo que pueden ausiliar al médico en la averiguacion de la virtud de los medicamentos, ni la tradicion, ni la determinacion á *priori*, aunque se valga para esta última del ausilio de los sentidos del olfato y gusto, y de las nociones que la química y la física pueden suministrarles, y nadie podrá dudar de hoy mas que la materia médica y la terapéutica, que está en boga actualmente, como apoyadas sobre cimientos de tan poca solidez, ofrecen bien mezquinos servicios.

F..... La esperimentacion clínica, como indagatoria de las virtudes medicinales de los cuerpos.

A la cabecera de los enfermos es donde casi esclusivamente se ha intentado indagar, desde muchos siglos á esta parte, las virtudes de los medicamentos; alli es donde se les ha reconocido el poder de provocar cámaras, orinas, vómitos, sudores, y la propiedad de calmar el dolor. Pero como la alopatía se permite el uso de dósis tan crecidas de los medicamentos, y las repite con tanta frecuencia, quizá no haya una sustancia en toda la creacion, que en manos de aquella no produzca alguna evacuacion, principalmente por vómito ó por cámara, pues nada tiene de estraño, sino que es muy natural, que no pudiendo soportar por mucho tiempo el tubo alimentario la molesta impresion de un agente estraño tan masivo, se rehaga contra él,

lo rechace, y lance fuera de sí por arriba ó por abajo.

El mismo Tártaro emético, el vomitivo por escelencia, de la escuela alopática, aunque es rechazado por vómito cuando se administra á la dósis de un grano, como dicha escuela acostumbra, si se dá preparado homeopáticamente una pequeña parte de gota de la dilucion al decilloneismo, produce otra multitud de fenómenos, mas importantes que el vómito que tambien hace cesar en el enfermo que lo padece, al paso que no tiene lugar de producir aquellos, cuando su administracion escesivamente masiva, hace que sea prontamente eliminado del estómago, que no puede soportar su presencia, ni darle tiempo de desarrollar su accion propia y privativa, que hubiera sido completa, permaneciendo en el estómago el tiempo necesario. ¿No reflexiona la alopatía, que si hubiéramos de condecorar con el título de purgantes y de eméticos á todas las sustancias que, tomadas en cantidad mayor de la que pueden soportar nuestros órganos, son rechazadas de estos por vómitos ó por cámaras; no podriamos, sin injusticia, negar semejante condecoracion á la carne de ternera, bien condimentada, y á cualquier manjar el mas inocente, delicado y nutritivo, puesto que entre todas estas cosas no se hallaria una sola, que comida en una cantidad muy escesiva, no pueda acarrear el vómito, ó la diarrea de indigestion, si ya no provoca uno y otro al mismo tiempo? ¿Seria lícito concluir de aqui, que tales sustancias eran eméticas ó purgantes? Y si en el caso supuesto, tales ingestos puramente nutritivos, son lanzados fuera del cuerpo con semejante precipitacion, cómo podrá la observacion clínica informarnos de las cualidades nutritivas de aquellos, estudiarlas, y asegurarnos de ellas, si no se les da lugar de producirlas?

Hahnemann prefac. á su mat. méd., tomo 1.° página 5, dice: "Tampoco la enormidad de las dósis que la alopatía emplea, permite que la observacion clínica dé resultados satisfactorios, porque no pudiendo soportarlas el organismo, la naturaleza se desembaraza de ellas en algun modo, por las evacuaciones que provoca (epistáxis ú otras hemorrágias, coriza, flujo de orina, diarrea, vómito ú sudor). El cuerpo vivo lo espele rápidamente de esta manera, como á los miasmas de las enfermedades contagiosas, cuando debilita y lanza en parte este enemigo por el vómito, la diarrea, hemorroides, hemorrágias, un coriza, convulsiones, salivacion, ú otros movimientos ó evacuaciones. De aqui proviene que la esperimentacion clínica hecha de este modo, no puede dar á conocer los efectos particulares, ni la duracion de accion del emético, de la jalapa, etc., porque se administran estas sustancias en cantidades que fuerzan al organismo á desembarazarse de ellas prontamente; por eso las muy pequeñas dósis que prescribe la homeopatía, producen un efecto inmenso, porque no son tan fuertes, que el organismo se vea precisado á desembarazarse de ellas, por movimientos, en cierto modo revolucionarios, como los de que acabo de hablar."

Aun cuando en algunas sustancias, entre las muchas virtudes medicinales que poseen, se halle la emética, administradas tan masivamente, no pueden ponernos de manifiesto mas que una sola propiedad de cada medicamento, dejándonos en una absoluta ignorancia de todas las otras muchísimas mas de que gozan. Este conocimiento, pues, tan incompleto, reduce á una esfera muy estrecha la accion de los medicamentos, puesto que en el hecho de haber reconocido la virtud purgante, la calmante ú otra en un medicamento, la escuela alopática se para, lo coloca, ó bien en el rango de evacuante, ó bien en el de sedante, sin pasar mas allá, ni cuidarse de si sobre este produce otros efectos, ni considerar que la vida es una sola difundida por todo el organismo, y que no se puede tocar en ningun punto de él, sin que todo el organismo se impresione. No considera que el opio, v. gr., calmante por escelencia en su efecto primitivo, no limita su accion á apaciguar el dolor, ni que él y todos sus semejantes agregan al dolor, que calman momentáneamente una multitud de incomodidades diversas, que se suceden inmediatamente despues de terminada su accion primitiva ó sedante, siempre de corta duracion, sin que jamás este aumento del mal se atribuya al remedio, sino á la enfermedad misma.

A mas de esto, en la práctica ordinaria rara vez se emplea un medicamento solo y sin mezcla, y esto altera, debilita, y otras veces cambia las propiedades de cada parte constituyente de la receta.

Con frecuencia se dispone el alcanfor unido al opio, que recíprocamente se neutralizan. Prueba de la ignorancia en que se está de las propiedades específicas, y de lo poco segura que es la guia de la observacion *ab usu in morbis*, para determinar la accion positiva de los medicamentos. Querer determinar *á priori* el modo con que cada uno de los medicamentos administrados juntos á un enfermo se ha de comportar, es tan ridículo, como querer predecir de un puñado de bolas de villar lanzadas sobre la mesa, el espacio que cada una haya de correr, con qué velocidad, en cuánto tiempo, los ángulos que han de describir, cuántos choques han de recibir, en qué tiempo de su curso, sobre qué cantidad de bola, cuánto cada una de ellas ha de disminuir ó aumentar su velocidad por cada choque, y por último, á qué distancia entre sí han de quedar en reposo; aunque es mas fácil calcular los resultados de semejantes potencias mecánicas, que el de las potencias virtuales.

Por eso es imposible que entre la confusion y mezcla de los varios ingredientes de una receta, se pueda traslucir á cuál de ellos se debe el buen resultado, si alguna rara vez se llega á obtener, ni el malo, cuando la mezcla en lugar de aprovechar, daña, que es lo mas ordinario.

Los médicos modernos han llegado á sospechar, que el uso simultáneo de muchos medicamentos no podia revelar la virtud de ninguno de ellos, y apartándose (dicen) de la rutina vulgar, publican medicaciones practicadas con un solo medica-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mento, como la de la escarlatina por la belladona, de que se ha hablado al principio de este capítulo, porque aunque es verdad que en dicha medicacion, á la belladona se le asocia la agua de canela, tambien lo es, que con esta última no se cuenta para nada, comisionando esclusivamente á aquel vegetal la medicacion, sin que al agua de canela le sea permitido tomar en ella la menor parte, sino permanecer ociosa viendo cómo obra la belladona. El grafito es proclamado por otro escritor, como un medio poderoso de curar él solo las úlceras fistulosas; y para confirmacion de esta virtud, se produce el caso de una curacion debida al grafito solo, sin omitir que con él se habia envuelto el sublimado corrosivo, bien que á esta sustancia no se puede atribuir el honor de la curacion (se dice), pues habia sido administrada antes en el mismo caso, y nada habia hecho (Diario de med. prát de Huffeland, noviembre de 1815, pág. 40). En vano intenta el autor de esta observacion escusar la union del sublimado al grafito, que, segun él mismo, solo le habia concedido lugar en la receta á título de adyuvante. Para admitir tal modo de razonar, era preciso creer que los medicamentos obran segun las órdenes que reciben del médico, y no conforme á sus propiedades físicas, naturales, sustanciales, sujetivas. ¿Puede llevarse mas lejos la arbitrariedad y las pretensiones? ¿Qué hombre de buen sentido, atribuirá una obediencia tan servil á las sustancias medicinales, cuya accion es reglada por las leyes eternas de la naturaleza? Si el autor queria averiguar si el grafito era poderoso contra dichas úlceras, y convencer de ello al lector, debia haberlo dado solo, pero agregándole el sublimado, este no podia menos de obrar segun su naturaleza, á pesar de las órdenes del médico.

142
30
172

¿Qué fé merece la materia médica de la escuela ordinaria, cuando asigna á los medicamentos virtudes deducidas de la esperimentacion en el enfermo? ¿Qué se debe decir á los que alaban los medicamentos en tal ó cual enfermedad, cuando no se apoyan mas que en observaciones como estas? Toda virtud atribuida á un medicamento que jamás ha sido empleado solo y sin mezcla, es una ilusion una mentira.

Otra prueba de la infidelidad de la determinacion de las virtudes medicinales *ab usu in morbis*, está en las circunstancias de la enfermedad misma. Se sabe que una sustancia no es medicinal, sino en virtud de la propiedad que tiene de provocar un cambio en el organismo, de desharmonizarlo, produciendo en él síntomas de enfermedad artificial. Pero como la escuela alopática desconoce la esperimentacion de los medicamentos sobre el hombre en salud, tampoco puede tener conocidos los síntomas patogenéticos que aquellas sustancias son capaces de producir en el organismo sano, ni por consiguiente distinguir estos síntomas artificiales de los naturales, propios de la enfermedad, presentados unos y otros en el mismo enfermo, modificado en ambos sentidos, es decir, por los de la enfermedad natural, y por los de la enfermedad artificial ó medica-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mentosa. Introducido, pues, el medicamento en el organismo, desarrollando sus síntomas artificiales en medio de los naturales de la enfermedad existente de antes, resultará una confusion para el alópata, que no conoce los del medicamento; confusion que no le permitirá distinguir los que son propios de él, de los que se deben á la enfermedad, contra que aquellos se han dirigido.

Se vé todos los dias á los antiflogísticos, los derivativos, los antiespasmódicos, que unas veces alivian y otras agravan la enfermedad, ignorando la alopatía las condiciones, bajo cuya influencia sucede lo uno ú lo otro: para orillar esta incertidumbre, interroga á la esperimentacion clínica, y esta nada de cierto le responde, porque la pregunta mal, porque no sabe preguntarla. Se supone generalmente lo que no es, que las enfermedades son conocidas porque se les ha dado un nombre arbitrario, bajo el cual se han colocado en una nosografia, en que individualidades morbosas muy distintas, se confunden bajo una misma denominacion. De aqui nace la creencia, de que porque una sustancia medicinal ha sido útil en un caso dado, forzosamente lo ha de ser tambien en todos los demas del mismo órden nosológico; suposicion que la esperiencia viene pronto á desmentir.

Aun cuando estos vicios de clasificacion no concurriesen á esterilizar la esperimentacion *ab usu in morbis*, no por eso se habian vencido todas las dificultades, puesto que las propiedades de cualquiera cuerpo no pueden conocerse, mientras que este

cuerpo no sea estudiado en sí mismo, sin mezcla de otro elemento capaz de alterar el resultado, y en la investigacion de que hablamos, la enfermedad es un elemento estraño, que á cada momento está sufriendo alteraciones segun sus diversos períodos, y las diversas horas del dia. Aunque se me diga que, dada una enfermedad, se conocerán *á priori* todas sus mutaciones por un médico instruido, responderé que bueno seria, pero que no sucede asi. Atendiendo á las complicaciones posibles de toda enfermedad contra la que se administra un remedio desconocido, para conocer las propiedades del mismo, y suponiendo que estas mutaciones acaecen poco despues de la administracion del medicamento, nunca la alopatía las atribuye á este, sino á la enfermedad, cuya actividad (dice) se ha hecho superior al remedio, y sigue progresando á pesar de su administracion. Como no conoce los efectos puros de los cuerpos de la naturaleza sobre el organismo sano, no puede tampoco reconocerlos en el enfermo, y los califica de progresos del estado morboso que tiene á la vista.

Mas es, que aunque no viniesen á esterilizar, como se ha visto, la esperimentacion *ab usu in morbis*, ni la exhorbitancia de las dósis alopáticas, ni la polifarmacia, ni la mala clasificacion de las enfermedades, ni finalmente, las circunstancias que acompañan á estas mismas, aunque nos supongamos que cambiando de rumbo, comenzasen desde ahora á no prescribir sino un solo medicamento á la vez, contra un estado morboso determinado, sin turbar,

ni interrumpir la accion de aquel, con dósis del mismo ó de otro, reiteradas fuera de tiempo; con todo, el método de esperimentacion *ab usu in morbis*, usado esclusivamente de este modo, seria tan tardío, que regularmente la celebracion del juicio final se veria antes que la averiguacion positiva, de lo que cada medicamento era capaz de curar; porque, á pesar de todo este escrúpulo en el procedimiento, este no podia ofrecer mas que dos medios de averiguar la virtud positiva de los medicamentos; el uno consistiria en ensayar todos los medicamentos uno despues de otro, en un solo caso de enfermedad, á fin de descubrir cuál era aquella en que ejercia una accion verdaderamente saludable; el otro consistiria en administrar un solo medicamento, y siempre el mismo, contra todas las enfermedades, para ver á cuál de ellas curaba de un modo constante, seguro y completo. Si consideramos en seguida que el hallazgo de tres solos específicos, y hallazgo á medias y menos, ha costado á la escuela médica ordinaria treinta siglos de esperiencias, no por un médico solo, como en la suposicion antecedente, sino por millones de observadores médicos y legos; en todos tiempos y en todas regiones convendremos, en que si para el hallazgo de los tres enunciados específicos, han sido necesarios tres mil años, á proporcion para el hallazgo ú averiguacion de las propiedades terapéuticas verdaderas de doscientos medicamentos, que, sin embargo, formarian un caudal terapéutico demasiado mezquino, se necesitarian dos mil

ó mas siglos, y hasta entonces.....?

Despues de tantos siglos que la escuela médica ordinaria ha tenido que esperar la posesion de tan poco numerosos específicos, todavia estos pocos los debe en gran parte, ó acaso únicamente, á la medicina vulgar, y sin embargo, forman todo el inventario de las verdades que contienen los multiplicados é inmensos volúmenes de la materia médica ordinaria. Para su adquisicion no se ha visto el hombre en la necesidad de ejercer su juicio: no tuvo mas que hacer que ensayar una tras otra, cuantas sustancias se le venian á la mano. El tiempo y el acaso han sido los solos elementos de estos descubrimientos.

La escuela médica ordinaria (L. Simon) en todos tiempos ha sentido profundamente la necesidad, de que cada enfermedad presentase una forma fija y estable, para poder hallar un medicamento que oponer á cada enfermedad con buen éxito, persuadida de que para que haya una manera constante de satisfacer una necesidad, se requiere que esta necesidad tambien sea en sí misma constante. Era necesario (dice esta escuela) que todas las enfermedades se presentasen bajo ciertas formas determinadas, para que se pudiese esperar hallar un remedio seguro contra cada una de ellas, ensayando sucesivamente todos los medios de que se podia disponer. Se creyó un tiempo en la posibilidad, de poder llegar á presentar todas las enfermedades bajo formas fijas y determinadas. Para conseguirlo, se tuvo á bien tomar en el inmenso número de todas

nuestras enfermedades, las formas que mas semejanza guardaban entre sí bajo ciertas consideraciones, dar á cada una de ellas el nombre de género, y á cada reunion de estos, que al parecer guardaban mas analogía unos con otros, el de clase. Asi fue como se construyeron las clasificaciones nosológicas: asi fue como reuniendo los innumerables casos de enfermedades á un número limitado de formas morbosas, asignando á cada una de ellas un tratamiento igual para todas las especies que abrazaba, sin embargo de las diferentes anomalías que cada estado patológico ofrece, con la necesidad de un tratatamiento peculiar á cada uno, y sin reflexionar, que no porque el médico se recree en formar ideas falsas de la naturaleza, esta no ha de cambiarse por complacerle. A pesar de todos estos trabajos, tales creaciones fantásticas y contra naturaleza, no podian tener un remedio fijo cada una, porque no se pueden concebir armas reales contra fantasmas.

Tal es la imperfeccion, impureza, y aun nulidad de todos los medios que la escuela médica ordinaria tiene á su disposicion, para llegar al conocimiento de los instrumentos de su oficio. ¿Qué se diria de un carpintero que no supiese para qué erá buena la azuela, la garlopa, la gubia, el bedano, el guillame, etc.? ¿Qué, del que entrando en el taller del escultor, tomase varias herramientas, y empuñándolas juntas, golpease con todas ellas á la vez una estátua principiada? Sin embargo, pues, de lo irracional de estas dos ocupaciones, la primera

recuerda la conducta del médico, que usa de medicamentos cuya virtud ignora; la segunda se asemeja al proceder del mismo médico, que sobre desconocer la virtud de las sustancias medicinales, hace entrar varias de ellas en una misma receta, con que maltrata al pobre enfermo. En todo el contenido de este capítulo ¿hay algo exagerado? Dígalo de buena fé la misma escuela ordinaria. Señálelo.

CAPITULO VI.

De la esperimentacion pura.

Si la alopatía no puede sacar algun partido de sus medios de indagar la virtud de los medicamentos, la homeopatía posee el criterio seguro de evidenciar el modo, con que cada uno de aquellos se comporta con el organismo; hasta tiene el poder de utilizar en muy alto grado la esperimentacion clínica, tan inútil para la alopatía.

En el hecho de haber descubierto la casualidad los tres específicos que la escuela alopática posee, aunque su hallazgo haya costado tres mil años de investigaciones, la recta razon persuade, que la ley natural que forma la especificidad de aquellas tres sustancias, no existe para ellas solas, y por consiguiente, que la Sabiduría infinita ha de haber puesto entre nosotros un específico seguro, para la curacion de cada estado morboso, que á cada momento puede asaltarnos; toda la dificultad está en

nuestras enfermedades, las formas que mas semejanza guardaban entre sí bajo ciertas consideraciones, dar á cada una de ellas el nombre de género, y á cada reunion de estos, que al parecer guardaban mas analogía unos con otros, el de clase. Asi fue como se construyeron las clasificaciones nosológicas: asi fue como reuniendo los innumerables casos de enfermedades á un número limitado de formas morbosas, asignando á cada una de ellas un tratamiento igual para todas las especies que abrazaba, sin embargo de las diferentes anomalías que cada estado patológico ofrece, con la necesidad de un tratatamiento peculiar á cada uno, y sin reflexionar, que no porque el médico se recree en formar ideas falsas de la naturaleza, esta no ha de cambiarse por complacerle. A pesar de todos estos trabajos, tales creaciones fantásticas y contra naturaleza, no podian tener un remedio fijo cada una, porque no se pueden concebir armas reales contra fantasmas.

Tal es la imperfeccion, impureza, y aun nulidad de todos los medios que la escuela médica ordinaria tiene á su disposicion, para llegar al conocimiento de los instrumentos de su oficio. ¿Qué se diria de un carpintero que no supiese para qué erá buena la azuela, la garlopa, la gubia, el bedano, el guillame, etc.? ¿Qué, del que entrando en el taller del escultor, tomase varias herramientas, y empuñándolas juntas, golpease con todas ellas á la vez una estátua principiada? Sin embargo, pues, de lo irracional de estas dos ocupaciones, la primera

recuerda la conducta del médico, que usa de medicamentos cuya virtud ignora; la segunda se asemeja al proceder del mismo médico, que sobre desconocer la virtud de las sustancias medicinales, hace entrar varias de ellas en una misma receta, con que maltrata al pobre enfermo. En todo el contenido de este capítulo ¿hay algo exagerado? Dígalo de buena fé la misma escuela ordinaria. Señálelo.

CAPITULO VI.

De la esperimentacion pura.

Si la alopatía no puede sacar algun partido de sus medios de indagar la virtud de los medicamentos, la homeopatía posee el criterio seguro de evidenciar el modo, con que cada uno de aquellos se comporta con el organismo; hasta tiene el poder de utilizar en muy alto grado la esperimentacion clínica, tan inútil para la alopatía.

En el hecho de haber descubierto la casualidad los tres específicos que la escuela alopática posee, aunque su hallazgo haya costado tres mil años de investigaciones, la recta razon persuade, que la ley natural que forma la especificidad de aquellas tres sustancias, no existe para ellas solas, y por consiguiente, que la Sabiduría infinita ha de haber puesto entre nosotros un específico seguro, para la curacion de cada estado morboso, que á cada momento puede asaltarnos; toda la dificultad está en

saberlos buscar, de modo que demos con ellos. Ya hemos visto que por medio de la esperimentacion clínica, se necesitan millones de años para la formacion de una riqueza farmacéutica, tal que nos deba inspirar seguridad y confianza; ¿qué rumbo, pues, tomaremos, que nos lleve con seguridad al descubrimiento de las virtudes positivas de los medicamentos? Yo no veo otro que el de la esperimentacion sobre el hombre sano, única via que nos puede llevar, respecto á este particular, á las regiones donde habita la verdad.

"Es por la via homeopática (dice Hahn.) por donde he llegado al hallazgo de un específico seguro contra la escarlatina lisa, en la belladona, á muy débiles dósis, que tiene la propiedad de provocar en el organismo sano una fiebre muy rayana á la de aquella enfermedad, con rubicundez de la piel. Del mismo modo, el conjunto de síntomas de la miliar me ha demostrado, que el acónito debia ser específico contra esta enfermedad, y la esperiencia ha justificado mis previsiones. Los síntomas del Croup se encuentran en la materia médica pura, entre las que la esponja quemada y el súlfuro de cal, producen por sí mismos. Asi estos dos medios alternados, y dados á muy pequeñas dósis, curan esta terrible enfermedad de los niños, de cuya verdad me he asegurado yo el primero. Ningun medicamento conocido reproduce mejor los efectos particulares de la coqueluche epidémica que la *drosera rotundifolia*. Esta enfermedad que, á pesar de todos los esfuerzos de los alopatistas, pasa al estado crónico ó termina por la muerte, cede con seguridad á la mas pequeña parte de una gota de la dilucion al decilloneismo, del jugo de *drosera*, y cura asi en pocos dias. ¿Quién pudo antes que yo, y antes de la aparicion de mi materia médica pura, curar radicalmente la sycosis con todas sus escrescencias esteriores? Se contentaban con quemar, ligar ó cortar las escrecencias, á medida que ellas pululaban; nadie llegó á curarlas. Pero los síntomas del Tuya occidental me han enseñado, que esta planta debia curar la sycosis; en efecto su jugo éstendido dado á muy pequeñas dósis, la hace desaparecer, y tambien á las escrescencias. El alópata atasca de medicamentos dictados por el empirismo á los enfermos de disenteria, y cuál es el resultado de sus esfuerzos! Pero los síntomas del sublimado corrosivo se asemejan tanto á los de la disenteria, que esta sustancia debe ser su específico; de lo que la esperiencia me ha convencido hace mucho tiempo: basta una sola dósis de una pequeña parte de gota de la dilucion al trillonésismo de un grano de sublimado, para procurar una curacion pronta y completa."

El medio, pues, de que Hahnemann se valió para llegar á estos resultados, se ve que ha sido la *esperimentacion pura*, que él y sus discípulos continuan con ardor en diversas regiones, y sobre distintos individuos de todas clases, edades, sexos y temperamentos. Por medio de ella administrando á cada individuo un medicamento, educado segun las leyes de la farmacológia homeopática, se desarro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llan en el sugeto sometido á la esperiencia multitud de síntomas, que forman un estado morboso artificial, lo que declara que este medicamento tiene indefectiblemente el poder de curar de un modo suave, seguro, pronto y permanente otro estado morboso natural, que le sea lo mas semejante posible. Este descubrimiento debido al grande genio de Hahnemann, procede del hallazgo y comprobacion por él mismo de estas grandes leyes terapéuticas. "*Todo organismo viviente es mas impresionable por los medicamentos que por las enfermedades.*" La prueba de la verdad de esta ley, la tenemos todos los dias á la vista. Vemos que hasta las epidemias mas devastadoras y mas contagiosas, perdonan muchas víctimas, al paso que introducida una sustancia medicinal en el organismo, le afecta siempre. De modo que los agentes morbosos naturales, para afectar al hombre, necesitan hallarle predispuesto, mientras que los agentes morbosos artificiales ó medicamentosos, le afectan de un modo absoluto, en todas épocas, en todas situaciones, y sin necesidad de predisposicion antecedente. Por consiguiente, todo medicamento considerado en su virtualidad, encierra y contiene en sí mismo el gérmen de una enfermedad artificial, apta para impresionar el organismo en todo tiempo y en todas circunstancias, lo que no sucede en términos tan absolutos con ninguna enfermedad natural. Y como es otra ley terapéutica en homeopatía.— "*Que la accion del medicamento, aunque invade á la vez todo el organismo, se dirige siempre con preferencia y con mayor intension á los sitios mas atacados del mal, atraida por una especie de semejanza, afinidad patogenética, ó llámese homeopaticidad.*» Entonces, hallando al organismo mas dispuesto á ser impresionado por un agente morboso artificial que por otro natural, le ocupa todo, y aquel por una tendencia natural de la fuerza curatriz ó conservadora de la vida, se rehace solicitado por la accion medicinal, desarrolla nuevos y mas poderosos efectos convergentes para rechazar el mal, y restableciendo el equilibrio perdido de los movimientos orgánicos, sucede la salud.

Otra de las leyes que presiden á la esperimentacion pura, ó practicada sobre el hombre sano es, que: *Todo medicamento tiene dos propiedades diferentes, la una de producir síntomas morbosos artificiales (patogenéticos) sobre el hombre sano, constituyéndole enfermo; la otra, de borrar en el enfermo síntomas semejantes á aquellos, y darle la salud.* Pero estas dos propiedades no provienen de fuerzas diferentes, sino de una misma y sola que toma dos direcciones opuestas, segun obra sobre el hombre sano ú el enfermo. De donde se debe concluir.... que si un medicamento tiene la virtud de *curar*, es porque tiene la de hacer *enfermar*.

Para que la aplicacion de estas leyes á la esperimentacion pura (única, que siempre que queramos, nos revelará las propiedades naturales de nuestros medios curativos), sea amena de buenos resultados, es menester proceder con una estrema sujecion á los preceptos y precauciones que mas

adelante se designarán. Ahora diré, que toda enfermedad que no presenta desorganizacion evidente de tejidos, puede, y debe ser curada por medio de un agente, con poder sobre el organismo de causarle desórdenes semejantes cuanto se pueda á los de la enfermedad que se intenta curar. Nótese con cuidado, que este problema tiene dos términos de semejanza ó de analogía, *la enfermedad natural, y la enfermedad artificial*; y se verá que solo puede presentarlos la esperimentacion *pura*, y no la esperimentacion *clínica* que solo ofrece el uno. Nótese tambien que el organismo sano dice constantemente, qué síntomas puede desarrollar un medicamento, revela sus virtudes patogenéticas, y como hay una manifiesta correlacion entre aquellos y las virtudes terapéuticas del medicamento, se sigue la consecuencia obligada, de que solamente la esperimentacion pura, es el medio seguro de averiguar las virtudes positivas de todos los medicamentos.

No se crea por esto que la esperimentacion clínica para nada sirve; aunque asi suceda, como hemos visto en el capítulo anterior, cuando la emplea la alopatía, en las manos del homeópata, es de una alta importancia, pues sirve de contraprueba de la esperimentacion pura, cuyos límites no podemos pasar sin comprometer nuestra vida ó la de nuestros semejantes, porque nadie será tan temerario que lleve la esperimentacion pura, hasta el esceso de crearse ó de crear á otro el aneurisma de un tronco grueso é interior, un flujo de sangre escesivo, una tisis, un cáncer del estómago, etc. En

el punto, pues, en que la esperimentacion *pura* tiene que detenerse, la esperimentacion clínica viene en nuestro ausilio á completar la primera. Por ejemplo, la homeopatía enseña que la árnica es el específico de las llagas, las heridas, contusiones, y de todo lo que reconoce por causa una violencia esterna, y de aqui conclúye por analogía muy rigorosa su utilidad, en una multitud de casos de la misma naturaleza, valiéndose de este precioso vegetal, contra las escoriaciones del sacro y sus úlceras gangrenosas, procedentes del decúbito permanente sobre aquella parte en las fiebres de mal carácter, lesion que jamás se ha intentado provocar por la esperiencia pura, llevada hasta tal punto. En las magulladuras de las partes esternas de la generacion, subsiguientes á un parto trabajoso, la árnica obra de un modo prodigioso, haciendo cesar la fiebre, que es consecuencia de aquellas, sin que la esperimentacion pura se haya llevado hasta el caso de producir tales desórdenes.

Aun cuando quisieramos llevar al estremo la esperimentacion pura, sacrificando á este objeto la vida de los irracionales, habriamos adelantado menos que con la subordinacion de la esperimentacion clínica á la pura. Muchas sustancias patogenéticas y tóxicas, se comportan de un modo muy diferente con el hombre y con los animales de varias especies. El *agaricus muscarius*, v. gr. mata al hombre y al perro, pero con síntomas muy diferentes de toxicacion en uno y otro. Mr. Virey, diario de la farmacia, tom. 4.º, pág. 93, dice: "En dósis

moderadas, el peregil y la pimienta no tienen inconveniente para nosotros; pero el peregil causa la muerte á los papagayos, y se han hecho morir en convulsiones á los javalíes y á los cerdos, con una moderada cantidad de pimienta. Nosotros podemos comer sin riesgo las vayas y la conserva de sauco y de yezgo, que son un veneno para los pavos reales y otras aves. Aunque útil al hombre el alcanfor, dado á muy pequeñas dósis á los gatos los mata con facilidad, etc.»

Es, pues, la esperimentacion pura ó hecha sobre el hombre sano, recomendada por Haller, aprobada por Andral, y realizada por Hahnemann, el nuevo medio que la homeopatía tiene de asegurarse de la virtud específica de los agentes terapéuticos é higiénicos; el que ha revelado que todos estos agentes poseen una accion absoluta sobre nuestro organismo, accion diferente de la de cualquiera otra sustancia medicinal, y que la desplegará siempre que otro agente estraño no concurra con su diferente virtualidad á contrariar, turbar ó anular la accion del primero. Tambien nos ha dicho que aquella accion será mas ó menos durable, mas ó menos intensa, á proporcion que las condiciones higiénicas y fisiológicas, bajo que se halla el sugeto de la esperiencia, sean mas ó menos favorables á la accion del medicamento que ha tomado, que esta accion dinámica, virtual, curativa, difiere en cuantidad, y á veces en cualidad, en razon directa del tamaño de las dósis, y respecto al mayor ó menor grado de energía del medicamento; relativamente

tambien al modo de preparacion á que se le somete, y al estado de salud ó de enfermedad del sugeto á quien se propina; de su susceptibilidad individual; de su estado moral é intelectual; de su posicion social, edad, sexo, idiosincracia, etc.; y que una vez presentes todas estas condiciones, la accion del remedio se manifestará constantemente la misma, sobre todos los que hagan uso de él, sin otra variacion en los resultados por la edad, sexo, idiosincracia, etc., que la del mas al menos, en cuanto á la actividad de los síntomas que le son característicos, ó que él solo y ningun otro medicamento puede producir; y que asi como á muchos alimentos se les hace sufrir algunas preparaciones que faciliten su asimilacion, y se toman con cierta mesura para que se apropien al organismo y reparen sus pérdidas, asi tambien es necesario que los medicamentos sean sometidos á ciertas preparaciones que mas adelante se dirán, y empleados á dósis convenientes, para que sus efectos se produzcan.

Todas estas circunstancias á que hay que atender en la esperimentacion pura, y en la esperimentacion clínica, que favorecen la accion del medicamento sobre el hombre sano y sobre el hombre enfermo, como tambien otras que contrarian esta misma accion, provienen de dos partes diferentes, las unas de parte del sugeto puesto en esperiencia; las otras de parte de las circunstancias higiénicas. Hahnemann hace una escrupulosa enumeracion de ellas cuando dice: "El que hace la esperiencia debe evitar, mientras ella dure, los trabajos que fatigan el

cuerpo, y los que cansan el espíritu, las bromas, las disoluciones, las pasiones desordenadas; es menester que ningun negocio que absorva demasiado la atencion le impida observarse con cuidado, y que ponga una atencion muy escrupulosa á cuanto pase en su interior, sin que nada le desvie de este cuidado: que una á la salud del cuerpo el grado necesario de inteligencia, para poder designar y describir claramente las sensaciones que perciba.»

Estas son las condiciones fisiológicas á que, segun Hahnemann debe hallarse sometido el sugeto, sobre que se hace la esperiencia; respecto á las condiciones higiénicas encarga despues, «que el régimen sea muy moderado por todo el tiempo de la esperiencia; que hay que abstenerse de especias, y contentarse con alimentos simples, que no sean sino nutritivos, evitando las legumbres verdes, las raices, las ensaladas, las sopas de verduras, alimentos que á pesar de las preparaciones de cocina, conservan siempre algo de energía medicinal, que turbaria la accion del medicamento. La bebida deberá siempre ser la misma á que se hallaba acostumbrado el sugeto; procurará que sea lo menos estimulante posible (1).

(1) Para la especimentacion por las dósis tan exiguas de la homeopatía, es indispensable la mayor calma del ánimo, y el silencio mas profundo del organismo; de otra suerte el efecto del medicamento se oscurece ó se pierde entre el tumulto de los órganos, asi como no se percibiria, sino que se perderia el dulce y delicado sonido de una guitarra, entre el estrépito de una banda de tambores.

Todas estas condiciones que Hahnemann impone para la esperimentacion pura, son absolutamente necesarias para su buen resultado, pero no basta tener un estremo cuidado del régimen físico y moral, es tambien indispensable arreglar cuanto concierne al medio ambiente. El habitante de las grandes poblaciones, que se halla entregado á sus placeres, á ocupaciones pesadas ó negocios interesantes que lo traen en continua agitacion del ánimo y del cuerpo; el que se espone á la humedad y en general á las variaciones de temperatura, se halla en una disposicion poco conveniente á la esperimentacion pura. Aun diré tambien, que cualquiera que sean los resultados esperimentales logrados sobre tal sugeto, no son capaces de autorizar nuestra práctica, y seria absurdo apoyarla en ellos.

Habiendose ya espresado las condiciones higiénicas y fisiológicas que favorecen el desarrollo de accion de las sustancias medicinales, quedan implícitamente indicadas las condiciones opuestas que tienden á contrariar, ó anular el desarrollo de esta accion. Despues de lo dicho, casi es ocioso advertir, que investigaciones de esta especie no deben hacerse en medio de las agitaciones que atraen las guerras y las revoluciones de los estados, ni en sitios donde reina una epidemia ni en los grandes hospitales, cuya atmósfera se halla engruesada de los há-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

litos y emanaciones de muchos enfermos reunidos.

Respecto á la cantidad del medicamento que debe tomar el sugeto sometido á la esperiencia pura, Hahnemann afirma que bastan seis glóbulos impregnados del medicamento puesto en esperimentacion, tomados todas las mañanas hasta llegar á producir un efecto: pero esto debe tenerse como un término medio de la cuestion de las dósis medicamentosas, que siempre deberán ser relativas al grado de impresionabilidad de la persona. Los medicamentos producen diferentes síntomas en el hombre que en la muger: nunca en el primero podrán escitar, v. gr. desórdenes de la menstruacion, que es peculiar del otro sexo: y conforme á esto y lo que ya se ha dicho mas arriba de las condiciones fisiológicas é higiénicas que favorecen, y que contrarían la accion del medicamento, hay tambien una multitud de circunstancias que unas veces aumentan, otras disminuyen el número de los síntomas provocados por un medicamento. Consiguiente á esto la materia médica pura debe ser considerada como una reunion de cuadros patológicos y patogenéticos, cuyos rasgos están tomados de una multitud de esperiencias sobre individuos diferentes, colocados en condiciones tambien desiguales, de edad, sexo, temperamento, idiosincrasia, hábitos, estaciones del año y latitud bajo que se hace el esperimento.

Conforme á esto, cuando el médico se ocupa de la esperimentacion pura, no debe esperar producir cuadros de síntomas idénticos á los de la *materia*

médica; el mismo Hahnemann ha dicho desde el 109 al 114 de su organon, que no puede un individuo bastar á agotar ó presentar en sí todos los síntomas de un medicamento.

Hay á mas de todas estas otra razon poderosa para que todos los síntomas provocados en el hombre sano, no sean iguales en número y en especie. Independientemente de las diversas influencias higiénicas y fisiológicas á que se halla espuesto el sugeto, hay entre los síntomas del medicamento empleado muchos que le son característicos, propios solo de él, y los hay que son comunes á otros medicamentos. Por eso un mismo agente medicinal tomado por muchas personas, produce bastantes efectos diferentes en cada una de ellas, y aun se vé que sobre algunas otras nada produce, sino se insiste y porfia mucho en su administracion. Esta diferencia consiste en las circunstancias en que se halla entonces el sugeto, y en la mayor ó menor atraccion ó afinidad electiva, que media entre el sugeto de la esperiencia y el medicamento que es objeto de la misma. Para convencerse de esto, basta considerar lo que sucede al esperimentador bajo la influencia de un agente patogenético: dos individualidades se presentan á su vista al mismo tiempo; una individualidad fisiológica; otra individualidad patogenética: si hay afinidad entre ellas, se establece una relacion, el agente modifica al paciente: el medicamento obra sobre el organismo, y este en seguida, se rehace contra aquel. Al contrario si en lugar de *Afinidad* hay *Antipatia*, no se establece accion nin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guna, es impedida por la inercia ó por la repulsion.

En virtud de esta ley algunos habitan impunemente los focos de infeccion; hay quienes se rozan con los sarnosos, y se acuestan juntos en una misma cama, sin que en su piel brote grano alguno psórico; otros desafian á la sifilis; otros en fin inspiran los miásmas pestilentes y coléricos, se inoculan el pus, la bilis, la sangre de los infectados del bubon pestilente, sin pagar su atrevimiento con mas que algunas ligeras turbaciones funcionales, ó sin sufrir alguna.

En el lenguage adoptado por la escuela médica ordinaria, se dice que á tales sugetos les falta *predisposicion*: nosotros tenemos por tanto ó mas exacto el decir que les falta *afinidad* ó que les sobra *antipatía*.

Del mismo modo y por la misma ley, algunas complexiones se muestran refractarias de la accion de las sustancias patogenéticas. Hay sugetos de impresionabilidad muy obtusa, y los hay que la tienen muy exagerada. Los primeros no prueban de ninguna manera que su defecto de percepcion consista en la inercia absoluta de los agentes patogenéticos: esta inercia no es sino relativa; no existe sino para ellos. La escesiva impresionabilidad de los segundos tampoco podrá hacernos aceptar como efectos medicamentosos los síntomas que en último análisis no son mas que el reflejo de su individualidad. Acojerlos sin reserva nos espondria á edificar la materia médica sobre hechos sin importancia y

sin utilidad médica, esta superabundancia de efectos medicamentosos, formaria una riqueza tan falsa que solo serviria de empobrecer la materia médica, cubriendo con un velo los síntomas característicos de los medicamentos de que desviaria la atencion.

En tocsicologia tampoco las lesiones obtenidas por fuertes dósis, nos representan la accion dinámica de los medicamentos, sino sus efectos químicos sobre la parte superior del tubo digestivo. Todos los agentes corrosivos nos ofrecen la inflamacion intensa y frecuentemente la gangrena y la perforacion del estómago, ¿diremos por esto que nos suministran alguna indicacion terapéutica?.... No, ellos no obran sobre la víscera (L. S. Lec. 6.ª) sino por contacto, y hubiesen producido los mismos efectos sobre cualquiera otra parte bajo la misma relacion. La única indicacion general que de aquí se pudiera sacar, sería la de que los venenos corrosivos podrian ser los específicos de la gangrena, cuando por otra parte existiese analogía entre los demas síntomas patológicos y los del medicamento.

Los verdaderos discípulos de Hahnemann no son los que guardan su ley como un depósito estéril, sino los que consagran todos sus desvelos á desarrollarla, y asi mientras que la antigua escuela trabaja en aclarar cada dia mas la ciencia del diagnóstico, nosotros que creemos á lo menos tan importante el perfeccionar el tratamiento de las enfermedades como el saberlas distinguir, ponerlas nombre y elevarnos hasta su causa orgánica, ¿no nos ocuparemos

cada uno conforme á la estension de sus fuerzas en llevar la luz á la materia médica y mondar de toda su ojarasca la individualidad de cada medicamento?.. ¿No es un deber nuestro emplear todo el poder sintético de nuestro espíritu en agrupar segun los órganos y las funciones la dilatada nomenclatura de síntomas que se desenvuelven, y establecer su conexion y parentesco? ¿Y no podremos dar á los grupos de síntomas morbosos un nombre y un nombre á los de los medicamentos, para que el diagnóstico medicinal se vea paralelo al diagnóstico patológico. Felizmente los mejores y mas acreditados homeópatas ya se atreven á generalizar para evitar el riesgo de perderse entre los infinitamente pequeños, riesgo que podian correr hallándose empeñados en individualizar sin fin, desdeñando la tendencia del espíritu humano, que por medio de la análisis y la síntesis se fuerza en elevarse de los efectos á las causas.

Hay algo mas que considerar que síntomas á secas en las enfermedades, algo mas que síntomas en los medicamentos: el que á un lado y á otro no vé mas, habrá abdicado su facultad intuitiva y reducídose á representar un papel demasiado pasivo y automático, privándose de convertir en *signos* los síntomas *morbosos* y *medicamentosos*, limitándose á colacionar la analogía de las diversas séries, en lugar de compararlas entre sí, y apreciar su valor. En una palabra, la enfermedad para él careceria de significado.

Hasta el dia en que Hahnemann dió la ley de

apropiacion por similitud, el médico á la cabecera del enfermo no tenia otra cosa de que ocuparse que del diagnóstico de la enfermedad: en cuanto por la apreciacion de los síntomas, habia percibido el carácter del mal, lo que constituia su esencia, su unidad; luego espontáneamente se le ofrecia la indicacion segun el sistema que habia adoptado, si era racionalista ó dogmático; y si era empírico, segun los recuerdos de los buenos sucesos obtenidos antes en casos semejantes. A este método faltaba un principio directivo, en virtud del cual dogmatistas y empíricos concordasen en la determinacion de un modificador del estado patológico. Cualquiera medio podia llegar á ser igualmente justo segun la idea que cada uno se habia formado del mal, ó segun los sucesos felices de que se acordaba haber logrado en casos análogos.

En el dia, gracias á la base y al desarrollo que la esperimentacion pura ha dado á la materia médica, la operacion se ha duplicado: hay dos diagnósticos que exigir y que determinar con igual precision y rigor, el diagnóstico de la enfermedad, y el diagnóstico del medicamento.

Para todo el que no está en el entender de que el acierto en la medicina específica, consiste en ir comparando síntoma por síntoma los hechos morbosos, y pieza por pieza los efectos patogenéticos (operacion mecánica, que á nada menos conduce que anular la facultad sintética del observador), resulta de la ley de los semejantes, que si hay grande utilidad, necesidad de erigir un diagnóstico en

las enfermedades, no es menos indispensable hacer sobresalir el diagnóstico de los medicamentos; es decir, despojarlos de cuanto tienen de vago, y hacer resaltar lo que constituye su individualidad; asi como cuando ciertos grupos de síntomas constantes, ó á veces un solo síntoma patonogmónico determina el carácter de una enfermedad, y la distingue de todas las demas.

Para el diagnóstico de la enfermedad hay tres elementos que nos facilitan su formacion, las *lesiones de sensacion*, las *lesiones de funcion* y las *lesiones de testura*: para el diagnóstico de los medicamentos tenemos otras tres fuentes, una en la esperimentacion por las sustancias *dinamizadas*, que hace principalmente sobresalir las lesiones de sensacion, otra en la esperimentacion por *sustancias enérgicas en alta dósis ó semitocsicacion*, que provocan de un modo muy principal las turbaciones funcionales; la tercera, finalmente, en los *emponzoñamientos* seguidos de la muerte, que nos descubren las lesiones de testura. Estos tres datos especialmente, deben ser la base del diagnóstico del medicamento.

Mas asi como estando bien conocida la accion morbífica de un medicamento, se pueden establecer á *priori* su especificidad para un caso de enfermedad que ofrezca síntomas semejantes á los que él produce; tambien es esencialmente lógico afirmar, que todo medicamento que se haya mostrado eficaz en una afeccion determinada, ha debido su apropiacion á su poder de producir síntomas semejantes. Sin embargo, esta regla no carece de escepcion, porque se ven enfermedades que durante una medicacion antagonística, completan inocentemente su carrera, ó mas bien se ven sofocadas bajo los efectos primitivos del remedio, ó en otros casos se desfiguran por una derivacion enérgica que atenua el peligro.

Asi es que las indicaciones ab *usu* in morbis no pueden juzgarse de valor, mientras no haya analogía patológica entre el medicamento y la enfermedad, en cuyo caso serán una poderosa confirmacion de la especificidad. Es indispensable, pues, que la monografía de un medicamento sea lo mas completa posible, que abrace todos los casos en que aquel se haya mostrado eficaz, habiendo sido empleado segun la analogía de sus efectos primitivos.

Pero jamás podremos estar de acuerdo con nuestros cohermanos de la antigua escuela, mientras juzguemos de las propiedades de los medicamentos, los unos segun sus efectos *primitivos*, los otros segun sus efectos *secundarios*, mientras no separemos con cuidado la accion de la reaccion. De otro modo, siempre habrá entre las dos escuelas una equivocacion, una divergencia, que, en detrimento del arte, dividirá los hombres que buscan la verdad de buena fé. Para llegar á ponerse de acuerdo, es necesario, por una parte, establecer la especificidad ab *usu in morbis*, no solo segun nuestras observaciones, sino tambien conforme á las suyas propias, que no podrán desecreer ni desechar; por otra parte hacer sobresalir de la sintomatologia patogenética el rasgo morboso que constituye el carácter

distintivo de todo medicamento, no solamente segun la esperimentacion pura, sino sobre todo, segun las observaciones tóxicas, cuyos efectos son mas marcados, y á menudo sancionados por la lesion anatómica. Porque debemos estar en que los médicos que no hayan admitido teóricamente la ley de especificidad establecida por Hahnemann, tampoco tendrán la tentacion de comprobarlo por el estudio y escrutinio comparativo y recíproco de mil á mil quinientos síntomas que producen algunos medicamentos, y separar de entre tantos los que constituyen la esencia, los que establecen la analogía entre el medicamento y un caso dado de enfermedad; los que prueban grupos de síntomas constantes.

Lo prolijo y pesado de semejante estudio, y la creencia de su inutilidad en que están nuestros cohermanos, creencia parecida á la de aquellos que dicen que no les agrada un manjar antes de gustarlo, hace que desprecien sin exámen la ley de especificidad, que si les fuera conocida, si la gustáran, no discordariamos tanto como discordamos sobre la accion de los medicamentos y sobre la indicacion, aun cuando en las enfermedades de carácter fijo y de específico que oponerles, conocido y cierto, convengamos sobre la eleccion del mismo agente. Esta es la causa por qué en una misma afeccion morbosa, mientras los unos creemos dar una direccion conveniente á los esfuerzos que la naturaleza despliega para vencer el mal que la aqueja, los otros creen que provocan una reaccion ó favorecen una crisis. Solo hay, pues, un medio de entenderse en tales

disidencias, y es el de fijar el carácter de los medicamentos, es decir, fijar sus efectos primitivos, característicos, constantes. Entonces será diagnosticada la especificidad como se diagnostica la enfermedad.

¡Cuidado! dirán á esto algunos homeópatas meros compulsadores de síntomas..... ¡Mirad que vais á caer en heregía homeopática, admitiendo, creyendo en entidades morbosas! En verdad que jamás ha sido tal nuestro pensamiento, les contestaremos; pero de nosotros no pende el que haya enfermedades de forma constante y fija, que se descubra á través de algunas modificaciones idiosincrásicas ó reflejos de temperamentos, asi como una figura reproducida por muchos vidrios de diversos colores, toma de todos ellos la coloracion, sin dejar por eso de ser y de presentarse la misma; de igual modo, como cada enfermedad tiene un cierto número de específicos, y cada uno de ellos se halla en analogía con un temperamento, no habrá apropiacion completa entre el mal y el remedio, sino bajo la condicion de esta doble analogía.

De esto mismo se infiere cuán necesario sea saber distinguir en la esperimentacion pura, cuáles son aquellos rasgos que pintan la figura, la fisonomía del mal y la del remedio, y los vislumbres y matices que induce la idiosincrásia y otras condiciones, tanto en el aspecto del agente ó remedio como del paciente ó enfermo.

Pero estos matices son tantos y tan diversos, que confunden y asombran al homeópata princi-

piante, al estudiar las numerosas y diversas séries de lesiones de *sensacion*, de *funcion* y de *testura* que le ofrece cada medicamento. Desde luego su analogía con un gran número de enfermedades, le hace creer que tiene en él un policresto, que en su esfera de apropiacion abraza casi todos los casos morbosos una verdadera panacea universal. Desgraciadamente esta riqueza, como ya llevo dicho, tiene mas de aparente que de real, y si confia en ella demasiado, pronto la hallará insuficiente á la cabecera del enfermo. Semejante lujo patogenético desanima, embrolla y hace dudar á todo espíritu reflexivo, y en último análisis le persuade, de que un medicamento que parece indicado ú conveniente á casi todas las enfermedades, envuelve la sospecha de no convenir á ninguna. ¿Y qué le sucederá á este principiante cuando llegue á persuadirse, como lo estamos nosotros, de que cualquiera medicamento esplorado por un número suficiente indeterminado de esperimentadores, daria no solo la sintomatológia del medicamento asi esperimentado, sino la de toda la materia médica entera? ¿Y qué, si se persuadiera, pues es al poco mas ó menos igualmente cierto, de que al contrario, un número de esperimentadores igual al de los primeros que estudiaron aquel medicamento, dejaria á lo oscuro y sin sacar á relucir muchos síntomas de los ya inscritos antes?... ¡Adios materia médica! esclamaria, porque si estas dos proposiciones son ciertas, toda sustancia, cuya esperimentacion se repita mucho, puede dar todos los síntomas que se la pidan, y desde entonces no hay necesidad de elegir medicamento que oponer á una enfermedad, cualquiera de ellos convendrá á todas, ó mejor no convendrá á ninguna.

No nos disimulamos que á pesar del mayor esmero aplicado á tales ensayos, pueden deslizarse en ellos algunas equivocaciones, ya respecto á perfectibilidad de la salud del sugeto elegido para la prueba, ya del inconveniente de una desazon que puede resultarle, por motivos que á veces él mismo oculta, y ya de su individualidad, de su fuerza de imaginacion, etc. Por eso tampoco miramos los síntomas patogenéticos que se desarrollan mientras el ensayo, sino como indicios, sino como motivos que nos autorizan racionalmente á ensayar el mismo medicamento en enfermedades espontáneas que presenten los mismos síntomas: de este modo la observacion clínica, que aislada es estéril, asi empleada, sirve de contraprueba á la esperimentacion pura, á quien completa, y cuya certeza viene á probar.

Se pueden tener tres distintos objetos en el estudio de la verdad; el 1.º el de descubrirla cuando se la busca; el 2.º el de demostrarla cuando se la posee; el 3.º y último, el de distinguirla de lo falso cuando se la examina. A Hahnemann pertenece la gloria de haber descubierto la verdad de la medicina específica, y de haberla demostrado; réstanos á nosotros la tarea de separar lo verdadero de lo falso, para cumplir exactamente con la citada máxima de Pascal. Si hemos de desempeñar bien este

nuestro encargo respecto á la esperimentacion pura, debemos cuidadosamente distinguir qué síntomas se han observado constantemente en cualquiera sugeto sano, sometido á la prueba del medicamento, bajo cualquiera influencia de idiosincrásia, sexo, edad, constitucion orgánica, etc.; y estos síntomas representarán el carácter del medicamento, su modo constante de obrar, y los tendremos por cardinales, dándoles la primera importancia en el diagnóstico del medicamento. En seguida separaremos aquellos que solo se presentan en algunos sugetos, y los calificaremos de representantes del influjo de la individualidad, dándoles un valor muy secundario respecto á los primeros. Notaremos despues, qué síntomas son los que se han presentado los primeros, y por aqui vendremos en conocimiento de los que son primitivos y de los que son secundarios; continuando la indagacion de este modo, nos hará ver qué relacion genética guardan entre sí, y sabremos qué síntomas son principales, los subordinados ó dependientes de ellos, cuya presencia origina la de estos últimos, que desaparecen tambien con aquellos, no siendo mas que sus consecuencias ó reflejos inmediatos, que merecen muy poca ó ninguna consideracion, debiendo por eso ser de ordinario desechados. Investigaremos igualmente cuál sea la parte del organismo, principalmente afectada por la accion medicinal, y esto nos dará á conocer los síntomas orgánicos. Cuidaremos de ver cómo se asocian unos á otros formando grupos, y estos nos presentarán otros tantos emblemas fieles de

estados morbosos naturales, que serán aptos para hacer cesar de un modo pronto, seguro y permanente. Procuraremos percibir bien la estension de la esfera de accion del medicamento, ó su efecto total; sobre qué aparatos orgánicos se despliega con mas intension, si sobre el locomotor, si afecta de un modo mas preferente la vascularidad en general, ó la nervosidad, etc., y asi descubriremos toda la estension de los dominios de su virtualidad, sabremos cuáles sean las regiones de nuestro cuerpo donde se ejerce en mas alto grado al mismo tiempo, durante el curso de la enfermedad artificial, concurriendo á formar la base de esta, y revelando su genio.

Es, pues, indispensable al buen observador, tener una rigorosa cuenta de todas las condiciones comparadas entre sí, y dar á cada una el grado de importancia que le pertenece, concediendo la primera á la causa ocasional; á los signos patognomónicos, de los cuales tiene mas valor uno solo que muchos accesorios é inconstantes; al temperamento del sugeto; al sesgo que ha tomado su moral durante la esperiencia pura, cuando se trata de esta, ó durante la enfermedad, si se trata de esperiencia clínica; á los síntomas generales, y finalmente á los orgánicos, comparando en globo el estado morboso que forma el conjunto de síntomas de la enfermedad que se intenta curar, con cada uno de los estados morbosos que en sus varias combinaciones presentan los síntomas del medicamento, pertenecientes á las categorías que se acaban de in-

dicar. Y cuando la imágen pintada por alguna de aquellas séries ó grupos de rasgos patogenéticos, ó efectos medicamentosos, sea muy parecida al estado morboso que se tiene á la vista, será muy racional intentar borrar esta por aquellas.

Hay ademas que tener cuenta en la esperimentacion pura con el tiempo que dura cada síntoma, en qué posicion se alivian, agravan, aparecen, desaparecen, ó reaparecen cuando se han suspendido: á qué horas del dia ó de la noche suceden estos cambios; con qué motivos ó bajo qué influencias, si al aire libre ó al de la habitacion; antes, en el acto de comer, ó despues de haber comido; si estando sentado ó de pié; darante el movimiento ó durante el reposo; estando despierto, ú dormido, etc. Todas estas circunstancias accesorias deben tambien tenerse en consideracion al tiempo de indagar las virtudes positivas de los medicamentos, pues muchas veces esto que parece de tan poco interés, constituye un signo característico, como por ejemplo el agravarse los síntomas dolorosos de *Bryonia alba, andando y apoyando el cuerpo sobre un pié.* Cuando por medio de la análisis y síntesis de los síntomas patogenéticos y de las circunstancias de estos acabadas de espresar, se ha puesto el homeópata en disposicion de comparar los grupos de hechos patogenéticos, con ciertos estados morbosos, y ha encontrado su conveniencia ó analogía recíproca por el lado de los efectos primitivos del medicamento, entonces y no antes se creerá autorizado para administrarlo al enfermo

cuya enfermedad presenta síntomas semejantes, y si ve que la hace cesar ó la alivia de un modo seguro, siempre y constantemente, tambien entonces, y no antes de esta contraprueba de la esperimentacion pura por la hecha sobre el enfermo, le será permitido conferirle el título de remedio contra aquel estado morboso, dándole lugar en la materia médica. En una palabra, debe servirse siempre de la esperimentacion pura para averiguar las virtudes positivas de los medicamentos, y de la esperimentacion clínica para comprobarlas, asi su corazon y su conciencia estarán libres de los remordimientos que necesariamente le habia de producir el aplicar á su enfermo un remedio, ignorando si le será útil ó nocivo.

Está visto que nada puede reemplazar á la esperimentacion pura por las ventajas que nos proporciona, entre las cuales se halla tambien, la de que estando sana la persona sobre que se practica, todo desórden del ritmo habitual de la salud debe necesariamente pender de la accion del medicamento, mientras que en la esperimentacion clínica hay que tener cuenta al mismo tiempo que de los desórdenes medicamentosos, de los desórdenes que acarrea la misma enfermedad natural, y el límite que separa á estos de aquellos es imposible señalar por el que no tenga un conocimiento profundo de los unos y de los otros, que le facilite distinguirlos cuando los ve reunidos en el enfermo. En virtud de esta sustraccion, los datos que el observador haya recogido, le dirán principalmente cuáles

sean las propiedades generales de los medicamentos sobre el hombre sano, y cuáles los de la enfermedad natural que tiene á la vista. Ellas le darán el conocimiento de muchos desórdenes orgánicos ó locales, pero aquello, por lo que un medicamento dado se diferencia de todos los demas en la esperimentacion pura, siempre será sobre todo por sus propiedades generales, al revés de la esperimentacion clínica, que revela ante todo la accion del medicamento sobre los órganos y los aparatos, como se vé por la denominacion que se le dá de narcótico, que denota su accion sobre el sistema nervioso, de purgante que dá á entender lo que ejerce sobre el tubo digestivo, de sudorífico, que declara lo que provoca sobre la piel, y en general, sobre las superficies de exhalacion, etc.

Sin embargo de todas estas ventajas de la esperimentacion pura, no basta ella sola, como ya hemos visto mas arriba; tiene un límite del que no puede pasarse sin temeridad, sin criminalidad aun; necesita completarse por la esperimentacion clínica, y que se la despoje de todos los datos inútiles que encierra cada medicamento, conservando los que son fundamentales, y de consiguiente, los solos importantes, porque algunos de los que son engendrados por los primeros y dependen de ellos, tienen una importancia demasiado secundaria, y cesan de por sí cuando cesan sus radicales: tambien hay que desechar muchos por supérfluos, por inconstantes, que no sirven de otra cosa que de confundir y de desviar la atencion de los cardinales, que

no deben perderse de vista un momento.

Ya hemos dicho que tambien la esperimentacion clínica, aunque sus límites son demasiado estrechos, aunque se puede considerar como nula cuando se practica aisladamente, llega á adquirir un valor considerable cuando se la hace servir de complemento y de contraprueba de la esperimentacion pura, cuyas dificultades, arredran sin duda al homeópata principiante, por la suma atencion, minuciosidad y delicadeza que exige tal ocupacion; mas al paso que va haciéndose un práctico ejercitado, la dificultad y el trabajo disminuyen progresivamente; el carácter del remedio que estudia, su efecto total, y los órganos sobre que con preferencia dirige su accion, ceden cada vez con menos resistencia á las indagaciones dirigidas á su averiguacion. Conocida asi la fisonomía de la enfermedad y la del remedio, sabe mas pronto si este es apropiado para curar aquella, y su práctica médica va cada dia haciéndose mas amena de buenos resultados, porque *improbus omnia vincit labor*.

Daremos fin á esta esposicion sobre el modo de averiguar las virtudes terapéuticas de los cuerpos naturales, por la esperimentacion practicada sobre el hombre que goza salud, llamando la atencion de los lectores hácia la suma importancia de este modo de indagacion, en necesidad de estar ligado á la esperimentacion *in morbis*, el estremo cuidado y atencion que requiere tal género de ocupacion, y la grande utilidad práctica que propor-

ciona, desterrando de la materia médica toda calificacion arbitraria de las propiedades virtuales de los cuerpos que abraza, y fundándola sobre bases sólidas, inmutables é indestructibles; y por último, les rogaremos reflexionen sobre lo poco que se puede fiar de las esperiencias hechas sin estas reglas y precauciones, de consiguiente, la ninguna estima ni valor que debe darse á los resultados de la esperiencia pura, en concepto de pruebas contra la homeopatía, practicada por alópatas, aun los mas instruidos en los dogmas de su escuela, mas dotados de buena fé, procediendo, como proceden de ordinario, sin el menor conocimiento, y de consiguiente, sin la menor sujecion á las leyes y reglas que presiden la esperimentacion sobre el hombre sano.

CAPITULO VII.

Esposicion de la ley de los contrarios.

Consiguiente al designio que me he propuesto de presentar en esta obra, á la consideracion de mis lectores, ambas doctrinas médicas, la homeopática y la alopática, una al frente de otra, para que vistas paralelamente, les sea mas fácil su comparacion, y puedan con mayor comodidad juzgar del valor respectivo de cada una, voy á presentar la base de la doctrina antigua ú ordinaria, haciéndola seguir inmediatamente de la de la nueva escuela.

Ninguno me negará que cuando una proposicion es falsa, falsas deben ser tambien sus consecuencias; que el principio fundamental de una doctrina, sea la que quiera, ha de ser como una alta torre que levantándose en medio de sus dominios, los descubre todos, y los domina hasta en sus límites mas remotos; que del mismo modo, el principio directivo de una doctrina debe esplicar todas las partes de esta, y presentar todas sus aplicaciones sin esceptuar una sola, como otras tantas consecuencias naturales, obligadas del mismo; porque ¿qué se diria, v. gr., del sistema de Newton, si el movimiento de uno solo de los cuerpos celestes no pudiera ser esplicado por las leyes de la atraccion? Los alópatas no ignoran estas verdades, y sin embargo, caen en la inconsecuencia de obrar contra ellas, puesto que el principio directivo de su escuela no solo está en la imposibilidad de esplicar algun otro hecho ó consecuencia, de que se le supone generador, sino que se encuentra casi en total falta de relacion con la doctrina médica, cuya presidencia se le quiere obligar á desempeñar por fuerza. Por fuerza, si; pues los alopatistas y nosotros sabemos muy bien, que su ley de *contraria contrariis curantur*, no encierra en sí la doctrina de su escuela, á quien sirve de enseña. Ellos mismos saben que les es imposible descubrir dicha ley en las mil y una doctrinas mas ó menos parciales, mas ó menos disparatadas, heterogéneas, opuestas, que se se combinan para formar el cahos de la escuela médica ordinaria. Esto, no obstante, el pen-

ciona, desterrando de la materia médica toda calificacion arbitraria de las propiedades virtuales de los cuerpos que abraza, y fundándola sobre bases sólidas, inmutables é indestructibles; y por último, les rogaremos reflexionen sobre lo poco que se puede fiar de las esperiencias hechas sin estas reglas y precauciones, de consiguiente, la ninguna estima ni valor que debe darse á los resultados de la esperiencia pura, en concepto de pruebas contra la homeopatía, practicada por alópatas, aun los mas instruidos en los dogmas de su escuela, mas dotados de buena fé, procediendo, como proceden de ordinario, sin el menor conocimiento, y de consiguiente, sin la menor sujecion á las leyes y reglas que presiden la esperimentacion sobre el hombre sano.

CAPITULO VII.

Esposicion de la ley de los contrarios.

Consiguiente al designio que me he propuesto de presentar en esta obra, á la consideracion de mis lectores, ambas doctrinas médicas, la homeopática y la alopática, una al frente de otra, para que vistas paralelamente, les sea mas fácil su comparacion, y puedan con mayor comodidad juzgar del valor respectivo de cada una, voy á presentar la base de la doctrina antigua ú ordinaria, haciéndola seguir inmediatamente de la de la nueva escuela.

Ninguno me negará que cuando una proposicion es falsa, falsas deben ser tambien sus consecuencias; que el principio fundamental de una doctrina, sea la que quiera, ha de ser como una alta torre que levantándose en medio de sus dominios, los descubre todos, y los domina hasta en sus límites mas remotos; que del mismo modo, el principio directivo de una doctrina debe esplicar todas las partes de esta, y presentar todas sus aplicaciones sin esceptuar una sola, como otras tantas consecuencias naturales, obligadas del mismo; porque ¿qué se diria, v. gr., del sistema de Newton, si el movimiento de uno solo de los cuerpos celestes no pudiera ser esplicado por las leyes de la atraccion? Los alópatas no ignoran estas verdades, y sin embargo, caen en la inconsecuencia de obrar contra ellas, puesto que el principio directivo de su escuela no solo está en la imposibilidad de esplicar algun otro hecho ó consecuencia, de que se le supone generador, sino que se encuentra casi en total falta de relacion con la doctrina médica, cuya presidencia se le quiere obligar á desempeñar por fuerza. Por fuerza, si; pues los alopatistas y nosotros sabemos muy bien, que su ley de *contraria contrariis curantur*, no encierra en sí la doctrina de su escuela, á quien sirve de enseña. Ellos mismos saben que les es imposible descubrir dicha ley en las mil y una doctrinas mas ó menos parciales, mas ó menos disparatadas, heterogéneas, opuestas, que se se combinan para formar el cahos de la escuela médica ordinaria. Esto, no obstante, el pen-

samiento que la domina hace ya veinte y cinco siglos, es la ley *de los contrarios*.

Para descubrir esta inconsecuencia de la conducta de nuestros cohermanos alópatas, bastará una leve ojeada á los métodos terapéuticos, de que se sirven al mismo tiempo que proclaman dicha ley.

Empezando por el exámen del método á que la escuela, que se dice racional, llama empírico, no hallaremos en él otra cosa que un abuso grosero de lógica: *Post hoc, ergo propter hoc*; sin dependencia alguna de ley ni de regla á que referirse, ni aun pertenece á la ciencia de curar, porque toda ciencia refiere sus teorías y sus hechos á una ley, y conforme á ella prevee y establece *á priori* lo que ha de suceder.

Del método espectante (el mas frecuentado hoy por los médicos que, cansados de andar á tientas en la larga y oscura noche de la alopatía, han preferido una práctica contemplativa, ociosa ó inactiva á otra mas perjudicial) diremos, que como consiste en no servirse de remedios, estos no pueden ser *contrarios* ni semejantes á la enfermedad, y de consiguiente, nada tiene que ver con la ley de los *contrarios*.

El antiflogístico se halla en el mismo caso que el espectante, en cuanto al no uso de agentes terapéuticos, y por tanto, tambien está fuera del dominio de la ley. Tampoco dependen de ella el llamado evacuante ni el revulsivo, porque aunque se sirvan de sustancias medicinales, no son contrarias

ni semejantes á los síntomas de la enfermedad, son alopáticas, como si dijeramos: *Aliena ad rem non pertinentia*; de modo que entre todos los métodos nombrados y los que aun se podian nombrar, pertenecientes á la escuela médica dominante, tan solo el paliativo llamado tambien antipático ú enantipático, es el que aparenta comportarse con algun vislumbre de sumision á la ley de *contraria contrariis curantur*, y aun esta pequeña obediencia es muy controvertible, porque los síntomas son una cosa real y positiva, y no haciendo nacer los remedios llamados contrarios, efectos positivos en el organismo y contrarios á los síntomas del mal que se trata de curar, no se puede decir que ha obrado conforme al principio proclamado.

Convendremos en que aplicar el hielo sobre una parte ardorosa hasta producir una sensacion de frescura, cuerpos calientes sobre un órgano enfriado; al insomnio, opio que en su efecto primitivo produce el sueño; á la plétora, la sangria que ocasiona una deplecion; dilatar por medio de la introduccion de candelillas un canal que tiende á estrecharse, etc.: en todos estos casos no podemos rehusar á los medios que la alopatía emplea el nombre de *contrarios evidentes*. Pero de estos casos se presentan tan pocos, que comparando su número con el de la inmensa multitud que la práctica ofrece todos los dias, sin que podamos averiguar la existencia de esta ley, no se puede sin absurdo otorgarle la presidencia general con que la escuela alopática tan gratuitamente la condecora. Y si no,

dígaseme cuál es el contrario evidente ó positivo de un dolor de muelas, de la gota, del sabañon, de un aneurisma, de la epilépsia, de un cólico, de las viruelas, de las escrófulas, de la sarna, del venéreo, del escorbuto, de la pleurésia, de una fiebre, de un catarro, del reumatismo, de un cáncer, de un tumor, de un flujo de sangre, etc., etc. Claro está que en ninguno de estos casos se puede hallar un contrario evidente que emplear, todos serán contrarios *problemáticos*, nada positivos. ¡No es, pues, un asombro que la escuela alopática haya podido tratar por espacio de tantos siglos tantas enfermedades, aplicándolas una ley que no se encuentra en el mayor número de casos, sin jamás reflexionar sobre ello!

Convendremos, si se desea, en que mirando esclusivamente al blanco de todo tratamiento, que es la curacion, se pueden llamar contrarios al mal los remedios que sirven para disminuirlo ó para hacerlo cesar; pero el decir, obrando asi, que curamos por los contrarios, es una Perogrullada; que vale tanto como decir que curamos con los remedios que curan, pues solo mirándolos por el lado de su accion primitiva, se pueden llamar contrarios, si dicha accion es contraria al modo de manifestacion de la enfermedad, ó lo que es lo mismo, á sus síntomas, contra los cuales van dirigidos; y semejantes como los llama la homeopatía, cuando dicha accion se asemeja á los síntomas de la enfermedad. Lo demas será espresarse con propiedad respecto al resultado, pero no relativamente á los medios empleados para obtenerlo. Atendiendo solo al resultado de la medicacion y no á la accion inmediata del remedio, se puede decir con tanta razon como de la escuela ordinaria, de la nueva ú homeopática, que cura por los contrarios, lo que seria un absurdo.

Tampoco el medicamento contrario de una enfermedad (Leon Simon, Diar. de la doctr. Hahn., febr. de 1840, pág. 124) es precisamente el que administrado en una flegmasia, produzca la sedacion mas ó menos durable; el que calma la violencia de los dolores nevrálgicos; desentumece una glándula infartada, ó el que detiene el acceso de una fiebre intermitente, porque mirada la cuestion por este lado, el principio *Contraria contrariis curantur*, no puede servir de divisa distintiva de escuela alguna, pues se vendria á parar en juzgar de las cosas por sus resultados, y en esto todas las escuelas son iguales.

Decir que el medicamento que cura una enfermedad es su contrario, es un miserable juego de palabras, cuando solo se trata de formular el resultado obtenido. El medicamento verdaderamente contrario de una enfermedad dada, será solo el que habiéndose administrado al hombre sano, haya desarrollado efectos en sentido contrario de la causa, de los síntomas, y de la marcha de la enfermedad dada.

Supongamos que á consecuencia de un enfriamiento repentino, un sugeto se ve atacado de una pleurésia aguda, con todos sus síntomas ordinarios

y su acostumbrado desarrollo. Para tratarle por los contrarios, seria menester encontrar un medicamento que tuviese la virtud de calentar, á fin de combatir la accion repentina del frio, y que al mismo tiempo fuese anémico, es decir, apto para disminuir la cantidad de la sangre, con la mira de desinflamar el órgano que se hallaba en un estado de hiperemia. La escuela ordinaria en este caso ordena la sangría, pero como no satisface este medio mas que la una de las dos indicaciones, resulta que aun entonces hace de su principio una aplicacion á medias, y esto suponiendo lo que no es, que la sangría sea el contrario de la inflamacion. Se citan curaciones de la misma enfermedad obtenidas por una gruesa píldora, ó bolo empapado de Punch: y si se concede á este remedio la virtud calefaciente, la alopatía no tiene por antiflogísticos á los espirituosos. ¿Cómo, pues, saldremos de estas contradicciones en que nos hace incurrir la ley de los contrarios? De ningun modo, mientras la alopatía no nos pueda presentar siquiera un agente terapéutico que, empleado sobre el hombre sano, manifieste propiedades opuestas á una enfermedad cualquiera, considerada segun sus causas, sus síntomas y su curso.

Otras veces la alopatía opone un medicamento al síntoma mas molesto de la enfermedad, ó sea á aquel de que mas se queja el enfermo, desentendiéndose de los restantes que concurren á formar el estado morboso; en tal caso, solo obra conforme á la ley, que proclama respecto á una fraccion pequeña de la enfermedad. ¿Pues qué ley pretendida fundamental es esta, que no interviene en los actos que se dice estarle sometidos? Bien me parece, podremos preguntar con Leon Simon: ¿La alopatía tiene una ley general fija y estable, que sirva de medida á sus especulaciones teóricas, y de regla de conducta en el tratamiento de todas las enfermedades? ¿Qué ley es esta? El alópata Dubois de Amiens responde á esta pregunta. Oigámosle. "Digamos desde luego que una verdad que domine toda la ciencia, bastaria por sí sola para darla un carácter irrefragable de madurez y certidumbre: la verdad tiene tal poder sobre el espíritu humano, que una vez evidenciada, no puede menos de ser abrazada con todas sus consecuencias; seria la piedra angular, y el fundamento mas seguro de un edificio regular é indestructible: en medicina no tenemos principios tan dominantes, y aun las verdades de hecho que poseemos son parciales y aisladas." Paracelso, aquel genio reformador del galenismo ha dicho, que *jamás una enfermedad se ha curado por sus contrarios*. Lo mismo piensan Girthaner, Sthall y su comentador, encanecidos ambos en el ejercicio de la medicina. El primero de estos nos dice: "La regla admitida en medicina de tratar las enfermedades por remedios contrarios ú opuestos á los efectos que ellas producen (*contraria contrariis*), es absolutamente falsa y absurda." Brera, Rostan y otros muchos, dicen poco mas ó menos lo mismo. Todas estas notabilidades médicas, cuyo voto acabo de esponer, pertenecen á la

escuela médica ordinaria, á quien por lo mismo no debe serle sospechoso. Está, pues, visto que la razon y la autoridad juntas rechazan la pretendida ley fundamental de la alopatía; pero aun no está dicho todo; pues segun el pensamiento del doctor Leon Simon, la contrariedad, la lucha y el conflicto no pueden tomar el carácter de ley general. Dice que no niega el antagonismo en el mundo, en la sociedad, en nosotros mismos. Que las perturbaciones del órden astronómico y físico, el choque de intereses en la sociedad, la agitacion de las pasiones, y la infinita multitud de turbaciones pasajeras (Arch. de homeop. p. 2.ª, pág. 305) denotan suficientemente que la lucha, el conflicto y el antagonismo, son hechos reales, pero tambien son hechos morbosos, y que no se debe confundir la lucha y el conflicto con la accion y la reaccion. Que aunque los fenómenos de accion y de reaccion sean alternativos y opuestos; aunque se supongan el uno al otro y se engendren recíprocamente; sin embargo, su accion sucesiva se produce sin lucha ni conflicto, pues que en el estado de salud se producen sin dolor. ¿Qué lucha se ve en el doble movimiento de sístole y diástole, de asimilacion y desasimilacion, de inspiracion y de espiracion, etc.. etc? Evidentemente ninguna. Todos los fenómenos del órden fisiológico se desarrollan en el organismo con libertad y facilidad, y cada uno de ellos determina una sensacion de bienestar, bien diferente del dolor, espresion absoluta, rigorosa, y obligada de toda lucha, de todo conflicto. Para volver á encontrar la

lucha y el conflicto, es necesario descender á un modo de existencia inferior al estado de salud, se necesita llegar al estado patológico ú de enfermedad. Pero el estado patológico es un estado anormal, y el dolor y los desórdenes que le caracterizan son, es verdad, otros tantos esfuerzos reaccionarios que hace el organismo para libertarse de los efectos producidos por la causa morbosa, que le ha modificado. Júzguese la reaccion morbosa en su esencia y en su tendencia. La tendencia es al retorno de la harmonía ó de la salud, que es lo mismo. Su mecanismo ú medio de que se sirve, es la lucha, es el dolor. Luego aun en patológia la lucha ó el dolor no son mas que medios propios á volver á poner al organismo en su ley verdadera, de que se habia apartado.

Segun el modo de discurrir de este sábio homeópata, que no difiere del de los demas, ni estos todos hacen otra cosa que repetir y desenvolver las ideas de Hahnemann, la ley de los contrarios no encierra ni puede encerrar la ley de curacion de las enfermedades, ó de los estados patológicos; pues siendo estos, como sin duda lo son, un modo de ser anormal del organismo, proveniente de una turbacion ocasionada en la harmonía vital; y los síntomas que nos notician semejante trastorno, nada mas ni menos que los esfuerzos convergentes que el organismo despliega para recobrar la armonía perdida, se sigue que obrando conforme á la *ley de los contrarios*, oponiéndose á los esfuerzos del organismo (síntomas morbosos) dirigidos contra la en-

fermedad, se protege á esta y se debela á aquel, ó imposibilita para el triunfo sobre su enemigo, que ya no podrá obtener sino en el caso de ser mas poderoso que este y el mal tratamiento juntos, lo que hace que la ley del antagonismo ú de los contrarios sea en tal caso, antes que útil y aplicable á la medicina, perjudicial.

La vida solo se sostiene y desarrolla por via de homogeneidad, de identificacion, de apropiacion, de asimilacion, de semejanza; y no siendo el antagonismo, la contrariedad y la lucha sino accidentes que turban la vida fisiológica, son por eso incapaces de erigirse en ley vital (L. S. Arch., série 2.ª, pág. 312). Yo concederé voluntariamente que las palabras *leyes vitales*, *leyes fisiológicas*, acaso exijan precisarse mas. Cuando se habla de biología y del estado fisiológico, ordinariamente se refieren estas espresiones al estado sano, como si no hubiese ya largo tiempo que se sabe que la patológia es la fisiológia del hombre enfermo, y que hablando de la vida en términos generales, se la toma en todos sus modos, tanto en el estado morboso como en el de salud. De otra suerte, ¿qué querria decir la palabra *Fisiología patológica*?

El hombre enfermo vive á su modo, pero vive; por eso toda buena terapéutica debe obrar en el sentido de las leyes fisiológicas, es decir, que todo agente medicinal debe modificar el organismo en el sentido mismo, en que la causa morbosa lo ha modificado. Y pues que la causa morbosa provoca reacciones en el organismo, debemos adherirnos á

favorecer estas reacciones. De este punto de vista se concilian á mi parecer los antinómios que resultan de las diferencias entre el estado sano y el estado enfermo, y se percibe, como las leyes que presiden al uno de estos dos estados, son las mismas que las del otro, aunque se manifiesten bajo forma diferente. En efecto, la salud y la enfermedad son dos modos de la vida humana, y no dos existencias separadas por un abismo; y no siendo la enfermedad otra cosa que el estado fisiológico desordenado, y los síntomas, los esfuerzos de los órganos para volverle al órden, no puede este ser restablecido sino con el ausilio de medios que obren conforme á las leyes de la vida; porque si la accion de estos medios ó agentes terapéuticos es contraria á dichas leyes, la turbacion causada por el mal se aumentará.

En cuestion tan importante convendrá fijar sus términos con la mayor sencillez y claridad posible para resolverla bien. Convengamos, pues, desde luego en que la ley fundamental ó principio directivo de una doctrina cualquiera, debe de ser una *aplicacion clara* y de una *utilidad cierta*. ¿La ley de los contrarios presenta estos caractéres? De lo que va dicho hasta aqui no puede deducirse la afirmativa; pero continuemos el exámen que podrá decidir la cuestion.

Como el modo mas antiguo de tratar las enfermedades ha sido un empirismo grosero, los hombres de aquellos tiempos sin ilustracion, no tuvieron noticia de otros remedios que los que el acaso

les reveló. En seguida los fueron aplicando á todos aquellos casos que les parecieron semejantes al de su primera esperiencia; mas habiendo muy luego percibido la falta de un principio fundamental á que referir dichas aplicaciones, adoptaron el primero que se les presentó, y fue el de *Contraria contrariis curantur*, que les pareció muy simple. Ya en el cap. 1.º de esta obra hemos dicho algo relativo á la invencion y proclamacion de esta ley, y dimos tambien las razones que teniamos para creer que fue dictada por el ciego instinto, mas bien que por la razon ilustrada; ahora añadiremos que tal pretendido axióma acreditado primeramente por Galeno, sostenido y seguido despues hasta nuestros dias, y que es la bandera bajo que campea la escuela médica dominante, ha servido siempre de base sobre que han edificado y reedificado los constructores y refundidores de sistemas de todos los tiempos; ha sido el pezuelo á que han ido anudando sus hilos de diversos colores, ya mas gruesos, ya mas delgados, todos los tejedores de hipótesis: mas, no obstante su antigüedad y el sumo aprecio en que le tiene la alopatia, continuaremos el análisis para descubrir su verdadero valor.

Contrario, en el idióma alopático, significa medicamento, que produce síntomas diametralmente opuestos á los de la enfermedad; por ejemplo, cuando hay diarrea, el *contrarium* será lo que produzca un estreñimiento de vientre; y al revés, en caso de estreñimiento, el que provoque la diarrea, De aqui se sigue que para proceder en razon conforme á los principios de la escuela dominante, seria menester antes de emprender el tratamiento de una enfermedad, tener un conocimiento exacto y bien preciso del *contrarium* de la enfermedad que se intenta curar. Sin embargo, esceptuando unos pocos casos, como los nombrados arriba, desafiamos al alópata mas atrevido y dotado de la imaginacion mas fecunda, á que nos señale el *contrarium* de cada una de las demas enfermedades, mucho mas numerosas sin comparacion.

Pero ¿cómo ha sucedido, se preguntará, que un principio semejante haya podido ser erigido en axióma, y estarse siguiendo como regla infalible hace ya tantos siglos? Eso (dice el doctor Wieseké, disc. present. á la Cámar. de los diputados) eso será siempre un enigma para todo lector que no esté iniciado en los misterios de la alopatía, pero no para el que sepa que cuando dicha escuela va á tratar de una enfermedad, cuyo *contrarium* es conocido, la aplicacion de este no le es dificil para combatir los efectos, sin cuidarse gran cosa de las causas morbíficas, porque, v. gr., si el enfermo acusa un estreñimiento de vientre, sea la que quiera la causa productora, se le dá un purgante que es su contrario evidente; al que se queja de insomnio, opio, etc. ¿Y si el enfermo está atacado de uno de aquellos males sin número, para quienes el contrario evidente es imposible de hallarse? Entonces no se cuenta para nada con los efectos que en el caso anterior merecieron la atencion esclusiva, y se ataca por medio de un contrario problemático tam-

bien; porque la ley de los contrarios se puede considerar como un ídolo tan vacilante, que no se puede sostener sobre la ara de la ciencia médica sino flanqueado por un par de hipótesis. La tal ley es inútil para todo, pero tratando de conservarla, es menester trabajar en hacerla útil para *alguna cosa*; era necesario averiguar qué agente queria ella designar cuando mandaba atacar el mal por su *contrario*. Esto se ha llegado á conseguir mediante un procedimiento muy simple; en lugar de cansarse buscando en vano el *contrario* de una enfermedad, se pensó en colocar detrás de ella *alguna cosa*, cuyo contrario pareciese fácil de concebir y de reconocer, tratando esclusivamente de combatir este *alguna cosa*. Por ejemplo, se supusieron álcalis y alcalescencia en los humores, y el contrario de estos séres hipotéticos fue declarado por las ideas de la época residir en los ácidos; á su vez los ácidos son puestos detras de otras enfermedades, y les tocó tambien el turno de ser empleados como contrarios. Otras muchas invenciones semejantes á estas, se acantonaron en la economía animal para facilitar la conquista de los contrarios: el espasmo, por ejemplo, al cual se le opone todo cuanto se quiere, dándole antes el nombre contrariante de *antiespasmódico*: la sangre que se combate por la sangría: la bilis que tiene su contrario en los coleragogos: los humores que los hallan en los panquimagogos: la pituita, en los hidragogos, etc. ¡Qué empeño en sostener una ley á costa de tantos puntales de hipótesis!

Por la doctrina de los álcalis, v. gr., el mal era el supuesto gratuito, pero á lo menos se empleaban ácidos con una certeza matemática de dar ácidos: en el caso de la sangre y de la sangría, la sangre era la hipótesis, la sangría la realidad; de una hipótesis habia siempre necesidad en cada uno de estos dos casos, mientras que apresurándose á contrariar el de las acrimonías por medio de los depurativos, enfermedad, remedio, todo no era mas que pura invencion. ¡Y que crivas tan finas deben tener los depurativos alopáticos, para separar de la masa general de los humores, los átomos viciosos inapreciables, y lanzarlos fuera del organismo sin tocar á los no viciados, hallándose como deben hallarse bajo tal hipótesis todos envueltos!

En obsequio de su ley favorita, los alópatas creen deber dar y dan á la vacuna el nombre de contrario de la viruela; á la quina, el de contrario de la fiebre intermitente; al mercurio de la sífilis; al azufre de la sarna: aunque todos estos remedios son precisamente lo opuesto del contrario, mediante que administrados á un hombre sano, engendran un mal semejante al que tienen la virtud de curar.

En cuanto al corto número de enfermedades, cuyo contrario es conocido, y respecto de las cuales por consiguiente es posible conformarse con el principio adoptado, millares de esperiencias prueban que el uso de los remedios contrarios, todo lo mas que puede hacer, es paliar el mal sin jamás curarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por fortuna ó por desgracia, como se quiera, los contrarios problemáticos no tienen de tal mas que el nombre, y los llamados evidentes tampoco lo son de un modo absoluto; unos y otros á menudo se acercan mas *al simile* que al *contrarium*, aunque no lo percibe la escuela médica dominante, y entonces alivian y aun curan la enfermedad, si su aproximacion á dicho *simile* es muy graduada, lo que vuelve á confirmar la ley de los semejantes, y aumenta el descrédito de la de los contrarios. Esto se apercibe fácilmente, atendiendo á que si fuera posible hallar el contrario absoluto de una enfermedad, lo seria de todo el grupo de síntomas que la constituye, ó lo que es lo mismo, de todos los esfuerzos que el organismo despliega para vencerla, de otro modo no fuera absolutamente contrario. Bajo este supuesto, tal contrario absoluto destruiria necesariamente los esfuerzos reactivos del organismo, espresados por los síntomas morbosos, y le dejára sin recurso alguno para la victoria. Entonces todas las enfermedades, aun las mas leves, serian mortales ó se harian tales, pues siendo la reaccion vital ó fuerza medicatriz de la naturaleza, el único poder que las debela y destruye por sí solo sin necesidad de remedios, cuando es superior á la enfermedad, y ayudado de ellos, cuando el mal le sobrepuja; bajo la accion de un contrario absoluto del mal, el organismo falto de la única arma con que podia defenderse, sucumbiria, y la enfermedad seria constantemente victoriosa. Lo que bastaria para que en poco tiempo se estinguiese la raza humana, y para que los médicos atentos á evitar semejante catástrofe, abandonasen su desastroso principio de los contrarios, y le sustituyesen otro mas conforme á la sana razon y las necesidades de la naturaleza humana. De donde por ilacion se sigue, que la escuela médica dominante, ni posee contrarios, ni los podrá jamás hallar del carácter que cree poseerlos: ni su ley de los contrarios interviene para nada en la mayor parte de casos cuyo dominio le atribuye, y que aun en los casos de contrariedad no absoluta, pero evidente en cuanto á una seccion de la enfermedad, que es donde menos daña, hace siempre mas mal que bien, puesto que aunque consiga una paliacion de síntomas ó una curacion aparente; este alivio precario, como efecto primitivo que es, va seguido muy cerca del estado reaccionario, que como es opuesto al primero, empeora el mal.

Esta es una verdad que no pueden negar los alópatas. Todos los dias administran opio contra el insomnio, consiguen, es verdad, hacer dormir al enfermo, pero si quieren continuar logrando este resultado, tienen que aumentar la dósis de dia en dia hasta que llega aquel, en que una cantidad enorme ya no provoca el sueño, y pone al enfermo en una agitacion estrema, con notable aumento del mal y grave riesgo de la vida. Gracias á la ley de los contrarios, que mejor se pudiera llamar rebelion contra la naturaleza, con quien siempre está en pugna y á quien so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo se vence obedeciendo. *Natura obediendo vincitur.*

Esta ley radicalmente viciosa, y el conato empleado en sostenerla, ha franqueado los amenos pensiles de la manía de discurrir y de forjar hipótesis y desvaríos, pensiles amenos de quimeras, á donde muchos médicos van á menudo á pasearse en perjuicio de la humanidad doliente.

Por esta ley se cree la alopatía autorizada para oprimir y torturar al *Yo* individual, por lo que no es el *Yo* valiéndose al intento del hierro, del fuego y de la materia casi bruta que introduce en nuestro sensible organismo, á título de remedio contrario á la enfermedad que se intenta curar. Todo esto se ejecuta sin reflexionar que la enfermedad mirada en su generalidad, es un acto de eliminacion: que el organismo intenta desembarazarse de las impresiones molestas que las causas morbosas le han producido: que destruido el equilibrio armónico del organismo por los desórdenes resultantes de estas impresiones, todos los síntomas ó esfuerzos reaccionarios que observamos, acreditan la tendencia de la fuerza conservatriz que hay en nosotros; tendencia cuya condicion necesaria es el equilibrio de todas nuestras potencias vitales: que esta es la manera de vida ó de ser del enfermo, y el médico debe siempre correr á su socorro con los medios que obran conforme á la vida del enfermo, esto es, conforme al modo con que el enfermo se halla afectado.

De esta ley acaso se han originado tambien las

dos mas tristes calamidades de que tiene que lamentarse el arte de curar: de un lado la eterna necesidad de hipótesis; porque ¿cómo sin hipótesis se puede dar un contrario al catarro, al reumatismo, al tifus, etc.? Por otra parte como consecuencia de la primera, la necesidad de no ver casi otra cosa que generalidades en las enfermedades, y de despreciar enteramente el estudio é investigacion de los específicos.

En virtud de esta misma ley, el alópata intenta desatracar por sangrías el órgano engurgitado; y si la sensibilidad nerviosa está exaltada, la adormece por los narcóticos etc. Logra algunas veces su intento, pero las mas, pasado el efecto primitivo del medicamento, de poca duracion, es reemplazado por el efecto secundario antagonista de aquel, ó llámase reaccionario del organismo, y entonces siendo los medios puestos en juego por el lado de su accion primitiva, contrarios á la enfermedad, la accion secundaria de los mismos, que es la permanente, favorece á la enfermedad, y el enfermo empeora.

A pesar de lo que su propia práctica dice en estos casos y en otros semejantes, al médico alópata, sigue en su pretension de obrar conforme á su creido principio fundamental, lo que le pone en perpétua guerra y eterna enemistad con la naturaleza, á quien en lugar de socorrer en sus esfuerzos, la está siempre contradiciendo y torturando de mil maneras. Dirigido por la misma infiel guia, mira la medicacion como objetiva, es decir,

que viendo en cada síntoma de enfermedad un objeto contra quien dirigir la contrariedad de un agente terapéutico, cree necesaria la polifarmacia, la pluralidad simultánea de estos para combatir aquellos.

De otro lado y sin embargo de la adhesion que ostenta á su querida ley, parece que á menudo desconfia de ella, y cae en la inconsecuencia de imitar en sus medicaciones los esfuerzos conservadores que despliega la naturaleza: sus obras contradicen á sus aserciones cuando le vemos sangrar á imitacion de las hemorrágias espontáneas que aquella provoca; estimular, irritar, enrogecer, quemar y desgarrar la piel, remedando los exantemas agudos, las vesículas que se presentan en las enfermedades penfigoideas, y escaras gangrenosas espontáneas. De aqui proceden sus fricciones, sinapizaciones, urticaciones, vexicaciones, ventosas, escarificaciones, punciones, incisiones, moxas, cauterios, sedales, acupunturas, embrocaciones etc. ¿No parece todo esto una especie de medicina operatoria?

Aun cuando emplea sustancias medicinales, es como si se sirviese de otras tantas herramientas ó bisturíes internos, para descerrajar, abrir y provocar las secreciones y escreciones diversas, tales como el moco nasal, la espectoracion, saliva, transpiracion, sudores, orinas, bilis, pituita, sales, flujo menstrual etc., por medio de esternutatorios, espectorantes, sialagogos, diaforéticos, sudoríficos, vomitivos, hidragogos, purgantes, hemenagogos etc.; bajo las diversas fórmulas de tisanas, apostemas, pociones, julepes, misturas, lohox, píldoras y bolos; echando mano de materiales groseros en cantidades enormes para la formacion de los pertrechos de este arsenal terapéutico que acabo de delinear, apto sin duda, no para combatir el mal, sino para hacer la guerra á todo viviente, y echar abajo la complexion mas robusta, que no podrá resistir los rudos y porfiados choques dirigidos por tal estratégia alopatobélica opresora, hendidora, turbadora, violentadora, contrariadora, y destructora de la naturaleza. ¿A vista de esto el alópata continuará todavia en su estólida preocupacion de estar pidiendo siempre á Roma lo que solo hay en Milan? ¿No abandonará jamás esa ley fatal que le dá tantos reveses? ¿Seguirá pidiéndole lo que no tiene, y por eso no puede dar? ¿Qué adelanta con invocar en sus medicaciones una ley que casi nunca interviene en ellas, ni en otros actos que los de tortura, muerte y esterminio? Las condiciones de *claridad* y *utilidad* que al principio de este capítulo sentamos habia de presentar la ley destinada para base de cualquiera doctrina, no pertenecen á la ley de los contrarios: salgamos, pues, del estado de sitio en que nos ha declarado. Caiga.

CAPITULO VIII.

Ley de los semejantes.

Hay otra ley del organismo tan antigua como él, que ha sido mejor reconocida por Hahnnemann que por cuantos le han precedido, y segun esta ley formulada por *similia similibus curantur*, que es clara, sencilla, perceptible, aplicable en todas las partes á la doctrina que preside, y utilísima para la práctica, se cura una enfermedad dada, con suavidad, prontitud y seguridad, aplicando un agente terapéutico, el mas análogo posible á la enfermedad dada.

Los que todavía no han examinado la doctrina de la nueva escuela, desechan esta ley como un portento increible é irrealizable; pero ellos mismos saben, y deben tener presente que lo portentoso, que lo maravilloso, solo toma este carácter en nuestra propia ignorancia, pues en el curso ordinario de las cosas, todo es natural y sencillo para el hombre ilustrado. El ignorante en la óptica antes de mirarse por primera vez en un cristal azogado, no creeria posible que un espejo de tres cuartas de altura habia de presentar su imágen entera, no de tres cuartas de altura, sino de cinco pies ó mas que fuese la del sugeto, porque se le prevendria que una estension de cinco pies no podia encerrarse en la de tres cuartas: del mismo modo, pues, la ley de los semejantes es una verdad igual á cualquiera de aquellas que cuando se nos anunciaron nos parecieron absurdas, hasta que con el tiempo se nos hicieron familiares.

Por la esposicion que va á hacerse de la ley homeopática, se cerciorará el lector de que no encierra ninguna oscuridad, ninguna contradiccion, ni inconveniente alguno de los que, como ha visto, abunda la ley alopática. Verá que asi como esta y sus consecuencias no son mas que un abismo de suposiciones arbitrarias, incapaz de esplicar casi nada de la doctrina á que pretenden sus adictos sirva de base: la ley homeopática se le presentará como un principio generador muy natural de la doctrina que preside, y cuyas partes todas se hallan en el mas estrecho enlace unas con otras, y todas con su ley generadora de que fluyen naturalmente como consecuencias obligadas de la misma, formando un todo armonioso, racional y perfecto que establece lo verdadero y da lo útil. ¿Por qué, pues, no se habrá de sustituir la ley mas clara, mas aplicable y mas salutífera, á la ley tenebrosa que para nada sirve, que ni conduce á procedimiento útil para la pesquisa y la eleccion de los remedios, viéndose precisada á lisongearse de la posesion de aquellos que el empirismo, el acaso ó una analogía mas ó menos especiosa, han hecho que se ensayasen con algun suceso?

La ley de los semejantes dice con verdad, claridad y precision el agente terapéutico de que debemos servirnos para hacer cesar un estado morboso de una manera suave, pronta y permanente.

Cuando queremos curar una flegmasía, por egemplo, buscamos entre nuestros agentes terapéuticos uno que tenga la propiedad de producir en el hombre sano la flegmasía mas parecida á la que tenemos á la vista, y nunca nos vemos en la imposibilidad de hallarlo, como sucede á la alopatía relativamente á su pretendido contrario, sino que siempre se presenta, aunque en ocasiones su hallazgo requiera suma atencion y cuidado en la investigacion.

Pues bien, aun cuando un solo hecho evidente, acreditase el beneficio de la ley que nos ocupa, este hecho debería ser examinado y aprofundizado, con mucha mas razon cuando tales hechos son ya numerosísimos, pues cuando se buscan se los encuentra en todas partes, no habiendo ya hoy un autor ni un práctico, que no refiera algunos de de ellos; y aunque su número se limitase á ocho ó diez, estos ocho ó diez atestiguarian que las diversas turbaciones de las distintas funciones obedecen á un mismo principio.

La úlcera cicatrizada bajo la influencia de un caústico, la erisipela, la oftalmía, la cistitis, la uretritis, que ceden á las medios inflamatorios, prueban que conforme á las leyes de la mas legítima analogía, otras inflamaciones se hallan sometidas al mismo principio. ¿Se creerá improbable la curacion de mil afecciones nerviosas, oponiéndoles los medios capaces de producirlas en el hombre sano cuando vemos á la epilepsia con toda su comitiva de síntomas desesperantes ceder á un remedio epileptigeno? ¿Será temeridad tentar este nuevo rumbo para curar diversas turbaciones de las diferentes secreciones y escreciones, al ver aun á los mismos prácticos alópatas, á despecho de su pretendida ley de los contrarios, detener la salivacion por el mercurio, la sudeta inglesa por los sudoríficos, la diarea por los purgantes etc.?

Todas estas consideraciones exigen que se estudie y se medite profundamente la ley de los semejantes, y se le dé el rango que en la ciencia debe ocupar, sustituyéndola con incalculables ventajas á la ilusoria y mentirosa de los contrarios, incapaz de servir de fundamento á nada sólido ni utilizable. Bien veo que á muchas susceptibilidades médicas, parecerá un sacrificio enorme y aun apostasía abandonar una ley tan antigua y sostenida á costa de tantos trabajos. Esto depende de la costumbre muy esparcida de considerar una ciencia como cosa perdida cuando se la toca en sus leyes; se cree que todos los hechos enlazados con ellas, van á desvanecerse con ellas mismas: que todo cuanto se ha aprendido de verdadero y positivo bajo su reinado, va con ellas á reducirse á vapor. Mas estos recelos pierden su aparente valor al contemplar las numerosas mutaciones que desde los tiempos de un Franklin han sufrido las leyes de la electricidad, sin que algunas de sus ideas verdaderas, de sus ingeniosas máquinas haya perecido, ni alguno de los pararayos colocados por aquel físico en los edificios, haya dejado hasta ahora de conjurar el rayo; al contrario, la ciencia por medio de estos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cambios ha estendido su horizonte, ha aumentado el número de sus verdades.

Otra ley infiel hubo; otro principio falso reunía los hechos observados en la astronomía, pero esta progresó y el nombre de Ptolomeo, se escribió en los cielos con letras de luz. Llega otro dia en que el principio de Ptolomeo ya no puede servir de base á los hechos posteriormente aumentados; hay necesidad de otro y lo dá Copérnico; pero como la mutacion solo hería un sistema artificial de ideas, ninguna realidad se perdió, lejos de eso, un gran número de hechos mudos hasta entonces, luego que este cambio les colocó en el lugar que debian ocupar, hablaron, y los progresos sin número nos hacen hoy mismo bendecir el dia feliz en que la antigua ley celeste se abolió, y apenas podemos ahora dar crédito á los obstáculos y oposiciones tan enormes que entorpecieron mucho tiempo esta benéfica reforma.

Abandonar pues la ley de los contrarios y sustituirla la de los semejantes, no es menospreciar el fanal que debe guiarnos á puerto seguro, es mas bien dejar que desaparezca el resplandor engañoso que nos ha traido fuera de rumbo por espacio de veinticinco siglos.

Justo era ya pues que al principio homeopático desatendido tanto tiempo, se le diera en la ciencia médica el lugar que de derecho le corresponde: muchos antecedentes lo recomiendan, trabajos muy numerosos han dado ya á conocer su utilidad, y dificilmente se puede oscurecer su grandeza y su verdad, si

se atiende á que como por la mano nos lleva á reunir en un solo haz las dos ramas mas principales de la medicina, el diagnóstico de la enfermedad y el diagnóstico del remedio. El primero de estos ha sido el objeto de los mas grandes esfuerzos de los alópatas, y en sus manos ha adelantado bien, pero la terapéutica no ha progresado á proporcion: las enfermedades v. gr. de pecho no se curan hoy mejor que antes de la publicacion de los luminosos escritos de Laënec, y es porque el principio del antagonismo esencialmente estéril, no hace que se encuentre con mas facilidad el contrario de un síntoma estudiado sabiamente, asi como tampoco facilita reconocer el mal, de que un remedio bien estudiado sea el contrario. De otro modo bien diferente se comporta el principio de los semejantes. El hace que ni siquiera haya un síntoma que no sirva para señalar clara é inmediatamente el remedio á que debe ceder, y al mismo tiempo hace tambien que no haya una propiedad del remedio que no muestre *á priori* con la misma claridad y prontitud el caso de que este remedio ha de triunfar. A favor de este principio, el médico se ahorra de suposiciones y de quizaes, de colocarse con sus propias ideas entre el mal y el remedio, porque el hecho se halla fijado y comprobado, el código está escrito, el mismo médico es el juez, aplicar la ley es lo que le toca hacer, y todo lo que le es permitido.

Mientras la ley antipática, enantiopática ó de los contrarios, es tan estraña como hemos visto á

los actos que se quiere presida, la ley homeopática llamada tambien de apropiacion de especificidad, de similitud, no es nada mas ni menos que una ley general de la naturaleza, y como tal eterna é invariable, una emanacion de la ley de analogía general que regla y coordina las tendencias y movimientos de todos los cuerpos naturales, ó mas bien es esta misma ley de analogía general aplicada á las tendencias y movimientos de nuestros órganos. Por do quiera que se mire la doctrina que preside, su presencia es constante, está y se la encuentra siempre enlazada con las diversas partes del todo que constituye, su enlaze es todo natural, nada violento, sus consecuencias son todas obligadas, su caracter de verdad encluye toda hipótesis, toda suposicion gratuita, en una palabra, es el lazo armonioso de la homeopática y el sello que le imprime la marca de certidumbre y de utilidad.

Para comprender bien cómo sucede todo esto, es indispensable que no perdamos de vista que el universo es un organismo de inmensa estension, en el que cada vórtice celeste de los que le componen funciona como otro vasto organismo, gozando de la vida del primero donde se contiene y de que es parte. En seguida á cada cuerpo planetario de dichos vórtices, lo tendremos por otro grande sistema orgánico, formado igualmente de otra multitud de seres organizados, que viven participando de la unidad de movimiento ó de vida general del todo á que pertenecen. Bajo este punto de vista consideraremos á nuestro planeta poblado de seres

orgánicos entre los cuales sobresale el hombre colocado á la cabeza de la naturaleza, de quien parece el gefe, aunque sugeto á las leyes generales de ella; este hombre ó mundo abreviado tambien está compuesto de órganos dotados todos de vida, y se halla como enclavado en la unidad de vida general del universo.

En esta série sucesiva de sistemas orgánicos encerrados unos en otros, que llamamos *Universo*, la vida específica que cada órgano posee en diferente grado, es la misma del Universo, solo que se presenta de diferente modo segun los diversos órganos por donde se traduce. La parte de la unidad de vida que cada órgano goza no esta fraccionada irregularmente y sin ley, sino que al contrario, hay un lazo de union que es la ley de ANALOGIA general, que todo lo coordina y constituye la unidad, de modo que no se hallará en el Universo un individuo ni un punto fuera del dominio de dicha ley: donde quiera que miremos veremos ANALOGIA. Si á nuestro vórtice celeste, vemos un sol constituido prototipo de la vida ó de la accion de los astros del sistema planetario que preside: si á nuestro globo conforme á la misma *analogia* general que reina por todo, hallaremos al hombre prototipo de la vida, respecto á este otro organismo representado por el planeta que habitamos, porque entre todos los seres que contiene, es aquel en quien en mas alto grado la vida se manifiesta: es el quicio en torno del cual se mueve toda la naturaleza viviente, compuesta de individuos dota-

dos de su fraccion respectiva de vida específica, todos en diversos grados inferiores al de la vida del hombre.

Aparte de esto hay que considerar la vida del hombre bajo dos aspectos ó compuesta de dos esferas de manifestaciones vitales: la *Anímico-pasional* y *la Orgánico-material*; y conforme al mismo órden de analogía deben existir en él dos clases de imágenes emblemáticas, la de los efectos de la vida pasional y la de la vida orgánica; y cada una de estas dos clases de efectos, subdividirse en dos órdenes de emblemas, los del resorte de estado armónico y los del resorte de estado subersivo.

Este modo de resorte del movimiento ó de la vida, hace que en cualquiera esfera que se produzca el movimiento jamás afecte un modo simple: su resorte se hallará dualizado en armónico ú en subersivo y los efectos siempre serán compuestos; la prueba de esto la hallamos en todas partes. Levantando la vista á nuestra esfera celeste, vemos el juego de la vida de los astros consistir en una misteriosa oscilacion entre la atraccion y la repulsion, obrando estas dos fuerzas centrífuga y centrípeta en razon inversa, pero igual una de otra. Este es el estado de resorte armónico. Pero si cualquiera de dichas dos fuerzas pasa sus límites, se rompe el equilibrio y sucede el estado de resorte subersivo. En prueba de ello; supongamos que prevaleciera la atraccion; entonces todos los planetas caerian sobre el sol; se confundirian con su masa: si al contrario, venciera la fuerza repulsiva, se disemina-

rian, se harian escéntricos, independientes, anárquicos como cuando falta el equilibrio en la esfera del órden político entre la autoridad y la libertad, el pueblo y el trono: ó en la del órden fisíco-químico entre la electricidad positiva y negativa; ó en la del órden de educacion ó tratamiento de nuestras propensiones, entre la concesion y la represion; ó en la del fisiológico entre la absorcion y la exalacion; en la del moral entre el egoismo, ú amor esclusivo de si y la abnegacion ó amor esclusivo de otro: en lógica entre la síntesis y la análisis: en... en fin en todas partes, porque el dualismo de resorte es otra ley eterna de la naturaleza, sin la cual y sin la de harmonía general, de que es consecuencia, la existencia de cualquiera ser, no podria continuarse.

Por todas partes se descubre analogía; veamos ahora de qué modo esta ley enlaza al hombre con los seres que le rodean, lo que nos conducirá naturalmente y como por la mano á la doctrina homeopática, sus dogmas, sus axiómas, sus métodos, su desarrollo y medios de que se vale para realizar aquellos, á fin de sostener el estado de resorte de armonía de nuestra vida ó sea la salud, y hacer cesar el de resorte subersivo ó de enfermedad.

La vida anímica del hombre se manifiesta por sentimientos y por ideas, y en sus efectos el caracter principal de esta naturaleza es el de inducirlo á ensanchar la esfera de su actividad, á fuera de si mismo, á vivir espansivamente, objetivamente.

La representacion emblemática de los efectos de la vida orgánica sucede de diverso modo. En este orden de movimientos, manifestándose la vida, bajo una forma sensible, material orgánica y teniendo por objeto especial el sostenimiento y desarrollo de la individualidad en la esfera material, sugetiva, debe resultar que la reproduccion emblemática de estos fenómenos ha de hacerse de un modo particular relativo á la especialidad de su naturaleza. La analogía, pues, consistirá aqui en las sensaciones ó movimientos orgánicos, en bien ó en mal, que los cuerpos en virtud de sus propiedades interiores, sugetivas, sustanciales, producirán en nuestro organismo. De suerte que los cuerpos de la naturaleza bajo este respecto, se hallan divididos en dos clases; los unos emblemáticos de algun efecto de salud y capaces de producir sobre el organismo una impresion agradable, y de darle nutricion, fuerza y vigor; los otros representantes de algun efecto de enfermedad, ó de resorte subersivo y con poder de impresionar por su contacto de una manera irritante, dolorosa, y producir una enfermedad artificial, imagen emblemática de una enfermedad natural.

La existencia de estos dos órdenes de cuerpos es bien evidente: por un lado vemos los alimentos propiamente dichos, y que son bastante numerosos: en la otra serie se encuentran todas las sustancias patogenéticas, cuyo mayor número no está bastante estudiado; sin embargo en la escuela homeopática tenemos conocimiento de una grande porcion

de ellas, adquirido á fuerza de investigaciones repetidas, de lo que citaré un solo ejemplar. Sabemos, v. gr. que la belladona entre otras propiedades, presenta el emblema fiel del movimiento orgánico desordenado que observamos en la escarlatina lisa de Sidenham.

Despues de haber espuesto de qué manera en virtud de la ley de *analogía general* la unidad de vida ó de movimiento universal de la naturaleza se establece en el conjunto de seres que contiene, sujetos á diversos grados y maneras de manifestacion de su vida en estado harmónico y en estado subersivo, resta ahora considerar los efectos que las alegorías representantes del movimiento de nuestras dos naturalezas, ó modos de manifestarse nuestra existencia, pueden tener relativamente al hombre, y de que utilidad sean.

Para apreciar bien este efecto, se necesita no perder de vista que hay en el hombre, y en todo ser creado, una fuerza fundamental y constitutiva de toda individualidad viviente. Esta es la fuerza de conservacion, en virtud de la cual todo ser atrae y asimila lo que le es homogéneo, y aparta y rechaza lo que le es heterogéneo. Esta facultad es innata: todo ser la ha recibido al salir de las manos del Criador.

Guiados de este dato, averiguaremos la influencia que puedan tener sobre el hombre los diversos órdenes de emblemas alegóricos. Principiaremos por las alegorías de la esfera pasional. Sabemos ya que hay dos suertes de alegorías: las primeras que

nos pintan los efectos del estado harmónico, y todas las fruiciones que resultan de nuestras pasiones integral y regularmente satisfechas deben causar en nuestro espíritu una impresion agradable. Estas pinturas no solicitan asi, por el atractivo del placer á desear este estado de harmonía y á buscar medios capaces de realizarlo.

Al contrario, el efecto de los emblemas del órden subersivo, es solo presentar á nuestro espíritu la imágen del desórden y de las penalidades que son su consecuencia, inspirándonos antipatía hácia tal estado. Estas alegorías, poniendo á nuestra vista sin cesar y de todos lados la pintura de la miseria social y los dolores que acarrea, producen en nuestro espíritu una impresion penosa; pero este dolor moral puede tener un resultado muy útil, en cuanto despierta en nosotros una energía nueva que nos induce á rehacernos contra estas causas de dolor, y buscar el modo de remediarlas.

En la esfera orgánica las sustancias emblemáticas de los efectos del estado de salud, impresionan el organismo de un modo simpático, y escitan en él el desarrollo de la vida que exaltan y fortifican. Esta impresion agradable tiene por objeto solicitar la vida á que atraiga y asimile el cuerpo homogéneo; por eso las sustancias alegóricas de algun efecto de accion armónica del organismo, constituyen los alimentos.

Vemos, pues, por una parte sustancias cuya virtualidad es la de impresionar el organismo dolorosamente, y de producirle una accion subersiva divergente de tal ó cual sistema de órganos; por otra parte vemos la vida dolorosamente afectada, que hace esfuerzos convergentes para restablecer y mantener el equilibrio de los movimientos orgánicos. Sobre estos dos hechos quisiera yo que mis lectores fijasen muy particularmente su atencion, porque bien comprendidos, verán en ellos la base muy racional de la terapéutica homeopática. En efecto, reconociendo la tendencia de todo ser viviente á restablecer el equilibrio accidentalmente perdido, hay que confesar que esta fuerza medicatriz de la naturaleza, solo es eficaz mientras el desórden no escede ciertos límites, fuera de los cuales dicha fuerza es impotente y no obra sino de una manera lenta, ó tumultuosa y desordenada. En el primer caso, mientras el desórden no pasa los límites de la fuerza medicatriz, esta obra la curacion espontánea sin necesidad de remedios: en el segundo caso cuando dicha fuerza no basta, la vida peligra y hay necesidad de remedio estraño, veamos cuál deba ser este.

Si consideramos que la enfermedad es la misma accion desordenada y divergente, á que la vida ha sido precisada por la influencia de un agente morboso, y que ademas tal desórden permaneceria mientras el organismo no pueda realizar un esfuerzo convergente para restablecer el equilibrio, ¿no es evidente que el agente medicador será el que ponga la vida en estado de obrar este esfuerzo? Pues para producir este esfuerzo es condicion in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dispensable hacer sentir su mal al organismo que sufre, llamando su atencion, por decirlo asi, hácia la enfermedad que le molesta, por medio de una impresion sensible homeopática. Esta condicion no es arbitraria, procede de una ley que por resorte subersivo domina la vida en todas sus manifestaciones.

Y sino, contemplemos la vida civil de una nacion sometida á los efectos del resorte subersivo. Veremos á sus pueblos gimiendo en su enfermedad sufrir el peso de su triste condicion en una zozobrosa inquietud, y consumirse por una fiebre héctica social, marchando hácia el embrutecimiento y la disolucion. Mas si durante el curso de esta enfermedad se producen circunstancias, ó se presentan hombres que hagan conocer á la nacion el estado de abatimiento en que yace, y provocan una impresion homeopática tocándoles vivamente la llaga, entonces el espíritu nacional se levanta, la vida se reanima, y sucede una reaccion sinérgica y convergente por esfuerzos dirigidos á apartar el mal, y restablecer el equilibrio social. El hecho homeopático que acabo de analizar, respecto á la vida social de una nacion, es aplicable á la vida anímica del hombre individual.

Obsérvese al hombre que ha incurrido en prevaricacion moral: aun no bien ha cometido su falta, cuando ya es asaltado del dolor anímico, del remordimiento de su conciencia. Esta fuerza medicatriz de la vida espiritual trabaja en volverle al camino de la virtud y de la verdad: si es-

te esfuerzo es suficiente, conduce al hombre á una enmienda espontánea. Pero puede suceder por algunas influencias harto frecuentes, que el grito de la conciencia sea ahogado, y que el hombre permanezca en su mal moral: en este caso el esfuerzo de la fuerza medicatriz será insuficiente, y habrá necesidad de socorro estraño: entonces diríjansele palabras de amistad, pero severas por una persona de categoria, amiga suya, y con autoridad sobre él, impresiónese por vivas reconvenciones amistosas este corazon endurecido, produzcase en él un estado de contricion, y luego se despertará la conciencia con mas energía, desplegará mas poderosos esfuerzos, y sucederá la deseada conversion.

Una vez reconocida como condicion de la reaccion medicatriz, la necesidad de hacer sentir su mal mas vivamente al organismo que sufre, de escitarle una especie de contricion, veamos cuál será el agente mas á propósito al efecto. A buen seguro que sustancia alguna no poseerá en tan alto grado esta facultad, como la que tenga la virtualidad de provocar en el organismo sano una enfermedad artificial *análoga* á la enfermedad natural.

En efecto, si se pone este agente en contacto con el cuerpo enfermo, obrará con preferencia y con mayor intension sobre las partes afectas, con quienes se halla en una afinidad patogenética. Su accion será la de impresionarlas dolorosamente, y de producirles una especie de contricion orgánica,

pero luego despues el organismo conmovido por esta especie de contricion, reaccionará con mayor energía para librarse del mal que le oprime, y hará nuevos y poderosos esfuerzos para desarrollar movimientos convergentes, y restablecer el equilibrio perdido.

Asi es, que por una accion indirecta los cuerpos emblemáticos, de algun efecto de resorte subersivo del movimiento, son otros tantos medicamentos capaces de destruir específicamente la enfermedad, cuyo emblema son. Este hecho nos lleva insensiblemente á la gran ley homeopática, que establece: que «*en una enfermedad dada y persistente, por defecto de reaccion convergente medicatriz de parte del organismo, se requiere para que haya curacion, provocar una reaccion convergente, administrando el remedio que sea capaz de producir sobre el hombre sano un estado morboso análogo á la enfermedad natural que se quiere destruir: en otros términos; administrando la sustancia que sea el emblema del movimiento orgánico subersivo que constituye la enfermedad.*"

Hemos visto, pues, en el curso de este capítulo, que la homeopatía tiene por base una ley natural inmutable, la de Armonía ú Analogía universal, que regla y coordina las tendencias y movimientos de toda la creacion, y que traducida en homeopatía por *similia similibus curantur*, regla y coordina las tendencias y movimientos de nuestros órganos, siendo el lazo estrecho que nos une

física y moralmente al conjunto de la creacion, gobernando nuestra existencia bajo las relaciones fisiológica, patológica, higiénica y terapéutica: de todo lo cual debemos concluir, que pues la ley fundamental de la homeopatía, se halla en completa relacion y armonía con todas las partes de dicha doctrina, y puesto que dicha ley homeopática es una emanacion, ó mas bien una traduccion de la ley de analogía general del universo, ley natural, eterna, verdadera, é inmutable, se sigue en buena lógica, que la homeopatía es de tanta verdad, como la misma ley natural, de que solo es consecuencia necesaria; se sigue igualmente que la homeopatía contiene la reforma íntegra y tan necesaria de la ciencia médica, á quien ella sola, y ninguna otra doctrina puede dar una base sólida, y una certeza casi geométrica de tratar las enfermedades con buen suceso.

Si no obstante todo esto, los alópatas no quieren adoptar la doctrina de Hahnemann, sigan en hora buena la suya, critiquen tambien, si quieren, la nuestra, sean sus jueces severos, señalen á la ley de los semejantes los límites que crean debe tener, establezcan los casos en que se pueda curar sin ella, ó mejor que con ella, modifiquen, corrijan, perfeccionen sin fin, opriman aun, si quieren y pueden, nuestra doctrina con la sublimidad y escelencia de la suya, pero no desechen el estudio de aquella, no se pronuncien contra ella antes de haberla estudiado, examinado y conocido profundamente, porque si es cierto que el que abraza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una verdad sin exámen, merece no conocerla, no es menos cierto, que el que la desecha sin exámen comete una falta á que apenas se le puede dar nombre.

CAPITULO IV.

Problema médico.

¿Cuál de las dos escuelas lo resuelve mejor?

Por lo que antecede de esta obra ha podido ya comenzar á percibir el lector cuan vacilante, sujeta á vaivenes y envuelta en tinieblas ha marchado la alopatía desde su origen hasta hoy; cuan injusto sea su desden y su esquivéz hácia su hermana la homeopatía, mucho mejor que ella incomparablemente, y con que poco motivo se abroga y da á si misma el dictado de *única medicina racional*. De la injusticia de este procedimiento se hallará mas persuadido despues de la lectura del presente capítulo, que tiene por objeto hacer ver de qué modo cada una de las dos escuelas resuelve el problema médico.

Considerando que el fin de toda doctrina médica en todos tiempos, en todos climas y en todas las escuelas, ha sido, es y será, curar las enfermedades por la aplicacion de las virtudes curativas de los medicamentos, presentaremos la cuestion médica abrazando los miembros ó estremos siguientes: 1.°—*Averiguar en las enfermedades lo que*

hay que curar:—2.°—*Averiguar en los medicamentos las virtudes positivas, de que están dotados:*—*y* 3.°—*Aplicar la virtud de los medicamentos bien conocidos á las enfermedades igualmente bien conocidas.*

A la resolucion del problema, ambas escuelas proceden armadas de una ley y escudadas de un hecho. El de que pretende la alopática derivar su ley es imaginario: en el capítulo destinado á la esposicion de dicha ley hemos ya probado que no existe un remedio que se pueda llamar contrario de una enfermedad, considerada segun sus causas, sus síntomas y su curso, como era necesario para poderle calificar de contrario absoluto, y no siendo posible hallar un contrario absoluto, la ley de los contrarios es una quimera fundada sobre un hecho quimérico. En homeopatía suceden las cosas de otra manera muy diversa. Su ley procede del hecho sencillo, positivo y á todas horas visible de que un medicamento que en el organismo sano produce un estado morboso *sui generis*, cura en el enfermo otro estado morboso natural, que mirado por el lado de los efectos primitos del remedio, le sea semejante segun sus causas, sus síntomas y su desarrollo. Tal es el hecho homeopático, el mas sencillo, cierto y perceptible que jamás haya brotado en el campo de la medicina; hecho que se halla encerrado en la ley de analogía general, que rige y preside los movimientos y propiedades de todos los seres creados, y que aplicada al organismo vivo y traducida por *similia similibus*, regla y gobierna

todos los movimientos y tendencias de nuestros órganos, tanto en el estado de salud, como en el de enfermedad: ley natural y á fuer de tal invariable, eterna y no como la de la alopatía, que segun antes hemos hecho ver, no interviene en la mayoría de casos, con cuya presidencia se le condecora, y que lejor de parecer una ley natural, ostenta un carácter de rebelion contra la naturaleza, á quien no cesa de contradecir.

Sobre caminar la escuela médica ordinaria á la solucion del problema médico, apoyada en un hecho falso y una ley mentirosa, se equivoca ademas pretendiendo curar las enfermedades, persuadiéndose que conoce su causa próxima, y que se dirige contra ella, siendo á menudo esta equivocacion bien funesta para los enfermos, á quienes á nombre de una abstraccion, cuyo significado nunca se descubrirá, porque no está á nuestro alcance, imprime alteraciones reales, profundas y frecuentemente mortales, descuidando entretanto el estudio minucioso de los síntomas, que con el de la causa ocasional, presenta el único lado visible de la enfermedad; el solo necesario para poderla curar pronta, suave y completamente. La homeopatía procede diversamente: sabe que es imposible descubrir el primer móvil, el modo con que la vida ha sido desordenada por la influencia del agente morboso, cómo ha sucedido aquel cambio oculto en el estado de nuestra vida, para sacarla de su estado normal, y mientras habia de perder el tiempo en la indagacion de *dicha causa prima morbi*, cuyo conocimiento, si nos fuera necesario, nos lo hubiera concedido la sabiduría infinita, que dá siempre el remedio á medida de la necesidad; considera á la causa ocasional y los síntomas morbosos como reflejos, que representan entera y fielmente la imágen de la enfermedad interna, ó como otros tantos agujeros por donde únicamente se puede acechar y aplicar á ellos toda su atencion, sin curarse de quimeras ni dar importancia mas que á lo bien averiguado y positivo.

La escuela alopática enorgullecida con su *Tolle causam*, y siempre en la persuasion deque porque este vano clamor sale sin cesar de su boca, obra curas causales, no quiere acabar de convencerse de que el conocimiento de lo que los nocologistas llaman *cambio oculto* acaecido en lo interior del organismo, de donde resulta el trastorno funcional, es un misterio tan inaccesible para nuestra inteligencia, como el de la esencia de nuestra vida, de nuestra alma, y como lo son tantos otros misterios de la naturaleza, la produccion de los tejidos anormales, de los tubérculos pulmonales, de los kistes hidatidarios, y de las demas transformaciones, y como lo son igualmente todos los infinitos fenómenos que entran en el basto dominio de la historia natural, desde la germinacion y la fecundacion de las plantas, hasta la methamorphosis de las orugas etc. ¿Quién nos podrá esplicar, porque la ciática, el histérico, diversas neuroses y aun afecciones horriblemente dolorosas, no se esplican sobre el cadáver por la menor alteracion de tejido?... El exa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

men de las transformaciones orgánicas nos enseña que habia incurabilidad; impotencia del arte: que tales ó tales alteraciones de tegidos halladas en el cadáver corresponden á tales ó cuales síntomas observados en el vivo; pero nada nos iluminan sobre el cambio oculto que arrastró ú produjo las alteraciones orgánicas que tenemos á la vista y que podrán servirnos para el pronóstico y no para la curacion, mientras al lado del nombre de cada una de estas alteraciones no se lea el del específico seguro para remediarlas.

En homeopatía, cuando usamos de las palabras:—*cambios ó mutaciones internas; causa del conjunto de síntomas visibles;* esencia de la enfermedad; nos referimos á la causa eficiente de esta, mirada por su lado puramente dinámico, esto es, á la causa vital mas próxima en el sentido riguroso de la palabra, en cuyo concepto repetimos que nos es absolutamente desconocida: no queremos entonces espresar la causa material, el resultado real orgánico del conjunto de síntomas visibles; ésta no siempre es desconocible, ni su indagacion es supérflua, pero no se puede en rigor darla el nombre de causa, como lo hace la escuela dominante, pues no es mas que un efecto de ella, un síntoma cardinal, bien que creador de otros subalternos, como la plasticidad de la sangre en las inflamaciones y su fácil descomposicion en el escorbuto. Estos fenómenos ya son materiales y distintos de aquella aberracion de la fuerza vital, de aquel ser inmaterial, el solo que anima el organismo en el estado de sa-

lud y de enfermedad. "Es ciertamente (dice » Hahn. org. §. 16) el organismo el instrumento » material de la vida, pero no se le puede concebir » sino animado por la fuerza vital, sintiendo y » gobernando instintivamente; asi como tampoco » la fuerza vital puede ser concebida sin dependen- » cia del organismo. Este y aquella no son mas » que una sola y misma cosa, aunque el entendi- » miento humano, forme de ella dos ideas y para » estudiarlas con mas comodidad las separe. »

El sublime proyecto de encontrar *á priori* una causa interna é invisible de la enfermedad, impelió á los médicos mas racionales de la antigua escuela á buscar, tomando (tambien es verdad) por base los síntomas, aquello que presumian fuese el carácter genérico de la enfermedad presente. Se pretendia saber si lo característico de ella seria el espasmo, la debilidad, ó la paralisis; la induracion, ó la obstruccion de tal ó cual parte, la plétora sanguínea, el esceso ó defecto de oxígeno, de carbono, de hidrógeno ú de azoe en los humores; la exaltacion ó la depresion de la vitalidad del sistema arterial, ó del venoso, ó del capilar, la falta de las propiedades relativas á los factores de la sensibilidad ó de la nutricion. Estas conjeturas condecoradas por la escuela con el nombre de indicaciones, procedentes de la causa, y reputadas como la sola racionalidad posible en medicina, son demasiado hipotéticas y falaces para servir de alguna utilidad práctica. Incapaces aun cuando fueran fundadas, de dar á conocer el mejor remedio

que emplear contra un caso dado: aptas únicamente para lisongear la vanidad del que las forjaba á fuerza de cabilaciones, y para inducir lo mas del tiempo en error al que pretendia obrar en su consecuencia.

Mas si la causa íntima de una enfermedad es superior á nuestros alcances, ¿cómo se gobierna la escuela dominante, siempre persuadida de que es la sola que merece el título de *racional*, porque, segun dice ella misma, es la única que se atarea y ocupa en buscar y destruir la causa de las enfermedades, siguiendo en su tratamiento las huellas de la naturaleza? Hahnemann nos dice, ojeada sobre la medicin. alopát. pág. 9 de la traduccion al francés por Jourdan. "Que como la inmensa ma-
» yoría de las enfermedades no quirúrgicas, son
» de orígen y naturaleza dinámicas, y por tanto,
» su causa imperceptible á nuestros sentidos, se
» ve la escuela alopática en la necesidad de figu-
» rarse una, comparando por un lado el estado
» normal de las partes internas del cuerpo huma-
» no despues de la muerte (anatomía), con las al-
» teraciones visibles que estas partes presentan en
» los sugetos muertos de enfermedades (anatomía
» patológica); de otro lado las funciones del cuer-
» po vivo (phisiológia), con las aberraciones infi-
» nitas que sufren en los innumerables estados
» morbosos (pathológia, semeyóctica), y sacando
» de aqui conclusiones relativas á la manera invi-
» sible, con que las mutaciones se obran en lo in-
» terior del hombre enfermo, llega á formarse una

» imágen vaga y fantástica, que mira teóricamen-
» te como la causa primera de la enfermedad, de
» la que en seguida hace la causa próxima, y al
» mismo tiempo la esencia íntima de la enferme-
» dad, y la enfermedad misma; aunque el buen
» sentido diga que la causa de una cosa no puede
» ser esta cosa misma. Ahora bien, ¿cómo se po-
» dia, sin querer, engañarse á sí mismo, hacer
» de esta esencia incomprensible un objeto de cu-
» racion; prescribir contra ella medicamentos, cu-
» ya tendencia curativa es igualmente desconocida,
» á lo menos en su mayor parte, y sobre todo acu-
» mular muchas de estas sustancias desconocidas
» en sus recetas?

Aun cuando todas estas conjeturas fuesen realidades, nunca segun arriba dejamos dicho, podrian considerarse como causa primera de la enfermedad, no siendo como no son sino sus efectos, sus síntomas, que aunque creadores de otros subalternos suyos, siempre son síntomas y nada mas, cuyo estudio y valuacion debe, con el de la causa ocasional, ocupar todo el tiempo que la escuela médica ordinaria pierde en la averiguacion de la causa prima, que cree descubrir en lo interior del organismo impenetrable á sus miradas divinatorias.

Y pues que en el órden natural no puede haber más que fenómenos producidos ó engendrados por ciertos agentes, llamados estos causas, y aquellos efectos; en el estudio de las enfermedades todo nuestro cuidado y atencion debe dirigirse al conocimiento de causas y de efectos, pero causas

accesibles á nuestra inteligencia. Causas y síntomas, es pues, la parta esperimental de la patológia; fenómenos, en cuyo desarrollo siguen una marcha determinada, es decir, obedecen á ciertas leyes; pero la ley de un fenómeno no es sino la manera con que este se comporta, cuando la causa lo hace parecer. La etiológia se puede, pues, estudiar bajo puntos de vista diferentes, ya investigando las causas de una enfermedad para conocer de qué modo se engendran sus síntomas, ya para separar al enfermo de todos los agentes que han alterado su salud, y ya tambien se debe finalmente estudiar bajo una mira directamente terapéutica, es decir, la de encontrar el medio curativo que responda á la causa morbosa, y tenga el poder de destruirla. La homeopatía, asi como la antigua escuela, no desprecia ninguna de las primeras ocupaciones, pero se entrega con preferencia á la tercera, que su rival juzga mucho menos importante, es decir, que cuida de averiguar el modo de generacion de los síntomas morbosos; que cuida tambien de substraer al enfermo de la influencia de las causas que han alterado su salud; pero se dedica con preferencia á destruir el efecto producido por la causa, dirigiendo contra él agentes terapéuticos dotados de esta virtud.

Hay en el organismo una fuerza fundamental que reina sobre su parte material, regla todas sus tendencias y le prohibe en cierto modo obedecer á las leyes que rigen á la materia, sometiendo asi todas sus partes constituyentes á su único influjo. A

esta propiedad del organismo animado llamamos *fuerza vital*, *accion vital*; es un ser incomprensible que solo podemos apreciar por el estudio de sus fenómenos. Este principio activo puede oponer el movimiento á las leyes del movimiento que quieren que todo cuerpo en quietud, permanezca en su estado de inmobilidad hasta que una fuerza esterior le haga salir de él. Vemos á todo animal ponerse en movimiento y echar á andar sin el impulso de otro cuerpo esterior que se lo comunique. Vemos al hombre asido por la mano á una cuerda, suspendido sobre la tierra sin caer á ella conforme á la ley de los cuerpos graves; vemos al mismo andar en posicion vertical sin trastornarse ni caer tendido en el suelo, conforme á las mismas leyes de gravedad. ¿Y por qué sucede asi? Porque tiene una animacion; porque tiene una voluntad.... Que la muerte le despoje de estos dos atributos.... luego se le verá caer en tierra, obedeciendo á las leyes de gravedad.

Esta actividad reguladora de todas las partes y de todos los actos del organismo vivo, no puede ser vista, tocada por nuestros sentidos, ni nuestro entendimiento alcanza á descubrir su esencia ni su naturaleza, solo somos capaces de conocerla por la apreciacion de sus fenómenos. Los que observamos en el animal vivo nos dicen que este principio misterioso, está sujeto á alteraciones y trastornos de su accion sobre el organismo. Este conserva su estado normal que llamamos *salud*, mientras aquel conserva la plenitud de su actividad: el cuerpo

goza entonces de toda su fuerza; el espíritu de toda su tranquilidad; hay ausencia completa de enfermedad; ningun dolor ni otra incomodidad se percibe. Mas cuando este principio esperimenta un cambio en su modo normal de ser, este cambio se comunica al organismo, y le hace variar en su modo de sentir y de moverse, y esta separacion de su estado normal del organismo, se llama *enfermedad* y su *causa primaria esencial ó próxima*, al cambio oculto de la actividad vital, de que es aquel el efecto ú consecuencia necesaria é inmediata.

Como semejantes mutaciones del organismo, proceden de las que ha sufrido el principio de la vida, son tambien de la misma naturaleza que este principio, es decir, *dinámicas*, por tanto estrañas á las leyes de la física y de la hidráulica, pues aunque para esplicar tales mutaciones de la materia, se alegue que en el organismo humano hay una mecánica, una hidráulica y aun una química, como lo demuestra la presencia de órganos motores, la circulacion, la composicion y descomposicion de nuestros humores, todas estas operaciones, nada mas que la apariencia, tienen de comun con los fenómenos de que aquellas ciencias nos informan. Los que pasan en el cuerpo humano son enteramente animales, esto es, dependientes del principio vital que los rige á su modo.

En este nuevo estado del organismo (enfermedad) es inevitable que la materia animal, colocada bajo la influencia del principio vital desordenado,

padezca mutaciones en su estructura y en sus funciones: pero estas mutaciones de la parte material del organismo, lejos de ser la causa de la enfermedad, como enseña la escuela médica dominante, son al contrario, los efectos que indican solamente que el principio vital se halla en sí mismo desórdenado.

El principio vital no puede sufrir un desórden sin que se haga perceptible por medio de sensaciones y á estas sensaciones llamamos *síntomas*. La estension de este desórden se mide por el número y gravedad de los síntomas que produce. Su reunion es la espresion de toda la anormalidad del principio generador, y esta espresion puede variar al infinito, como lo acredita el número y variedad de nuestras enfermedades. Cuando los síntomas por medio de los cuales se espresan nuestras enfermedades, presentan semejanza, se está en derecho de concluir que el principio de la vida se halla desordenado de una sola manera, mientras que la desemejanza de los síntomas arguye la desemejanza de esta harmonía.

Admitidas estas promisas, que no se pueden negar razonablemente... ¿qué debemos pensar de la costumbre de la escuela alopática tan antigua como la misma medicina, de reunir bajo una misma denominacion enfermedades, cuyos síntomas difieren enteramente? Ningun práctico ha dejado de notar que la naturaleza rara vez produce dos enfermedades perfectamente semejantes. ¿Cómo pues, esta observacion no les ha apartado del método de ge-

neralizar las enfermedades y decidido á adoptar el de la individualizacion? Siendo verdad que no se encuentran dos enfermedades, exactamente idénticas, es necesario concluir que cada una es un individuo aparte, solo semejante á sí misma.

He aqui sin embargo, el modo con que la escuela médica dominante se conduce cuando vá á averiguar lo que cada enfermedad ofrece que curar. En vano intentará apoyarlo con las enfermedades epidémicas, en que lo fijo de los síntomas está fundado en lo fijo de la causa que los engendra. La esperiencia no cesa de decir, que jamás se encuentran dos enfermos atacados de epidemia, en quienes la identidad de síntomas sea exacta. De donde se sigue que el no tomar en consideracion mas que algunos síntomas sobresalientes, aquellos de que mas se queja el enfermo y despreciar los que parecen menos importantes, pero que en realidad, tanto y tan bien como los primeros, son la espresion clara y distinta de la turbacion del organismo, es proceder de un modo vicioso y erróneo en la averiguacion de lo que cada enfermedad presenta que curar; no se llega asi á la solucion de esta parte del problema médico; tal conducta no puede llevar al que la sigue, mas que á decepciones que evitaria desechando ese vicioso plan adoptado para la formacion de las nosologías médicas; para la clasificacion y nomenclatura de las enfermedades; ese vicioso plan que á pesar de la recta razon, es aun hoy dia el único de que se sirven los alópatas para

apreciar las enfermedades y determinar su tratamiento.

Júzguese, con cuanta mas racionalidad se conduce el homeópata siguiendo los consejos y máximas de Hahnemann espresadas en los §. 3.°, 5.° y 6.° de su Organon en los términos siguientes.... "Cuando el médico (dice) percibe clara y distin-
» tamente lo que hay que curar en cada caso mor-
» boso individual (conocimiento de la enferme-
» dad, indicacion); cuando tiene una nocion pre-
» cisa de lo que es curativo en los medicamentos,
» es decir, en cada medicamento en particular
» (conocimiento de las virtudes medicinales); cuan-
» do guiado por razones evidentes, sabe elegir la
» substancia, cuya accion la hace la mas apropia-
» da á cada caso (eleccion del medicamento); adop-
» tar para ella el modo de preparacion mas conve-
» niente, estimar la cantidad á que debe adminis-
» trarla y juzgar del momento, en que la dosis
» debe ser repetida, en una palabra, hacer de lo
» que hay de curativo en los medicamentos á lo
» que hay de indudablemente enfermo en el sugeto,
» una aplicacion tal que de ella deba seguirse la
» curacion; cuando en fin en cada caso especial co-
» noce los obstáculos que se oponen al recobro de
» la salud y sabe apartarlos para que el restableci-
» miento sea durable; entonces solamente es cuando
» obra de una manera racional y conforme al blan-
» co que se propone, entonces solamente merece el
» título de verdadero médico."

« Cuando se trata de obrar una curacion, el mé-

» dico homeópata se ayuda de cuanto puede apren-
» der ya sea relativo á la causa ocasional mas vero-
» simil de la enfermedad aguda, ya sea á las prin-
» cipales fases de la enfermedad crónica, que le
» permiten encontrar la causa fundamental de ella
» debida de ordinario á un miasma crónico. En
» las averiguaciones de este género se debe tener
» mucha cuenta con la constitucion física del enfer-
» mo, sobre todo si se trata de una afeccion crónica; con el sesgo que ha tomado su espíritu y su
» carácter; tener en consideracion sus ocupaciones,
» su género de vida, sus relaciones sociales y do-
» mésticas, su edad, su sexo, etc."

"El observador mas dotado de perspicia, y
» exento de preocupaciones, que conoce la futili-
» dad de las especulaciones faltas del apoyo de la
» esperiencia, no descubrirá en cada enfermedad
» individual, otra cosa que modificaciones del
» cuerpo y del alma, sensibles á nuestros sentidos,
» accidentes, síntomas, es decir, desviaciones del
» precedente estado de salud, que son sentidas por
» el enfermo, notadas por los que le rodean, y
» observadas por el médico. El conjunto de estos
» signos apreciables representa la enfermedad en
» toda su estension, es decir, que constituye su
» forma verdadera, la sola que se puede concebir.
» Yo no comprendo (añade en la nota á este §.)
» cómo ha podido suceder que á la cabecera del
» enfermo, sin observar con cuidado los síntomas,
» y dirigir el tratamiento en consecuencia de ellos,
» se haya imaginado que no era necesario buscar,

» y que no se podia encontrar lo que una enferme-
» dad ofrece que curar, sino en el interior del or-
» ganismo inaccesible á nuestras miradas. Yo no
» sé como sin hacer caso de los síntomas, se ha te-
» nido la ridícula pretension de creer que recono-
» cian la mutacion acaecida en este interior invi-
» sible, y de reducir dicha mutacion al órden na-
» tural por medio de medicamentos (¡desconoci-
» dos!), y presentar este método como el esclusi-
» vamente fundado y racional. Lo que se mani-
» fiesta á los sentidos por los síntomas, ¿no es pa-
» ra el médico la misma enfermedad, supuesto que
» jamás podrá ver al ser espiritual, á la fuerza
» vital que crea esta enfermedad, que ni tampoco
» hay jamás necesidad de verla, bastando al mé-
» dico la intuicion de sus efectos morbosos, para
» ponerse en el caso de curar? ¿Qué otra cosa mas
» pretende la antigua escuela con esa *causa prima*
» que se afana en descubrir en el interior impene-
» trable á nuestra vista, al mismo tiempo que es-
» tá desdeñando el lado sensible y apreciable de la
» enfermedad, esto es, los síntomas que nos ha-
» blan un lenguaje tan claro?»

El médico que trata de averiguar lo que en las enfermedades hay que curar, no debe consumir su atencion y su actividad inútilmente en descubrir las mutaciones interiores, los secretos que pasan en las profundidades del organismo; estos son reservados á la naturaleza, á quien seis mil años de apremios continuos aun no han sido bastantes á hacérselos revelar, ni probablemente los revela-

rá jamás. Aplíquese el médico con la atencion mas eficaz y constante, al conocimiento de la causa remota, única que le es dado descubrir; aparte al enfermo de sus influencias, dirija contra los síntomas morbosos, efectos de aquella, los agentes medicinales que tienen poder de destruirla, y una vez cumplido todo esto, cuando el sugeto antes maltratado de los síntomas de la enfermedad, ya no percibe ninguno; cuando sus funciones todas se ejercen otra vez con regularidad, recreo y constancia, esté seguro de que ya no queda á su enfermo la parte mas mínima de la enfermedad que le aquejaba, ni otra cosa que la salud adquirida sin haber averiguado la esencia de la causa próxima que motivó su alteracion, ni de qué modo obró, ó de qué mecanismo se sirvió para alterarla; prueba clara de que esta averiguacion, este conocimiento causal no es necesario para curar bien las enfermedades.

No solo Hahnemann y su escuela toda es de esta opinion, sancionada por la esperiencia mas constante, sino que tambien abundan de ella los prácticos y escritores mas acreditados de la escuela médica dominante. Entre muchos de estos, cuya autoridad nada sospechosa para la otra escuela á que pertenecen, que aqui pudiera citar, Choulant en el nuevo diario de ciencias médicas, vol. 1.º, cuader. 2.º, dice: "La incertidumbre de la » medicina práctica, es consiguiente á la demasia- » da buena opinion que formamos de nuestras » fuerzas intelectuales. No solo nos queremos abro-

» gar el derecho de conocer lo desconocible, la » marcha interior de la enfermedad, sino que aun » pretendemos someter *esto desconocido* á los » principios de nuestras teorías médicas. Nos con- » tentamos de apariencias, y sobre ellas edifica- » mos nuestro sistema pathológico-therapéutico, » cuando toda erupcion cutánea, toda enfermedad » nerviosa, toda fiebre, debe enseñarnos, que de- » beriamos dirigir nuestra atencion á otras cosas » que á estos accidentes interiores, de que depen- » de el curso de la enfermedad."

"Todo lo que se puede descubrir en las en- » fermedades, es su causa remota, y el conjunto » de síntomas. El punto de union de estos fenó- » menos, la causa próxima de la enfermedad, no » puede ser conocida; no nos es mas posible reco- » nocerla, que el reconocer la causa de la vida en » sí misma. Y asi como una sana phisiológia se » contenta con comprender el conjunto de leyes de » la vida, suponiéndolas dadas; una verdadera me- » dicina práctica tampoco tiene necesidad para dar » en su blanco, de conocer la causa interna de » una enfermedad."

Está, pues, visto que la pretension de la escuela dominante, de que obra curas causales, es tan ridícula como para los homeópatas, para las primeras notabilidades de la misma escuela alópata ó la dominante, acostumbrados á espresarse de buena fé, y conforme á la recta razon.

Esta nos dice que la medicina práctica, para corresponder á su destino, tiene necesidad de una

base objetiva, que no pueden dar las quiméricas ilusiones de que se complace la alopatía, sino que debe constituirla la parte visible ó conocible de la enfermedad, es decir, el conocimiento de su causa ocasional, y del conjunto de síntomas morbosos, como enseña la homeopatía, porque ni á homeópatas, ni á alópatas es dado el conocer mas que las leyes de los fenómenos, jamás su principio, y donde á primera vista creemos haber descubierto la esencia, inmediatamente despues de un exámen mas severo, solo encontramos un parto de nuestra fantasía.

La antigua escuela, en la consideracion de los síntomas, no se propone otro objeto, que el servirse de este medio, para llegar al conocimiento de la causa, tomando á esta como la sola indicacion, concediendo, segun se ve, á los síntomas un lugar muy secundario, negándoles toda influencia inmediata en la eleccion del tratamiento, aunque sean, como lo son, la parte visible de la enfermedad, y todo esto solo por satisfacer su afan en correr trás de una sombra inaprisionable; trás de la causa íntima de las enfermedades, y alimentar su vanidad aunque sea engañándose á sí misma, persuadiéndose que obra curas causales, porque permanece tenaz en su *sine fine dicentes.—Tolle causam.*

Nosotros al contrario, tomando en consideracion la causa ocasional una vez conocida, y teniéndola por una indicacion, no por eso examinamos con menos cuidado el conjunto de síntomas, deseando que con el conocimiento de la causa influya al mismo tiempo que esta y tan directamente en la eleccion del remedio. De modo que el conocimiento de la causa cuando no es asequible, sirve para fijar nuestra eleccion sobre tales remedios, que no solamente *parecen* corresponder, sino que segun su *caracter* corresponden efectivamente á la causa de la enfermedad. Cuando queremos elegir uno de entre los varios remedios que hemos hallado apropiados á la causa, entonces ya en esta operacion solo nos determinamos por el conjunto de síntomas, y creemos, obrando así, tener tanta mas razon, cuanto que hay una multitud de ligeros matices en los síntomas morbosos de la enfermedad, dependientes de una misma causa, y los efectos patogenéticos del medicamento elegido contra la causa, los cuales es necesario que se hallen en una estrecha relacion de afinidad patogenética, bien persuadidos por la esperiencia de que cuanto mayor y mas completa es dicha relacion, tanto mas pronta, segura y durable, es la curacion de la enfermedad.

Estas pequeñas diferencias que intervienen en estos mismos síntomas, consideradas como poco importantes por la antigua escuela y poco ó nada esenciales al tratamiento de una enfermedad, son miradas por nosotros á otra luz, porque sabemos por esperiencia, que el remedio que corresponde al caracter principal de la enfermedad, no obra sin embargo mientras que las diversas graduaciones de sus fenómenos pathogenéticos no corresponden

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

den á los de los síntomas morbosos, quedando sin accion en el caso contrario. La escuela rival no hace mucho aprecio de esta circunstancia, empeñada como se halla en curar por métodos las enfermedades especiales, mientras que la homeopática opone á cada una su específico relativo. Segun lo cual es incontestable que donde quiera que el conocimiento del *substractum* de una enfermedad puede ser adquirido, se halla en una correlacion esencial con el tratamiento homeopático y por consiguiente la idea de una curacion causal considerada bajo el punto de vista del resultado práctico, es entre nosotros real, mientras entre los alópatas una hipótesi ocupa el lugar de aquella realidad, y dá la base al tratamiento curativo, quedando tan satisfechos de esta conducta, como sino mediase una grande diferencia entre querer obrar una cura causal y obrarla de una manera fictícia, diferencia que ninguna esplicacion ilusoria hará desaparecer.

Haremos notar de paso que los médicos de la otra escuela unas veces someten al mismo tratamiento los casos de enfermedad mas diferentes, y en otras ocasiones el deseo de obrar una curacion causal, no les exime de la necesidad de tratar enfermedades muy graves por remedios empíricos, porque ni pueden descubrir la relacion causal, y nada menos que llegar á producir una cura de tal especie. Siendo igualmente de notar, que en el principio fundamental de la homeopatía de no tratar las enfermedades llamadas locales sino por remedios generales ó que obran sobre todo el organismo, las secreciones anómalas por la regularizacion de la actividad de los órganos respectivos, se halla proclamada espresamente la relacion del tratamiento á la causa, y que en el hecho de administrar siempre un remedio análogo á la enfermedad entera, esto es, que abrace su causa conocida y el conjunto de síntomas que ella produce, no podemos jamás dejar de obrar una curacion causal, á lo menos en parte, lo que nunca sucede á la otra escuela. Digo á lo menos en parte, porque hay ocasiones en que segun el estado actual de la ciencia no se puede conocer *el substractum* de un conjunto de síntomas, ni indicar con precision mas que la causa de algunos grupos, de los cuales uno v. gr. anuncia una afeccion grave del sistema nervioso; otra gran turbacion del sistema vegetativo; un tercero, finalmente la afeccion de algunas partes de este último. En estos casos, repito, que no podemos formar un *substractum* total de la enfermedad, nos atenemos á substractos parciales semejantes á los dichos, y á la totalidad de los síntomas dirigiendo nuestro tratamiento en consecuencia de estos y aquel, sin pretender ir mas lejos y sin que por eso se pueda negar que aqui y todo obramos una cura causal; y si á tal tratamiento se quisiera rehusar tal dictado de causal, ninguno está menos en derecho de ello que la antigua escuela tan avezada como está á establecer una hipótesis y sobre ella, la base del tratamiento cuando no puede percibir la causa ocasional, ó cuando sin acordarse de ella se dirige contra un síntoma aislado.

Una prueba bien dolorosa de esta verdad nos suministra la presencia del cólera asiático en Europa. Muchos prácticos le consideraban como una inflamacion de la médula espinal, otros como una fiebre intermitente perniciosa, muchos otros como una descomposicion primaria de la sangre, y para decirlo de una vez, millares de opiniones diferentes, se han presentado como substractos de la naturaleza del cólera, sin que hasta hoy se haya podido evidenciar la naturaleza de uno siquiera. ¿Qué ventaja ha producido el tratamiento dirigido conforme á cada uno de estos substractos? El cólera bajo una ú otra de tantas hipótesis continuó devorando el mismo número de víctimas. Y si hemos de juzgar el valor de una ciencia por sus resultados, los de la homeopatía que en aquella época estaba naciendo y aun hoy está en la cuna, prestó ya servicios mucho mayores que la alopatía, y llenó el orbe de promesas cuyo número y realizacion va siempre en aumento.

En aquella dolorosa época era desconocida lo mismo que hoy á la homeopatía y á la alopatía la causa íntima del cólera, prueba clara de la supremacía de la nueva doctrina, pues en casos iguales de una misma enfermedad, y de desconocer una y otra escuela, la causa del conjunto de síntomas coléricos, el tratamiento homeopático fue mucho mas ameno en buenos resultados, sucediendo lo que era regular sucediese cuando la homeopatía, tomaba por guia de conducta una cosa real cual es el conjunto de síntomas visibles, mientras

la alopatía, corria trás de hipótesis arbitrarias.

El médico homeópata al hacer aplicacion de lo que hay en los medicamentos de curativo á lo que hay que curar en cada enfermedad, principia por apartar á su enfermo de las influencias de la causa ocasional y busca un medicamento que se halle en relacion patogenética con ella: en seguida cuando el conjunto de síntomas ofrece grupos primarios y secundarios, busca entre los medicamentos que halló corresponder á la causa, uno que corresponda tambien lo mejor posible al caracter de la enfermedad, representado por los síntomas primarios. Luego despues, entre los varios que parezcan convenir igualmente á la causa y á los síntomas primarios, debe preferir aquel que ademas de esto cuadre mejor con los grupos secundarios mas importantes, bien persuadido de que el remedio que corresponda al estado primario y al consensual inmediatamente, es el mas apto á producir en el organismo una reaccion benéfica.

Tal es en bosquejo el criterio, de que el médico homeópata se sirve para hacer aplicacion de lo que hay de curativo en cada medicamento bien conocido, á lo que hay que curar en cada enfermedad bien conocida tambien.

Para llegar al conocimiento de la enfermedad ó su diagnóstico, tan exacto como se requiere, para resolver bien el tercer miembro del problema médico, cada una de las dos escuelas se vale de medios y procedimientos, en parte semejantes, y en parte desemejantes.

Desde algun tiempo acá se ha llegado á creer que la anatomía patológica sola bastaba, y era quizá el único medio, el mas seguro fundamento del diagnóstico de las enfermedades. Esta especie de esclusivismo, fue lo que impelió á Hahnemann á pronunciarse de un modo, que á primera vista parece que desestima las luces que aquella rama de la medicina puede difundir sobre el diagnóstico. Asi parecerá al que se atenga á la letra de los escritos de este grande hombre, y no al espíritu encerrado en ellos. Cuando el sábio fundador de la homeopatía escribia sobre la materia, era precisamente tambien la época en que la medicina aparentaba una decidida tendencia al materialismo, y sin duda para impedirla, dejó correr su pluma en algunos pasages de sus obras con cierta exageracion, perdonable á un hombre reciamente perseguido por los alópatas, y cuyo designio era el de contener la anatomía patológica dentro de su justos límites, negándole el poder desmesurado y aun esclusivo que se le concedia en la formacion del diagnóstico.

Sin embargo, los escritos de Hahnemann, bien meditados, enseñan que el médico llegará á tener el diagnóstico completo de una enfermedad, ó á saber todo lo que debe saber de ella, y todo lo que ofrece que curar, sabiendo conocer, distinguir y apreciar á lo justo cada una de las tres especies de lesion, á saber: de *sensacion*, *de accion*, y *de textura*, por cuyo medio se manifiesta la enfermedad. Que no debe despreciar las luces de la

anatomía patológica en la formacion del diagnóstico, pero que tampoco las ha de tener por esclusivas, sino subordinadas á las que derraman las lesiones de las otras dos clases; porque si bien es verdad que nuestra vida se desordena en su modo de sentir y de obrar, es igualmente cierto que nuestro organismo es el instrumento material de la vida, por medio del cual ejerce sus acciones y sensaciones, que hallándose desordenadas, porque lo está en sí el principio vital, tienden á producir alteraciones en la textura de nuestros órganos. Pero como las lesiones de tejidos, son en muchos casos de enfermedad, poco marcadas, y demasiado pasageras; y se presentan muchos casos tambien en que las lesiones de accion son bastante remisas, ó poco graduadas para poder servir de guia principal en la eleccion del agente terapéutico que oponerles: estos dos órdenes de lesiones, deben por tanto contarse subordinadas á la de sensacion, que es la principal de todas por su carácter, tipo, mayor espresion, mayor viveza, mayor variedad en su forma y sus matices. Por todo lo cual merece ser colocada en primer rango, subordinándole las otros dos categorías, cuando se mira la cuestion bajo del punto de vista terapéutico. Vista fisiológicamente, era necesario proceder de otro modo, pues cuando la lesion funcional es el resultado de la de textura y de la de sensacion á un mismo tiempo, aquella se hace mas fuerte, mas estensa y general que las dos últimas, y merece el primer lugar en nuestra consideracion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto es lo que quiere decir Hahnemann en los pasages de sus obras, donde muchos creen que desprecia, y aun que anatematiza la anatomía patológica: esto mismo siente y espresa el Dr. Leon Simon en sus lecciones públicas de homeopatía, y asi le entienden igualmente todos los versados en las obras del inmortal Hahnemann, y demas literatura homeopática

Ningun homeópata niega el valor futuro de la anatomía patológica, ni deja de conocer que el que llegue á completar el diagnóstico homeopático, y el anatómico patológico, uno por otro, habrá hecho un grande beneficio á la ciencia, y de consiguiente á la humanidad, porque se comprende fácilmente que no se puede decir que un estado patológico se halla en realidad bien conocido, mientras no lo estén todos los caractéres que lo constituyen, de los cuales unos son fijos, y otros variables; que el carácter fijo de una enfermedad se descubre principal, pero no esclusivamente por la lesion de textura á que se refiere una lesion de sensacion tan fija como la lesion de textura.

La escuela alopática está orgullosa, y bajo ciertos respetos con razon, por los numerosos descubrimientos de la anatomía patológica, pero exagera demasiado su importancia práctica, pues que en la esfera de la autopsia cadavérica, no se encierra el estudio de las causas, ni el de las propiedades de los agentes terapéuticos. Por mas que se escudriñe el interior de los cadáveres, no nos revela el secreto de las enfermedades, ni el de sus

curaciones, porque no lo puede decir el organismo muerto, ó la organizacion privada de un principio animador: todo lo mas que puede indicar, son las alteraciones orgánicas de los últimos períodos del mal, y que una afeccion crónica permanece muchos años en estado de simple lesion de sensacion, primero que llegue al de lesion de textura, ó de lesion orgánica.

A mas de que, por medio de esta especie de historia natural, para obtener un resultado satisfactorio, que sin embargo, solo interesaria para el pronóstico de la enfermedad, sin ilustrar su tratamiento seria necesario disecar en todas y cada una de las épocas del estado morboso, algunos centenares de sugetos atacados de la misma enfermedad, imitando á los naturalistas deseosos de sorprender el desarrollo orgánico del embrion y el feto en las aves, á cuyo fin sacrifican cada dia á la diseccion un huevo de la misma nidada, y en un estado de incubacion mas ó menos adelantado. Y despues de todo esto, aunque resultase comprobado positivamente, que tal coleccion de síntomas se refiera necesariamente á tal alteracion orgánica bien determinada, ninguna induccion se podria sacar de aqui que nos ilustrára acerca del tratamiento de la enfermedad ó de la relacion que hubiese entre lo curativo del medicamento, y lo que ofrecia la enfermedad que curar: no facilitaba esto la solucion del problema.

De contínuo la escuela alopática toma tambien los productos morbosos de las enfermedades por la

misma enfermedad y aun por la causa de ella, y pretende lanzarlos fuera del organismo mediante el uso de los evacuantes, ó se afana en corregir y volver al estado natural por medio de agentes arbitrariamente llamados depurantes, alterantes, dulcificantes de aquellos productos morbosos. Pero ya se ha dicho que los productos de una enfermedad no pueden ser la enfermedad misma, mucho menos la causa. Asi es que tomando por criterio de sus medicaciones un error patológico, no puede conocer como es indispensable, lo que positivamente hay que curar en cada estado morboso, ni lo cura sino cuando los esfuerzos convergentes del organismo para restablecer el estado normal, son mas poderosos que la enfermedad y el médico unidos. « Porque la esencia de las enfermedades y su » curacion (Hahnem. ojead. sobre la alopatía pág. » 22 y siguientes) no se pliegan á nuestros desva- » rios ni á los deseos de nuestra pereza. Las enfer- » des no pueden por complacer nuestras locas hipó- » tesis, dejar de ser aberraciones dinámicas, que » nuestra vida espiritual sufre en su manera de- » sentir y de obrar; es decir, mutaciones inmate- » riales de nuestro modo de ser. »

» Las causas de nuestras enfermedades, no » pueden ser materiales, porque la menor substan- » cia material estraña (1) por inocente que nos

(1) La vida cesa instantáneamente por la ingestion de un poco de agua pura en una vena (Mullen en Birch. His-

» parezca, si se introduce en los vasos sanguíneos » es repentinamente como un veneno, rechazada » por la fuerza vital, ó sino puede ser espelida » ocasiona la muerte. Si el cuerpo estraño mas pe- » queño llega á introducirse en nuestras partes » sensibles, el principio de la vida, estendido por » todo nuestro interior, no reposa hasta que logra » la espulsion de aquel por medio del dolor, la » fiebre, la supuracion ó la gangrena. En una en- » fermedad de la piel que data de una veintena de » años, este principio vital, cuya actividad es in- » fatigable ¿toleraría con paciencia por dicho tiem- » po en nuestros humores un principio exantemá- » tico material, un virus herpético, escrofuloso ú » gotoso? ¿Qué nosologista ha visto jamás alguno » de estos principios morbíficos de que habla con » tanta seguridad y sobre los que pretende cons- » truir un plan de conducta médica? ¿Quién some- » terá á los ojos de persona alguna un principio » gotoso, un virus escrofuloso? Aun cuando la » aplicacion de una sustancia material á la piel ó » su introduccion en una llaga ha propagado en- » fermedades por infeccion, ¿quién podrá probar » que, como se afirma tan frecuentemente en nues-

tori of royal socieity vol. 4.°) el aire atmosférico introducido en las venas ha causado la muerte (J. H. Voigt Magazin fuer den neuesten Zustand. der Natur eunde. T. 3.° p. 25). Los líquidos aun los mas suaves introducidos en las venas han puesto la vida en peligro (Autenrieth Physiologie 2.° §. 784.). Hahn.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

» tras patogenias, la menor partecilla material de
» esta substancia haya penetrado en nuestros hu-
» mores ó haya sido absorvida? A pesar de la cos-
» tumbre de lavarse las partes genitales con el ma-
» yor cuidado y lo mas pronto posible, despues de
» un acto impuro, esta precaucion no liberta del
» cancro venéreo. El mas leve hálito que se exhala
» de un viroloso basta para producir esta temible
» enfermedad en un niño el mas sano. ¿Cuánto
» peso deberá penetrar en tales casos, de este prin-
» cipio material para producir en el primer caso
» una enfermedad (sifilis) que sin un tratamiento
» directo durará toda la vida, no estinguiéndose
» sino con la muerte, y en el segundo una afeccion,
» (la viruela) que frecuentemente hace morir en
» medio de una supuracion casi general (1)?

« Es posible admitir en estas dos circunstan-
» cias y otras análogas un principio morbífico ma-

(1) Para esplicar la produccion de la cantidad frecuentemente tan considerable de materias fecales, pútridas, y de icor de las úlceras que se producen en las enfermedades, y poder presentar estas sustancias como causa que provoca y sostiene el estado morboso aunque en el acto de la infeccion nada material se haya visto penetrar en el cuerpo, se ha forjado otra hipótesis que consiste en admitir que ciertos principios contagiosos muy sútiles obran en el cuerpo al modo de los fermentos, haciendo pasar los humores al mismo grado de corrupcion y convirtiéndolos en un fermento igual á si mismos, que entretiene y alimenta la enfermedad. Pero ¿por medio de que

» terial que haya pasado á la sangre? Se ha visto
» á menudo que cartas escritas en el cuarto de un
» enfermo han comunicado la misma enfermedad
» miasmática al que las leyó. ¿Se puede entonces
» pensar en alguna cosa material que penetre en
» los humores? Pero ¿qué falta hacen estas prue-
» bas cuando tantas veces se ha visto que palabras
» ofensivas han ocasionado una fiebre biliosa que
» ponia al enfermo en peligro: una indiscreta pro-
» fecía causando la muerte en la época predicha;
» una sorpresa agradable ó desagradable suspender
» repentinamente el curso de la vida? ¿Dónde se
» halla entonces el principio morbífico material,
» que en sustancia se ha deslizado á nuestros hu-
» mores, que ha producido en nuestro cuerpo una
» enfermedad, que la mantiene y sin cuya espul-

tisanas depurativas se espera poder desembarazar al cuerpo de un fermento que renace sin cesar y estraerlo del cuerpo tan completamente que no quede la menor reliquia de él, porque conforme á la hipótesis admitida, volvería á corromper de nuevo la masa humoral, y reproducir como antes nuevos principios morbosos. Imposible seria pues llegar á curar estas enfermedades del modo que se propone la escuela alopática! Aqui se vé á qué groseras inconsecuencias arrastran la hipótesis, aun las mas sutiles cuando se fundan sobre un error. La sífilis mas constituida despues de qnitada la psora que de ordinario la complica, cura bajo la enfluencia de una ó dos pequeñisimas dósis de la 3.ª dilucion de mercurio metálico, y la alteracion sifilítica general de los humores, se aniquila para siempre de un modo dinámico (Hahn).

» sion material por medio de medicamentos, toda
» curacion radical ha de ser imposible?

« Los partidarios de una hipótesis tan grosera
» como la de semejantes principios morbíficos debe-
» rian avergonzarse de desconocer hasta este punto
» la naturaleza espiritual de nuestra alma y el po-
» der dinámico de las causas que hacen nacer nues-
» tras enfermedades, y de abatirse hasta represen-
» tar el ignoble papel de aquellos que con sus va-
» nos esfuerzos para barrer las materias pecantes,
» cuya existencia es una quimera, matan los enfer-
» mos en lugar de curarlos.»

« Los esputos frecuentemente disgustantes que
» se observan en las enfermedades ¿serán por ven-
» tura la materia que los produce y los mantiene
» (1)? ¿No son siempre productos de la enfermedad,
» es decir de la turbacion puramente dinámica que
» la vida ha sufrido?»

« Con estas falsas ideas materiales sobre el ori-
» gen y la esencia de las enfermedades, no debe
» causar sorpresa que tanto los pequeños como los
» grandes prácticos, y aun los inventores de los sis-
» temas mas sutiles, hayan tenido por objeto prin-
» cipal la eliminacion y espulsion de una pretendi-
» da materia morbífica y que la indicacion mas
» frecuentemente establecida, haya sido la de inci-

(1) Si asi fuese, bastaria sonarse bien las narices para curar infaliblemente de un coriza aun el mas inveterado. (Nota de Hahn).

» dir esta materia, hacerla movible, procurar su
» salida por salivacion, por esputos, sudor y ori-
» na, purificar la sangre por la accion inteligente
» de las tisanas, y desembarazarla asi de acrimo-
» nias é impurezas que jamás existieron; sustra-
» her el principio imaginario de las enfermedades
» por medio de sedales, de cauterios, de vegiga-
» torios permanentes; pero mas principalmente ha-
» cer salir la *materia pecante* por el canal intesti-
» nal por medio de laxativos y purgantes condeco-
» rados con el título de aperitivos y de disolven-
» tes, para dar á estos medicamentos mas impor-
» tancia y revestirlos de esterioridades mas impo-
» nentes."

"Ahora bien, si se admite (y de ello no ca-
» be duda) que esceptuando las enfermedades pro-
» vocadas por la introduccion de substancias ente-
» ramente indigestas, ó nocivas en los órganos di-
» gestivos ú otras vísceras huecas, por la penetra-
» cion de otros cuerpos estraños á través de la
» piel etc., no existe ninguna que reconozca por
» causa un principio material, sino que al contra-
» rio son únicamente y siempre, el resultado es-
» pecial de una alteracion virtual y dinámica de
» la salud. ¡Cuán perniciosos deberán parecer al
» hombre sensato los métodos de tratamiento que
» tienen por objeto y por base la espulsion de
» semejante principio imaginario, puesto que de
» tales procedimientos nada bueno puede resultar
» en la medicacion de las principales enfermeda-
» des del hombre, las crónicas, y que al con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

» trario, siempre acarrean un daño enorme!"

"Las materias degeneradas, y las impurezas que se hacen visibles en las enfermedades, no son (y nadie desconvendrá) otra cosa que productos de la enfermedad, de que sabe desembarazarse el organismo (aunque algunas veces de un modo violento) sin el socorro de la medicina evacuante, y que se reproducen todo el tiempo que dura la enfermedad. Al verdadero médico estas materias se presentan como síntomas morbosos, y le ayudan á trazar el cuadro de la enfermedad, del cual se sirve en seguida para buscar un agente medicinal homeopático, propio para curarlas."

Pero el principal medio de que la alopatía se sirve para formar el diagnóstico de la enfermedad, consiste en el uso que hace de las nosológias que no contienen mas que colecciones de signos problemáticos, síntomas groseramente analizados, y clasificados artificialmente para el estudio. En ellas solo se encuentran vagas generalizaciones, aceptables todo lo mas como tramoyas y andamios, para apoyar la memoria, y abreviar ó compendiar el lenguaje médico. El buen práctico luego echa de ver con disgusto que no existen sino individualidades morbosas, que todas, unas mas, otras menos, repugnan ceñirse á las caprichosas clasificaciones nosológicas constituidas segun el método de de los naturalistas, viniendo á resultar de aqui que el medicamento que *por casualidad* ha curado tal sugeto atacado de una afeccion determinada, es completamente ineficaz para otro, aunque

nosológicamente hablando, esté afectado de la misma enfermedad.

Para que una nosológia fuese utilizable á la cabecera del enfermo, caso de que las enfermedades pudiesen ser distribuidas en clases, órdenes, géneros y especies, para determinar su diagnóstico y su modo de curarlas, seria necesario, que usando de una lógica y un método que no conocen los nosologistas, hubieran cuidado de estudiar escrupulosamente, y tener en cuenta en sus nosológias:

En primer lugar, el curso peculiar y constante de cada enfermedad abandonada á sí misma, sin el concurso de modificadores medicamentosos, esternos ni internos, que pudieran ocasionar trastornos, perturbaciones, mejorías, exacerbaciones, por multitud de drogas y de procedimientos quirúrgicos que hacen variar los síntomas y su asiento, y que desnaturalizan los períodos y las crisis de las enfermedades en observacion. Hipócrates fue, como todos saben, el primero que adoptó este medio seguro de conocer en cada enfermedad lo que presentaba que curar, pero que me diga la escuela que hoy domina, si despues acá, se ha vuelto á poner en ejecucion. Tampoco ahora seria practicable, segun el espíritu vulgar y la idea que el pueblo se ha formado de la medicina, que hace que aunque vea que el tratamiento á que se somete un enfermo, es mas desastroso que los mismos males que con él se intentan remediar, lo prefiere á la fria crueldad de permanecer el médico y los

asistentes del enfermo en una espectacion inactiva, viendo devorar las desgraciadas presas de horribles padecimientos.

En segundo lugar, fuera igualmente necesario tener en consideracion muy exacta, las influencias de los meteoros, de la estacion, de la temperatura, de la humedad, de la habitacion, de las ocupaciones del enfermo, del estado de su moral, cambiado por el influjo del mal, de su posicion social, de sus ocupaciones de oficio, etc. etc.: en lo que ningun nosologista ha pensado al construir las nosológias.

Hubiera sido indispensable en tercer lugar, someter al enfermo á un régimen únicamente alimenticio, y sin mezcla de sustancias medicamentosas, que á título de condimentos se agregan de ordinario á la comida. De otro modo no se podria saber qué fenómenos pertenecian á la marcha de la enfermedad, y cuáles dependian del influjo de los condimentos, que siempre son sustancias medicinales.

En cuarto lugar, se requiere no perder de vista las modificaciones dependientes de la edad, sexo, temperamento, etc., en las clasificaciones de las enfermedades, porque aunque en los tratados de patológia de la escuela dominante, se habla de estas distinciones, son enteramente estériles, por cuanto no las tienen en consideracion al formar sus nosológias: en las obras de patológia, en que se hallan, solo están destinadas á hacer patente la dificultad, y su impotencia de resolverla.

En quinto y último lugar, se debiera apreciar

bien á lo justo, el estado que resultaria de la salud de cada individuo por la complicacion de dos, tres, ó mas enfermedades bien conocidas de antemano, cada una con separacion, encontradas á la vez en el mismo sugeto. Era menester despues de esto tener un conocimiento positivo de cuales estados morbosos podrian concurrir simultáneamente sin modificarse; si el mas intenso deberia debilitar al mas suave, y hasta qué grado podria oscurecerlo, ó aun si era capaz de acallarlo ó suspenderlo; qué compuesto patológico de los síntomas de todos, modificados uno por otro, deberia resultar diferente de la accion de cada uno considerado en particular: y finalmente, si muchos síntomas análogos tendrian tendencia á neutralizarse recíprocamente. ¿Se ha pensado todavía en esto? Seguramente que no. Pues hasta entonces nada puede influir la nosológia para el conocimiento de lo que cada enfermedad individual tiene que curar, ni para la eleccion del agente terapéutico que se deba emplear para dar de lleno en el blanco de todo tratamiento que es la curacion de la enfermedad.

Imposible, pues, deberá parecer á todo espíritu exento de preocupaciones, que la escuela médica dominante, por caminos tan tortuosos y estraviados, llegue jamás á la solucion del problema médico. Mas adelante se espondrán los métodos que han nacido de semejantes concepciones arbitrarias, y se analizarán para poner de manifiesto el valor práctico de cada uno. Ahora se presenta-

rá en bosquejo el cuadro fiel de los procedimientos de la homeopatía, dirigidos al diagnóstico de la enfermedad. Respecto al diagnóstico del medicamento ya se ha visto en el capítulo destinado á la esposicion de los medios que la una y otra escuela tiene á su disposicion para averiguar la virtualidad positiva de los medicamentos: que la homeopática los posee muy seguros, al paso que su rival no conoce uno siquiera en que racionalmente se pueda confiar.

Constante la homeopatía en su propósito, de no hacer caso de suposiciones infundadas, ni conceder su aprobacion mas que á lo bien averiguado, cierto y demostrable, persuadida ademas de la imperfeccion, y casi absoluta nulidad de los medios de que la otra se contenta, y señalando á cada uno de ellos sus justos límites, y estimándolos en el grado conveniente, se ayuda ademas de los procedimientos siguientes, que si son prolijos, minuciosos y de muy difícil ejecucion, como todavía deben serlo, atendida la infancia en que aun se halla la doctrina de que proceden, y lo serán hasta que la facilidad crezca á proporcion del progreso de la ciencia; no son sin embargo imposibles, ni falaces, sino que siempre, á costa de mas ó menos trabajo, llevan á la realidad, oculta hasta hoy, á la alopatía empeñada en buscarla donde no está.

La homeopatía, pues, en la persuasion de que cuando se trata de la salud y la vida de nuestros hermanos, se necesita una guia mas segura que la que dirige á la alopatía, mira la causa

ocasional, y los síntomas como las dos únicas bases del diagnóstico de la enfermedad, sin perder de vista las influencias debidas á las diferentes edades, sexos, temperamentos, género de vida, hábitos, profesiones, etc. Considera las causas ocasionales bajo los dos órdenes de internas y esternas, las primeras que se hallan en el individuo, y las segundas que le vienen de afuera. Divide las internas en tres categorías: á saber, en físicas, intelectuales, y morales, dando á su estudio mucha importancia, por cuanto deciden muchas veces nuestra eleccion del medicamento apropiado. Frecuentemente basta saber, que los síntomas observados, reconocen por causa ocasional un enfriamiento, v. gr., ó una violencia esterior, para que nos determinemos á principiar la curacion, en el primer caso, por la administracion de dulcamara, y en segundo, por la árnica montana. Consideramos de no menos valor las causas ocasionales psycológicas ó intelectuales: porque el abuso, v. gr. de los trabajos del estudio, determina varios y numerosos síntomas, y cuando en nuestro escrutinio hemos encontrado dos ó mas medicamentos, que parecen igualmente apropiados, de modo que vacilemos sobre á cuál de ellos se haya de dar la preferencia, nos decidimos siempre con buen resultado á hacer preceder en el tratamiento, aquel, que en igualdad de circunstancias, parece cuadrar mejor á la causa ocasional, ya sea esta un enfriamiento, una violencia, un pesar, un miedo, un acceso de cólera, etc.

Las causas ocasionales esternas nos vienen del medio ambiente y á mas de las influencias de lo que impropiamente llama Galeno las *seis cosas no naturales*, contamos mucho con las influencias contagiosas y epidémicas, de cuya esfera ha dado Hahnemann á conocer los límites mejor y con mucha mayor exactitud que otro alguno de los que le han precedido, porque muchas circunstancias esteriores, especialmente las relativas al rigor del régimen, habian sido descuidadas, despreciadas antes de él, que encarga una remocion de ellas la mas absoluta. Lo mismo decimos de las enfermedadas contagiosas y epidémicas por hallarse en el mismo caso: muchas de ellas tienen ya su verdadero especifico.

Sucede con frecuencia, especialmente en las enfermedades cuya comitiva de síntomas es muy numerosa, que concurran muchos grupos de ellos muy variados, principalmente cuando la causa ocasional no es una sola; entonces haremos una exacta separacion de los síntomas pertenecientes á cada grupo relativo á distinta causa ocasional, y nos ocupamos en combatir aquella, cuyo séquito sintomático es mas molesto, con antelacion á la causa y su séquito menos alarmante.

Supongamos, por ejemplo, que, como todos los dias sucede, se nos presenta un enfermo atacado de varios y numerosos grupos de síntomas que constituyen su estado morboso: entonces sin acordarnos siquiera de dar á tal estado morboso un nombre genérico arbitrario tomado de una nosografía, por-

que, como ya se ha dicho, apreciamos realidades, no suposiciones caprichosas, principiamos por hacer una cuidadosa distincion y separacion de los síntomas pertenecientes á cada grupo y de los grupos dependientes de cada causa ocasional, reconociéndolos por su fisonomía peculiar, valiéndose de las reglas que para ello nos da la homeopatía. Esta operacion aplicada al caso presente, nos dá á conocer tres colecciones de síntomas distinguibles por su fisonomía, una perteneciente á la causa ocasional llamada sifilis, otra á la llamada psora, y la otra restante á la llamada sicosis.

A esta distribucion y denominacion, da motivo el concurrir en el mismo enfermo síntomas cardinales patonogmónicos de sífilis representados por lesiones de sensacion, de funcion y de textura, tales como exostoses, dolores reumáticos mas internos por la noche, al calor de la cama y durante la locomocion que bajo de otras circunstancias, gonorrea, dificultad de orinar con ardor ó escozor en la uretra al paso de la orina, bubones inquinales, cancros del prepucio ó del balano etc., lo cual todo declara la existencia y la accion morbosa de la sífilis.

Porque al mismo tiempo observamos en el enfermo erupciones y otras lesiones de la piel, como la llamada morfea, manchas hepáticas, costras herpéticas de una especie particular al rededor de la boca, en la frente, cuero cabelludo y aun en otros diversos puntos de la periferia, que la piel de otros sitios se reseca, se desfolia y suelta en esca-

mas, se agrieta, se endurece, que percibe prurito en todo el ámbito del cuerpo, ó solo limitado á puntos circunscritos etc., no vacilamos cuando todo esto se vé en el enfermo, que la psora complica la sífilis.

Porque á mas de todos ó alguno de los síntomas dichos, el enfermo acusa ó nosotros vemos en él, úlceras profundas con carnes luxuriantes, bordes revueltos, duros, y callosos, verrugas, sésiles, ó pedunculadas, coliflores ú otras escrescencias fungosas, callosas etc: no nos queda motivo de dudar que la sisosis con la psora y sífilis forman una amalgama; pues la fisonomía de los grupos de síntomas recontados dice á qué causa ocasional se refiere cada uno.

Este proceder tan racional y nada hipotético, cuando le empleamos con pericia y mucho cuidado, nos pone siempre en posesion del diagnóstico de la enfermedad; para el del medicamento nos servimos de la esperimentacion pura, desconocida de la otra escuela, y la naturaleza, caracter, época, y circunstancias de cada síntoma provocado en el hombre sano por la accion de una sustancia patogenética, nos dice con verdad la naturaleza, carácter, época, y circunstancias que han de concurrir en los síntomas de la enfermedad natural para ser curada *cito tuto, et jucunde.*

Obtenido ya el dignóstico de la enfermedad y el del medicamento, pasamos á la resolucion del tercero y último término del problema médico que es hacer aplicacion de lo que hay de curativo en

cada medicamento, á lo que hay de curable en cada enfermedad. A esta operacion procedemos armados de un criterio muy seguro é infalible, que se funda en un hecho incontestable repetible á todas horas, en todos lugares y siempre con el mismo resultado. Este hecho es. Que el medicamento que administrado al hombre que goza salud, le produce un estado morboso *sui generis*, tiene la propiedad de curar otro estado morboso natural en el enfermo, cuando es análogo al producido en el sano por la administracion de dicho medicamento. Aunque este hecho se halla sancionado por la esperiencia diaria, que la exime de la necesidad de mas pruebas se encuentra tambien testificado por la alopatía misma que sabe y ve á cada paso que cuando *dos enfermedades semejantes* concurren en un mismo sugeto, la una oscurece, suspende, ó hace cesar la otra. Verdad ya conocida y proclamada desde el tiempo de Hipócrates que nos dejó escrito:— *Duobus doloribus simul obortis, vehementior obscurat alterum.*

Guiados de estos datos de la esperiencia, despues de haber separado cada causa ocasional y cada grupo de síntomas que la representa y la distingue de la otra, todavía para asegurar la eleccion del medicamento que se haya de emplear, separamos de aquellos grupos los síntomas característicos, los mas constantes, los mas pronunciados y mas generales, de entre los menos frecuentes, menos marcados, mas accidentales, y aquellos que solo se pueden mirar como un reflejo de la individualidad

concediendo á los de esta última categoría, un lugar menos importante y un valor muy inferior á los de la primera; y tenemos una cuenta muy severa, no solo con la naturaleza, caracter y valor de los síntomas, sino tambien con las épocas del dia y de la noche, la posicion, el cambio de esta, los efectos de la presion sobre la parte doliente, el sueño, la vigilia, el estado de reposo, el de movimiento, el estado de vacuidad ó de ingestion de alimentos en el estómago, el aire de la habitacion etc. etc. y notando bajo la influencia de cuales de estas circunstancias, épocas y condiciones los síntomas de la enfermedad se agravan, se mejoran, se suspenden, cesan, ó reaparecen cuando habian cesado ya etc., y hallado el agente homeopático cuyos fenómenos patogenéticos se hallen en estrema harmonía con los síntomas de la enfermedad, tanto en cuanto á su naturaleza, cuanto en el modo y circunstancias dichas, en una palabra, cuadrando y cubriendo al estado patológico, el estado patogenético, y la causa ocasional, asi como á un triángulo dado, cubre exactamente otro triángulo de iguales lados é iguales ángulos, entonces tendremos la seguridad geométrica de curar el enfermo presente, pronto, suave, y durablemente, con una sola dósis la mas pequeña concebible del medicamento apropiado, sin necesidad de repetirla, y el problema médico resuelto completamente, lo que no es dado á la alopatía por la inexactitud de los medios que emplea, y las consideraciones ficticias á que se entrega y toma por norma de conducta.

Es pues evidente, que tratando de resolver el problema de otro modo que el de la escuela homeopática, no se resuelve, y por tanto el enfermo no recibe curacion, de lo que tendremos una prueba en la continuacion de la análisis del enfermo, tomado por ejemplo de la concurrencia simultánea enunciada de los tres virus.

En casos de esta naturaleza, la alopatía jamás ha logrado la curacion, porque jamás ha llegado á sospechar la existencia del virus psórico, que los complica ni del psicósico, que siempre lo ha considerado como su síntoma sifilítico, aunque existe sin su asociacion, muchas veces en aquellas personas que vemos con verrugas y otras escrescencias semejantes, sin estar contagiadas de sífilis, y sin haberla padecido en su vida. No conociendo el vicio psórico en su estado de esplosion, mucho menos podrá descubrirlo en su estado latente ó de adormecimiento, en que á las veces molesta tan poco al que lo aloja, que aparenta hallarse en el mas completo estado de salud, hasta que una causa ocasional despierta la psora y la pone en movimiento. Tampoco la antigua escuela ha llegado á sospechar que las nueve décimas de las enfermedades crónicas mas molestas, de órigen (á su modo de ver) desconocido, no son otra cosa que el vicio psórico, presentado bajo una ú otra de las muchísimas formas que reviste, habiendo sido puesto en esplosion por un accidente casual, el contagio de otro virus, una pasion de ánimo violenta, una enfermedad aguda ú otro agente semejante; como ignora

todo esto, no imagina que la sífilis se complique con la psora ni la sicosis, aunque tal asociacion sea tan frecuente como funesta.

Sucede pues, que hallándose la escuela alopática reposando en esta creencia equivocada, llega á implorar su auxilio una persona que acaba de recibir el contagio venéreo manifiesto, por síntomas nada ambiguos, unidos y confundidos con otros síntomas estraños, que toma por irregularidades de la misma accion del vicio venéreo. Se informa del paciente y sabe que no ha sentido novedad alguna en su salud, hasta algunos dias despues de un acto impuro, y aunque este enfermo tenga la psora alojada en su organismo, ni él, ni el médico sospechan su existencia, porque ambos están en igual imposibilidad de reconocerla en su estado de calma y de silencio, pero en realidad el contagiado de sífilis era un psórico ó quizá tambien un sicósico. El médico alópata, que no vé aqui mas que la sífilis, inmediatamente la ataca con enormes dósis de mercurio interior y esteriormente. Al principio del tratamiento, se mejoran á los síntomas venéreos, pero bien pronto la mejoría se estaciona, sin progresar mas no obstante, seguir administrando mas y mas mercurio, con lo que la enfermedad pierde su estacionabilidad, y aumenta en términos, que el enfermo se halla peor que antes de principiar el tratamiento.

El médico entretanto, calculando que este acontecimiento es debido á la rebeldía de la afeccion morbosa de naturaleza venérea, se aferra en

combatirla mas enérgicamente, aumentando la frecuencia y el peso de las dósis del específico, con lo que no consigue mas que crear al lado de la enfermedad venérea y la psórica, otra enfermedad, de cuya complicacion resulta una monstruosidad que no puede deshacer la escuela médica ordinaria, y el enfermo cansado de padecer sin alivio, despide al médico, ó este se despide consolando al enfermo con que para el buen tiempo, se vencerá y se destruirá aquella rebelde dolencia.

Pero este buen tiempo nunca llega para el desdichado, que hecho á fuerza de mercurio un barómetro ambulante, arrastra años y años su lastimosa existencia, sin otro consuelo que el de que la muerte le abrirá puerta por donde salir de su fatal estado.

La nueva escuela para tales casos posee medios directos de triunfar de la enfermedad, y restablecer pronto y completamente la salud de aquel enfermo. Tan luego como los signos pathonogmónicos de la psora y de la sicosis, le han revelado la complicacion de estos dos virus con el sifilítico, echa mano de medicamentos apropiados para domar y reducir al silencio al que de aquellos virus parece el mas dominante, y sus síntomas mas molestos; en seguida se dirige contra otro de ellos siempre el mas exagerado, y finalmente, combate con una pequeña dósis del remedio apropiado, al que quedó aislado, y sin el apoyo de los otros que le complicaban, sin que las mas veces haya necesidad de repetir la dósis para estinguirlo completa-

mente, y de modo que no reaparezca sin nuevo contagio.

En una persona sana en la apariencia hasta el punto en que contrajo la sífilis, si esta no cede al uso muy económico y prudente del mercurio, que es su específico directo, hay un grave motivo de sospechar su complicacion con la psora, y un exámen atento del enfermo por un homeópata instruido y ejercitado, patentizará luego la complicacion en que de ordinario predomina la psora, por la que en tal caso de su predominio se debe empezar la curacion, pues la esperiencia nos dice todos los dias, que detenida la psora por medio de agentes homeopáticos, que harmonicen bien con ella y con los síntomas y condiciones que determinen la forma bajo que se presenta; la sífilis que hasta entonces resistia tan tenazmente al mercurio, cede indefectiblemente á la mas pequeña dósis de dicho metal, que pueda concebir el entendimiento; baste decir, que no resiste á un glóbulo de azúcar de leche del tamaño de una grana de adormidera (de los cuales 300 pesan un grano) empapado en una dilucion al decillonésimo de grano de mercurio.

Reflexionando ahora el lector cuánto va dicho en este capítulo, percibirá y juzgará con facilidad cuál de las dos escuelas resuelve mejor el problema médico. Mientras tanto, conforme á mi designio de poner á la vista del público ilustrado, las principales cuestiones doctrinarias de la homeopatía y alopatía alternativamente, para que con mas comodidad las cotege y vea de qué lado está la razon y la verdad, presentaré en el capítulo siguiente la crítica analítica del método llamado fisiológico, que la alopatía tiene adoptado casi esclusivamente para todas las enfermedades, á guisa de panacea universal.

CAPITULO X.

Esposicion del método fisiológico.

El sistema de medicaciones asi llamado, consiste en el uso, ya simultáneo, ya alternativo de los métodos antiflogístico y revulsivo; es el mas general y casi esclusivamente seguido hoy dia. Su autor Broussais, ha perseguido incansablemente y con razon, la ontológia médica hasta hacerla sucumbir á los repetidos golpes de su vigorosa crítica; pero él mismo no ha podido libertarse de este vicio, puesto que hace depender todas las enfermedades de la *irritacion*, entidad ontológica, incomprensible, é incapaz de servir de principio general del sistema fisiológico, porque no lo abraza en toda su estension, supuesto que Broussais admite enfermedades por abirritacion, ó procedentes de debilidad, á mas de que todo principio general debe crear leyes secundarias que nos lleven á la solucion completa de cuántos problemas encierra el sistema, y el de la irritacion no satisface esta necesidad.

Aun cuando la doctrina fisiológica, no ofreciese la inconsecuencia de proclamar la *irritacion* co-

mente, y de modo que no reaparezca sin nuevo contagio.

En una persona sana en la apariencia hasta el punto en que contrajo la sífilis, si esta no cede al uso muy económico y prudente del mercurio, que es su específico directo, hay un grave motivo de sospechar su complicacion con la psora, y un exámen atento del enfermo por un homeópata instruido y ejercitado, patentizará luego la complicacion en que de ordinario predomina la psora, por la que en tal caso de su predominio se debe empezar la curacion, pues la esperiencia nos dice todos los dias, que detenida la psora por medio de agentes homeopáticos, que harmonicen bien con ella y con los síntomas y condiciones que determinen la forma bajo que se presenta; la sífilis que hasta entonces resistia tan tenazmente al mercurio, cede indefectiblemente á la mas pequeña dósis de dicho metal, que pueda concebir el entendimiento; baste decir, que no resiste á un glóbulo de azúcar de leche del tamaño de una grana de adormidera (de los cuales 300 pesan un grano) empapado en una dilucion al decillonésimo de grano de mercurio.

Reflexionando ahora el lector cuánto va dicho en este capítulo, percibirá y juzgará con facilidad cuál de las dos escuelas resuelve mejor el problema médico. Mientras tanto, conforme á mi designio de poner á la vista del público ilustrado, las principales cuestiones doctrinarias de la homeopatía y alopatía alternativamente, para que con mas comodidad las cotege y vea de qué lado está la razon y la verdad, presentaré en el capítulo siguiente la crítica analítica del método llamado fisiológico, que la alopatía tiene adoptado casi esclusivamente para todas las enfermedades, á guisa de panacea universal.

CAPITULO X.

Esposicion del método fisiológico.

El sistema de medicaciones asi llamado, consiste en el uso, ya simultáneo, ya alternativo de los métodos antiflogístico y revulsivo; es el mas general y casi esclusivamente seguido hoy dia. Su autor Broussais, ha perseguido incansablemente y con razon, la ontológia médica hasta hacerla sucumbir á los repetidos golpes de su vigorosa crítica; pero él mismo no ha podido libertarse de este vicio, puesto que hace depender todas las enfermedades de la *irritacion*, entidad ontológica, incomprensible, é incapaz de servir de principio general del sistema fisiológico, porque no lo abraza en toda su estension, supuesto que Broussais admite enfermedades por abirritacion, ó procedentes de debilidad, á mas de que todo principio general debe crear leyes secundarias que nos lleven á la solucion completa de cuántos problemas encierra el sistema, y el de la irritacion no satisface esta necesidad.

Aun cuando la doctrina fisiológica, no ofreciese la inconsecuencia de proclamar la *irritacion* co-

mo causa general de las enfermedades, al mismo tiempo que admite algunas dependientes de abirritacion, tampoco se salvaria lo inexacto de la doctrina, porque á la *irritacion* sola, si esta palabra designa una modificacion orgánica, no se pueden referir afecciones tan diversas como son la diarrea y el estreñimiento de vientre, las herpes y las escrófulas, la insensibilidad y la hiperestesia, las afecciones cancerosas y las neurálgias crónicas.

No desconocemos el grande servicio que la doctrina fisiológica, ha hecho á la medicina desterrando el sistema brouniano con toda su artillería gruesa y haciendo caer en olvido otros métodos desastrosos y homicidas, y que aunque no ha enseñado á curar mejor que antes de ella, ha enseñado á tratar las enfermedades de una manera menos tumultuosa, y menos funesta: pero ha confundido la causa con la ocasion; la modificacion orgánica, que suponia como causa primera de las enfermedades crónicas, con su causa verdadera; y este error sobre que versa la doctrina, no la permite enseñar á curar mejor que las que la han precedido. Porque al médico que se esfuerza en buscar agentes de curacion, nada se le enseña con decirle, que toda enfermedad crónica depende de una irritacion de tal, ó tal tejido. Porque, ¿de dónde proviene esta irritacion?... ¿Qué causa la ha producido?... En esto está toda la cuestion, que aun no ha resuelto la alopatía.

Se persuadió Broussaix, que habia descubierto la naturaleza inflamatoria de las enfermedades

crónicas, y de esta creencia equivocada, concluyó que la inflamacion era la ley general patológica, sin echar de ver el inmenso espacio que hay entre una y otra de las diversas enfermedades, que le plugo llamar flegmasías crónicas. Aquí se vé desde luego que dió demasiada estension á un hecho particular, en lo que cometió un error, y otro de lógica, no pequeño en hacer deduccion de particular á general, aun cuando el hecho hubiera sido cierto, que no lo es. En efecto hay muchas enfermedades crónicas, en que ni remotamente aparece irritacion inflamatoria, como quiere el profesor de Valdegracia, cuya opinion sostenida por él, con un raro talento y combatida con ardor por los contrarios en el seno mismo de la escuela alopática, ya no se cuestiona, pues respecto á la identidad de la gastralgía y gastritis crónicas, que Braussais confundió bajo la comun denominacion de flegmásias crónicas, los nosologistas han notado diferencias bien marcadas, para distinguir estos dos estados morbosos, y formar de ellos dos enfermedades de diversa naturaleza.

Para nosotros, todas estas cuestiones del nombre que deba darse á cada uno de tales estados patológicos, son enteramente sin interés, porque nada facilitan el descubrimiento de un agente terapeútico que oponerles con buen resultado. Mirando el problema desde el punto de vista en que la homeopatía nos ha colocado, vemos que sus términos se han cambiado, pues ya no debemos adherirnos á indagar si la una y la otra forma morbosa son va-

riedades de la irritacion, como quiere Broussais y su escuela; ó bien si la una es de naturaleza nerviosa, y la otra inflamatoria, como pretenden sus impugnadores; sino que debemos tratar de conocer la causa ocasional de estas enfermedades, las circunstancias que favorecen su desarrollo y todos los síntomas que constituyen aquellas. Porque como Hahnemann lo ha dicho muy bien, esto es lo solo que nos es permitido conocer de las enfermedades, que nos sea útil para curarlas.

Para sostener su sistema, se atrinchera Broussais en la anatomía patológica; pero no debemos olvidar que la sangre de un cadáver ya no es sangre y que la vida tiene secretos que la muerte no revela. Convendremos sin violencia en que la anatomía patológica ha contribuido poderosamente al diagnóstico morboso, en lo concerniente al asiento de las enfermedades: aquí está cifrado todo su mérito, que no es poco: mas la justicia y la ingenuidad de esta confesion, no quita conocer que la terapeútica nada ha progresado con la autópsia cadavérica, incapaz de darnos el conocimiento de los medicamentos, ni las reglas seguras para su aplicacion.

El Dr. Louis, que hoy es acaso la primera notabilidad de la escuela alopática francesa, y que ha abierto mas de tres mil cadáveres, y escudriñado su interior sin encontrar un remedio capaz de prevenir ni remediar las lesiones, cuyas huellas y estragos tenia á la vista; ha derribado con numerosos hechos analizados tan sabia y prolijamente como tiene de costumbre, una á una las ilusiones que sostenian en Francia la doctrina de la irritacion, respecto á las enfermedades crónicas, y acerca de la eficacia que se concedia á sus mezquinos recursos terapéuticos. Ha desacreditado y con razon, el uso de la sangría y sanguijuelas en dichas enfermedades: ha borrado el error y echado por tierra la doctrina fisiológica y tratamiento de las enfermedades crónicas: este es todo un príncipe alópata, y la escuela alopática vacilando en dudas sin saber á donde dirigirse, sigue aun casi esclusivamente la doctrina fisiológica.

Y no nos dirá ¿qué es *irritacion*, esa entidad morbífica que el fisiólogo dá por base á su doctrina? El mismo fundador nos dice. "*La palabra* IRRITACION *representa á los médicos* la accion de los irritantes, ó el estado de *las partes vivientes irritadas: se llaman irritantes todos los modificadores de nuestra economía, que exaltan la irritabilidad ó la sensibilidad de los tegidos vivos, y que elevan estos fenómenos sobre el grado normal.*"

Analicemos este cánon de la doctrina fisiológica. *La palabra irritacion significa la accion de irritar.* En hora buena. *O el estado de las partes vivientes irritadas.* Entonces la causa y su producto son la misma cosa para el fisiólogo: la accion de irritar, y el efecto producido por ella.

Se llaman irritantes todos los modificadores de nuestra economia, que exaltan la irritabilidad ó la sensibilidad de los tejidos vivos.

Bien sabemos que todas las enfermedades se espresan por dolores ó sensaciones molestas, y que estos fenómenos son debidos á ciertos agentes que se ha convenido en llamar irritantes. Se acepta la denominacion:

Y que elevan estos fenómenos sobre el grado normal.

Por estos fenómenos querrá el autor señalar las funciones fisiológicas elevadas sobre el grado normal; ó querrá indicar los mismos dolores y molestias enunciadas en la proposicion antecedente. En este último caso es ociosa la advertencia, porque todo dolor, toda molestia, declara una transicion del estado *fisiológico* normal, sosegado, regular y pacífico, al estado *patológico*, anormal, irregular y tumultuoso; es repetir lo ya dicho. Si el autor confunde aqui el dolor, con la exageracion de los dos fenómenos propios de los órganos afectados, teniéndolos por una misma cosa, comete un grave error. Mas si su pensamiento al decir que "*la irritacion eleva estos fenómenos sobre el grado normal*," es el de dar á entender que los fenómenos ó funciones peculiares á cada órgano, se exageran, se aumentan, reciben mayor actividad, no tiene razon, porque es falso que corra con mas ligereza el que tiene las piernas inflamadas, que el que las tiene sanas, que se cante mejor con una angina que sin ella, que un pulmon inflamado respire mejor que un pulmon sano, que un estómago enfermo haga mejor la digestion que otro normalizado, que un útero cancerado sea mas apto para la gestacion que el que no lo está, que el ojo inflamado vea mas que el que está sano etc. etc. Porque si en el estado que se dice de irritacion, estuviesen sobre el estado normal los fenómenos propios de los órganos enfermos, habria mayor desarrollo de la funcion en sí misma, sobrepujaria á la ejecutada en el estado normal, y no es asi. Véase ahora á donde conduce la proposicion sentada.

Si el pensamiento de Broussais no ha sido este, sino el de hacer saber que la exageracion de una funcion es lo mismo que el dolor, entonces comete otro error, confundiendo cosas tan distintas como son el dolor y la mayor ó menor actividad fisiológica.

Todas estas contradicciones provienen de que sentado ya el dogma, se ha intentado cubrir asi los inconvenientes, y hasta ha habido necesidad de admitir enfermedades irritativas por defecto de irritacion, y por consiguiente como todas las enfermedades las califica de irritativas, las quiere destruir por los abirritativos, induce á abusar á menudo de ellos, y á la mala aplicacion del método antiflogístico ú negativo, cuando era menester recurrir á medios restaurantes positivos.

Se ha mencionado al principio de este capítulo, que el sistema fisiológico era un juego continuo de tira y afloja, entre los métodos antiflogístico y revulsivo, por lo que, dando conocimiento de estos á los lectores no médicos, verán en ellos los dos eges sobre que rueda toda la doctrina fisioló-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gica, á mas de que la esposicion de dichos métodos, es continuar y completar la del sistema á que pertenecen.

CAPITULO XI.

Esposicion del método antiflogístico.

La palabra *antiflogístico* se compone de los dos radicales griegos; *anti*, contra, lo opuesto; y *flego*, yo quemo. Se llaman tambien antiflogísticos los medios de tratamiento de las inflamaciones, entre los cuales figuran principalmente la sangría, la dieta, el reposo, las bebidas dichas refrescantes, las sales neutras etc.: como destructores presuntos del flogisto ú flogiston, nombre que dá Sthal á la materia del fuego. De donde enfermedad flogística, enfermedad inflamatoria, é inflamacion, son sinónimos que denotan, *quasi flammis comburi*. Este término que se inventó en la infancia de la medicina, no se halla á la altura del siglo: está fundado sobre comparaciones inexactas, por eso Mr. Andral lo ha desterrado enteramente de su anatomía patológica, y Mr. Magendie se declara á cada paso contra él en sus escritos, sobre los fenómenos físicos de la vida. Sin embargo, mientras no se le sustituye otro mas conforme á lo que por él se quiere representar, habremos de conservarlo (bien que sin la idea de incendios ni de llamas) para designar aquella modificacion del organismo, caracterizada por el calor elevado sobre el grado

normal, dolor, tension y rubicundez de la parte afecta: fenómenos que todos vemos y conocemos, aunque no podemos descubrir el supuesto fuego ú flogiston que se les dá por causa, ni el cambio oculto que ha sufrido el estado de nuestra vida, y motivó aquellas alteraciones visibles, únicas de que nos dan conocimiento las observaciones microscópicas sobre la patogenia, y que en el estado actual de la ciencia nos pueden ilustrar sobre la naturaleza de estas enfermedades.

Examinando por medio del microscopio, una inflamación artificial ocasionada por una herida, se vé segun Kaltembruner: «Que á luego de hecha » esta, se produce un movimiento acelerado y un » abultamiento ú aumento de volúmen en la san- » gre de los vasos mas inmediatos á la herida, des- » de donde se van dilatando á una distancia mas ó » menos grande. En algunos vasos pequeños pró- » ximos á la herida, está desordenado el movimien- » to de la sangre, abandona algunos mientras en » otros se precipita en cantidades irregulares, en » otros aun se va á mezclar ó confundir con el pa- » renquima y forma en el pequeñas islas de san- » gre. Al mismo tiempo el parenquima se abulta.»

Este estado manifiesto por las mutaciones que ha producido la herida, dependientes de su gravedad es evidentemente morboso, y Kaltembruner le llama *inflamacion morbosa*. El mismo ha observado que para curar esta inflamacion morbosa, es necesario *en todos casos* que la reemplace un estado absolutamente análogo, que él llama *inflama-*

gica, á mas de que la esposicion de dichos métodos, es continuar y completar la del sistema á que pertenecen.

CAPITULO XI.

Esposicion del método antiflogístico.

La palabra *antiflogístico* se compone de los dos radicales griegos; *anti*, contra, lo opuesto; y *flego*, yo quemo. Se llaman tambien antiflogísticos los medios de tratamiento de las inflamaciones, entre los cuales figuran principalmente la sangría, la dieta, el reposo, las bebidas dichas refrescantes, las sales neutras etc.: como destructores presuntos del flogisto ú flogiston, nombre que dá Sthal á la materia del fuego. De donde enfermedad flogística, enfermedad inflamatoria, é inflamacion, son sinónimos que denotan, *quasi flammis comburi*. Este término que se inventó en la infancia de la medicina, no se halla á la altura del siglo: está fundado sobre comparaciones inexactas, por eso Mr. Andral lo ha desterrado enteramente de su anatomía patológica, y Mr. Magendie se declara á cada paso contra él en sus escritos, sobre los fenómenos físicos de la vida. Sin embargo, mientras no se le sustituye otro mas conforme á lo que por él se quiere representar, habremos de conservarlo (bien que sin la idea de incendios ni de llamas) para designar aquella modificacion del organismo, caracterizada por el calor elevado sobre el grado

normal, dolor, tension y rubicundez de la parte afecta: fenómenos que todos vemos y conocemos, aunque no podemos descubrir el supuesto fuego ú flogiston que se les dá por causa, ni el cambio oculto que ha sufrido el estado de nuestra vida, y motivó aquellas alteraciones visibles, únicas de que nos dan conocimiento las observaciones microscópicas sobre la patogenia, y que en el estado actual de la ciencia nos pueden ilustrar sobre la naturaleza de estas enfermedades.

Examinando por medio del microscopio, una inflamación artificial ocasionada por una herida, se vé segun Kaltembruner: «Que á luego de hecha » esta, se produce un movimiento acelerado y un » abultamiento ú aumento de volúmen en la san- » gre de los vasos mas inmediatos á la herida, des- » de donde se van dilatando á una distancia mas ó » menos grande. En algunos vasos pequeños pró- » ximos á la herida, está desordenado el movimien- » to de la sangre, abandona algunos mientras en » otros se precipita en cantidades irregulares, en » otros aun se va á mezclar ó confundir con el pa- » renquima y forma en el pequeñas islas de san- » gre. Al mismo tiempo el parenquima se abulta.»

Este estado manifiesto por las mutaciones que ha producido la herida, dependientes de su gravedad es evidentemente morboso, y Kaltembruner le llama *inflamacion morbosa*. El mismo ha observado que para curar esta inflamacion morbosa, es necesario *en todos casos* que la reemplace un estado absolutamente análogo, que él llama *inflama-*

cion curatriz. «Impelidos, dice, por el movimien-
» to acelerado una multitud de glóbulos, son he-
» chados á fuerza de sacudimientos acá y allá, fue-
» ra de sus vasos y se esparcen en el parénquima
» de la parte inflamada. Entonces se forman allí,
» ciertas como manchas ó islas de varias dimensio-
» nes de color rojo vivo. Muy pronto despues, la
» herida se vé rodeada de dichas islas; el parén-
» quima en los intersticios se abulta rápidamente.
» Este fenómeno que no se muestra hasta el último
» período de la inflamacion, y que tiende sin cesar
» á acercarse al centro, corresponde exactamente á
» la inflamacion morbosa, y es el que poco á poco
» vá haciendo desaparecer las mutaciones morbo-
» sas que pertenecen á esta última.»

Semejante hecho evidenciado da ocasion á las reflexiones siguientes. En la inflamacion la aumentacion de vida arterial acaecida en una sola parte del cuerpo, turba y pone en desórden todas las otras actividades. La naturaleza se esfuerza en reparar este desórden, escitando reacciones convergentes dirigidas á hacer cesar esta desarmonía. La sangre se precipita, en una cantidad muy estraordinaria en los vasos de la parte afecta, los estiende, los dilata, los abulta y bien pronto falta en los vasos normales espacio que la contenga, y se forman otros vasos accidentales. La sangre que allí se acumula, se detiene y ya no circula; forma manchas ó islas visibles á través de la piel, presentando un color rojo encendido; se encuentra en cierto modo fuera de las leyes de la circulacion general, formando un nuevo sistema circulatorio peculiar. La misma sangre arterial que en el estado normal muda de naturaleza, que se convierte en sustancia celular, que se metamorfosea y sacrifica para el sostenimiento diario del organismo, se dirige con preferencia y en mayor cantidad que de ordinario á la parte inflamada conservando su cualidad para estender allí su predominio. Este predominio de la sangre arterial sobre la parte inflamada, engendra desarmonía en las acciones orgánicas y turba la vida vegetativa, asi como tambien la de los nervios en sus funciones, segun lo prueban la nutricion suprimida, las secreciones y las escreciones disminuidas á proporcion.

Cuanto mas atracada y regurgitando de sangre se halla la parte inflamada, otro tanto escasean de ella las otras partes del cuerpo, y decaen de su actividad ó escitacion. A la naturaleza corresponde ocurrir á aquella falta de aflujo sanguíneo en dichas partes, y remediar su defecto de actividad dando en ellas nuevo vigor á las funciones de la vida plástica y nerviosa abatidas por el predominio de la vida arterial en la parte inflamada. Y cuando las reacciones que la naturaleza emplea para restablecer el equilibrio orgánico ó la salud, no bastan á conseguirlo, entonces toca al médico ponerse al lado de la naturaleza, ayudarla en sus esfuerzos, no contrariarla ni debilitarla, como acostumbra la escuela ordinaria, sino secundar sus esfuerzos, escitándolos cuanto convenga y sosteniéndolos cuanto es necesario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De este modo entiende y esplica la homeopatía, la irritacion inflamatoria. Ya se ha visto que para formar el diagnóstico morboso, no se ha servido de suposiciones gratuitas, mas bien de los ojos ayudados del lente, y que conforme á los informes suministrados por este sentido y de su razon armada de una lógica severa, determina el tratamiento de la inflamacion, del mismo modo que determina el de las demas enfermedades, porque en homeopatía no se usan hipótesis, contradiciones ni inconsecuencias, todo es racional, consiguiente y exacto, enlazado armoniosamente entre sí y con el principio general de la doctrina.

Una vez establecido y comprobado este hecho patológico ¿la aplicacion del principio homeopático y su justicia, puede estar mejor probada que por estos descubrimientos microscópicos? Si se me responde afirmativamente, me creeré en derecho de volver á preguntar. ¿El método antiflogístico de la escuela médica ordinaria, tiene una base anatómico-fisiológica, tan sólida como el de la homeopatía? Un no sin restriccion deberá ser la respuesta, porque la escuela alopática no apoya su patogenia en estos descubrimientos.

La homeopatía, despues de erigido el diagnóstico morboso segun ellos, levanta á su lado el diagnóstico medicamentoso. Cerciorada como está por la razon y la esperiencia diaria, de que el antiflogístico verdadero, directo es solo aquel que tiene el poder de borrar la flogosis ó inflamacion y de que el nombre que se le quiera imponer, no es

capaz de darle la virtud que no tiene, sin cuidarse de él, busca en su memoria y cuando hay necesidad, en la materia médica homeopática, aquellas sustancias dotadas de la facultad, de producir en el hombre que goza salud una inflamacion artificial, semejante á la natural que quiere curar: en seguida, de entre las que tal escrutinio le ha presentado como apropiadas al efecto, reelige la mas análoga al estado morboso natural, considerado en su causa ocasional, cuando es conocida, en su caracter, síntomas, curso y demas circunstancias accesorias. Acabado este trabajo, está en posesion del antiflogístico directo verdadero, que seguramente curará la inflamacion dada sin deteriorar el organismo; con pérdidas abundantes y repetidas de sangre, y sin tener que valerse de otros procedimientos, que al paciente que por fortuna se sustrajo á la muerte, le hacen arrastrar su penosa existencia, por mucho tiempo en estado de convalescencia.

Al homeópata la fisonomía de la enfermedad, asi examinada, confrontada con la fisonomía de cada medicamento de aquellos que halló capaces de producir otra semejante, le dirá claro, cual es el que mejor que todos los otros, ha de desempeñar su cualidad de antiflogístico relativa al caso presente. Tómenos por ejemplo, la pleuresia de los nosologistas, aunque esta ú otra denominacion nada importe al homeópata, á quien nada dice ni puede decir acerca de la eleccion del remedio, al paso que la indagacion que se acaba de reseñar le reve-

lará con certeza, que si v. gr. la sustancia plástica domina en la inflamacion sobre la serosa, ó la enfermedad tiene un caracter, como suele decirse, inflamatorio bien decidido, y por consiguiente principia, como de ordinario sucede, por una fiebre violenta, *aconitum* será el antiflogístico directo, si por otra parte los demas síntomas que forman algun grupo, de los representantes de la inflamacion artificial, se hallan en relacion de analogía con los característicos de la enfermedad.

Cuando la pleuresia reconoce por causa una violencia esterna, permaneciendo tambien como en el caso anterior, iguales las demas condiciones, es decir, en competencia de otro medicamento, del que corresponda igualmente al parecer, al grupo de síntomas morbosos que caracteriza la pleuresia, algun grupo ó grupos de sus fenómenos patogenéticos, deberá preferirse *arnica* por ser mas poderoso en las enfermedades, cuyo principal síntoma consiste en la estancacion de líquidos, cuya absorcion favorece.

El mismo procedimiento le señalará en *arsenium album* un poderoso medio para los casos de estancacion serosa. Sus efectos benéficos se declaran entonces por una notable disminucion de la dispnea, en seguida por la destruccion de las congestiones hidrópicas, si existen, como tambien por la sedacion del movimiento febril, y finalmente por la reabsorcion de la congestion serosa. Aun cuando estas mutaciones benéficas, se hagan esperar algo mas de lo ordinario, el homeópata egercitado

tendrá seguridad de que se verificarán si durante el uso de esta sustancia aumenta de un modo perceptible la cantidad de orina.

Verá que *Bryonia* ocupa un buen lugar tambien en el tratamiento de la pleuresia, pero que no debe administrarse al principio de él, sino despues que *aconitum* haya hecho cesar, ó á lo menos, rebajado considerablemente la fiebre, quedando todavía dolores en el acto de respirar ó al mudar el cuerpo de posicion.

En igualdad de circunstancias hallará conveniente á *carbo vegetalis*, cuando la crasis de la sangre se manifiesta mas alterada, principalmente en las formas de mayor peligro y gravedad que toma la pleuresia, cuando ya es muy grande el enmagrecimiento del enfermo, la postracion de fuerzas, su rostro está descolorido y de color de tierra, se presentan crecimientos febriles por las tardes, y varios fenómenos nerviosos anuncian una degeneracion purulenta ó icorosa de la secrecion pleurítica. Cuando á la pleuresia se agrega una bronquitis crónica, este medio hará grandes servicios.

El mismo exámen comparativo le revelerá qué *china* conviene casi en los mismos casos que carbo, pero se preferirá á él, cuando la grande debilidad que se nota en el enfermo, es consecuencia de escesivas evacuaciones que le ha hecho sufrir el tratamiento alopático antecedente.

Si la estancacion es de naturaleza plástica, y la enfermedad durable, ó se sospecha ya desde el

principio una marcha crónica, ó hay complicacion de pericarditis *Hepar. Sulph. cale.*, le será de suma utilidad.

En los casos en que la pleuresia proviene de una exaltacion de la actividad secretoria, serosa de la pleura, sin concurso de obstáculos mecánicos, como v. gr., la insuficiencia de las válvulas del corazon, concederá el práctico homeopático la preferencia á *digitalis purpurea.*

Que de *ipecacuana* deberá servirse como intercurrente contra los accesos fatigantes de dispnea y de tos espasmódica.

Que *phosphorus* le será de grande utilidad en las pleuresias, en que el grado de escitacion de la vascularidad, predomina notablemente, haciéndose mas importante que las congestiones pleuríticas, y cuando la enfermedad se complica de pneumonía ó de bronquitis.

Del mismo modo reconocerá en *sulfur* un específico muy seguro en la pleuresia plástica, administrándolo desde el principio, ó inmediatamente despues de *aconitum.* Asimismo (siempre, si conviene tambien en las otras circunstancias) cuando la fiebre no es tan intensa, que exija principiar la curacion por *aconitum*, tendrá por conveniente dar á gotas, desde luego, la tintura de azufre, y repetirla con frecuencia, lo que de ordinario basta para curar la enfermedad en poco tiempo. Si la fiebre es muy violenta, y esto le decidió á usar del acónito ante todo, pero no produjo una pronta disminucion de ella, deberá prescribir sulfur sin tardanza. En la pleuresia complicada de pneumonía, que se prolonga por muchos dias, y cuando quizá ya ha principiado la hepatizacion, aunque la fiebre sea alta, nada tendrá que esperar de *aconitum*, y sí todo de *sulfur.*

En la pleuresia complicada de bronquitis y espectoracion mas dificil, le será ventajoso *Tart. Stib.*

La contemplacion atenta, y la exacta apreciacion de los signos suministrados por el estetoscopio, el plesímetro, la auscultacion inmediata, y las demas condiciones físicas del estado de los órganos pneumónicos, percibidas por los sentidos, y sometidas al raciocinio justo, nada hipotético, le pondrán de manifiesto la forma individual que reviste la pleuresia que tiene á la vista, y los rasgos dominantes que deben determinar la eleccion del remedio, prefiriendo aquel que mas constantemente, y de un modo mas decisivo, entre las cualidades comunes á los demas, que el primer escrutinio dió como igualmente convenientes, presente uno de los rasgos arriba mencionados, única diferencia que haya entre él y los demas dichos medicamentos, que fuera de este, en los demas fenómenos patogenéticos, armonizan como él con el carácter, naturaleza, curso, síntomas, y restantes condiciones, ó modos de manifestacion.

Entonces el médico administrando á dósis é intérvalos convenientes, el remedio asi elegido, y educado conforme á las reglas de la farmacopea homeopática, sin torturar á su enfermo, como lo

hace la otra escuela, con brebajes repugnantes, con cantáridas, sinapismos, etc., y sin debilitarle con pérdidas frecuentes y enormes de sangre, tiene la seguridad de restablecerle la salud pronta, completa, y durablemente; no habiendo necesidad de convalescencia, por no haber dado lugar á la enfermedad de trabajar al enfermo, hasta el punto de tener que pasar por este penoso estado, despues de desterrado el mal.

Tal cual hasta aqui aparece, es el método, que si se quiere, llamaremos antiflogístico, conforme al gusto de la otra escuela, que la homeopática tiene de curar las inflamaciones, y aunque de él solo se ha dado un bosquejo asaz rápido, creo que sin embargo bastará para que los no médicos de entre mis lectores, juzguen y comparen ambos métodos, y puedan con justicia y conocimiento de causa, apreciar el valor de uno y otro, y conceder á cada uno la estimacion que merezca. Con este designio voy á proseguir poniendo á la vista los procedimientos con que la escuela alopática desempeña el tratamiento de las inflamaciones, y fundamentos en que apoya su conducta.

Al comenzar la esposicion del método llamado antiflogístico, hemos ya dicho que semejante nombre envuelve la idea de fuego ú de incendio, á que mal á propósito se quiere atribuir el estado morboso, que continuamos llamando *inflamacion*, viniendo esta palabra á ser una traduccion al castellano, de la latina *inflammatio*, que en su acepcion rigurosa significa arder con llama. Ocioso se-

rá manifestar, que el creerse de hechizos, encantamientos, etc., allá se vá con la creencia de las llamas con que la sangre arde, porque asi lo ha soñado la alopatía; tales consejas no son tolerables ya en el siglo de ilustracion en que vivimos, y deben, por tanto, desterrarse al pais de las quimeras.

Los estravíos científicos médicos de aquellos siglos de ignorancia y de oscuridad, no pueden sin deshonra conservarlos los hombres eminentes atareados en dilatar los límites de la ciencia médica: bien mirada la cosa, unos actos de fé tan groseros, son muy feos borrones, con que manchan su mérito aquellos mismos talentos que vemos con placer caminar de adquisicion en adquisicion, de conquista en conquista, aumentando las riquezas de la ciencia de curar. ¡Qué estraordinario contraste no forman aquellas estravagantes hipótesis, tan vacías de fundamento y de razon, conservadas hoy, y colocadas al lado de los brillantes y profundos trabajos de fisiológia, y aun mas brillantes de anatomía patológica que nuestra era ha madurado!

Espero, pues, que se me perdonará, si con la franqueza propia de estos tiempos de libre discusion, declaro errores indignos de nuestra época, y les sobrepongo la verdad, que han estado ofuscando hasta ahora con oprobio de la ciencia, y perjuicio de la humanidad.

En esta confianza denuncio al tribunal del propio juicio de mis compañeros alópatas, el error tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocivo que su doctrina enseña de considerar la inflamacion bajo la idea de *fuego*, y no dudo que su sensatez y probidad tan señalada, á la par que distintiva de los médicos españoles; les hará abandonar para siempre un pensamiento, que siguiendo como hasta aqui hecho base del tratamiento de la inflamacion, ha de continuar llevándolos á los mas lastimosos resultados: y sino véase lo que todos los dias pasa en los aposentos de los enfermos, donde á cada paso se oye á los médicos y no médicos, cuando inspeccionan la sangre estraida por la sangría, esclamar con una seguridad que asombra... Esta sangre está encendida..... Aqui hay mucho incendio..... Que costra inflamatoria tan gruesa!.... Esto es un volcan.... ! etc. Y cuales son las consecuencias?.... Si la equivocacion no autorizára para obrar conforme á ella, no fuera mucho el daño; pero ya unánimemente declarado que todo arde, es bien lógico ocurrir á la quema con su diluvio de agua.... Que beba, claman todos, cuanto quiera el enfermo, agua natural, gomosa, de cebada, de limon, prodigarle bebidas refrescantes y sangrarlo mucho.... pues ya se vé, que siendo la sangre en esta hipótesis el combustible, ¿que mas racional que quitar pábulo al incendio? De todo lo cual resulta que el enfermo por una parte sometido á la dieta absoluta; atascado por otra su estómago de líquidos relajantes de su accion, y quitándole á mas la sangre necesaria para la vida, esta decae mas de su energía, única fuerza curatriz de toda enfermedad, y cuando aquella actividad sola hubiera bastado para la curacion, con tanto deprimirla, se le imposibilita para el triunfo y sucumbe, cuando su vigor no era tal que bastára para hacer frente, y resistir al mal y al mal tratamiento juntos.

A pesar de tan abultados inconvenientes, se continua sangrando tan á menudo y con tanta profusion en todos los periodos de cualquiera enfermedad, que el que lo vé no puede echar de sí el pensamiento de que tal casta de vampiros ó andan en lo que no saben, ó no saben en lo que andan, si el orbe entero no está enfermo de inflamacion.

Otro error no menos nocivo que el primero de que es consecuencia, está en tomar la costra de linfa coagulable que de color blanco azulado, y mas ó menos densa cubre la sangre estraida, por señal patonogmónico de la inflamacion, y la necesidad en que se cree estar de continuar sangrando á golpe sobre golpe, hasta la desaparicion completa de la costra fatal, que no evidencia la inflamacion como se cree, por cuanto en muchas inflamaciones de las mejor sentidas no se presenta en las primeras sangrías hechas, cuando la enfermedad está en su completa entereza, y sí mas adelante cerca de su terminacion, que las mas veces precede á la falta de dicha costra, que á pesar de la órden terminante de la escuela alopátiea, de no presentarse mas que en las inflamaciones esclusivamente y sin falta ninguna, no solamente no se presenta en dicha enfermedad siempre, sino que tambien se deja ver

donde le está prohibido, v. gr. en los reumatismos aun los mas crónicos, y en otros casos morbosos que la alopatía no tiene por inflamatorios. Por lo que debemos concluir, que un fenómeno tan vago como este no merece el título de señal patonogmónico, ni la importancia que se le dá, y de consiguiente que el tratamiento apoyado en él, carece de fundamento solido.

Se concede que la inflamacion desaparece algunas veces despues de las sangrías, pero á esta práctica, mas quirúrgica que médica, no se debe dar un valor directamente eurativo, y el creer que lo tiene, es un error de práctica y de observacion sumamente perjudicial. Sin el auxilio de la sangría vemos todos los dias que la naturaleza por sí sola, cura las inflamaciones, mientras que aquella evacuacion no siempre triunfa de estas enfermedades: y bien se podia concluir de aqui en muchos casos en que se sangra (siempre con perjuicio del enfermo, que pierde asi una grande cantidad de fluido precioso), que la naturaleza sola hubiera bastado para vencer la enfermedad. Es verdad que esta efusion de sangre, aunque nunca es un verdadero remedio, en algunos aunque pocos casos, es un verdadero socorro, porque aunque siempre sea un mal en sí misma, es ordinariamente menor que el peligro de muerte que acompaña á algunos casos de inflamacion. Sírvanos de ejemplo uno de los mas graves, y en que la sangría suele ser un pronto socorro, la pneumonía ó flusion de pecho inflamatoria, y veremos que las ventajas de esta

evacuacion, son contrabalanceadas por gravísimos inconvenientes.

Como esta enfermedad tratada por el método antiflogístico de la escuela ordinaria, exige abundantes sangrías, no pocas veces pasa á la tisis pulmonal, á causa de la debilidad escesiva, consiguiente á las enormes pérdidas de sangre: enfermedad terrible por su terminacion siempre mortal: otras veces esta deplesion inmoderada produce una muerte pronta; ya paralizando el órgano respiratorio, ya por la conversion de la pneumonía en una afeccion nerviosa aguda, igualmente perniciosa. Todo lo cual se evitaba prefiriendo el tratamiento antiflogístico homeopático al alopático, en que el principal papel, y casi único, lo desempeña la sangría, socolor unas veces de evacuar la plétora general sanguínea, otras para extraer la sangre inflamada, como si la sangría tuviera la facultad electiva de tomar ó sacar la sangre encendida, aun en el supuesto de que lo estuviese, y dejar la demas, hallándose íntimamente mezclada y confundida una con otra.

Aparte de todo esto, y sin salir de la pneumonía tomada por tipo de comparacion, hallamos razones muy poderosas para dudar de la posibilidad de la plétora general, tan ponderada en esta enfermedad. Porque al enfermo que pocos momentos antes de ser atacado de una pulmonia, no tenia plétora ó sobre abundancia de sangre, ni siquiera un átomo de ella mas que la necesaria para el desempeño regular de las funciones, ¿de dónde

le vinieron las cuatro ó seis libras de ella escedentes, que la alopatía halla necesario derramar en poco tiempo para destruir la pretendida plétora general? Y si en lugar de todo este desperdicio de líquido vital, se toma el partido de administrar al enfermo un glóbulo de azúcar de leche empapado en la dilucion al trillonésimo de grano del jugo de acónito, y poco despues el pulso se normaliza, todas las funciones vuelven á su tipo regular, y desaparecen todos los indicios de plétora, sin haber extraido la menor cantidad de sangre; no se podrá preguntar ¿qué se hicieron aquellas seis libras de sangre que poco ha sobraban?.... ¿Que ha sido de la plétora?

Aun cuando el método antiflogístico de la escuela ordinaria tuviese otra base de mas solidez, aunque su uso no fuese tan á menudo seguido de un decreto de muerte, todavía era preferible por mas ventajoso el tratamiento homeopático, porque el otro aun en los casos de inflamacion reciente y franca, sin complicacion de enfermedad crónica, que por casualidad reciben curacion despues de las sangrías, deja en pos de sí un estado de decadencia y de languidez general, que para salir de él hay necesidad de una larga convalescencia, durante la cual, el sugeto tiene abandonados todos sus negocios con notable pérdida de sus intereses materiales, sin poder atender á otra cosa que á sustraerse de las influencias esteriores, por la mucha oportunidad que en él se conserva de volver á encarnar las causas destructoras de la salud, y hacerle enfermar de nuevo, por carecer todavía su organismo del suficiente vigor para rehacerse contra dichas influencias, y rechazarlas.

Cuando digo que ciertos casos de inflamacion se curan despues de las sangrías, no quiero dar á entender que esta evacuacion tenga alguna relacion directa con la curacion de la flegmasia, ni con la de las otras enfermedades agudas, en que el tratamiento antiflogístico, y sobre todo su principal medio, la sangría, es tan esclusivamente recomendada; pues mirando el hecho con atencion, no se puede afirmar que este tratamiento haya curado en la acepcion rigurosa de la palabra, sino solamente que debilitando la vitalidad (y debilitar no es curar), ésto mismo ha disminuido la enfermedad, y de consiguiente ha puesto al organismo en mejores condiciones de reaccion para el triunfo sobre el mal, debiéndose, aun en el caso de seguirse la curacion inmediatamente á la sangría, atribuir aquella á la fuerza curatriz que hay en nosotros.

Todo el mundo médico está de acuerdo en que las enfermedades inflamatorias, presentan, á mas del estado morboso general dinámico, una ó mas congestiones locales, que son efectos ó consecuencias de aquel estado. Contra estas conjestiones locales se dirige, pues, la accion depletoria de la sangría, sin relacion ninguna por otra parte con el estado dinámico general. La sangría se dirige á remediar ó deshacer la congestion local, no contra la causa de la congestion, y no obrando

sobre esta, no se puede decir qué medicamento ni procedimiento alguno terapéutico, es directamente curativo. Esta calificacion solo pertenece al agente capaz de modificar la enfermedad entera con su causa, y no limitar su accion á una pequeña seccion de aquella, á un síntoma aislado, cual es la congestion local.

No por eso diré yo, ni homeópata alguno, sin esceptuar al mismo Hahnemann lo piensa, que la sangría deba escluirse de la práctica médica absolutamente. Este medio, aunque muy rara vez, se hace necesario, bien que no como curativo, sino en cualidad de preparatorio para la accion de los curativos, de lo que se puede citar como ejemplar el caso de verdadera apoplegía, en que la inervacion está suspendida por la comprension del centro sensitivo, y no puede por esto obrar el medicamento homeopático. Entonces, disminuida por la deplecion que ocasiona la sangría, la congestion cerebral disminuye la compresion del centro sensitivo, y la inervacion suspendida un momento, se restablece, vuelve á tomar su curso y permite obrar al medicamento homeopático. Tambien nos valemos de este medio para apartar el *periculum in mora*, cuando una congestion sanguínea es tal, que hace temer que los vasos estallen y se produzca una hemorrágia interna, durante el tiempo que debe tardar el medicamento homeopático en desplegar su accion saludable. En una palabra, se puede decir que el homeópata entonces saca una espina que por de pronto estorba la curacion de la llaga.

La alopatía al contrario cae en el error de creer que las congestiones locales, son causa de la enfermedad considerada en la totalidad, y aun se persuade tambien que aquel fenómeno es la enfermedad entera, echándole la culpa de todo con tan poca razon, como se diria del piloto, cuyo vagel á consecuencia de una récia tormenta, perdiese el palo de vauprés ú otro, y le echase la culpa de toda la avería, tomándolo por causa de la tormenta que lo habia roto, y aun considerándolo como si fuese la misma tormenta.

Y como tampoco ha llegado á sospechar que la mutacion general acaecida en nuestro interior invisible, es la causa originaria de aquellas congestiones, desprecia ó descuida aquella, afanándose esclusivamente en combatir estas por la repetidas sangrías: no acierta á persuadirse que la sangre contenida en sus tubos, representa un papel pasivo, como el del mercurio del barómetro que sube ó baja segun el estado de la atmósfera, y que cuando por esta causa el mercurio asciende, nada se remediaria con verter una porcion de él para que el restante baje, y lo que resultaria seria solo echar á perder el instrumento. Qué sucede tambien en un barco de vapor? Cuando el barómetro colocado en su máquina sube, el director del barco no derrama nada de él, abre el tubo de seguridad para que se refresque el interior de la máquina, con lo que el mercurio baja, porque con este procedimiento se ha disminuido la presion del vapor, sobre la columna mercurial y sobre las paredes de la caldera, en

la que ningun cambio hubiera ocasionado la sustraccion de una parte del mercurio que no servia mas que de indicar el grado de presion del vapor. Del mismo modo la sangre en sus vasos, es como el líquido barométrico que indica las mutaciones ocurridas en lo interior de la máquina, sin ser la mutacion misma sino efectos de ella.

A más de las razones espresadas, hay hechos que deponen contra el abuso de la sangría, porque hay muchas inflamaciones que resisten á las evacuaciones sanguíneas al parecer mas indicadas, y si este medio fuera directamente curativo, deberia curar todos los casos agudos, no complicados por enfermedad crónica. Tambien porque si toda congestion local inflamatoria fuese la misma cosa que la irritacion general, la disminucion ó cesacion de esta, deberia coincidir con la disminucion ó cesacion de las congestiones, lo que ni el raciocinio persuade, ni los hechos prueban. El hecho solamente acredita que la sangria puede disminuir la irritacion local ó la plétora general, suponiéndola posible. La sangria obra una deplecion mecánica sin interrupcion, porque el organismo repugna el vacío. Esto es lo que dice el hecho. Pero hecho ninguno ni argumento puede probar la relacion que la escuela médica dominante, cree existir entre la deplecion sanguínea y la estincion de la irritacion, causa evidente ó á lo menos sospechable de toda congestion local inflamatoria. Porque de que una inflamacion entre varias ceda despues de una evacuacion sanguínea, no se sigue que cedió á ella. Aqui hay dos términos que considerar: la evacuacion sanguínea de una parte; y de otra, la reaccion vital. De estos dos términos, ¿á cuál se debe atribuir la curacion? Aqui está toda la cuestion cuya solucion es de suma importancia práctica.

A cualquiera lado que nos inclinemos, aunque la cuestion se resuelva á favor de la sangria, que de cualquiera modo que se la emplee, no puede mas que facilitar la reaccion del organismo contra la enfermedad, siendo una verdad indisputable que ningun médico, que ningun medicamento, ni procedimiento mecánico cura jamás, ni hace otra cosa que poner al organismo bajo condiciones favorables á su victoria sobre el mal, de que él solo puede triunfar, ¿no es evidente que desde el momento que se haga ver palpablemente que por medio de medicamentos específicos se puede determinar esta reaccion sin desperdiciar la sangre tan necesaria para la vida y energía del organismo, se evidencia la inutilidad de la sangría esceptuando aquellas pocas ocasiones en que ya queda dicho, las concedemos lugar?

Aun en esos pocos casos escepcionales, solo, repito, nos servimos de ella para quitar el obstáculo á la accion dinámica del remedio, y los curamos despues por medios directos, sin permitírnosla en los casos de menos violencia, llegando al mismo resultado por nuestro anti-flogístico el acónito, cuya accion esenta de los inconvenientes de las sangrías, es tan rápida que en las enfermedades agudas de que se trata, pocas horas bastan para seño-

rearse de la fiebre y detener el movimiento inflamatorio. Nuestras curaciones por eso son infinitamente mas dulces con nuestros anti-flogísticos que las de la alopatía con los suyos, y como ademas las nuestras no ocasionan pérdida de vitalidad, las obtenemos las mas veces sin convalescencia y si esta se sigue, es poco molesta y de corta duracion. Nuestro procedimiento en razon de su carácter de especificidad es siempre directo: por eso nuestras curaciones son permanentes, mientras que el alopático constantemente indirecto solo puede aplaudirse de lograrlas poco durables.

Por último diremos, que sin embargo de que la homeopatía conoce los peligros é inconvenientes del tratamiento anti-flogístico de la otra escuela, no condena absolutamente la sangría de que se sirve en los pocos casos ya espresados: diremos tambien, que ya se ha visto que el tratamiento anti-flogístico de cada escuela, marcha por diferente rumbo, por el rumbo homeopático seguro, discreto, sin escollos ni tormentas, el otro alopático, oblícuo, azaroso y lleno de peligros sobre oscuro y sin guia ni fanal que dirija al puerto deseado. ¿Cuál de los dos deberá preferirse? Los lectores lo decidirán, y yo me ocuparé entretanto de esponer el método revulsivo, el otro eje sobre que rueda la doctrina fisiológica.

CAPITULO XII.

Del método revulsivo.

La palabra revulsivo viene del verbo latino *Revellere*, apartar, desviar con violencia, arrancar. Sirve para nombrar un método terapéutico, y tambien una série de agentes, de procedimientos y medicaciones, por cuyo medio se provocan metastais ó transmutaciones morbosas. Estos transportes de la enfermedad cuando son obra de la naturaleza sola, sin intervencion de causa conocida ni provocacion de parte de la medicina, han recibido y conservan desde Hipócrates el nombre de *Crises*. De ellas unas son perniciosas, otras saludables. Estas últimas suceden cuando á resultas de un movimiento tumultuoso de la naturaleza, el organismo todo y la enfermedad se conmueven y esta deja un órgano importante, trasladándose á otro que lo es menos: entonces la enfermedad pierde de su intension y aun á veces se resuelve. Tambien puede recibir alivio ú solucion el mal, aunque su traslacion no se haga á órgano menos importante siempre que este logre desahogarse por medio de las evacuaciones que se llaman críticas, como ordinariamente sucede respeto al estómago, intestinos, vegiga urinaria, aparato circulatorio etc., por vómitos, diarrea, orinas ó sudor.

El médico con la idea de imitar á la naturaleza en estas revoluciones críticas, por haber visto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rearse de la fiebre y detener el movimiento inflamatorio. Nuestras curaciones por eso son infinitamente mas dulces con nuestros anti-flogísticos que las de la alopatía con los suyos, y como ademas las nuestras no ocasionan pérdida de vitalidad, las obtenemos las mas veces sin convalescencia y si esta se sigue, es poco molesta y de corta duracion. Nuestro procedimiento en razon de su carácter de especificidad es siempre directo: por eso nuestras curaciones son permanentes, mientras que el alopático constantemente indirecto solo puede aplaudirse de lograrlas poco durables.

Por último diremos, que sin embargo de que la homeopatía conoce los peligros é inconvenientes del tratamiento anti-flogístico de la otra escuela, no condena absolutamente la sangría de que se sirve en los pocos casos ya espresados: diremos tambien, que ya se ha visto que el tratamiento anti-flogístico de cada escuela, marcha por diferente rumbo, por el rumbo homeopático seguro, discreto, sin escollos ni tormentas, el otro alopático, oblícuo, azaroso y lleno de peligros sobre oscuro y sin guia ni fanal que dirija al puerto deseado. ¿Cuál de los dos deberá preferirse? Los lectores lo decidirán, y yo me ocuparé entretanto de esponer el método revulsivo, el otro eje sobre que rueda la doctrina fisiológica.

CAPITULO XII.

Del método revulsivo.

La palabra revulsivo viene del verbo latino *Revellere*, apartar, desviar con violencia, arrancar. Sirve para nombrar un método terapéutico, y tambien una série de agentes, de procedimientos y medicaciones, por cuyo medio se provocan metastais ó transmutaciones morbosas. Estos transportes de la enfermedad cuando son obra de la naturaleza sola, sin intervencion de causa conocida ni provocacion de parte de la medicina, han recibido y conservan desde Hipócrates el nombre de *Crises*. De ellas unas son perniciosas, otras saludables. Estas últimas suceden cuando á resultas de un movimiento tumultuoso de la naturaleza, el organismo todo y la enfermedad se conmueven y esta deja un órgano importante, trasladándose á otro que lo es menos: entonces la enfermedad pierde de su intension y aun á veces se resuelve. Tambien puede recibir alivio ú solucion el mal, aunque su traslacion no se haga á órgano menos importante siempre que este logre desahogarse por medio de las evacuaciones que se llaman críticas, como ordinariamente sucede respeto al estómago, intestinos, vegiga urinaria, aparato circulatorio etc., por vómitos, diarrea, orinas ó sudor.

El médico con la idea de imitar á la naturaleza en estas revoluciones críticas, por haber visto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algunas de ellas seguidas de buen resultado, se decide á provocar artificialmente en un órgano sano, distante del órgano enfermo que quiere socorrer, y menos necesario al sostenimiento de la vida, una turbacion por medios irritantes, tal que pueda atraer sobre sí la afeccion del órgano que está padeciendo y es mas interesante. Lo que en rigor vale tanto como sacrificar el órgano sano al bien del órgano enfermo. Para esto sirve el procedimiento dicho revulsivo ú derivativo que hoy logra tanto crédito, no obstante de que todo práctico perspicaz de muchos años, si es ingénuo, no podrá menos de confesar que si vuelve la vista atrás sobre su práctica, no hallará muchos motivos de felicitarse por el uso de este método, al ver el escaso número de curaciones que le ha proporcionado, pagadas siempre por el pobre enfermo á bien subido precio, y aun podrá preguntarse todavía si estas pocas las obtuvo por la revulsion ó á pesar de ella.

Porque ¿qué es lo que sucede durante el juego de los revulsivos? Varios lances, rarísimo de suerte, los demas todos de azar, y la verdad de esta asercion aparecerá de las reflexiones siguientes.

1.ª Si para obtener la revulsion se provoca una enfermedad artificial, que aunque de diverso género que la natural, se le asemeja en cuanto al modo de manifestacion de los síntomas que ambas determinan, siempre se aventuran dos lances diferentes; porque, 1.º si la afeccion preesistente ó natural, es tan fuerte ó mas que la provocada, esta se agrega á la primera, sin obligarla á cambiar de sitio, la adiciona, y el enfermo empeora con este aumento de mal, de consiguiente no hay revulsion. 2.º Porque dado caso que entre dos enfermedades que simultáneamente concurren en el mismo sugeto (siempre análogas), la artificial que se llega á la preesistente, sea mas intensa, destruye á la natural.

Sobre el modo de generacion de este hecho certificado á toda hora por la esperiencia, los homeopatas en general, incluso Hanhemann, dan por sentado, y no sin razon, que teniendo toda enfermedad una decidida tendencia á situarse con preferencia y á desplegar con mas intension sus fenómenos propios en aquella region ó aparato orgánico que le es mas apropiado, ó con quien se halla en mayor grado de afinidad, se sigue que cuando dos enfermedades análogas concurren en un enfermo, ambas se dirijen al mismo alojamiento orgánico como partícipes del mismo género de afinidad con él, pero la mas débil tiene siempre que ceder el mando á la mas poderosa. De suerte que desde el momento que afectado ya por una potencia morbosa, se vé asaltado de otra muy análoga y mas enérgica que la primera, esta ya no le impresiona, queda reducida á una simple fuerza, sin sugeto sobre que egercer su influencia, de consiguiente no puede existir mas y abandona el organismo solo afectable ya por la fuerza sobrevenida despues; es co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo el sol que impide el brillo del planeta Vénus, cuyas luces mas débiles y análogas á las de aquel astro, ceden á las mas fuertes. Además, la enfermedad mayor que como se vé quedó sola afectando el organismo, es de corta duracion, y al terminar queda libre el enfermo de la una y de la otra, esto es, restablecida su salud. Aquí la enfermedad no ha cambiado de asiento; no ha habido pues revulsion, sino lo que es mucho mejor, curacion radical, directa, homeopática única que debia acaecer en las circunstancias dadas, sin que pueda atribuirsela la alopatía que la obró sin pensar, por pura equivocacion, contra sus principios directivos, y en conformidad de la ley homeopática.

2.ª Cuando la enfermedad producida por los estimulantes revulsivos es, como casi siempre sucede, desemejante á la natural, contra que se dirige, tambien se aventuran dos lances, sin que en alguno de ellos tenga cábida la revulsion: porque, ó la enfermedad artificial es menor ó igual á la natural; ó es mayor: si lo primero; el resultado será que á la afeccion últimamente provocada no le permitirá la antigua participar de su alojamiento, sino que la rechazará, y esta repulsa se realizará por medio de un conflicto, cuyo teatro será el organismo, que de resultas quedará por algun tiempo mas enfermo de lo que estaba antes; por consiguiente aun, en este caso los esfuerzos dirigidos á obrar la revulsion, sobre no dar en el blanco, causarán un daño real. Si lo

segundo sucede, la afeccion primitiva, como mas débil, será suspendida por la mas fuerte provocada despues, todo el tiempo que esta emplee en correr sus periódos, pero pasado dicho tiempo, la primera reaparecerá con la misma ó mayor intension que de primero. Lo que claramente hace ver, que en semejante caso todo lo que se ha logrado con intentar la revulsion, es el haber recargado de sufrimientos al organismo.

3.ª Tampoco logra el alópata la revulsion que desea, cuando la enfermedad natural y la provocada artificialmente son de tal modo desemejantes, ó divergentes en tanto grado, que se esquivan mútuamente, se apartan y van á situarse cada una en diferente region del organismo, formando así una especie de complicacion que agovia doblemente al enfermo, doblándole el número de sus enfermedades.

En el tratamiento revulsivo, ya se intente establecer sobre la piel por medios capaces de irritarla, como cantáridas, sinapismos, ventosas, escarificaciones, moxas, fontículos, sedales etc., ya se quiera obrar sobre las mucosas de nuestros órganos búecos, ú otras partes internas que tengan comunicacion al esterior, empleando al intento medicamentos internos capaces de producir un flujo derivativo de humores por esputos, vómitos, cámaras, sudor etc.; es evidente que no teniendo estos procedimientos terapéuticos ni estas sustancias medicinales nada de comun con los síntomas de la enfermedad, ninguna afinidad patogenética

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con esta, no se dirige la accion de ellos á las regiones que el mal habita, por consiguiente, no pueden causar impresion alguna sobre los órganos que ocupa la enfermedad. La modificacion resultante de los procedimientos revulsivos, siempre se hace sentir esclusivamente en las partes del organismo que la enfermedad habia perdonado; de modo que estas regiones donde aun reinaba la salud, vienen á ser siempre las invadidas por la enfermedad, estraña á la que se quiere curar. Proceder esencialmente alopático solo á propósito para distraer á la naturaleza de su importante trabajo, desviando su atencion hácia el mal nuevamente creado.

Es verdad que semejante escitacion de la accion vital de los órganos recientemente afectados, es seguida de una reaccion de parte de la naturaleza; pero esta reaccion no vá dirigida contra la enfermedad natural de que al contrario parece que con esto se olvida la naturaleza todo el tiempo que emplea en vencer la enfermedad medicinal, lo que no impide á la primitiva volverse á presentar despues de vencida aquella. Difícil es adivinar cómo ú por qué la escuela médica dominante ha podido persuadirse la eficacia ó la utilidad de un tal proceder curativo, ni como lo ha podido conciliar con los principios establecidos sobre el modo de accion de los agentes alopáticos.

No negaremos que alguna vez la enfermedad medicinal alivia los síntomas de la enfermedad

natural con tal que estos sean bastante mas remisos que los de aquella, pero tampoco se puede desconocer que este alivio es demasiado transitorio, estendiéndose solo á la duracion bien fugaz de la accion del remedio que lo ha producido, la cual terminada, reaparece la enfermedad natural con toda se fuerza.

No nos debemos dejar seducir porque veamos que algunas enfermedades agudas se curan bajo la influencia de este tratamiento; todas ellas se deben considerar mas que como enfermedades, como accidentes que no son inherentes á nuestra naturaleza, sino engendrados por la vida fracticia y convencional á que nos obliga una civilizacion imperfecta, y que muchas veces cesan por sí solos sin el auxilio del arte. Las curaciones de tales afectos obtenidas durante la revulsion, ó no obstante ella, son obra de la naturaleza, que por ser poco graves las vence sin embargo de la distraccion, que á su fuerza curatriz se le ha causado por la enfermedad medicamentosa.

La falta de racionalidad de este método curativo, no ha bastado para que la escuela médica que se dice racional, deje de permanecer identificada con él en la curacion de las enfermedades. Ciertamente que tal error en aquellos tiempos de oscuridad en que se adoptó, era dificil de evitar, viendo á la naturaleza terminar las enfermedades por evacuaciones, lo que hizo creer que imitarla era lo mas prudente y acertado. Y en

efecto las evacuaciones llamadas críticas y derivativas señalan casi siempre la terminacion de las enfermedades, pero antes de pronunciarse son precedidas en lo interior del organismo de un trabajo, á que los médicos persuadidos de su importancia, han dado el nombre de *coccion*, suspendiendo durante ella todo tratamiento con la mira de no interrumpirla. Tal conducta, sin duda que era muy buena y laudable en todas aquellas ocasiones en que la naturaleza se bastaba á sí sola, para hacer que á su fuerza curatriz, cuando por casualidad habia tomado buena direccion, cediese la enfermedad. Pero como las mas veces esta fuerza obra de un modo vicioso y perjudicial, lejos de remedarla ciega é irreflecsivamente, en muchos casos debe el médico darle la direccion mas conveniente.

El conocimiento profundo que Hahmemann tiene de todas estas circunstancias terapéuticas y de la necesidad de reglar la práctica conforme á ellas, le ha hecho espresarse en su ojeada sobre la medicina alopática, traduccion francesa de Jourdan páj. 34 y 35, en los siguientes términos. "Cuando la medicina dominante aplicando » de este modo, segun acostumbra, sus métodos » antagonista y revulsivo, apoyados únicamente » sobre una imitacion no meditada, de la ener- » gía automática y sin inteligencia que vé des- » glegar á la vida; ataca órganos inocentes y les « causa dolores mas agudos que los de la en- » fermedad, contra que van dirigidas, ó como

» sucede las mas veces, los obliga á evacua- » ciones, que á puras pérdidas disipan las fuer- » zas y los humores, el fin que en esto se pro- » pone es el de derivar hácia la parte que ella » irrita, la actividad morbosa que la vida des- » plega en los órganos afectados primitivamente, » y de este modo desarraigar violentamente la » enfermedad natural, provocando una enfer- » medad mas fuerte de otra especie, sobre una » parte hasta entonces sana, es decir, sirviéndo- » se de medios inmediatos que agotan las fuer- » zas y las mas veces provocan el dolor."

"Se limita á seguir la marcha de la instintiva » naturaleza, cuyos esfuerzos no son coronados » de buen suceso, mas que cuando las enferme- » dades agudas son poco intensas. No se hace » mas que imitar á la potencia vital conserva- » triz, abandonada á sí misma, que reposando » únicamente sobre las leyes orgánicas del cuer- » po, obra solo en virtud de estas mismas leyes, » sin raciocinar y sin reflexionar sus actos. Le » copia á la grosera naturaleza que no sabe co- » mo un cirujano inteligente, acercar los bordes » abiertos de una herida y reunirlos por primera » intencion: que en una fractura tampoco acier- » ta á dirigir y poner una frente de otra las dos » estremidades del hueso partido: que no sabien- » do ligar una arteria herida, deja á un hombre » lleno de vida y de fuerza morir desangrado: que » ignora el arte de reponer en su situacion nor- » mal la cabeza de un hueso dislocado por una

» lucsacion, y aun hace que en poco tiempo la » reduccion sea imposible á la cirujía por la hin- » chazon que escita en sus inmediaciones: que pa- » ra desembarazarse de un cuerpo estraño que » se ha introducido violentamente en la cornea » trasparente, destruye el ojo entero por la su- » puracion; que en una hernia estrangulada, no » sabe romper el obstáculo sino por la gangrena » y la muerte. etc. etc."

Mas adelante *ibid* páj. 37: "Pero en la inmen- » sa mayoría de las enfermedades, en las afec- » ciones crónicas, estos tratamientos perturbadores, » debilitantes de la escuela antigua, no producen » casi jamás bien alguno. Su efecto se reduce á » suspender por muy pocos dias tal ó tal sín- » toma incómodo, que vuelve al momento que » la naturaleza se ha acostumbrado á la irrita- » cion remota; la enfermedad renace con mas in- » tencion, porque los dolores antagonistas y las » prudentes evacuaciones han debilitado la ener- » gía de la fuerza vital."

De lo dicho hasta aquí podrá deducirse sin un grande esfuerzo intelectual, á cuanto ascenderá lo que el médico sensato pueda prometerse del método revulsivo que tan mal desempeña su encargo; y que si no quiere hacerse ilusion á sí mismo, deberá tambien abandonar el temerario empeño de imitar y aun sobrepasar á la naturaleza en la determinacion y egecucion de las metastasis ó derivaciones de las enfermedades, de cuyo secreto ella sola tiene la llave; pues es muy

chocante, risible y lastimoso á un tiempo, el aire satisfactorio y confiado con que la escuela médica dominante, al paso que no cesa de apellidarse así misma la *única racional*, se está en la creencia de que para curar una enfermedad natural *cualquiera*, basta oponerle otra *cualquiera* artificial, sin que veinticinco siglos de estar recibiendo otros tantos mentises como reveses prácticos, por tan absurdo acto de fé, no le hayan siquiera hecho llegar á sospechar, que si su pensamiento fuese verdad, ni habria necesidad de médicos ni de estudiar la medicina; pues bajo el supuesto sentado de que toda enfermedad natural es curable por otra *cualquiera*, y siendo como es, todo medicamento apto para porducirla, el primero venido á la mano y aplicado ó administrado indistintamente por una persona, fuese médico ó no médico, las curaría todas. ¡A qué consecuencias tan disparatadas conduce en Alopatía la irreflexion!

Por la muestra que en este capítulo y anterior hemos hecho de los métodos antiflogístico y revulsivo, únicos factores del sistema fisiológico ú de la irritacion, se podrá calcular el valor de dichos dos métodos; sumándolo, se tendrá el producto cabal del valor del sistema que constituyen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII.

Método antipático.

Otro de los métodos que la escuela médica dominante tiene adoptados para el tratamiento de las enfermedades, es el llamado antipático, enantiopático, ú paliativo. La palabra Antipatía de de que se deriva el adjetivo Antipático, viene ó está compuesta de los dos radicales griegos *Antí* que significa contra, *Pathos* padecimiento. De aquí es que la voz antipático sirve para designar un método terapéutico, que consiste en oponer á las enfermedades remedios contrarios á ellas. En el discurso consagrado á la esposicion de la ley de los contrarios, ya hemos dejado espresado que para que un remedio se pueda decir verdadero contrario de la enfermedad dada, que siempre es una cosa real, es indispensable que la contrariedad no sea hipothética, sino real tambien y absoluta, es decir, que no se limite á alguna fraccion de la enfermedad, ni á estas ó las otras condiciones de ella, sino á la totalidad de la afeccion morbosa considerada en cuanto á sus causas, sus síntomas y su curso. Contrarios positivos de esta índole ya dijimos, é hicimos ver allí que no existian, y que solo pueden hallarse respecto á algun síntoma separado. De aquí proviene que todo tratamiento antipático ó enantiopático, que significa lo mismo, cuando no es

perjudicial y aun mortífero, no pasa de paliativo, esceptuando algunos casos de enfermedad reciente, leve, de curso muy rápido, en una persona antes robusta, porque entonces como el mal todavía no ha hechado raices muy profundas, ni se halla el organismo muy habituado á él, cualquiera emocion de la accion vital toma una decidida tendencia hácia el restablecimiento de la armonía funcional que constituye la salud, y esta algunas veces se recupera por este medio indirecto, que no conviene frecuentar demasiado, porque su resultado es muy casual.

Lo que mas á menudo decide al médico de la escuela ordinaria á servirse del tratamiento antipático con sus efectos paliativos que se tienen por un bien sin serlo, puesto que *del mal y el bien, que no duran, el mal se debe elegir.* Ciertamente para el que padece es muy halagüeño verse prontamente y como por ensalmo, libre de sus penalidades mas abultadas, porque ¿qué cosa mas grata que la agua helada que baña una quemadura por la sensacion de frescura que reemplaza á la de escozor ardiente? ¿Qué hay mas grato que un sorbete bien helado para el que se ahoga de calor? ¿Qué una taza de caldo bien caliente para el que tirita de frio febril? El enfermo que poco ha pasaba las noches enteras dando vuelcos en la cama sin poder conciliar el sueño un momento, recibe una dósis de ópio y duerme toda aquella noche, lo que complace mucho su gusto, y aun el del médico, á quien este a-

contecimiento grangea un lugar distinguido en la estimacion del paciente. Pero el observador atento no tarda en conocer que todos estos alivios y otros semejantes, son un bien demasiado valadí por muy transitorio; sobre comprarlo el enfermo á muy caro precio con el retorno del mal permanente, hecho mas violento, pasados los momentos que la paliacion duró. No hay duda que el enfermo vejado de un estreñimiento de vientre crónico y pertinaz recibe grande contento el dia que un purgante le provoca abundantes cámaras y el descanso y desahogo que es consiguiente á estas evacuaciones que se hallaban de mucho tiempo suprimidas. Pero este síntoma, el estreñimiento aliviado por las deyecciones, vuelve mas pronunciando tan luego como pasó la accion primitiva del purgante, y el médico se persuade de la necesidad de repetir el fármaco varias veces, y siempre aumentando la dósis; para lograr los mismos efectos hasta que ya la cantidad mas enorme no los provoca, y deja al enfermo en mucho peor estado que antes de la primera paliacion; esto sucede porque el organismo tantas veces solicitado por un mismo agente, llega á acostumbrarse á su modo de accion, y ya no obedece á aquel poder, haciéndose con la repeticion de estas violencias la enfermedad cada vez mas tenaz y grave, porque ella subsiste, y aunque acallado por algun tiempo, uno de sus síntomas, el estreñimiento, vuelve á aparecer mas fuerte, á no ser que las dósis mas repetidas y

siempre reforzadas lleguen á destruir el poder reactivo de la naturaleza, y se consiga así hacer sufrir servilmente al organismo la accion constante de los efectos primitivos del remedio: pero como el médico no puede encadenar la potencia de reaccion orgánica; con tan repetidas violencias solo, vuelvo á decir, consigue maltratar mas y mas al organismo, hasta ponerlo en un estado ruinoso, con grave peligro de muerte para el pobre enfermo.

No se crea que estas verdades son desconocidas de la escuela médica ordinaria: vean como se esplica acerca de ella Schulze en su *Disertatio qua corporis humani momentaneorum alterationum specimina quædam expenduntur.* Haller en su Pharmacopea, seccion 7.ª, capítulo I, páj. 298, tambien sienta que:= *Opiata dolores atrocissimos plerumque sedant, atque indolentiam procurant, eamque aliquandiu et pro stato quodam tempore continant, quo spatio elapso, dolores mox recrudescunt, et brevi ad sólitan ferociam augentur.*=El mismo, obra cit. pág. 295, dice:—*Exactis opii viribus illico redeunt tormina, nec atrocitatem suam remittunt, nisi dum ab eodem pharmaco rursum incantantur.*=Juan Hunter en su tratado de las enfermedades venéreas asegura:="Que el vino aumenta la energía en las personas débiles, sin comunicarles un verdadero vigor, y que las fuerzas bajan luego despues en la misma proporcion que se habian escitado, de manera que en esto nada gana el en-

fermo, y que al contrario, pierde la mayor parte de sus fuerzas."

¡Por qué raro y detestable capricho, á pesar de estos y otros iguales pronunciamientos de sus oráculos, la escuela médica dominante continúa en su empeño de prodigar la paliacion, casi en todas ocasiones indistintamente, en concepto de medio curativo directo, en desprecio del voto decisivo de sus propias notabilidades á quienes ya acata, ya desaira!

La homeopatía es uniforme y constante en sus procederes, porque están fundados sobre principios estables, y estimando cada cosa en su justo valor, siempre y constantemente, cuando la enfermedad es curable, se sirve de medios directos homeopáticos, los solos capaces de destruirla, con lo que consigue la curacion de todas ellas en cuantos enfermos imploran su auxilio, desde el principio, en cuya época todos los males tienen remedio bajo las medicaciones emanadas de una doctrina establecida sobre leyes de eterna verdad. Y en el caso de incurabilidad, ya porque el enfermo antes de acudir al socorro facultativo, ha soportado sus males largo tiempo abandonados á las propias fuerzas, y en consecuencia de ello han encarñado de tal modo que ya existan considerables cambios de testura; y ya tambien cuando aunque el enfermo se haya con oportunidad entregado á la direccion del médico, el método mal á propósito empleado por este, ha hecho brotar al lado de la enfermedad natural otra multitud de enfermeda-

des medicinales que la complican y forman un cahos insondable; en estos casos, digo, que la homeopatía se sirve y no en otros, de medios paliativos, no con la pretension de curar al enfermo, sino con la de suavizar, paliar y endulzar sus padecimientos, hasta que la muerte los venga á terminar para siempre. Mira al tratamiento de las enfermedades *per similia* como el único curativo, y al *per contraria*, como meramente aliviador.

Fuera de estos casos en que la enfermedad se ha hecho incurable por incuria del paciente, ó por error del médico, tambien la homeopatía se vale de la antipatía y alopatía como preparatorias de la accion de los remedios homeopáticos, en aquellas estraordinarias y rarísimas ocasiones, en que el método directo no tendria resultado, p. ej. en ciertos embarazos gástricos, la apoplegía, el envenamiento etc. en que la paliacion es necesaria y aun esencial, porque en el primer caso, si la naturaleza se reusa á espeler el esceso de alimentos que ha producido una violenta indigestion, debe echarse fuera por el vómito este cuerpo estraño que agovia y maltrata el estómago, y en seguida, si queda algun desórden, la homeopatía lo remediará. En el segundo caso, en el de una apoplegía fulminante, con estincion de todos los sentidos, la deglucion suspendida etc. en que el paciente se halla en un estado de muerte aparente ó de un relój parado, se debe en primer lugar restablecer el movimiento del volante de este

reloj, para que ande y despues se podrá pensar en regularizar el movimiento. En el tercer caso, antes de intentar corregir los desórdenes que ha causado en el organismo la introduccion de un veneno en el estómago, se debe procurar desembarazar de él á esta víscera valiéndose de todos los medios posibles para lanzarlo fuera.

Hahmemann mismo ha dicho, que conviene emplear procedimientos antipáticos y alopáticos como precursores de los agentes homeopáticos siempre que estos últimos no provocan reaccion, ó cuando aunque la provoquen, es demasiado corta ó demasiado lenta. Además de estos casos escepcionales consentidos por el maestro, á cualquiera médico pueden en su práctica ofrecérsele otros en que sea conveniente un proceder semejante, sin por eso caer en perjurio de sus principios homeopáticos, pues no se sirve de medicamentos ó agentes dinámicos, sino en procedimientos, las mas veces enteramente mecánicos, que sin pertenecer esclusivamente á la alopatía ni otra secta médica, sirven para poner al organismo en aptitud de sentir y recibir con fruto la accion de los agentes dinámicos de la homeopatía. Todos aquellos medios paliativos y los preventivos, aunque insuficientes de suyo para producir la curacion, se asocian sin embargo muy bien á la homeopatía en algunas ocasiones, y en el homeópata que los aprovecha, no arguyen contradiccion de principios ni de método, así como tampoco los contradice la reduccion de una fractura ó de

una dislocacion que nada tienen de opuesto al principio homeopático ni á su método que exigen la remocion de la causa próxima y de cuantos obstáculos puedan impedir ó entorpecer la curacion, que se intenta despues por los medios directos.

El D. Curie catedrático de homeopatía en Lóndres: dice hablando de los paliativos: «Mi »opinion es de que ni aun en los casos que pa»recen desesperados, deben emplearse, ó si se e»cha mano de ellos deberá ser con una estrema »prudencia: el uso de estos medios debe ser raro »y escepcional mientras una práctica de cada dia »mas perfeccionada, vá haciendo sucesivamente »menor su necesidad. Al contrario, el uso de los »remedios directamente curativos debe ser nuestra »regla, y de consiguiente la medicacion por los »semejantes, adquirirá cada vez mas crédito entre »los médicos segun vaya adquiriendo mas perfec»cion, y esta hará inútiles ó innecesarios de todo »punto los recursos á la paliacion."

Esto no obstante, sin faltar al acatamiento debido al mérito de Curie, y respetando por tanto su opinion, no podemos menos de decir en voto de justicia, que mientras llega el estado de perfeccion de la práctica homeopática, que tanto como él deseamos, á pesar de todas las imperfecciones y riesgos de que en la mayoría de casos abunda el método antipático, enantiopático, ú paliativo, hay otros á mas de los designados arriba, en que debe preferirse al tratamiento directo ú homeopático, y estos casos se presentan todas las

veces que á consecuencia de una lesion orgánica profunda, ú otra equivalente, la actividad morbosa aglomerada con preferencia al resto del organismo en un foco demasiado concentrado, ha llegado á hacerse superior á la actividad medicinal de los agentes directos. La razon de la preferencia concedida entonces á la antipatía, está en que, segun ya se ha dicho y probado en varios lugares de esta obra, no son los medicamentos directos ó indirectos á quien se debe la curacion cuando se logra, sino á la reaccion del organismo que ellos han provocado.

Despues de lo que vá dicho hasta aquí, tengo por innecesario detenerme mucho mas en la presente cuestion, que aunque indirectamente, queda bastante ventilada en el capítulo 7.° de esta obra, destinado á la esposicion de la ley de los contrarios; por tanto me limitaré ahora á reasumir lo que sobre esta materia sienta Hahnemann en su Organon desde el §. 56 al 69 inclusive, advirtiendo que me entrego á esta ocupacion en obsequio de los lectores no médicos, con el objeto de ponerlos en disposicion de juzgar con acierto sobre el particular, pudiendo mis comprofesores enterarse á su satisfaccion en aquella obra clásica y lugar citado, donde el sábio fundador de la homeopatía, pesa y compara bien escrupulosa y detenidamente las utilidades y perjuicios del método antipático.

De la doctrina que allí vierte el autor, haciendo brillar como en todos sus escritos, su basta

erudicion, su sagacidad, y su severidad lógica, fundándose en numerosos hechos prácticos bien comprobados, repetibles á toda hora, y puestos al alcance de todos, aparece en resúmen.

1.° Que el tratamiento antipático, enantiopático ú paliativo, es de poca utilidad unas veces, y las mas, perjudicialísimo, y aun homicida.

2.° Que el médico que emplea el tratamiento antipático no se cuida de combatir mas que un solo síntoma de los que constituyen la enfermedad, aquel de que mas se queja el enfermo, despreciando los demas por numerosos é importantes que sean.

3.° Que en los casos crónicos, en que se ha hecho aplicacion antipática de un medicamento, el alivio de corta duracion que se ha logrado, es constantemente seguido de una agravacion manifiesta, no solo del síntoma así paliado, sino de la enfermedad entera; empeorándose por tanto el estado del enfermo, y atribuyendo siempre el médico esta peoría, no al mal tratamiento que es la verdadera causa, sino á la malignidad de la enfermedad, ó á la presentacion de otra nueva.

4.° Que cuando este mal resultado, único que se debe esperar de los medicamentos antipáticos, se manifiesta al médico de la escuela ordinaria, procura salir del embarazo, aumentando de cada vez mas y mas la dósis del paliativo, aunque vé que de cada una el enfermo recibe nueva y mayor peoría, y que jamás obtiene por este procedimiento la curacion de un mal antiguo.

5.º Que por no haber parado atencion sobre tan tristes resultados de la aplicacion antipática, despues de muchos siglos de estar sufriendo en ella los mismos reveses, no se ha caido aun en la cuenta, ni llegado á sospechar, si siguiendo un rumbo contrario al seguido tanto tiempo con tan mal resultado, se llegaria á curaciones reales y durables. Pues la misma falta de reflexion de los médicos ordinarios no les ha dado lugar á ver, que así como la accion antipática de un medicamento, produciendo un efecto contrario á los síntomas del mal, no acarrean la curacion ni otra cosa mas que un alivio poco durable, seguido muy de cerca por una peoría constante; del mismo modo, la accion homeopática de los medicamentos, cuya aplicacion se funda sobre la analogía de los síntomas que provocan y los de la enfermedad, debería producir una curacion perfecta y durable, puesto que, *contrariorum eadem est ratio*, con tal que se empleasen las dósis de ellos mas pequeñas posibles, en lugar de las enormes de la alopatía. Que la misma irreflexion ha hecho que los médicos de la escuela dominante sigan abusando de la antipatía, á pesar de la claridad y sencillez de aquel raciocinio, y á pesar de ser un hecho constante, que jamás médico alguno ha curado las enfermedades crónicas de un modo durable, cuando en sus recetas no se ha deslizado inadvertidamente un medicamento homeopático que las predominaba, y á pesar tambien de otro hecho tan cierto como los antecedentes, á saber,

que ni aun la naturaleza tan admirable en sus fenómenos, nunca ha hecho una curacion rápida y completa por la adicion de una enfermedad nueva á otra antigua, sino cuando las dos eran semejantes.

6.º Se deduce igualmente del contenido de dicho trozo de doctrina, que no se ha meditado lo bastante acerca de que cualquiera medicamento á fuer de potencia que obra sobre la vida, desarmoniza mas ó menos la fuerza de esta, de lo que resulta en el hombre cierta mutacion interior mas ó menos durable, que aunque resultado comun de la fuerza vital y de la fuerza medicinal que obran juntas y al mismo tiempo, pertenece mas á la accion egercida por el medicamento, y por eso se llama *efecto primitivo de él*. Pero que como nuestra fuerza vital tiende á desplegar su actividad contra esta influencia, resulta de aquí que el segundo fenómeno pende todo de nuestra potencia vital, y se le ha dado el nombre de *efecto secundario ú de reaccion*.

7.º Que durante el *efecto primitivo* del medicamento sobre el cuerpo sano, la fuerza vital representa un papel, al parecer enteramente pasivo, conforme el cual parece obligada á soportar las impresiones venidas del esterior y dejarse modificar por ellas; pero que tambien, luego que ha sentido su accion, si hay algun estado directamente contrario al efecto primitivo, ó á la impresion que ha recibido la fuerza vital, esta manifiesta su tendencia á producirlo en un grado

proporcional, tanto á su propia energía, cuanto á la influencia egercida por la potencia artificial ó medicinal: que si no existe en la naturaleza estado directamente opuesto al efecto primitivo, aquella actividad vital trabaja por establecer su propia preponderancia, borrando la mutacion que en ella ha obrado la accion del medicamento y substituyéndole su propio estado normal.

8.º Resulta no menos del contenido de dichos párrafos, que no se puede menos de ver en las curaciones de la homeopatía, despues de la estincion de la enfermedad primitiva, un ligero resto de la afeccion medicinal, como si digéramos, un eco el mas débil de la accion del medicamento empleado, pero la exigüidad de las dósis de este, hace que dicho eco se estinga al momento por sí mismo, sin que el organismo tenga necesidad de emplear para que se apague, mas reaccion que la proporcional á la pequeñísima distancia que media entre este estado y el de salud completa; reaccion tan leve, que de ordinario no llega á percibirse por el enfermo si no está prevenido y pone la mayor atencion en escuchar lo que en su interior pasa.

9.º Que no sucede lo mismo cuando se emplea el método antipático, ú paliativo, porque aunque en él como en homeopatía hay una relacion evidente entre los síntomas de la enfermedad y los del medicamento, esta relacion es directa en ho-

meopatía, é inversa en antipatía; y para curar una enfermedad en razon inversa de sus síntomas, era necesario que el síntoma medicinal pudiese borrar, aniquilar, ó neutralizar el síntoma morboso, y esto no es posible, porque aunque en los primeros momentos de la accion de un paliativo ú antipático nada molesto sienta el organismo, ni de parte del síntoma morboso, ni de parte del síntoma medicinal, como cuando v. gr. se opone la sedacion, síntoma medicinal del ópio, al dolor, síntoma morboso, de suerte que uno y otro parezcan recíprocamente neutralizados, no hay neutralizacion verdadera; todo ello no es mas que una apariencia, puesto que la verdadera neutralizacion, como la que consigue el químico entre un ácido y un álcali, es permanente, y el remedo de ella que se establece entre el *dolor* y la *sedacion*, cesa luego de sí mismo, y es sustituido pronto por la enfermedad que reaparece mas intensa que antes de la sedacion: á mas de que la neutralizacion de una sustancia alcalina puesta en contacto con otra ácida, se hace en vasos inertes é insensibles, incapaces de ser modificados por sus contenidos, y sin accion alguna sobre estos, sobre ser una neutralizacion *química*, material, al paso que la neutralizacion *dinámica ó virtual*, que en nuestro organismo representan el síntoma medicinal *sedacion*, y el síntoma morboso *dolor*, siendo una escena en cuyo teatro, nuestro organismo, la accion vital no puede permanecer meramente espectadora sin reha-

cerse inmediatamente contra estos actos, los borra luego, y desaparecen, reapareciendo en su lugar despues de mas ó menos tiempo, el síntoma que parecia hallarse estinguido.

El ligero estracto que acabo de presentar, así como lo que le antecede, podrá dar la medida exacta de la estima y valor que haya de concederse al método antipático ú paliativo de la escuela médica ordinaria, el que mas la satisface por los prontos, aunque tan pasageros alivios que le proporciona, tan consolatorios como caros para los enfermos, que hasta que lo han esperimentado, no saben lo que les espera de tormentas y contratiempos que sufrir, pasada aquella corta calma que están gozando.

CAPITULO XIV.

Del Eclectismo médico, ó método ecléctico.

Poco se necesita examinar este modo de proceder en medicina para conocer su ningun valor, y que no merece siquiera el nombre de método, pues consiste en no seguir ninguno, obrando sin regla y por puro capricho. La secta apellidada *ecléctica* parece que fué formada por algunos médicos antiguos, entre quienes Archigéno era el mas famoso. Todo el arte eclético se cifra en espinzar la medicina entresacando de todas las sectas médicas y las farmacopeas, aquellas opiniones y aquellos medicamentos que á los

eclécticos parecen los mejores, para hacer de ellos un cierto baturrillo, sin órden ni concierto, despreciando lo demas por inservible. Creen con esto hacer un gran servicio á la ciencia que disecan, separando sus partes mas de otras, á fin de tomar mas cómodamente lo bueno separado de lo malo, en cuya operacion pretenden que consiste el bello ideal del médico, aunque en realidad no sea mas que un continuo destruir sin jamás reedificar el edificio médico, privando á las partes que lo constituyen de la necesaria trabazon, y substrayendo algunas de ellas.

Pero aunque se les conceda de gracia el tacto esquito elector de que blasonan para no equivocarse en la eleccion de lo bueno que ofrezca cada sistema y distinguirlo de lo malo, aun se les puede preguntar: ¿de dónde lo han recibido? Porque como dice Leon Simon (Lecc. de Homeop. pág. 203) si no es un instinto, será el resultado de la esperiencia y del grande arte de observacion, de que ningun médico grande ni chico se cree desposeido, y sin embargo, esta creencia no les exime de estarse contradiciendo unos á otros eternamente, declarando el uno en sumo grado nocivo, lo que otro proclama eminentemente provechoso, á este le contradice un tercero, desmentido en seguida por el cuarto, á quien niega la razon otro de nuevo y así sucesivamente. Lo peor es que todos se contradicen y ninguno sin razon.

Los eclécticos que conciben y esplican cada

cerse inmediatamente contra estos actos, los borra luego, y desaparecen, reapareciendo en su lugar despues de mas ó menos tiempo, el síntoma que parecia hallarse estinguido.

El ligero estracto que acabo de presentar, así como lo que le antecede, podrá dar la medida exacta de la estima y valor que haya de concederse al método antipático ú paliativo de la escuela médica ordinaria, el que mas la satisface por los prontos, aunque tan pasageros alivios que le proporciona, tan consolatorios como caros para los enfermos, que hasta que lo han esperimentado, no saben lo que les espera de tormentas y contratiempos que sufrir, pasada aquella corta calma que están gozando.

CAPITULO XIV.

Del Eclectismo médico, ó método ecléctico.

Poco se necesita examinar este modo de proceder en medicina para conocer su ningun valor, y que no merece siquiera el nombre de método, pues consiste en no seguir ninguno, obrando sin regla y por puro capricho. La secta apellidada *ecléctica* parece que fué formada por algunos médicos antiguos, entre quienes Archigéno era el mas famoso. Todo el arte eclético se cifra en espinzar la medicina entresacando de todas las sectas médicas y las farmacopeas, aquellas opiniones y aquellos medicamentos que á los

eclécticos parecen los mejores, para hacer de ellos un cierto baturrillo, sin órden ni concierto, despreciando lo demas por inservible. Creen con esto hacer un gran servicio á la ciencia que disecan, separando sus partes mas de otras, á fin de tomar mas cómodamente lo bueno separado de lo malo, en cuya operacion pretenden que consiste el bello ideal del médico, aunque en realidad no sea mas que un continuo destruir sin jamás reedificar el edificio médico, privando á las partes que lo constituyen de la necesaria trabazon, y substrayendo algunas de ellas.

Pero aunque se les conceda de gracia el tacto esquito elector de que blasonan para no equivocarse en la eleccion de lo bueno que ofrezca cada sistema y distinguirlo de lo malo, aun se les puede preguntar: ¿de dónde lo han recibido? Porque como dice Leon Simon (Lecc. de Homeop. pág. 203) si no es un instinto, será el resultado de la esperiencia y del grande arte de observacion, de que ningun médico grande ni chico se cree desposeido, y sin embargo, esta creencia no les exime de estarse contradiciendo unos á otros eternamente, declarando el uno en sumo grado nocivo, lo que otro proclama eminentemente provechoso, á este le contradice un tercero, desmentido en seguida por el cuarto, á quien niega la razon otro de nuevo y así sucesivamente. Lo peor es que todos se contradicen y ninguno sin razon.

Los eclécticos que conciben y esplican cada

uno de diverso modo el por qué y el cómo se produce la anémia, la hiperhemia, los atrófias é hipertrófias, están echando en cara á los sectarios de la irritacion los vicios de sus doctrinas; estos últimos por su parte hacen otro tanto con aquellos, y como ya he dicho, ni los reproches de los unos, ni los reproches de los otros, dejan de ser fundados; porque tan inconsecuente es crear hipoerémias esténica, asténica y cadavérica, como admitir enfermedades irritativas por falta de escitacion.

Con todo, su ponderado tacto elector tan esquisito yerra frecuentemente en la eleccion de lo que ha de tomar ó desechar de cada doctrina. Sin salir de la irritacion, se ve que el eclectismo la concede mucho, admitiendo que los modificadores esternos como el aire, el alimento etc., tengan la propiedad de escitar desde el primer momento las membranas de relacion, con que se hallan en contacto; porque ninguna escitacion hay donde las cosas suceden conforme al estado normal: todo lo que alli se advierte es la vida que se despliega y no está en mas ni menos. Pero la prodigalidad con que aqui obsequia el eclectismo á aquella doctrina, está bien contrapesada con lo mucho que le niega sentando que *la irritacion no puede considerarse mas que como una preparacion á la formacion de diversas lesiones orgánicas, de que no puede determinar ni la causa, ni la existencia.* (Andral comp. de Anat. patol. t. 1.° p. 6 y 7.) Contra esta opinion el hecho prueba que lo que se llama *Irritacion*, no solo prepara, sino que acompaña estas

lesiones orgánicas, y aun las sigue en todas sus phases.

A mas de que, cuando el eclectismo dice: "que »no importa determinar si tal, ó tal grupo de lesio»nes debe ó no referirse á lo que se llama una *in»flamacion*, y que lo que interesa es el estudiar »bien estas lesiones, tratar de remontarse á su cau»sa, y penetrar su naturaleza (ibid, p. 10); no espresa mas que un deseo, ó una esperanza, que ni ha realizado, ni jamás realizará, y tiene bien poco de científico el formular un deseo semejante.

He tomado por objetos de comparacion á los dos grandes alópatas de nuestra época, Brousais y Andral, y si se comparan entre sí las doctrinas de cuantos precedieron á estos, se verá que acerca de un mismo hecho bien fijado, y de un mismo procedimiento bien determinado, resultan tantos pareceres contradictorios, cuantos médicos hablen de él, sin embargo de que todos se fundan, ó á lo menos lo aseguran así, en el resultado de la esperiencia y el grande *arte de observar*.

¿De qué criterio se servirá pues el ecléctico para acertar con la mejor de tantas opiniones diferentes? Si se atiene á la esperiencia personal, ni él, ni nosotros la juzgaremos de mas valor que la de aquellas celebridades médicas. Luego el eclectismo no tiene mas pauta de conducta que el capricho para proceder á la eleccion de lo que cree bueno en cada doctrina, ni la tendrá hasta que la casualidad ó el genio le proporcionen una ley general terapéutica. Aunque queramos suponer que los

médicos eclécticos poseen un criterio ó regla cierta para no equivocar sus elecciones, por este solo hecho dejarian de ser eclécticos y tendrian una teoría peculiar para recoger los hechos esparcidos, sistematizarlos y reunirlos en un cuerpo de doctrina, lo que les conduciria al esclusivismo médico.

Lo cierto es que el eclectismo aventura de contínuo la aplicacion puramente empírica de los procedimientos y de los agentes terapéuticos que á cada momento preconizan los folletos y las gacetas, cuya lectura les suministra casi todos los meses ideas ú opiniones estravagantes y contradictorias, que admiten ó rechazan sin otro tacto médico, que obedecer al primer capricho de la imaginacion: todo lo cual viene á parar en un empirismo grosero, y ese tacto elector tan ponderado, en un tacto de ciego.

CAPITULO XV.

De las dósis infiniteismales de la homeopatía.

El escollo, contra que mas frecuentemente se estrella la medianía de talentos médicos, es la pequeñez de las dósis que la homeopatía emplea. Juzgando á esta sin exámen y sin tomar informes de la esperiencia, no hay duda que parece inverosímil que se puedan atacar victoriosamente las enfermedades con átomos medicinales invisibles. Mas si pensamos en ello, veremos que nuestra incredulidad viene del hábito tan antiguo de administrar

otras dósis mucho mayores, y que debe despreciar esta duda todo espíritu recto y vigoroso, que desoye las preocupaciones para escuchar solo lo que le diga la razon apoyada en los hechos.

Solamente en el cerebro de hombres los mas limitados y orgullosos, al mismo tiempo puede alojarse la idea de que en las ciencias todas, ya nada nos queda que adelantar, que todas han tocado su Zenith, mas arriba del cual ni hay ni puede haber progreso. Si se hubieran libertado de este error, tampoco hubieran caido en el de no conceder á la esfera de lo posible otros límites que los de su estrecho saber. *Quod non intelligo nego*, es su ordinario resuello, y una lógica tan detestable, no puede menos de inducirlos á juicios siniestros y absurdos, conduciéndolos á las mas estravagantes consecuencias. Si solo creyéramos posibles los fenómenos, cuyo por qué y modo de ejecucion nos son conocidos, ¡dónde iria á dar nuestro escepticismo!.... y si nos determinábamos á obrar segun él.... ¡de cuantos recursos, de cuantas utilidades no nos veriamos privados! Desde luego ni se sembrára ni tendriamos pan, porque ignorando el mecanismo y las leyes de la germinacion, se debia concluir segun la misma lógica de su adopcion, la imposibilidad de gernimar los cereales. El piloto por la misma razon renunciaria á los servicios que á toda hora le presta la brújula, que segun el mismo modo de discurrir tendria por imposibles, no obstante el testimonio diario de su propia esperiencia, porque no comprende como se obran. Nadie debia

médicos eclécticos poseen un criterio ó regla cierta para no equivocar sus elecciones, por este solo hecho dejarian de ser eclécticos y tendrian una teoría peculiar para recoger los hechos esparcidos, sistematizarlos y reunirlos en un cuerpo de doctrina, lo que les conduciria al esclusivismo médico.

Lo cierto es que el eclectismo aventura de contínuo la aplicacion puramente empírica de los procedimientos y de los agentes terapéuticos que á cada momento preconizan los folletos y las gacetas, cuya lectura les suministra casi todos los meses ideas ú opiniones estravagantes y contradictorias, que admiten ó rechazan sin otro tacto médico, que obedecer al primer capricho de la imaginacion: todo lo cual viene á parar en un empirismo grosero, y ese tacto elector tan ponderado, en un tacto de ciego.

CAPITULO XV.

De las dósis infiniteismales de la homeopatía.

El escollo, contra que mas frecuentemente se estrella la medianía de talentos médicos, es la pequeñez de las dósis que la homeopatía emplea. Juzgando á esta sin exámen y sin tomar informes de la esperiencia, no hay duda que parece inverosímil que se puedan atacar victoriosamente las enfermedades con átomos medicinales invisibles. Mas si pensamos en ello, veremos que nuestra incredulidad viene del hábito tan antiguo de administrar

otras dósis mucho mayores, y que debe despreciar esta duda todo espíritu recto y vigoroso, que desoye las preocupaciones para escuchar solo lo que le diga la razon apoyada en los hechos.

Solamente en el cerebro de hombres los mas limitados y orgullosos, al mismo tiempo puede alojarse la idea de que en las ciencias todas, ya nada nos queda que adelantar, que todas han tocado su Zenith, mas arriba del cual ni hay ni puede haber progreso. Si se hubieran libertado de este error, tampoco hubieran caido en el de no conceder á la esfera de lo posible otros límites que los de su estrecho saber. *Quod non intelligo nego*, es su ordinario resuello, y una lógica tan detestable, no puede menos de inducirlos á juicios siniestros y absurdos, conduciéndolos á las mas estravagantes consecuencias. Si solo creyéramos posibles los fenómenos, cuyo por qué y modo de ejecucion nos son conocidos, ¡dónde iria á dar nuestro escepticismo!.... y si nos determinábamos á obrar segun él.... ¡de cuantos recursos, de cuantas utilidades no nos veriamos privados! Desde luego ni se sembrára ni tendriamos pan, porque ignorando el mecanismo y las leyes de la germinacion, se debia concluir segun la misma lógica de su adopcion, la imposibilidad de gernimar los cereales. El piloto por la misma razon renunciaria á los servicios que á toda hora le presta la brújula, que segun el mismo modo de discurrir tendria por imposibles, no obstante el testimonio diario de su propia esperiencia, porque no comprende como se obran. Nadie debia

aprender á leer, mediante que antes de saber dar un sonido propio y la necesaria combinacion á las letras del alfabeto, nadie es capaz de saber cómo estos signos habian de espresar y trasmitir nuestras ideas; en una palabra, nada deberiamos creer, pues de ninguna cosa conocemos la esencia.

Y si tal modo de discurrir y juzgar de la posibilidad de los actos de la naturaleza seria el colmo de la irracionalidad.... ¿será mas razonable negar á las dósis infinitesimales su actividad, solo por que no comprendemos cómo la ejercen aunque todos los dias seamos testigos de ella? El perezoso, el indolente, solo es el que se estaciona en dudas de esta especie, pudiendo salir de ellas á toda hora por la puerta de la esperiencia: y como de un hecho suficientemente averiguado y apreciado, se concluye bien á la potencia ó posibilidad del mismo, se persuadirá y verá claro, sino se quiere ser ciego en medio del dia, que cuanto sucede puede suceder, aunque ignoremos como.

Que, ¿cómo es posible, dicen los espíritus frívolos y superficiales, que una fraccion imponderable de medicamento, produzca efectos apreciables, cuando muchas veces son nulos aun los de las cantidades escesivamente masivas?... Y yo responderé. Retorque argumentum. ¿Cómo es posible coser perfectamente una camisa con medio grano de acero, cuando vemos que no se puede hacer con un gintal de la misma fundicion? Pero esa pequeña fraccion de metal, me replicarán, está dispuesta en forma de abuja, es dirigida por una mano inteligente y directa, segun leyes y preceptos del arte, ciertos y necesarios al efecto. Pues bien, repetiré yo, siguiendo la misma ilacion conocerán VV. que no porque en alopatía con dósis enormes de medicamentos, groseramente manipulados, inoportunamente aplicados, y contra las leyes de la naturaleza, no se puedan obtener resultados satisfactorios, no por eso estamos autorizados á concluir, que tampoco se logren en homeopatía, obrando en sentido de las leyes naturales, con pequeñísimos átomos medicamentosos convenientemente educados.

Como es imposible que con *lo menos* se obtenga *lo mas*, los médicos homeópatas ni aun ser escuchados mereciéramos, si nuestras manipulaciones farmacéuticas solo sirvieran para dividir al infinito las sustancias que empleamos. Pero como la preparacion homeopática fracciona y modifica al mismo tiempo la sustancia que se le somete, resulta que un glóbulo de azufre en la treintésima dilucion, es ya otra cosa muy diferente que un decilloneismo de grano del mismo azúfre en bruto; así como la aguja de coser mas fina, es ya otra cosa bien distinta de igual peso de acero tomado en bruto, sin embargo de que en la aguja no se verifica mas que un cambio de forma, al paso que en los medicamentos preparados conforme á la farmacológia homeopática, lo hay de forma y de naturaleza al mismo tiempo. Luego si hay una diferencia de naturaleza y de propiedades, ¿á qué asombrarse de

que tambien la haya de accion? Ciertamente que pretender obtener mas que con el todo, con una parte de él, seria absurdo; pero pretender obtener mas con otro medio, nada tiene de absurdo ni de imposible. La dificultad está en que los alóptas quieren coser una camisa sirviendoles de medio un quintal de acero informe, mientras la homeopatía la cose con dos granos del mismo metal preparado antes y dispuesto en forma de aguja; lo que muda completamente la condicion del medio de que una y otra se sirven. No será pues estraño que la alopatía aparezca tan corto sastre al lado de la homeopatía.

Reflexionemos que el oro, la plata, el pedernal, la tierra calcárea, el carbon ordinario, el polen del licopodio etc. etc.: en el estado natural administrado al hombre sano ó al enfermo, aun en cantidad crecida, no producen sobre su organismo efecto alguno notable, al paso que las dósis atomisticas de estos mismos cuerpos administrados conforme establece la homeopatía, son seguidas constantemente de numerosos y sorprendentes resultados, lo que declara que su condicion se ha mudado, dejando de ser inértes y pasando al grado mas eminente de actividad. Hecho palpable que obtendrá siempre todo el que dotado de los conocimientos necesarios, quiera repetirlo. Y si el raciocinio mejor hilado y mas seductor puede todavía ser falso y absurdo, al paso que un hecho bien evidenciado siempre dice verdad, ¿á qué bueno dudar de la actividad de

las dósis homeopáticas acreditada constantemente por el hecho?

Hecho bien frecuentado y bien auténtico es el que nos dice: «*Toda sustancia empleada en medicina tiene la propiedad de producir fenómenos morbosos en el hombre sano, cuando convenientemente preparada se emplea á dósis tan pequeñas, que aun al cálculo se oculte su tamaño; y de producir á las mismas dósis fenómenos curativos no menos evidentes, cuando es apropiada á la enfermedad contra que se administra.*» Mas no obstante de ser esta una verdad de tan facil comprobacion, duda de ella el alópata abezado á sus enormes dósis, que por preocupacion juzga necesarias, mientras por pereza no interroga sobre ello á la esperiencia, y se contenta con esclamar: ¡Cómo puede ser que una sustancia medicinal administrada á tal cantidad que ya no ofrece alguna propiedad física reconocible, ni alguna cualidad química posible de comprobar, conserve bastante accion para producir sobre el organismo las modificaciones profundas que la homeopatía le atribuye!.... ¡Oh! no es posible!—Si lo es, y mucho, se le pudiera contestar, puesto que constantemente sucede, y contra un hecho igual todos los argumentos son impotentes. Que al grado de atenuacion que conducimos nuestros medicamentos, no manifiesten las mas veces su existencia por medio del color, olor, ni sabor, yo lo concedo; pero de aquí no se sigue que siempre y en todo caso se oculten á nuestros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentidos las propiedades físicas y químicas de que están dotados. MM. Jourdan, Petroz y Guibourt citados por el Dr. Leon Simon, operaron sobre el sublimado corrosivo, y hé aquí lo que dicen: «Poniendo en un vidrio de relój »una gota de sublimado corrosivo á la quindécima dilucion alcoólica, y añadiéndole una cantidad muy pequeña de hidrosulfato de sosa, quedó una ligera costra opáca, que interpuesta entre el ojo y un papel, presentó un tinte negruzco manifiesto, principalmente hácia la circunferencia del líquido evaporado. Si se repite »la esperiencia con el hidrosulfato de sosa y alcol puro, se obtiene tambien una costra opáca »con viso agrisado ú negruzco, que debe atribuirse al grado de atenuacion del azúfre precipitado; pero este efecto es menos marcado que cuando se emplea la solucion del sublimado corrosivo; »de modo que se debe concluir, que el tinte negruzco observado con este, es en parte debido á »la presencia del compuesto mercurial.»

«No es poco, dice el citado Leon Simon, haber podido volver á descubrir la presencia del sublimado corrosivo en una gota de la quindécima dilucion (1) y á penas puedo persuadirme

(1) La fraccion de grano de sublimado corrosivo que contiene cada gota de su décimaquinta atenuacion, es tan pequeña, que calculando para cada una de estas fracciones una gota de agua, acaso cuanta contiene el mediterráneo seria insuficiente para llevar el grano entero á la décimaquinta atenuacion; pero segun el procedimiento homeopático, tomando para atenuar una gota de la dilucion antecedente, otras noventa y nueve de líquido, solo son necesarias dos onzas y media escasas de este para llevar la unidad medicinal á aquel asombroso grado de difusion.

que los procedimientos químicos puedan llevarse mas allá en este punto.» El mismo refiere lo siguiente: «Consultado hace algun tiempo por un »enfermo atacado de un catárro antiguo de la »vegiga urinaria, que me parecia provenir de un »vicio psórico, aun mas antiguo, principié el tratamiento por la administracion de tres globulos »empapados en la tintura de azúfre á la treintésima dilucion. No habiendome producido efecto alguno apreciable esta primera dósis, y pareciéndome el azúfre bien apropiado, tanto al »estado sintomático como á la causa ocasional, repetí la administracion. Bajo su influencia las mucosidades abundantes que contenian las orinas »del enfermo, se disminuyeron considerablemente, »al mismo tiempo que se produjeron síntomas de »agravacion nada dudosa, inútiles de referir en »este momento. Por mas de quince dias que duró »la agravacion, y que el enfermo sentia vivos dolores en la vegiga y el recto, la presencia del »azúfre se descubrió por la irizacion y aun la coloracion en negro del orinal de plata, de que se »servia de ordinario. Y, cosa notable! la irizacion del orinal disminuyó gradualmente segun la »agravacion caminaba á su fin.»

Mi práctica propia me ha ofrecido tambien

casos semejantes al referido del Dr. Leon Simon. Hace seis años que estube tratando con el azúfre á la treintésima dilucion, una blenorrea pulmonal, resultante de una sarna retropulsa, y por todo el tiempo que duró la administracion de esta substancia, los abundantes esputos mucosos del enfermo exhalaban un olor muy decidido de azúfre, sobre lo que llamaron mi atencion el enfermo y asistentes, pues aunque yo tambien lo habia desde luego percibido, no quise darme por entendido por no prevenirlos. En las esperiencias patogenéticas á que varias veces he sometido esta sustancia sobre mí mismo, que soy muy propenso á sudar especialmente en verano, tambien he echado de ver, que aunque tomada á las dósis mas pequeñas que se acostumbran en la homeopatía, daba por todo el tiempo de su accion un olor muy manifiesto de azúfre á mi transpiracion cutánea. Ensayando sobre mi organismo en estado de salud, otros medicamentos, he observado fenómenos análogos á este; y debo advertir que otros medicamentos que comunican olor, ó color á nuestras escreciones, no dán el suyo propio, sino cambiado en otro muy distinto, lo que en algun modo concurre á probar que dichos medicamentos por las preparaciones homeopáticas, no solo cambian como dije antes, sus condiciones terapéuticas, sino que aun tambien despues de introducidos en el estómago, y sometidos en tal estado de atenuacion, al poder de los reactivos naturales de nuestros humores, acaso mas poderosos que

los que la química posee, cambian tambien sus propiedades físicas.

De otro modo, yo no sé esplicar el hecho siguiente. En las esperiencias hechas en mí del aceite ethéreo de trementina, mis orinas tomaban una fragancia bien notable, no de trementina, sino enteramente igual á la de la viola moscháta de Linco. Ensayando del mismo modo el jugo reciente del Asparagus acutifolius del mismo Lineo, mi orina despedia un olor fétido en nada parecido al de dicha planta, y mas subido, ofreciendo al mismo tiempo un color pardo oscuro ú negruzco muy parecido al del café fuerte, no obstante ser verde claro el color de la tintura madre que yo habia tomado.

En vista de estos casos y otros semejantes, yo creo con el Dr. Simon, que fuera muy conveniente para los adelantamientos de la homeopatía, y para la conviccion de los que dudan de la presencia del medicamento en las mas altas diluciones, someter á la accion de algunos reactivos químicos las deyecciones de los que usan medicamentos homeopáticos, pues es claro que las propiedades físicas y químicas de los cuerpos desaparecerian, como incapaces de existir sin la sustancia, si la de los medicamentos desapareciese por las numerosas y prolijas atenuaciones á que la homeopatía los somete, puesto que: «*A nihilo nullæ sunt propietates.*»

Los antagonistas de las pequeñas dósis se rien (y ya iremos viendo con que justicia) de que cuando Hahnemann al poner en práctica la ley

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los semejantes, viendo que las dósis alopáticas producian de ordinario agravaciones violentas y peligrosas, trató de irlas achicando gradualmente, tomando una gota del medicamento, que mezclaba con noventa y nueve de alcool, para que cada una de estas cien gotas resultantes de la mezcla contuviese un centésimo de gota medicinal. Despues de esta primera dilucion, tomando una gota, ó lo que es lo mismo, un centésimo de la gota primitiva, la mezclaba y atenuaba con otras noventa y nueve de alcool, resultando igualmente así que esta segunda dilucion contenia en cada gota una fraccion diezmilésima de la gota primitiva; y asi iba procediendo de una á otra dilucion hasta llegar á la treintésima que en cada gota representaba un decillonésimo de la primera de todas. En las mismas proporciones atenuaba los medicamentos áridos, tomando un grano de su polvo, y triturandolo con noventa y nueve de azúcar de leche, guardando el mismo órden de progresion que con las diluciones de los líquidos hasta la tercera atenuacion pulverulenta ó seca, pues desde la cuarta inclusive en adelante ya se hacen todas en líquido, visto que los medicamentos insolubles antes en el agua y en el alcool, desde la tercera trituracion en seco ya eran solubles en cualquiera de aquellos dos líquidos indistintamente. Descubrimiento de sumo valor que la química debe á la homeopatía. Todas estas manipulaciones, como ya vá dicho, no eran solo para dividir el medicamento en fracciones pequeñísimas, sino para desarrollar al mismo tiempo su virtualidad, y darle, por decirlo así, la vida y actividad de que muchos carecen absolutamente antes de sufrir las sucusiones, trituraciones y diluciones de la farmacologia homeopática.

Llevadas las atenuaciones hasta tal punto, nada de estrañar era la risa de los alópatas acostumbrados á despertar el organismo de un hachazo cuando bastaba tocarle ligeramente con las barbas de una pluma. En esto sobre falta de razon, acreditan tambien su inconsecuencia, mientras no consientan que á una mosca encaramada sobre sus narices se le ojee de un garrotazo á manteniente, aunque para auyentarla baste el ligero movimiento del dedo, sin tocarla siquiera. ¿Por qué pues quieren para otro lo que no quieren para sí? ¿Nó ven qué tal inconsecuencia lastima la moral cristiana? ¿Por qué pues cuando enferma un alópata es tan económico de medicamentos, mientras que cuando otro enfermo se confia á su cuidado, pretende sin vacilar auyentarle el mal que le aqueja, apaleando inconsiderablemente su organismo con dósis enormes y repetidas de medicamentos, que no puede soportar, y que por eso rechaza y lanza de sí por medio de evacuaciones de diversas especies, ó por medio del dolor, si ya no sucumbe á la violencia de su accion á falta de vigor para resistirla y vencerla? ¿A qué un tratamiento tan áspero, cuando ofrece mucha mas seguridad otro incomparablemente mas suave? Pensad en ello, alópatas, consultad la espe-

riencia mientras con un poquito mas de reflexion, si os residenciais á vosotros mismos, vereis que tampoco sois consecuentes cuando al ridiculizar la divisibilidad medicamentosa de la homeopatía, os olvidais de que vosotros mismos os haceis un deber de reducir á centésimos la unidad de los remedios, y de que este deber es aun mas riguroso, es absoluto para el homeópata, como que aplica los agentes medicinales por el lado de sus efectos primitivos, vibrando la misma cuerda que el mal.

Bien sabemos, y tambien vosotros lo sabeis, que obrando conforme á la ley de los contrarios, aplicando los remedios en relacion á sus síntomas ó efectos secundarios, no provocarian efecto alguno las dósis infiniteismales, porque esclusivamente toman su actividad de su propio carácter específico, y aunque fuese inesplicable el modo de suceder esto, no por eso se debe dejar de admitir el hecho todos los dias presentado á nuestros ojos por la esperiencia. Sin embargo, no es muy dificil comprender que un medicamento destinado á ponerse en contacto con las partes de nuestro organismo, que padecen una enfermedad semejante á la que él mismo es capaz de producir en el hombre sano, lo encuentra casi todo hecho, mientras que los remedios aplicados en razon contraria tienen que crear, no solo un fenómeno por entero, sino tambien un fenómeno enteramente opuesto á las circunstancias y predisposiciones favorables á su creacion, lo que no se puede conseguir sino á fuerza de dósis enormes.

En terapéutica no se puede menos de considerar cada sustancia medicinal bajo dos diferentes aspectos, uno relativo á su parte material, y el otro á su parte virtual: de modo que cuando nos servimos de ellos contra las enfermedades, no perdamos de vista ni su masa ni su virtud, cosas bien distintas entre sí, como que la primera solo sirve de vehículo á la última; de donde deberemos inferir, que siendo la parte virtual lo que de curativo encierra el agente medicinal entero, cuanto menos encadenada se encuentre esta potencia por las trabas de la materia, obrará de un modo virtual mas espedito, suave y profundo, *quia corpora non agunt nisi soluta.*

Debemos pues hacer distincion entre la masa y la fuerza de un remedio, aunque no pueden existir separados, pues cuando asi las consideramos, es solo para comodidad del entendimiento, y no olvidemos que la fuerza ó la cualidad es lo que cura, y no la masa ó cantidad. Ahora bien, si establecemos las relaciones de estas dos partes del remedio entre sí, sentando, *que cuanto mayor es la masa de un agente medicinal tanto mas enérgica será su fuerza*, habremos dicho una verdad, pero si pretendemos, *que la mayor masa tenga proporcionalmente mas fuerza*, habremos juzgado rectamente solo en parte. Para convencernos de ello, bastará recordar que ciertos medicamentos en su estado natural se encuentran ya en todo el desarrollo posible de su fuerza, y en tal caso esta se halla en razon directa de cantidad, pero vemos tam-

bien que en otros cuerpos medicinales, y son los mas numerosos, sus fuerzas propias están mas ó menos encadenadas, latentes y como adormecidas, y que por consiguiente no han llegado á su total desarrollo y manifestacion. En este caso los medicamentos antes de emplearlos en las enfermedades, deben sufrir manipulaciones capaces de poner en soltura la totalidad de su fuerza patogenética.

En las sustancias líquidas se consigue esto por medio de las sucusiones y rozamiento á que se sujetan con otro líquido bastante indiferente para que no puedan alterarse sus virtudes, v. gr. con el alcool; y en las sustancias áridas, por la interposicion tambien de otro cuerpo inerte que se le mezcla en grande cantidad, y se tritura con él, v. gr. con el azúcar de leche. Una prueba de ello, que cualquiera puede lograr en sí mismo ú en otro, es que tragando algunos granos de carbon de madera, ó de arena en el estado natural, aunque reducidos á polvo fino, de ningun modo afectarán el organismo: mientras que una corta cantidad, ó una pequeña parte de los mismos atenuados al trillonésimo de grano, producirá efectos tan marcados que en algunos sugetos de escesiva impresionabilidad, se verá que se sobrepasó la dósis competente, y que es necesario aun disminuirla mas.

De las sustancias medicinales que aun en su estado tosco en que las ofrece la naturaleza poseen ya algunos virtudes, se puede decir que el número é intencion de estas recibe un aumento asombroso por medio de las manipulaciones que la homeopatía las hace sufrir. Pero respecto á aquellos otros cuerpos absolutamente inertes en su estado natural como el carbon, la arena y semejantes, aun se podria sentar que la farmacológia homeopática es la que les crea, dá y hace ostensibles todas sus numerosas propiedades medicinales, de que antes absolutamente carecian. De modo que estos cuerpos se puede decir que son ya una cosa muy distinta de lo que eran antes, y de consiguiente, que nuestra pretension de que se puede hacer con una pequeña parte de un preparado homeopático, lo que no se puede con el todo de la sustancia misma sin preparar, ó en su estado bruto como la emplea la alopatía, es fundada y racional, tanto que no se puede objetar que la homeopatía pretende que la parte tenga mas poder que el todo de una misma cosa, sino de otra cosa bien diferente ya despues de puestas en libertad sus propiedades que antes no accionaban.

Algo parecido á esto sucede con la electricidad, cuyos fenómenos vemos desarrollarse de un modo asombroso por la frotacion de un cuerpo con otro, sin que antes se manifestase en ellos la presencia de la materia eléctrica puesta en libertad y hecha ostensible por aquella operacion: lo que nos autoriza á decir, que la totalidad de las fuerzas inherentes á la masa existia oculta y encerrada en la envoltura material de los cuerpos medicinales, lo mismo que la electricidad: es decir, que estaba alli, no en acto sino potencialmente.

Atendiendo al modo de preparar los remedios

homeopáticos, no es difícil esplicar su eficacia. La frotacion despierta muchas fuerzas que sin ella permanecerian ocultas: por ella el cuerno y el marfil adquieren olor: frotando con fuerza dos piezas metálicas una contra otra, se desarrolla un calor bastante para enrojecerlas. ¿Quién no ha visto por la frotacion encenderse el eje de un carro? ¡Qué prodigiosa no es la fuerza que hace nacer un simple choque en una cantidad insignificante de plata fulminante!

De todos modos, si el medicamento se halla á su mayor altura de desarrollo, sea por naturaleza, ó por resultado del arte, la disminucion de la masa produce la disminucion proporcional de la intensidad de las fuerzas que le son propias, aun cuando la cualidad permanezca la misma. Supuesta pues la grande actividad, penetrabilidad, numerosidad y duracion de efectos que los agentes medicinales reciben de aquellas preparaciones, y supuesto tambien que la homeopatía las emplea por el lado de sus efectos patogenéticos primitivos, esto es, obrando en el mismo sentido que obra la enfermedad, es claro que otras dósis que las infinitesimales producirian violentas agravaciones, frecuentemente funestas, y tambien es igualmente claro que la pequeñez de las dósis homeopáticas fluye del principio de la homeopatía.

El que no puede formarse idea de la curacion de las enfermedades por glóbulos y fracciones medicinales al desillonésimo de grano, es porque no comprende ni el principio homeopático, ni las operaciones curativas que la naturaleza emplea contra la enfermedad, ni tiene la menor idea de las condiciones necesarias de curacion; hasta ignora que el tratamiento homeopático consiste en el uso de remedios dotados del poder de desarrollar, de escitar, de sostener todo lo necesario las reacciones ó los esfuerzos convergentes de la fuerza curatriz de la naturaleza. De otra suerte percibiera sin trabajo, que el medio homeopático dirigiendo su accion con preferencia y con mayor intension sobre la parte principalmente afecta del organismo, con la cual se halla en mayor afinidad patogenética, ó digamos, analogía de padecimientos, favorece y auxilia la espontaneidad de accion de estas partes contra la enfermedad: percibiria tambien que los remedios obran de un modo constante sobre los órganos y sus funciones, con que se hallan en mayor afinidad, y que cuando un remedio obra sobre el organismo, se comporta como se comporta la enfermedad, es decir, que todos los efectos del remedio, lo mismo que todos los síntomas de una enfermedad, nacen, por decirlo así, de una raiz sola, de un germen; formando un todo que en su accion tiene su tipo, su curso y sus fenómenos característicos, lo mismo que la enfermedad tiene los suyos; de consiguiente, como ya antes lo he dicho, todo medicamento encierra el gérmen de una enfermedad artificial, que oponiéndola á otra natural análoga, se une á ella por afinidad: con su accion sobre el organismo provoca una especie de contricion orgánica, que

obliga á la vida á rehacerse á un mismo tiempo contra la accion medicinal y la accion morbosa ó de la enfermedad natural, que como análogas que son, se han amalgamado y convertido en una sola y misma entidad, quedando por esto destruidas juntamente y á la vez una y otra accion.

No han reflexionado tampoco los que niegan el poder de las dósis homeopáticas, que su accion es recibida por nuestro organismo, y le afecta al modo de una inoculacion semejante á la inhalacion contagiosa, cuya dósis la mas débil basta á impregnar el organismo, estenderse en él, y aumentarse ocupándolo todo; pues en homeopatía tal atenuacion se dá á las sustancias, se administran en tal grado de subtilizacion, que se puede decir que de sus pequeñas dósis desaparece la materia, quedando solo la virtud medicinal que contenia, que por todas partes se difunde en miasmas medicamentosos, haciéndose esta difusion tanto mas fácil, cuanto que el organismo ofrece mayor impresionabilidad para la influencia medicinal dada, así como ofrece mas contagiabilidad para la enfermedad natural, á que se halla predispuesto, conforme al decantado axióma: «*Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur.*»

Tampoco parece que hayan meditado lo bastante, sobre que siendo la facultad de afectar nuestro organismo mayor en los medicamentos que en las enfermedades, pues estas aun en las epidemias mas debastadoras perdonan algunas víctimas, al

paso que de sentir la accion medicamentosa nadie se exime; debe inferirse que se necesita para impregnar el organismo menos cantidad de miasma medicamentoso, que de miasma morboso: oportunidad que relativamente al medicamento en el enfermo tratado homeopáticamente, se acrecienta hasta el infinito siempre en razon directa de la afinidad que haya entre los síntomas morbosos y los síntomas medicinales: porque (no cesaré de inculcarlo) el organismo ocupado de una enfermedad, ofrece á la accion medicinal capaz de producir síntomas como los morbosos que le maltratan, una oportunidad tan grande, como la que ofrece la inflamabilidad de un cuerpo á la facilidad de arder al contacto de la menor chispa. Las dósis homeopáticas, pues son respecto del organismo paciente, lo que la chispa, á la inflamabilidad de un cuerpo.

Vemos que para comunicar la viruela basta la admision de la inhalacion mas leve; para la vacunacion una porcion de pus imponderable; para comunicar la peste, abrir una carta procedente de donde aquella reina etc. etc.: y siendo mas absoluta y comunicable la accion de los medicamentos, máxime cuando el arte á fuerza de manipulaciones los ha adelgazado tanto, que se puede decir, los ha hecho pasar al estado de virus medicinal (1), ¿nó podrá ser su influencia admi-

(1) A un médico le ocurrió emponzoñar un animal con la nuez vómica: el animal murió. En seguida inocula en una herida reciente hecha á otro ani-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tida, sentida y difundida por el organismo mas fácilmente aun que la de un virus morboso?.... Hay tanta semejanza de efectos entre el modo de engendrarse las enfermedades naturales, y el modo de creacion de los efectos de los medicamentos, que no parecen sino uno mismo. Aunque tanto poder parezca que no cabe en fracciones de materia tan exígua, no por eso deja de ser tan real como en todo lo demas del mundo visible. Lo mas grande que nos presenta ha tomado su orígen de un principio invisible por su pequeñez. El gérmen de una planta, de un animal, etc., es lo mas pequeño que podemos imaginar: despues crece, despues nos asombra el grande desarrollo, el ímpetu y el poder que adquieren todas aquellas actividades imponderables é imperceptibles en su nacimiento. No de otro modo el gérmen de una enfermedad, su causa, á cualquiera grado el mas encumbrado que llegue á elevarse, al comenzar es siempre de tan poco bulto, ó menor que el átomo medicinal que se huye de nuestros sentidos.

La materia reducida al estado de un gas su-

mal, un átomo de sangre tomado del cadáver del primero. El segundo animal murió igualmente, despues de haber sufrido todos los síntomas de la enfermedad que mató al primero.

El Dr. Duffresne es de opinion que la parte activa de un medicamento, la que constituye su virtud, la que lo hace no ser ni sustancia alimenticia, ni sustancia néutra, es un *venenum* particular tan positivo como el de la víbora, el de la abispa; un ser *cuis generis* como los *virus* de la viruela y de la vacuna.

til, de una aura invisible ¡de qué grado de espansion no es capaz!.... Apenas se pueden marcar los límites de esta propiedad, conocida aun de los mas legos, que ven todos los dias lo que pasa en los mataderos de reses para el consumo del público. A la vaca recien degollada y caliente aun, se le hace una abertura en el garron, por la que le soplan algunas bocanadas de aire, que se rarehacen prodigiosamente con el calor del cadáver, y sirve de cuña interpuesta entre cuero y carne, separandolos y facilitando así la desolladura del animal. Luego si todo al nacer es tan pequeño; si la parvedad de su orígen no es obstáculo á su crecimiento, á sus agigantados efectos, que despues admiramos; si en ninguna parte mejor que en lo mínimo se halla la naturaleza entera: «*Nusquam magis quam in minimis tota natura est.*» ¿Por qué dudar de la actividad de las dósis homeopáticas acreditada por razones de tanto peso, y confimada por los hechos?

Fuera de todo esto, no porque las dósis homeopáticas sean poco voluminosas, se deben llamar pequeñas, pues son ciertamente de la magnitud necesaria para producir los efectos á que se las destina, y bajo este respeto no pueden aparecer ni grandes ni chicas: estas dos denominaciones no tienen lugar mas que comparativamente, y ni aun la unidad que generalmente se toma por base de la division de las cosas, basta todas las veces á decidir á cuál de ellas debamos llamar grande ó pequeña, porque no siempre se procede con la axac-

titud y precision necesarias en la eleccion de las unidades destinadas á medir alguna cosa, puesto que muchas veces llamamos pequeñas, porque no se dejan percibir de nuestros sentidos, cosas que consideradas bajo otro punto de vista que el de su volúmen ó su peso, debemos llamar grandes y aun estremadamente grandes.

Es cierto que el peso es tan conveniente como cómodo para apreciar el grandor de una cosa y sus efectos, sobre todo cuando se trata de los producidos por una cierta masa; pero no por eso se crea que las unidades de peso bastan para hacerse apreciables todos los modos de obrar de los cuerpos. Los efectos de la electricidad v. gr., provocada por el contacto, requieren unidades bien diferentes de la del peso, y otra infinidad de acciones de la naturaleza no se hallan en la menor relacion del peso del cuerpo á que pertenecen. Antes pues de decidirnos á afirmar que una cosa es *grande ó pequeña*, y antes de calificar de quiméricos los efectos de ciertos cuerpos que juzgamos demasiado pequeños para concederles una accion cualquiera, necesitamos conocer bien la unidad por la cual hemos de apreciarlos, y no pesar en la balanza lo que debe medirse con la vara. ¿Por qué se han de calcular los efectos de una sustancia medicamentosa segun su peso, y no segun la estension de su superficie? ¿La accion curativa de una sustancia depende de lo interior de esta misma, ó de las superficies esteriores que se ponen en contacto con los cuerpos que la rodean?

El hábil químico y diestro matemático Mr. Doppler discurriendo acerca de las dósis infinitesimales de la homeopatía, sin interés por la una ni la otra de las dos escuelas, pues no es médico, dice entre otras cosas que la superficie matemática de un cuerpo, es la superficie esterior tal cual se presenta á la vista, mientras que la superficie física es el conjunto de superficies de todos los átomos del cuerpo. De donde se sigue, que los cuerpos divididos de cualquiera modo, aumentan la estension de su superficie, porque los átomos que hacian parte del interior se ponen en contacto con las sustancias que los cercan y se convierten ellos mismos en parte de la superficie. Por la misma razon, dos cuerpos separados cuando se unen íntimamente, cada uno de ellos pierde una parte de su superficie, aquella que se une á una superficie correspondiente del otro cuerpo.

Cuando se tritura un cuerpo, cuyo volúmen sea de una pulgada cúbica y se divide en partes, por ejemplo, del tamaño de un grano de arena, esto es, en un millon de piezas, poco mas ó menos, su superficie adquiere una estension de seis á siete pies cuadrados. Luego sobrepujando un grano de arena mas de cien veces el volúmen de los corpúsculos de la arina, de la cal ó polvillo que flota suspendido en el aire, se sigue que el mismo cuerpo (de una pulgada cúbica de volúmen) dividido en partes iguales á estos corpúsculos, adquiere una superficie de mas de mil pies cuadrados.

Un cuerpo de una pulgada cúbica de volú-

men tiene una superficie de seis pulgadas cuadradas: dividido el mismo en pequeños cubos iguales, su superficie se estenderá á 7 y ½ p. cuadrados 48 cubos dan 18 p. 1,000 cubos 60 p. cuadrados: un millon dá 1,000 p.: un millar de millones 10,000 pulgadas cuadradas de superficie total, y sin embargo las dimensiones de estos últimos pequeños cubos no serian mas que de 0, 001. p. ó de 0, 01. de una línea decimal, lo que dista mucho de ser una division al infinito, ni aun al decillonésimo de grano, como lo ejecuta la homeopatía, y sin embargo un cuerpo de una pulgada cúbica de volúmen llevado á dicha division homeopática, daria una superficie capaz de envolver la tierra, el sol, Saturno y todos sus satélites.

Para que el conjunto de superficies llegue á convertirse en una sola superficie verdaderamente física y eficaz, es necesario impedir que los corpúsculos se toquen, lo que solo puede conseguirse mezclando este cuerpo con otra sustancia y triturándolos juntos como practica la homeopatía. Pero es necesario tomar de dicha sustancia una muy grande cantidad, sobre todo cuando se emplean al efecto líquidos que no están compuestos de moléculas poliedras como los cuerpos sólidos, sino de moléculas globuliformes. La trituracion al infinito de un cuerpo sólido no parece que se puede hacer á menos que no se le mezcle con otra sustancia, porque reducidas á polvo muy fino las moléculas de que está compuesto, toman en cierto modo la propiedad de las moléculas de las sustancias líquidas, es decir,

que se transforman en moléculas globuliformes que se sustraen asi á la fuerza que tiende á triturarlas y desmenuzarlas mas; circunstancia que está bien probada por el estado de la arena muy ligera que se llama movediza ó rodadera. Pero mezcladas con otra sustancia, contra cuyas moléculas puedan frotarse los cuerpos sólidos, sufren una division al infinito.

Si es cierto, como sin duda lo es, que los cuerpos son eficaces por sus superficies, cuanto mas se aumenten estas, serán aquellos mas eficaces: por otro lado, esta asombrosa estension superficial hace que todas las paredes interiores del estómago y de los intestinos no sean bastantes para ofrecer contacto al conjunto de partes de la mas pequeña dósis de medicamento asi preparado. Otra razon que apoya la pequeñez de las dósis homeopáticas, y acredita su actividad incomparablemente mayor que la de las enormes dósis de la alopatía, que administradas en un estado casi bruto, obran en el organismo sobre muchos menos puntos de contacto á quienes puedan hacer sentir su accion. Fuera de que, asi como la electricidad se comunica y pasa de un cuerpo á otro frotándolo con él, tambien por la frotacion ó trituracion de un medicamento con otra sustancia indiferente, la parte virtual de aquel se comunica al que le sirve de menstruo (1).

(1) No solo la frotacion desenvuelve las propiedades ocultas de ciertos cuerpos, sino que aun sirve pa-

«Ya hace tiempo que dije (*habla el mismo* »*Doppler en el volúmen VIII de los Anales del* »*instituto politecnico de Viena*) que los cuerpos »puestos en contacto mútuo, adquieren propieda- »des eléctricas, propiedades que conservan aun »despues de reducidos á piezas, triturados ó di- »vididos de cualquiera modo. De aquí se evi- »dencia, que hallándose infinitamente estendida la »superficie de un cuerpo, la cantidad de su elec- »tricidad libre se aumenta, y frecuentemente has- »ta llegar á producir la luz, como sucede, por »egemplo, cuando se tritura azúcar cristalizado. »Pero es igualmente cierto que á pesar de su »enorme cantidad, la electricidad tiene tan poca »tension, que solamente los mas perfectos conduc- »tores, como son, el espacio vacío y la sustancia »de los nervios; y no los metales ni otros cuer- »pos, son los que pueden influir sobre ella has- »ta el punto de desprenderla del cuerpo de que »hace parte. De ordinario tambien cuando las

---

ra transmitirlas de uno en otro, como sucede con el imán, que frotado contra un hierro, le comunica su propiedad. Y siendo verdad todo esto, ¿por qué razon no se han de comunicar por la trituracion y frotaciones las propiedades medicinales al azúcar de leche y alcoól, sustancias no medicinales, y por lo mismo mas apropiadas para ser el vehículo de estas propiedades? La treintésima dilucion homeopática, no debe reputarse como una porcion de líquido que contiene un decillonésimo de sustancia medicinal, sino como una porcion de líquido que ni una molécula contiene, que no se haya hecho medicinal.

»dos sustancias que se han triturado juntas tie- »nen una grande afinidad química, forman una »nueva composicion, y es verosímil que las es- »plosiones que frecuentemente se observan mien- »tras la trituracion, mas que el resultado del ca- »lor aumentado, sean el de esta afinidad produ- »cida por la inmensa estension de la superficie »de los dos cuerpos. El grado de la tension eléc- »trica, pende siempre de las propiedades de la »sustancia triturada; el volúmen mayor ó menor »de las partículas nada influye. La trituracion pro- »longada al infinito no puede pues aumentar la »tension, sino solamente el número de las par- »tículas.»

«La division contínua produce tambien otro »fenómeno que hasta hoy no se ha estudiado »bastante, y que me parece es de la mas alta im- »portancia. Como la superficie de las partículas »no disminuye en la misma proporcion que su »volúmen se aumenta, comparándola á la masa »de estas partículas, en una porcion asombrosa, »proporcion que sigue exactamente la cantidad »de electricidad acumulada en la superficie. Un »buen conductor, por ejemplo, un nervio acercado »á una de estas partículas, cuyo volúmen es tan »pequeño, le debe pues necesariamente quitar »una parte de su electricidad superficial, ó des- »cargarle de ella, dejándole en un estado de in- »diferencia. Mas al contrario, cuando el volúmen »del corpúsculo es estremamente pequeño, la ma- »sa se halla dominada por la electricidad en su

» superficie y arrastrada por su conductor. Esto en » mi opinion esplica el trasporte de los cuerpos, » y facilita conocer que el poder de la corriente » eléctrica es quien decide de la magnitud de los » cuerpos destinados á ser arrastrados por aquella.»

«Desde el momento en que la masa de los » corpúsculos es vencida por la influencia eléctri- » ca de su superficie, desde este mismo momento » se sustraen aparentemente á las leyes de la » gravitacion; desde entonces se mueven con la ma- » yor facilidad, y comienzan, por decirlo asi, á » ser vivos: desde este momento solo, las sustan- » cias medicamentosas adquieren la propiedad de » penetrar toda la economía, y ejercer sobre ella su » influencia curativa. Porque desde el punto en que » los medicamentos triturados se ponen en contac- » to con las estremidades invisibles de los ner- » vios del interior del cuerpo, todas las partículas » hipermicroscópicas entran con su electricidad en » el organismo, y le penetran en todos sentidos. Si » entonces los nervios se hallan en estado nor- » mal, los corpúsculos no se detienen en el cuer- » po, sino que lo abandonan cuando le han re- » corrido. Pero en el cuerpo enfermo, es de pre- » sumir que hay una enagenacion considerable de » la fuerza conductriz de los nervios, que puede » estenderse á todo el sistema nervioso, ú ocupar » solo algunos órganos. Esto hace que los corpús- » culos se detengan en algunas partes, y produz- » can en ellas efectos curativos, segun las pro- » piedades de que la naturaleza ha dotado á cada

» sustancia medicinal; porque el fluido eléctrico » continúa su curso á la manera de los rios, que » dejan la arena y las piedras que arrastran en » los sitios en que su corriente se altera por los » obstáculos que encuentra.»

«Esto nos esplica tambien, por qué las sus- » tancias como la alopatía las administra, insu- » ficientemente trituradas y desprovistas de un » cuerpo intermedio conveniente para estender su » superficie cuanto es necesario, no son capaces de » egercer sobre el organismo una influencia verda- » deramente dinámica, ni afectarlo mas que de un » modo puramente material y químico, cualquie- » ra que por otra parte sea la facilidad con que » se disuelven. Nosotros vemos tambien aqui la » razon porque otras sustancias como las gredas, » el carbon etc., que dados de la manera ordina- » ria de la alopatía no producen efecto alguno, » alteran profundamente el organismo cuando la » homeopatía los administra triturados y dividi- » dos al infinito.»

Sin parar su atencion en nada de todo esto, para ridiculizar la pequeñez de las dósis homeopáticas, dicen sus impugnadores, que echando en el Mediterráneo algunas libras de medicamento, cada gota que de él se tomase, contendria una fraccion medicinal mayor que el decillonésimo de grano que corresponde á la dilucion treintésima. Con lo que pretenden hacer ver que reuniendo el agua de todos los mares, rios y lagos del orbe, escasamente tendriamos líquido suficiente pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra llevar á la treintésima dilucion un par de medicamentos.

Segun el aire victorioso con que se sirven de semejante comparacion hiperbólica, no se puede desconocer la confianza en que están de echar abajo de un solo golpe la creencia que se tiene en la eficácia de las dósis homeopáticas. Mas nosotros que conocemos bien el poco valor de tales chocarrerías, contra la evidencia de los hechos, aun les concederemos para lisonjear su gusto, que no algunas libras de medicamento, ni aun alguna libra, pero ni aun un grano que se echára en el Mediterráneo, del modo que suponen, bastaría á hacer que cada gota de agua que de él se tomara despues pudiera corresponder á otra gota de la dilucion homeopática al decillonésimo, sino que la gota tomada del mar, tendria una cantidad de sustancia medicinal incomparablemente mayor que la tomada de aquella dilucion homeopática.

Hay todavía mas. Al que conoce el valor numérico de un decillonésimo, por poco aritmético que sea, el cálculo le patentizará que suponiendo como está generalmente admitido, que los mares cubran casi las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo, y concediéndoles la profundidad media que mas ordinariamente se supone de ocho mil trescientas ochenta varas castellanas, si en esta enorme masa de agua, se disolviera un grano de sustancia medicinal, la dilucion resultante aun no llegaria á representar la quindécima de la homeopatía.

El mismo cálculo le demostrará, que un decillon de gotas de agua formaria una esfera, cuyo diámetro escedería de treinta y seis millones de leguas, y se le concederá aun, que si del centro de esta esfera, las moléculas de una gota de sustancia medicinal partiesen á la circunferencia con la velocidad de una bala de cañon, necesitarian cuarenta y cinco millones de años para esparcirse en esta masa de un modo uniforme. Pero contra la homeopatía: ¿qué resulta de estos cálculos? Nada. Absolutamente nada. Ninguno de ellos impide que siete onzas de agua ó de alcoól sean suficientes para hacer estas divisiones infinitesimales que tantas imaginaciones asombran. A mas de que al matemático le es tan incompetente la resolucion de esta cuestion, como el argumentar contra las propiedades que puede encerrar un grano de semilla, ó contra la realidad del magnetismo, de la electricidad, del galvanismo, no puede establecer por números los límites donde debe parar la accion de un remedio; pero deberá saber que todo lo que es divisible, aun puede serlo mas, y que el átomo mas pequeño imaginable, siempre es una cosa bien real, que jamás podrá ser reducido á la nada por la division.

A mayor abundamiento, aun les concedemos, que si el agua de todos los mares reunidos fuese destilada y pura y no salóbre, que si se encontrase tambien un frasco capaz de toda ella, y un brazo tan fuerte y vigoroso que bastára á dar al todo los sacudimientos necesarios para hacer la

mezcla exacta é igual, de modo, que cada gota de líquido se hallase en la misma relacion que las demas con la cantidad de medicamento disuelto, en este caso, una sola gota de tan inmensa dilucion tomada por un enfermo, si la eleccion de la sustancia medicinal habia sido bien hecha, produciría efectos sensibles sobre el organismo, y aun en algunas suceptivilidades individuales demasiado violentos.

Ya pues los antagonistas de las pequeñas dósis tienen el reo confeso, y tanto que sin restriccion alguna admite su exagerada suposicion, y aun la puja mucho mas allá de lo que los mismos pudieran desear: pero se les dice tambien, ya que lo ignoran ó por cálculo aparentan ignorarlo, que como queda dicho mas atrás en este mismo capítulo, para llevar una sustancia medicinal hasta la dilucion treintésima ó al decilloneismo de la unidad, no tiene necesidad la homeopatía de tomar todo el líquido del universo á la vez, ni pretende efectuar toda aquella divisibilidad en una sola operacion ó dilucion, sino que al efecto practica treinta diluciones del modo ya dicho antes: y como segun la farmacológia homeopática, para cada gota de la dilucion antecedente, se toman solo noventa y nueve de líquido, resulta que multiplicando noventa y nueve gotas de él por treinta que es el número de las diluciones, la suma es de dos mil novecientas setenta gotas de líquido, cuyo peso no llega á cinco onzas. Con que bien pueden los alópatas dar otro destino al gran charco en que pretendian ahogar las pequeñas dósis de la homeopatía, visto que para su guiso no tenemos necesidad de tanto caldo: y les aconsejamos, que no fallen con tal precipitacion sobre cosa que no quieren tomarse el trabajo de conocer ni de estudiar, si no pretenden darnos pruebas inequívocas de su ligereza deliberativa, bien perjudicial en asuntos de tanta monta.

En vista de las consideraciones que anteceden, ¿en qué lugar deberemos colocar todos aquellos escritores de obras de puro juguete y pasatiempo, que en ellas tratan de ridiculizar las pequeñas dósis, y poner de este modo en descrédito la homeopatía que desconocen absolutamente? En verdad que no podremos formarnos una idea muy ventajosa de su probidad, y en caridad debemos rogarles, que ya que sus escritos no sirvan mas que para disminuir el fastidio de la ociosidad en la gente valdía, ya que sus trabajos literarios se pueden casi calificar de absolutamente inútiles, se abstengan siquiera de dañar con ellos á la sociedad, desviando á sus miembros incautos del bien que pueden lograr de la nueva doctrina médica. Yo hablo aquí de aquellos escritores no médicos, que sin reflexion sientan en sus escritos chocarrerías y sarcasmos disparatados, como generalmente son las de las personas incompetentes para juzgar de una ciencia que les es peregrina. No me refiero á aquellos escritores médicos que de buena fé niegan la eficacia de las dósis infinitesimales, y que son impelidos á ello quizá por el

conocimiento profundo y la esperiencia que tienen de los errores que en todos tiempos han infestado el arte de curar, y que por eso vacilan y temen dar su aprobacion á las mejoras y adelantamientos que se les anuncian, y siempre están puestas en guardia contra las envestidas del charlatanismo.

Tengo su proceder por justo y laudable, por inspirado del poco conocimiento que tenemos de las operaciones misteriosas de la naturaleza. Siempre aplaudiré estos escepticos tímidos y bondadosos, pero les diré que su duda, su repugnancia, en admitir los nuevos descubrimientos, las reformas que exige la imperfeccion de la medicina, imperfeccion de que ellos mismos no cesan de lamentarse, no debe pasar los límites de una duda racional. Les haré presente, que á proporcion que crece la edad de los pueblos, crece tambien su ilustracion, mediante la cual las luces progresan, vienen las innovaciones, maduran los descubrimientos y hay necesidad de reformas científicas, y que cuando todas las ciencias progresan, no debemos consentir que la nuestra sola permanezca estacionaria, y como enclavada en su humillante *statu quo*, de miedo á decepciones como las ocurridas en tiempos mas oscuros, casi ya sin cabida en el actual por los medios que nos ofrece de evitarlas.

No me cansaré de exhortarles á que armados de una buena lógica y de un criterio seguro, examinen todos los inventos; y si hallan que nacen de una conjetura, duden, desconfien de ellos;

pero que si por el contrario llevan el visto bueno y la sancion de la esperiencia, árbitro esclusivo en toda cuestion aun la mas contraditoria, á cuanto de bueno y de cierto creiamos saber hasta el dia, debemos acogerlos favorablemente.

Sirviéndose de este criterio, el que no pueda convencerse de la eficácia de un remedio administrado á la dósis homeopática ordinaria, que lo dé preparado siempre con sujecion á esta doctrina, conforme á su principio fundamental y á la dósis (homeopática) que le parezca suficiente para producir efectos mas marcados, y si con ojo atento los sigue en su nacimiento, desarrollo y curso, verá que dósis grandes de los remedios homeopáticos, producen reacciones demasiado fuertes del poder medicatriz de la naturaleza, y le persuadirán de la necesidad de achicarlas mas y mas para evitar aquellos movimientos tan tumultosos, aquellas crísis tan violentas y arriesgadas, y dejar la accion medicinal en relacion justa con la impresionabilidad del enfermo, y la analogía de su enfermedad con el remedio bien apropiado.

Con esta regla de conducta, colocados sobre el terreno de la homeopatía, y provistos del anteojo de una lógica severa, tampoco dudo lleguen á descubrir que la exigüidad de las dósis homeopáticas está recomendada por la naturaleza cuando se quiere obrar conforme á la ley de los semejantes, tanto como en alopatía puede estarlo el mayor tamaño de ellas, procediendo con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

forme á la ley de los contrarios. De suerte que se puede decir, que partiendo cada una de diferente principio, ambas escuelas obran consiguientes, una por semejanza, otra por contrariedad á los síntomas morbosos. De donde se sigue, como ya mas arriba lo he dicho, que la primera solo tiene que despertar la accion del organismo contra el mal que lo ocupa; mientras la otra tiene que crear enteramente una enfermedad distinta, y á veces contraria á la que se quiere destruir. Porque, si cada medicamento encierra el gérmen de una enfermedad artificial *sui géneris*, si el estado mayor de impresionabilidad del medicamento en su contacto con el organismo enfermo, decide la mayor impresionabilidad medicamentosa; y finalmente, si la una escuela procede por semejanza de padecimientos, y la otra por desemejanza unas veces, otras por contrariedad; es claro que el medio homeopático encontrando el organismo dispuesto á su accion, tiene muy poco que adiccionar; y que el alopático lo tiene que hacer todo de nueva planta, en oposicion á veces á la receptividad orgánica, á la predisposicion dominante, y á las circunstancias que favorecieran el desarrollo del fenómeno que se quiere hacer nacer. Para lograrlo, pues, se vé en la precision de ir contra todas estas circunstancias, de conmover, de sacar de quicio la parte sana del organismo, y esto requiere dósis muchísimo mayores que en el caso contrario ú homeopático, en que se vibra directamente la misma cuerda que vibra el mal.

Es tambien evidente que cuanto mas pronunciada sea la parte vital de un medicamento, menos masiva tendrá que ser su dósis: en homeopatía se administran al mas alto grado de desarrollo de aquella propiedad dinámica; en alopatía, en un estado casi bruto: luego se necesita menor masa de aquellos que de estos para obtener iguales efectos. El médico homeopático sigue un rumbo, otro contrario el que profesa la alopatía. Este con sus enormes dósis en estado grosero, convierte muchas veces el esfuerzo saludable del organismo en motivo de destruccion; el medicamento mas saludable es veneno: el tratamiento homeopático sabe convertir en provecho de la humanidad, dos fuerzas que parecen destinadas á destruirla; la enfermedad y el veneno. ¿Cuál pues de los dos rumbos será mas prudente seguir?

Mirada bajo este punto de vista la cuestion de las dósis microscópicas de la homeopatía, no puede sufrir, no puede hacersela objecion alguna séria; y si no, que me digan los incrédulos: ¿en qué grado comienza, y en qué estremo concluye la escala de la afectabilidad del organismo humano? ¿Cuál es el médico alópata que consentiria en recibir sobre una cortadura reciente el decillonésimo de grano de la baba de un perro rabioso? ¿Quién no conoce los malos resultados de la picadura del escalpelo empleado antes en la diseccion de algunos cadáveres?

Muchas mas razones y pruebas pudiera producir en apoyo de la eficacia de las dósis homeo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

páticas sobre las que dejo consignadas, y con que he estado hasta aquí hablando al entendimiento de mis lectores, pero temo hacerme demasiado difuso, voy pues á concluir este discurso con un caso práctico entre los muchos que pudiera referir, para hablar tambien á sus ojos.

Doña Antonia Molino, vecina de esta Villa y Corte de Madrid, en la calle de la Gorguera, número 17, cuarto principal donde todavía permanece, hace mas de tres años que se halla en completa salud despues de haber padecido otros tantos ó mas una nevralgia facial intermitente de tipo indeterminado, entre cuyos síntomas, el mas molesto consistia en abrirsele involuntariamente la boca de un modo estraordinario y verdaderamente espantoso, tanto que la mandíbula inferior amenazaba desquiciarse de su articulacion, en medio de dolores calambroides tan violentos, que privaban de sentido á la enferma. Tres celebridades médicas de esta Corte, los D. D. Isern, Sanchez y Hortega, fueron contemporáneamente encargados del tratamiento de la enferma, que á pesar de los mas esquisitos medios alopáticos, no pudieron aliviarla, ni con un vendage ó muelle de acero que idearon para que sirviese como de brida á la mandíbula inferior, para que no la permitiese apartarse de la superior mas que á cierta distancia, lograron tampoco impedir su separacion, que hacia impotente la fuerza de dicho muelle, cayéndose, saltando ó rompiéndose este cuando los accesos se presentaban.

Hallábase por una parte la enferma cansada de luchar infructuosamente contra un enemigo tan molesto y rebelde, por otra parte los médicos fastidiados de la esterilidad de sus esfuerzos mas sábiamente calculados conforme á la doctrina médica dominante, y se resolvió unánimemente someter la enferma á un tratamiento homeopático.

A pocos dias de establecido este, se hicieron los accesos menos frecuentes y menos intensos: la continuacion del mismo dejó luego despues la enfermedad reducida á un ligero amago, que presentándose por dos ó tres veces solamente, y de cada una mas tarde, fué en todas ellas disipado, sin que la señora, objeto de este caso, haya vuelto á sentir, hace ya mas de tres años, el mas leve trastorno de su salud.

Consigno este caso con preferencia á otros muchos análogos, por haber ocurrido en Madrid mismo donde escribo; en persona bastante conocida, por ser de categoría, y vecina de la misma poblacion hace muchos años, los profesores que la asistieron, celebrados justamente por su saber, probidad y amor á lo verdadero, circunstancias que no permiten dudar que la imperfeccion no estaba en los hombres de la ciencia, sino en la ciencia misma: todo lo cual, sobre facilitar la averiguacion del hecho á todo el que quiera tomarse el trabajo, inspira confianza por la categoría de los testigos, y prueba bien que esas dósis tan diminutas de la homeopatía, esos invisibles átomos medicinales, esas gotas que algunos llaman de

agua chirle, y que sin consultar los hechos, califican de absolutamente inactivas, tienen mas poder, mas actividad, mas fuerza que en aloptía los muelles de acero mejor templado, por encumbrado que sea el saber del alópata que las emplea.

Recibimiento, progresos y estado actual de la homeopatía en España.

Desde 1834 los periódicos de nuestra nacion, señaladamente el boletin de medicina y cirujía, comenzaron á hablarnos alguna rara vez de la homeopatía, como de una novedad mas digna del ridículo, que de pensar en ella sériamente. La causa de un recibimiento así estaba en la homeopatía misma, que ofrecia puntualmente el *vice versa* de las opiniones que desde el orígen de la medicina habiamos tenido por mas racionales y mejor fundadas. Acostumbrados á ver algunas veces las dósis medicamentosas mas abultadas sin efecto sensible, no era de estrañar nuestra repugnancia en creer la actividad de las imperceptibles que usa la nueva escuela. Mas adelante ya los periódicos usaban de un lenguaje mas sério cuando nos hablaban de la nueva doctrina, presentándola, como una invencion que aunque podia ser caprichosa hasta cierto grado, tambien contenia alguna verdad útil, en cuyo apoyo nos referian casos de curaciones homeopáticas, tomados ó copiados de los periódicos estrangeros.

Dos años se pasaron de este modo dándonos

los periodistas progresivamente algo mas frecuentes, y algo mas favorables noticias de aquella revolucion científica, que si llegaba á resultar enteramente fundada sobre la verdad, amenazaba destruir el edificio médico antiguo; esta idea picaba mucho la curiosidad de algunos médicos, y les persuadia la necesidad de estudiar y conocer bien la homeopatía, para averiguar qué doctrina era aquella que ya iba levantando bastante rumor en varias capitales de Europa.

Pero España carecia de obras traducidas á nuestro idióma, que enseñasen aquella doctrina escrita en aleman, y despues traducida al francés. A esta necesidad quiso ocurrir en 1836 el jóven Dr. don Ramon Isaac Lopez Pinciano, que decia haber estudiado en Francia la medicina y doctorádose allí mismo. No favorecia mucho á los progresos de una ciencia nueva el crédito que pudiera adquirirle la circunstancia de ser su apóstol un muchacho apenas conocido en nuestra península, con todo él se vino á Madrid, donde tradujo al español, y publicó la carta del conde Saint Desguidi, dirigida á los médicos franceses; y algunas otras obras de homeopatía, cuya tratraduccion no concluyó, abriendo al mismo tiempo suscricion á un periódico titulado, el Monitor médico-quirúrgico, del que solo dió pocos números, cesando luego su publicacion, sin duda porque Pinciano solo no podria desempeñar al mismo tiempo tantas atenciones como se habia impuesto. Si hubiera tenido colaboradores, hubie-

agua chirle, y que sin consultar los hechos, califican de absolutamente inactivas, tienen mas poder, mas actividad, mas fuerza que en aloptía los muelles de acero mejor templado, por encumbrado que sea el saber del alópata que las emplea.

Recibimiento, progresos y estado actual de la homeopatía en España.

Desde 1834 los periódicos de nuestra nacion, señaladamente el boletin de medicina y cirujía, comenzaron á hablarnos alguna rara vez de la homeopatía, como de una novedad mas digna del ridículo, que de pensar en ella sériamente. La causa de un recibimiento así estaba en la homeopatía misma, que ofrecia puntualmente el *vice versa* de las opiniones que desde el orígen de la medicina habiamos tenido por mas racionales y mejor fundadas. Acostumbrados á ver algunas veces las dósis medicamentosas mas abultadas sin efecto sensible, no era de estrañar nuestra repugnancia en creer la actividad de las imperceptibles que usa la nueva escuela. Mas adelante ya los periódicos usaban de un lenguaje mas sério cuando nos hablaban de la nueva doctrina, presentándola, como una invencion que aunque podia ser caprichosa hasta cierto grado, tambien contenia alguna verdad útil, en cuyo apoyo nos referian casos de curaciones homeopáticas, tomados ó copiados de los periódicos estrangeros.

Dos años se pasaron de este modo dándonos

los periodistas progresivamente algo mas frecuentes, y algo mas favorables noticias de aquella revolucion científica, que si llegaba á resultar enteramente fundada sobre la verdad, amenazaba destruir el edificio médico antiguo; esta idea picaba mucho la curiosidad de algunos médicos, y les persuadia la necesidad de estudiar y conocer bien la homeopatía, para averiguar qué doctrina era aquella que ya iba levantando bastante rumor en varias capitales de Europa.

Pero España carecia de obras traducidas á nuestro idióma, que enseñasen aquella doctrina escrita en aleman, y despues traducida al francés. A esta necesidad quiso ocurrir en 1836 el jóven Dr. don Ramon Isaac Lopez Pinciano, que decia haber estudiado en Francia la medicina y doctorádose allí mismo. No favorecia mucho á los progresos de una ciencia nueva el crédito que pudiera adquirirle la circunstancia de ser su apóstol un muchacho apenas conocido en nuestra península, con todo él se vino á Madrid, donde tradujo al español, y publicó la carta del conde Saint Desguidi, dirigida á los médicos franceses; y algunas otras obras de homeopatía, cuya tratraduccion no concluyó, abriendo al mismo tiempo suscricion á un periódico titulado, el Monitor médico-quirúrgico, del que solo dió pocos números, cesando luego su publicacion, sin duda porque Pinciano solo no podria desempeñar al mismo tiempo tantas atenciones como se habia impuesto. Si hubiera tenido colaboradores, hubie-

ra podido continuar el servicio que habia comenzado á hacer á su patria, que sin embargo le tiene que agradecer el haber sido de los primeros á facilitar medios de ir principiando á conocer la homeopatía. El año 35, un año antes que Pinciano comenzase sus publicaciones dichas, se verificó en Cádiz la de los archivos de medicina homeopática, traducidos del francés, de que se dieron á luz cuarenta ú cincuenta números, y cesó.

Antes que el Dr. Pinciano dé su redaccion periodística, me hallaba yo ya ocupado sériamente del estudio de la homeopatía en las traducciones francesas del Dr. Jourdan, que este y otros sus compatriotas habian hecho de las obras originales escritas en aleman. Despues de un año ú mas entregado á las mas profundas meditaciones de aquellas, fué cuando acosie á esta mi primera ocupacion la de la prueba de los sentidos, haciendo esperiencia sobre mi organismo de los medios terapéuticos de la homeopatía, y anotando cuidadosamente las menores alteraciones que me producian en lo físico y en lo moral, para que conforme á la ley de analogía, el conocimiento de los síntomas morbosos artificiales provocados sobre mi organismo, me diese el conocimiento de los síntomas morbosos naturales que los primeros tenian poder de borrar en el enfermo, con prontitud y seguridad. De este modo, segun ordena la homeopatia, la esperiencia clínica me sirvió de piedra de toque y de contraprueba de la esperiencia pura ó practicada sobre el organismo sano.

Solo despues de dichas pruebas y contrapruebas de la verdad de la ley de los semejantes, y de la utilidad de su aplicacion al tratamiento de las enfermedades, fué cuando comencé á imprimir y publicar mis indagaciones y sus buenos resultados, exhortando á mis compañeros á que las repitiesen, y les revelarian la utilidad incontestable de la nueva doctrina.

En 1838 aprovechando la oportunidad que me daba mi destino de médico titular de Toro y sus hospitales, establecí en el general de la misma ciudad, una seccion de clínica homeopática, en que solo tenian cabida los enfermos declarados incurables ó de mas difícil curacion por la doctrina de la escuela médica ordinaria; siendo notable que de cuantos enfermos entraron en dicha clínica, ninguno feneció: unos salieron de ella con alta por hallarse ya completamente sanos, y todos los demas que permanecieron hasta el dia en que se cerró, habian ya recibido considerable alivio, como resulta de los libros del gobierno de dicho hospital en su contraloría.

El establecimiento de la dicha seccion, no tuvo por objeto indagar el valor de la homeopatía, sino el de dar de él la prueba mas auténtica y capaz de obrar en los ánimos una conviccion íntima. Los enemigos de la homeopatía conocieron pronto que un hecho tan público y decisivo frustraba todas sus maquinaciones, y era necesario impedir su continuacion. Para ello no perdonaron medio de poner á la junta de beneficencia

en que tenian algunos compañeros de conspiracion, en mal sentido respecto á la homeopatía, y unos con otros en union consiguieron sobornar aquella.

La seccion homeopática no podia cerrarse so-color de inútil ni mucho menos de perjudicial: los libros del hospital probarian la impostura: sin embargo, la junta impulsada del espíritu de pandillage, tenia ya resuelto que la seccion de clínica homeopática, feneciese espresándome su voluntad en este firmán. - *Desde hoy se le prohibe á V. continuar con la seccion homeopática, que cerrará inmediatamente.*—Y he aquí una junta laica sobrepuesta á la autoridad de la iglesia romana, cuya cabeza visible no se hubiera creido con facultad de absolver á ningun médico de su juramento de ejercer la profesion, lo mejor que su ciencia y su conciencia le indicasen, porque eximirle de cumplir tal juramento, era contra las leyes de la humanidad y de la caridad cristiana, era una atrocidad.

La junta de *beneficencia* debió de reflexionar que tales actos desmentian absolutamente su apellido, y quiso disculpar el esceso que acababa de cometer. Para ello probó á persuadir á la direccion general de Estudios, *que el haber cerrado la seccion de clínica homeopática, habia sido en atencion á no estar todavía autorizada semejante práctica médica por S. E., de quien esperaba la aprobacion de aquella medida.* Mas como el cuerpo directivo de la facultad tenia otra ilus-

tracion y otros sentimientos que los de la junta *benéfica de Toro*, le contestó: *Que todo médico autorizado, lo estaba tambien para curar los enfermos confiados á su cuidado, del modo mas directo, mas suave y mas seguro, que su ciencia y su conciencia le dicten.*

A pesar de haber visto la junta de Toro su conducta tan espresamente reprobada por la autoridad superior competente; la seccion de clínica ya cerrada no volvió á abrirse: *Quid scripsi scripsi*: con lo que el hospital quedó privado de aquel beneficio, pero fuera de él, ya desde entonces para siempre empleé el tratamiento homeopático, esclusivo en cuantos enfermos reclamaban mis cuidados: y como dicho tratamiento aumentaba prodijiosamente el número de sus socorridos, no encontrando ya los detractores de la homeopatía eco en el pueblo, contra una doctrina que todos reconocian ya salvadora de los enfermos; y viendo que de consiguiente se iba acreditando cada dia mas la homeopatía por toda la Castilla la Vieja, perdieron del todo las esperanzas de triunfar, y dejaron de perseguirla.

Pero despues de este acontecimiento, sucedió que la lectura de algunas pequeñas publicaciones mias, señaladamente la de mi obrita titulada: *Aviso á los amigos y enemigos de la homeopatía*, con la fama de los buenos resultados que su práctica me daba en Toro y pueblos del partido, conmovió los ánimos de la juventud dedicada al estudio de la medicina en la universidad

literaria de Valladolid. Con mis escritos en la mano, exigieron de sus maestros mas de una vez que les esplicáran la doctrina de que aquellos trataban, y les pusieran á su alcance; y si al contrario, la tenian por absurda, les mostrasen las razones poderosas que justificasen tal calificacion.

Pero los catedráticos no podian complacer á sus discípulos, dándoles á conocer la homeopatía que ellos mismos ignoran absolutamente, ni tampoco podian armarlos de razones ni objecciones poderosas con que probar su inferioridad á la doctrina de la escuela médica ordinaria, porque no las hay, y porque son muy fuertes las que militan en contrario de esta inferioridad: ni, finalmente, podian instruirlos en los medios de defensa contra los ataques que la homeopatía dirige á la alopatía, porque la primera ataca vigorosamente y en regla, á la última que edificada sobre un terreno frágil y movedizo, vendria á tierra á pocos golpes.

Por no poder vencer tantas dificultades, ni atreverse á confesar francamente que desconocian la homeopatía, estando como están en la obligacion de seguir á la ciencia en sus progresos para poderla enseñar de lleno y no á medias, ó mucho menos; resolvieron seguir con sus discípulos una conducta oblícua, no negándose abiertamente á los deseos que les habian espresado, temerosos de que con la negativa, se disgustarian mas de lo que ya estaban; pero como tampoco podian satisfacerlos, tomaron el partido

de ir ganando tiempo hasta el fin del año escolástico, calmando de cuando en cuando la inquietud de aquellos jóvenes con promesas sucesivas de un dia para otro que nunca llegaba.

La impaciencia de los estudiantes se aumentaba á vista de tal amaño, cuyo rumor estendido por la poblacion, llegó á oidos del rector de la universidad; que para ocurrir á las consecuencias del pronunciamiento escolar, reunió el claustro de doctores, y como los medios de hacerlo cesar eran enteramente del recurso de las borlas médicas, estas propusieron y fué unánimemente acertada la medida de invitarme á que me personase yo en aquella universidad á defender las doctrinas médicas que proclamaba, respondiendo á las objecciones que pudieran hacerme los doctores de la facultad, que prometian abrazar la homeopatía, si se les convencia de su positivismo y utilidad.

Ignoro si esto pasaria puntualmente del modo dicho que me aseguraron personas veraces, lo cierto es que el 22 de enero de 1840, recibí la mencionada invitacion, fecha del dia anterior, y firmada de dos comisionados nombrados al intento por la escuela y maestro público de medicina clínica, y que mi contestacion á tan honorífica propuesta, fué la de presentarme al siguiente dia en Valladolid, con sorpresa de los DD. médicos, los cuales como no habian creido posible mi admision de su reto literario, y lo veian aceptado, todo el miedo que suponian me lo ha-

ria rehusar, se pasó de golpe á ellos viendome ya en la arena dispuesto á hacerles frente.

Pero la posicion que ya habian tomado, no podia sin descrédito abandonarse, y algo era necesario hacer para conservarla. A meditarlo y disponerlo la academia médica quirúrgica, reunió en junta todos sus sócios, que votaron conformes la pronta apertura de la pública discusion de la homeopatía, y acosarme en ella por todos lados, sin darme lugar suficiente de terminar mis respuestas á sus objecciones, que acordaron, que me presentarian en tropel para embrollar la cuestion, y llevar la confusion por todo, de suerte que los circunstantes no pudieran percibir á quien debian conceder los honores del triunfo, que los académicos esperaban seria suyo, pues sin tantas precauciones conseguian todos los dias, que despues de granizar horas enteras, objecciones y argumentos de toda especie en los actos literarios, saliesen los espectadores sin saber á qué atenerse; quien tuvo razon, y aun á veces sobre qué versaba la disputa, gracias al lenguaje tan exótico y peregrino que nadie lo entiende, á cuyo favor se ocultan á los ojos del pueblo cosas que conviene que nadie las perciba.

Tal fue la estratégia que aquella corporacion en consejo de guerra creyó mas conveniente á sus fines y á su situacion, mas para asegurar mejor el éxito de su empresa, halló necesario practicar un reconocimiento del campo enemigo, de lo que se encargó don Sabino de Ara, que desde

entonces se ocupó en espiarme y hacerseme frecuentemente encontradizo, y mediante no serme este sugeto enteramente desconocido, se valia de esta circunstancia para hablarme de la homeopatía, y calcular la fuerza de las razones que tubiese en su defensa, presentándome objecciones contra ella, á que yo respondia con la misma franqueza que creia ser preguntado.

Don Sabino de Ara desempeñó bien su comision, cuyos resultados sin embargo descontentaron á la academia. Las reiteradas conferencias de aquel conmigo, conmovieron su fé médica, que comenzó á vacilar y disminuir respecto á sus antiguas creencias, al paso que iba percibiendo y aficionándose á las verdades de la homeopatía, que me confesó le tenian ya medio vencido por las pruebas de raciocinio, y que presentía su completa decision á abrazar aquella doctrina, sínceramente, si veia que los hechos confirmaban la teoría.

Vuelto á la academia á dar cuenta del desempeño de su comision, la manifestó que opinaba que los actos públicos literarios que contra la nueva doctrina, esperaba le habian de proporcionar una gloriosa victoria, quizá por el contrario le obligáran á retirarse confusa y avergonzada á un oscuro rincon donde ocultar su ignominia. Que la homeopatía, segun el juicio que de ella habia formado en las discusiones conmigo, era algo mas sério, y de mas fundado de lo que pensaba la academia, quien por tanto deberia proceder

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con mucha circunspeccion si continuaba en ánimo de impugnarla, de que por su parte desistia enteramente, por no ir contra las inspiraciones de su corazon, que le presentaban injusta la impugnacion de una doctrina, de cuya verdad y utilidad, si antes tenia gravísimas dudas, ahora ya se hallaba asi del todo persuadido y con resolucion de abrazarla públicamente, con todas sus consecuencias, si del crisól de la esperiencia salia con la pureza y brillo que fundadamente le hacian esperar las pruebas que ya tenia de raciocinio. Pocos meses despues habia renunciado á la alopatía, y héchose un homeópata celoso.

Semejante declaracion trastornó todos los planes de la academia, y la puso en precision de reemplazar su poco decorosa estratégia votada antes, con otra todavía mas detestable por no adoptar un proceder franco y síncero como el que habia visto en su sócio Ara, quizá el mas ilustrado de la corporacion. Resuelta pues á todo menos á confesar sus temores, discurrió que si huia el público combate á que la misma habia provocado, su crédito padeceria ciertamente, pero le quedaba el recurso de repararlo algun tanto, con invenciones y apariencias de que podia revestir su cobarde conducta, y aun hacerla pasar por cuerda y prudente, mientras que el desastroso éxito de un duelo admitido y mal sustentado á la vista de un pueblo testigo de sus brabatas, imposibilitaba de todo punto la reparacion del honor académico perdido para siempre.

Por eso la academia, viendo en las discusiones públicas su golpe de muerte, ya no se ocupó desde entonces mas que de elúdirlas por todos los medios espresados en el manifiesto que en aquella ocasion publiqué, y que ahora para dar á mis lectores conocimiento del modo con que en aquellas circunstancias se comportó la academia, he creido conveniente insertar en el apéndice con que fina la presente obra.

Se creia que despues de todo lo pasado, y no atreviéndose la academia á contestar mi escrito, ni aun de un modo escusatorio, ya que victoriosamente no podia, hubiera escarmentado y dejádose de brabatas que le reportaban los triunfos de Vasco Figuera, mas no fué asi. Al año y medio de haber recibido aquel bofeton, y cuando ya hacia uño que el que se lo habia dado no residia en Valladolid, se vieron ciertos trozos de tela de seda, en que los SS. Campesino y Samano habian estampado la siguiente:

Thesis.

D. O. M.

Pro doctoratus laurea in medicina obtinenda in hac Pinciana academia.

Lic. Marianus Gonzalez Samano,

Sequentem offert dilucidandam thesim.

Medicinæ homeopáticæ vis jam pridem et etiam nunc, summis laudibus celebrata, nullum in medicina usum habere potest, adeoque mérito inter aniles fabulas numeranda.

Sub auspiciis

D. D. D. Mariani Campesino in eadem pathologiæ specialis profes., ac prædictæ facultatis méritiss. Decani.

Die XXVIII de novembris, ann. dom. MDCCCXLI

M. H. XI.

Los autores de esta tésis, con el poco pudor que se requiere para estamparla despues de haber sufrido una rota tan humillante, se animaron á publicarla, porque estaban seguros de que nadie la impugnaria, por no ser permitido sino al que está destinado de antemano á representar semejante papel como puro ceremonial, que es del doctorado. De otra suerte la academia no hubiera dado señales de vida, hubiera permanecido en la ásfixia en que quedó despues de mi manifiesto, y en la que ha vuelto á caer despues de su tésis, y de la que no vuelve aunque el redactor de los archivos españoles de homeopatía en su tomo II, número 19, correspondiente á enero de 1842, le aplica este estimulante. «Una »opinion que se hace pública, y que tanto inte»resa á la ciencia y á los hombres, es responsa»ble ante ellos de su influencia y de sus efectos: »una conclusion, que con tan descorteses modales »obsequia á un descubrimiento, que otros pro»fesores de no menos respeto y nombradía, es»parcidos por todo el mundo, proclaman unán»nimes como inmenso y benéfico, tiene que fun»darse en hechos y dar estrecha cuenta de su »procedencia. Nosotros, en nombre de todos los »homeópatas, de la ciencia y de la humanidad,

»exijimos eficazmente de estos señores, á quie»nes dirijimos en derechura este número de nues»tro periódico, la razon esplícita de su asevе»racion; el relato y la espresion exacta de sus »procedimientos esperimentales y de sus resul»tados: lo exigimos con apremio, porque es una »deuda que tienen contraida.»

Pero para las almas absurdas como las de los autores de una tésis tan irritante y ofensiva, los silvidos son arrullos, y aunque los atara cen á mordiscos, no se darán por sentidos, cuando no tienen como el corderillo de la fábula, cerrada la puerta del aprisco para insultar al lobo á mansalva y sin miedo á sus dientes, no quieren defenderse, porque saben que no les conviene, aunque los zahieran y llenen de merecidos denuestos, porque saben que su causa ya de suyo mala y perdida, se hace todavía peor con la defensa; siguen el consejo de Ovidio, que no parece sino que estaba hablando con ellos en este dístico.....

Tu cave deffendas quamvis mordebere dictis;
Causa patrocinio, non bona; perjor erit.

No se crea pues, que aquella conclusion se sentó con ánimo de dar la razon fundada de ella cuando fuese pedida. La cobardía de sus autores no les permite mas que atacar vilmente por la espalda, y con armas prohibidas, al que en volviendo la cara hácia ellos, ya no los encuentra; y la conducta, vil, cobarde y procaz del decano de la facultad médica de Castilla la Vieja y

de su ahijado Sansano, mientras no la justifican con buenas razones, nos autoriza para decir por boca de un sábio griego: ¡*en cui non dubitatis credere capita vestra*!..... Cuya traduccion libre al modo de las del *curioso parlante*, es.... habitantes de Valladolid,..... ¡contemplad á qué hombres no dudais confiar el cuidado de vuestra salud y de vuestra vida!

Por fortuna, la sensatez que distingue los médicos españoles de los de otras naciones, ha hecho que tan reprensible conducta de aquella academia, no haya sido imitada de otra alguna en España. Todas ellas ciertamente se detienen en abrazar la doctrina homeopática, pero tienen poderosas razones justificativas de su conducta. Tienen la triste esperiencia de que muchos sistemas han sido proclamados sucesivamente con un ardiente entusiasmo, como los mas fundados y útiles, sin que esto haya impedido que despues de bien examinados y probados en la piedra de toque de la esperiencia, tengan que ser abandonados por viciosos y perjudiciales. Otra razon prudente de la conducta de las academias médicas de nuestra nacion, está en que la nueva doctrina funda su terapéutica sobre un principio enteramente contradictorio al de la terapéutica de la doctrina médica antigua ó dominante, y todo espíritu recto y severo, puede y debe permanecer constante en aquellas opiniones, que siempre ha tenido por mas seguras, mientras su conviccion la mas íntima y profunda no le obligue á subtituir á aquellas otras evidentemente mejores.

La mision de tales cuerpos médicos, es la de mantener la pureza de la ciencia, librarla de innovaciones perjudiciales, estár de continuo puestos en guardia contra las embestidas del charlatanismo, y velar por la conservacion de sus preciosas adquisiciones, sin desperdiciar la ocasion de aumentarlas. Asi es, que si no han abrazado la homeopatía, tampoco la contrarian; se ocupan en su exámen, que tambien les era encargado por la direccion general de Estudios, para averiguar si son ciertas las utilidades que la homeopatía preconiza, y en tal caso aprovecharlas.

Entonces todos los cuerpos directivos de la ciencia salvadora de los hombres, y todos los médicos de la nacion, vista la hermosura y bondad de la homeopatía, correrán á abrazarla con todas sus aplicaciones, y esta preciosa conquista agregada á las que ya poseemos, será un nuevo y rico eslabon añadido á la cadena del progreso científico, y será tambien la prueba evidente de que los médicos españoles saben evitar el pecado de ligereza, tanto como el de contumacia en punto á innovaciones, sin admitirlas ni desecharlas, adoptando una duda filosófica, que conservan hasta que su razon les dice que ya no es necesaria, porque ya divisaron la verdad y corren á su encuentro.

Por lo mismo de haber su decision madurado

tan lenta y tranquilamente, es mas perfecta y mas segura; nunca serán transfugas de la homeopatía, reclutas, que tanto lo meditaron antes de filiarse en sus banderas.

Estos y semejantes motivos han reglado hasta ahora generalmente la conducta severa, y detenida de las academias españolas de medicina, y de los demas médicos, respecto al recibimiento de la homeopatía, han hecho que los progresos de tan benéfica doctrina sean lentos, pero no por eso menos seguros.

Las causas que se han señalado, como contrarias á la marcha espedita de la homeopatía, derivaban del carácter y naturaleza de la misma doctrina, que con su estrañeza suma asombraba á todos las primeras veces que oian hablar de ella, y no salian de su asombro, hasta despues de haber comprendido bien y asegurádose de su positivismo, por medio del estudio mas atento y continuado de la teoría, y de los hechos que deponian á favor de ella. La conducta pues, que atendido al aspeto de la innovacion, adoptaron las corporaciones y la generalidad de los médicos de la nacion, fue prudente, reglada por una buena fé, incontestable é ilustrada, y motivada por un sentimiento verdadero de su posicion, y por un interés bien entendido de la humanidad y de la ciencia.

Mas aparte de los inconvenientes que contra el progreso de la homeopatía, derivaban del carácter mismo de esta; otros, tanto ó mas poderosos, provenian de la guerra civil, que poniendo á los pueblos en el estado mas lastimoso de escasez y pobreza, era causa de que á sus médicos pagasen mal las dotaciones, y por eso carecieran de lo necesario para vivir con decencia y se viesen imposibilitados de proporcionarse las obras elementales de homeopatía, aunque tuvieran de ella algunas noticias, y los mas vivos deseos de aprenderla fundamentalmente. La pobreza misma, que no permitia á los médicos gastar en obras de homeopatía, lo que necesitaban para su sustento, y otras necesidades de familia, les hacia tambien economizar ó aun cortar enteramente su correspondencia interior y estrangera, sin contar con la falta de comunicacion en que á consecuencia de la guerra se hallaban las provincias entre sí y con la capital, lo que hacia tambien que los médicos se hallasen como aislados y sin poderse comunicar unos á otros recíprocamente sus conocimientos, ni sus adelantos en homeopatía. La adhesion á las instituciones liberales, y al trono de Isabel II, tan generalmente grabada en los ánimos de los médicos españoles, les atrahia no pocas persecuciones, y para sustraerse á ellas, cuando les era posible, huian de una á otra provincia que les parecia mas pacífica, de la que á veces tenian que emigrar luego que las vicisitudes de la guerra y las opiniones políticas acrecentaban la violencia de los diversos partidos, de los cuales cada uno, de grado ó por fuerza, queria aumentar sus prosélitos, sin perdo-

nar medio de atraer al médico que sin falta ninguna era tratado hostilmente por el partido que no habia conseguido hacerlo de su número. Todo esto privaba tambien al médico de aquel sosiego y tranquilidad, que era indispensable para entregarse á estudios sérios, y meditaciones profundas de la nueva doctrina.

Pero desde el momento en que cesó el azote de la guerra, en cambio de la remora que sus influencias habian hecho sufrir al progreso de la homeopatía; el restablecimiento de la paz y de las comunicaciones, tan necesario para la propagacion de los conocimientos científicos, dió á los médicos la deseada oportunidad de desquitarse de la privacion en que les habia tenido el anterior estado.

Desde aquel momento muchos médicos de diversas provincias, por haber leido en los papeles públicos algunos pequeños escritos mios de homeopatía, principiaron á pedirme noticias de sus obras elementales, y del lugar donde podrian hallarlas, y que se les indicase al mismo tiempo, cómo ó de que parte podrian adquirir algunos preparados medicinales homeopáticos. Por mi parte satisfice sus deseos, señalando los puntos del estrangero donde hallarian venales las obras que apetecian, y noticiándoles que las atenuaciones usuales homeopáticas de cuantas sustancias medicinales hasta el dia estaban suficientemente estudiadas, elaboradas con esmero, y de accion bien acreditada por el uso que de ellas es-

taba haciendo en mi práctica, se vendian á precios cómodos por don Alejandro Rodriguez Tejedor, farmacéutico de Toro, quien hacia algunos años poseia la única farmácia homeopática completa que se conocia en España, porque aunque el D. Pinciano, de quien queda hecha mencion, puso al despacho público en una botica de Madrid, cincuenta ó sesenta preparados homeopáticos, este pequeño surtido habia desaparecido ya.

La homeopatía, tan perseguida antes en Toro, tomó allí mismo un notable crédito y ascendiente, sobre las otras doctrinas médicas, y poco despues empezó á verse en todas sus boticas, alópatas sin escepcion, la tintura madre de arnica montana preparada homeopáticamente en crecidas cantidades, porque hasta los cirujanos de los pueblos mas pequeños de aquel partido, la emplean á menudo y siempre con buen resultado, en las consecuencias de una violencia esterna, desde que vieron que yo usaba de ella felizmente en casos análogos.

En Madrid, á donde me trasladé hace tres años, con objeto de propagar el conocimiento y utilidades de la homeopatía, hallé ya completamente provista de todos los agentes medicinales de la homeopatía, en su mayor grado de perfeccion, la farmácia homeopática que don Luis Lletget posee en la puerta del Sol, y que poco antes habia establecido bajo la direccion del antiguo y acreditado profesor de medicina en esta Corte, don Manuel Rollan. A mas de esta far-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mácia, hay de medio año acá algunos pocos preparados homeopáticos en otras boticas de esta poblacion. En Badajoz, el celoso farmacéutico don Juan Rubiales, es tambien digno del aprecio de los amantes del progreso científico, por la decision y constancia con que á él se dedica. Ya en 1833 anunció la venta en su botica, de una série de preparados homeopáticos, destinados á hacer frente al cólera epidémico, que habia invadido nuestra nacion. Este notable servicio fué el que abria la marcha de los repetidos despues en obsequio de la homeopatía.

En Granada hay tambien tres boticas homeopáticas, una la de don Pedro del Campo, en las Camiseras, otra de don Victoriano Céspedes, en la calle de Gracia, y la de don Bernardo de la Roca.

Igual número de farmácias homeopáticas completas, cuenta Alcalá la Real, la de don José de Luna, la de don Benito Caracuel, y la de don Miguel Martin, todas abastecidas á su creacion á espensas del Dr. en medicina don Francisco de Paula Caldas, y despues repuestas y sostenidas por sus propios dueños.

Respecto á los profesores, que con mas crédito y mas felicidad de resultados, practican la homeopatía en nuestras provincias, y de los que tengo mas positivas noticias, debo hacer honorífica mencion en primer lugar, de don Pedro Rino y Hurtado, editor esclusivo de los archivos españoles de medicina homeopática en Badajoz.

La constante perseverancia en la publicacion de su periódico casi enteramente á su costa, por espacio de dos años en que tuvo poquísimos suscritores, porque la homeopatía entonces apenas era conocida en España mas que de nombre, prueba mas que suficientemente, que en el ánimo de este filantrópico y sábio profesor, se abrigaba la resolucion de labrar á toda costa el bien de sus semejantes, aunque fuese con ruina del suyo propio.

Ha merecido bien de la ciencia con sus escritos, en que se percibe un tacto delicado de las materias, con diccion fácil y correcta; su lenguaje es claro y convincente, y lo que es mas difícil de combinar, nervioso, modesto y atento aun cuando se dirige á los mas descomedidos adversarios de la homeopatía y suyos.

Tan bellas cualidades unidas á los conocimientos no comunes en la teoría y práctica de la homeopatía, en cuya propagacion continua, por medio del boletin de medicina y cirugía, que publica algunos de sus trabajos desde que suspendió la redaccion de sus archivos, le han granjeado la estimacion general de los homeópatas, y un nombre de confianza y de consuelo para los enfermos de su cuidado.

Seria un pecado de omision salir de Badajoz sin decir que don Florencio Gomez, sub-inspector de medicina, un tiempo enemigo declarado de la homeopatía, contra la que antes de conocerla bien escribió algunos artículos; hoy la está allí mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo practicando con celo y buen resultado, mejor enterado de ella, y reconocido á los alivios que no esperaba y le debe, de una enfermedad que por espacio de quince años invertidos en diversos tratamientos, caminaba siempre en aumento, hasta que bajo los cuidados de don Pedro Rino, dobló su cerviz aquella indomable afeccion al poder de la homeopatía, que ha cambiado muy ventajosamente el estado del enfermo.

En Sevilla el Dr. Velez, traductor de las lecciones de homeopatía del Dr. Leon Simon, practica tambien la homeopatía con buen suceso.

El Dr. don Manuel Girela, hace muchos años que está estendiendo la luz y los beneficios de la nueva doctrina en Granada, y toda aquella provincia, donde á su primer anuncio fué tratado de innovador nocivo, y como tal procesado criminalmente por la audiencia territorial, que al momento conoció su inocencia y su mérito, y le absolvió de las acusaciones que contra él se habian fraguado. Pero lejos de abandonar su empeño de propagar la homeopatía, que tales persecuciones le atraia, estas solo sirvieron de acrecentar su celo y actividad, estableciendo en su casa una cátedra gratuita de homeopatía, y una imprenta destinada á publicar las producciones literarias de todo homeópata que quisiera imprimirlas, sin otro coste que el de pagar el jornal á los operarios, por el tiempo que los ocupase.

En la misma ciudad de Granada, practica

tambien esclusivamente la homeopatía, don José Lopez, quien asombrado en un principio por lo estraordinario de aquella doctrina, que se presentaba á sus ojos como el estravío de una fantasía exaltada, capaz solo de dañar, se declaró enemigo ardiente de ella, y segun noticias, fué uno de los testigos que depusieron contra Girela en el proceso que á este se le formó; pero despues de conocida fundamentalmente la homeopatía, y libertado por ella de ser separado para siempre de la sociedad, encerrándolo en una casa de locos, á causa de la enagenacion mental que padecia con palpitaciones violentas de corazon, sin ceder de su intension en lo mas mínimo, á pesar de las repetidas sangrías generales y tópicas, numerosos vegigatorios, fuentes, calmantes, antiespasmódicos y otra multitud de medios alopáticos, puestos en juego sin resultado alguno ventajoso, y cuando sus compañeros de profesion por último recurso declararon, que debia destinársele á un establecimiento de orates; fué curado completamente, segun la doctrina homeopática, que abrazó en reconocimiento al grande beneficio de que le era deudor, despues de persuadido de su certeza y utilidad por este hecho, y por el estudio constante de sus dogmas justificadas por repetidas esperiencias.

Don Felipe Gil y Romaguera, tambien practicó esclusivamente la nueva doctrina en Zubia, y segun noticias que tengo, fué el que dirigió el tratamiento homeopático que salvó á Lopez.

Dicho Romaguera vá á Granada tres ó cuatro veces semanalmente, al socorro de varios enfermos; es tan aplicado y laborioso, que tiene preparados por sí mismo, no solo cuantos medicamentos contiene la materia médica pura de Hahnemann, y otras patogenésias de los mas aventajados homeópatas, sino que tambien posee una multitud de preparaciones homeopáticas de plantas recogidas en las diversas escursiones á la sierra de Elvira, (donde se le ha visto dias enteros absorto en sus meditaciones, olvidado de comer), cuyas propiedades medicinales estudia sin cesar sobre su propio organismo.

En la misma provincia se hallan á mas de los dichos, otros homeópatas de cuyo número son don José Carrera, don Miguel Lopez Bejar, (en el Padul) discípulo de Girela y don José Esquembri, en Albuñol. El primero de estos tres, hombre de mucha penetracion y talento, ya desde los bancos de la escuela hacia frente á sus maestros en defensa de la homeopatía, en que tal confianza tenia, que no permitió ser tratado sino segun ella al verse asaltado de una grave dolencia, cuando aun estaba cursando la escuela alopática; debiendo á esta resolucion el restablecimiento cabal de su salud.

En la provincia de Málaga, están igualmente entregados con empeño al estudio y práctica de la homeopatía, don José Noceda y don Francisco Calatayud en Nerja, y don José Eugenio Pipó en Torros.

El Dr. don Francisco de Paula Caldas, es uno de los primeros doctores españoles, que hayan sido ilustrados por las verdades de la nueva doctrina médica, y uno de sus mas diestros cultivadores. El mismo confiesa, que le debe su vida, que en reconocimiento emplea lleno de celo y entusiasmo en la propagacion de aquella saludable doctrina. Este diestro práctico, es con frecuencia solicitado por muchos enfermos residentes en varios puntos de la provincia á que acude precedido de la fama de sus aciertos. Su natural elocuencia y fuerza irresistible de lógica que emplea en sus discursos y conferencias con los médicos alópatas, que frecuentemente lo solicitan para dichos casos, y le consultan en los apuros, rara vez dejan de obrar la conviccion de aquellos, que acaban de ordinario por convertirse y transformarse en homeópatas á vista de la feliz terminacion de los tratamientos homeopáticos en manos de Caldas.

Del número de tales convertidos son don Guillelmo García y don José Lechuga, que se constituyeron discípulos del Dr. Caldas en Jaen. En Baeza practica tambien la homeopatía, don José Martos, convencido de sus ventajas por los casos prácticos, que cuando era médico titular de la Villa de Frailes, vió manejar á su maestro el referido Dr. Caldas. Por igual motivo se han hecho neófitos de la nueva doctrina, y discípulos de Caldas don José Martinez Choca, y don Francisco de Paula Navarro, médicos en Alcaudete,

don Francisco Palomares en Alcalá la Real, y don José Zorrilla, hoy médico de egército residente en Málaga, y al tiempo de su conversion titular de la Villa de Frailes, donde le reemplazó Martos, de quien queda hecha mencion.

En Sevilla ejercen tambien la homeopatía, los doctores Lopez del Baño, Romero y Velez. Este último entre otros servicios hechos á la ciencia, ha traducido á nuestro idióma las lecciones públicas de homeopatía, pronunciadas en su cátedra de París por el Dr. Leon Simon: obra de que no debe carecer ningun médico homeópata, que quiera instruirse con solidez en las verdades de aquella, tomar conocimiento de las objecciones que la dirigen sus adversarios, y la solucion victoriosa con que las refuta el dicho Dr. Leon Simon.

En la misma ciudad se halla el homeópata decano de España, don Prudencio Queról, cuyo celo por la nueva doctrina, que le ha ocasionado notables pérdidas de fortuna, persecuciones y trabajos de toda especie, todavía no se ha entibiado en la edad casi octogeneraria que ya cuenta. Este anciano solo, sin mas apoyo que sus deseos, sus luces y su filantropía, ha hecho frente á todos los alópatas de la Bética, levantados contra la homeopatía, á quienes, como heria profundamente el amor propio, y era tan diferente de las creencias consagradas por la autoridad de los siglos, tenidas y respetadas por la escuela médica ordinaria por otros tantos artículos de fé; les pa-

reció un absurdo intolerable, que debian desterrar sin dilacion.

Semejante error de juicio sobre el valor de la homeopatía, la hizo el objeto de la antipatía general de los alópatas, y de las mas vivas contradicciones. Mas adelante la polémica se transformó en guerra á sangre y fuego contra la doctrina y su propagador, despreciado y maltratado de sus contrarios y empobrecido, cual el autor del Quijote y otras obras tan conocidas como inimitables. A Cervantes, despues de muerto de hambre por la injusticia de sus contemporáneos, el tiempo que mas tarde ó mas temprano hace justicia á todos, y pone cada cosa en su lugar, le ha consagrado y colocado en esta Corte y su plazuela de Santa Catalina, sobre un suntuoso pedestal, una estátua de bronce, en memoria y debida recompensa de su admirable mérito.

A don Prudencio Queról, á quien se debe la primera traduccion del Organon de Hahnemann, que España ha visto á su idióma, y á quien se le ha visto lleno de celo por la humanidad, correr á la Corte al socorro de sus habitantes, cuando el cólera epidémico los devoraba; que emprendió la traduccion al español, de la clínica homeopática de Beavais de Saint Gratien, traduccion que no terminó por falta de fondos y de suscritores, por no tener entonces noticia de la homeopatía, sino rarísimo de nuestros compañeros, que ademas la creian indigna de exámen, al mismo que á través de oposiciones de todo género, ha se-

guido incansable haciendo conquistas para la homeopatía, por escrito y de palabra, sin desanimarse ni retroceder á la vista de los disgustos y penalidades, que le atraia su laudable apostolado, digno de bien diferente recompensa; le servia de consuelo el ver que su mérito es reconocido y justipreciado generalmente de los homeópatas; y sobre todo, que la noticia de lo que estaba haciendo por la humanidad y por la homeopatía, ha sido causa de que el ilustre fundador de esta, el mayor génio que desde Hipócrates acá haya presentado la naturaleza á la admiracion de los siglos; en fin, el grande Hahnemann, derramase lágrimas de gratitud y aprobacion.

La sancion del hombre mas competente, la nuestra, la general que el tiempo le concederá, y la de su propia conciencia, deben serle un grande lenitivo de la penosa situacion en que le ha puesto el mal porte de sus adversarios; asi como á Cervantes si pudiera ahora contemplar su estátua, este honroso monumento erigido á su mérito hoy, le haria olvidar la ingratitud y el desprecio en que vivió y murió.

El séquito de la homeopatía, se aumenta prodijiosamente estos últimos años, entre los médicos de nuestra nacion, siendo notable que su mayoría está fundada de los mas ilustrados en la teoría, y mas envejecidos en la práctica de la alopatía. Uno de estos es don Manuel Ciriaco Roldan, á quien me unian lazos de estrecha amistad, y de aprecio desde mucho antes de mi traslacion á Madrid, donde hace tres años que estoy propagando las doctrinas de Hahnemann, del modo permitido á la escasez de mis talentos, y donde por primera vez traté presencialmente al dicho mi amigo, que despues de encanecido en la práctica alopática, hacia algunos años que se habia entregado al ejercicio público casi esclusivo de la nueva doctrina con notable crédito.

A mas de este benemérito homeópata, único que á mi llegada encontré en esta poblacion profesando públicamente la homeopatía, y fuera de otro homeópata (Merino), que posteriormente se ha entregado tambien al mismo ejercicio público, hay aquí un número considerable de médicos, que en el silencio de sus gabinetes, meditan y examinan con atencion imparcial los dogmas de homeopatía sin practicarlo aun: de suerte que las capacidades médicas españolas, se hallan casi generalmente ocupadas con el mayor empeño en la aclaracion de la verdad y resolucion del problema tan interesante á la humanidad, uniendo sus trabajos y haciéndolos convergentes hácia el mismo fin, á los del gobierno supremo de la nacion, de la direccion general de Estudios, de la enseñanza médica de esta Corte, de los médicos en particular, y de los periodistas.

Respecto al gobierno nacional, ha llegado á mi noticia poco ha (el 24 de octubre de este año), que ha comisionado al consultor de médicina de egército don Nicolás Briz, para establecer y diri-

gir una seccion de clínica homeopática en el hospital militar de esta Corte, con encargo de dar cuenta de los resultados, para por ellos juzgar del valor de la nueva doctrina, y determinar lo conveniente. Pero es muy sensible, que tan benéficas intenciones del gobierno, queden sin efecto, como quedarán seguramente, si dicha seccion no se monta sobre un pie mas conveniente á su destino, que el que parece se ha adoptado.

La direccion general de Estudios hace ya algunos años que tiene dada órden á los académicos de la nacion, de sujetar la homeopatía á la prueba de los hechos, para juzgarla segun ellos, y señalarla el lugar que merezca en la ciencia médica. Una medida tal honra á la autoridad que la dicta, dando bastantemente á conocer, que tiene un conocimiento exacto de su mision, y para su desempeño no descuida medio de estender los dominios de la ciencia que dirige y de enriquecerla con nuevas y preciosas conquistas.

Sin embargo de lo útil y laudable de esta medida, puesta en ejecucion del modo conveniente, es de temer quede sin efecto, ó lo produzca enteramente contradictorio al fin propuesto, por carecer la comision ó comisiones de los requisitos necesarios al buen desempeño, y yo deseoso de secundar en lo poco que pueda, la buena intencion superior, me creo en el deber de señalar los inconvenientes, que pueden viciar la ejecucion del proyecto y esterilizarlo, ó á lo menos retardar la perfecta madurez de sus frutos.

Pasa ya de cuatro años, que se hizo á las academias aquel encargo, sin que hasta hoy se sepa si lo han desempeñado ó no, ni como. Tanta morosidad sin duda perjudica mucho al progreso de la medicina; mas no son enteramente culpables de ella las corporaciones comisionadas: ellas son alópatas: la mayor parte de los individuos de su seno desconocen absolutamente la homeopatía, y aun los que tienen una tintura de ella, ignoran el arte esperimental de la misma, sumamente dificil, minucioso, atento, severo y bien diferente del imperfecto que conoce la alopatía, y de que sin embargo se contenta. Aun cuando desde luego quisieran instruirse en él para poder dar cumplimiento al mandato de la superioridad, poco ú nada se adelantaria, porque para el desempeño científico, de presente no sirve estudiar, solo aprovecha el haber estudiado; y aun esto último no asegura del todo el acierto, que además requiere la destreza que solo puede dar el mucho tiempo empleado en una misma ocupacion, sin cuyo requisito el esperimentador, poco acostumbrado aun al nuevo camino que sigue, se desvia de él con facilidad, deslizándose á cada paso, y recayendo en sus antiguos hábitos que vician la esperimentacion, y la hacen servible para la prueba, que en tal caso seria nula y de ningun valor.

Atendido todo esto, es claro que las academias, ó tienen que estudiar y pasar en el ejercicio de aquel arte esperimental mucho tiempo hasta

habituarse en él, antes de hacerlo servir de piedra de toque de la homeopatía, quedando esta en el entretanto detenida, y como enclavada en su marcha progresiva; ó en otro caso, por falta del necesario hábito esperimental, no obtendrán mas que resultados equívocos, hijos de los descuidos en que les haga caer su inesperiencia, y solo á propósito para inducir á error. Es menester pues convenir en que las academias puestas en la alternativa de retardar la prueba que la direccion desea, hasta que se hallen en disposicion de hacerla debidamente, aunque todo este tiempo tenga la homeopetía que hacer alto en su marcha; ó entregarse desde luego á la esperimentacion que tiene que ser errónea y perjudicial al crédito de la doctrina; es menester, repito, convenir, que eligiendo las academias el primero de estos dos males inevitables, tuvieron la prudencia de elegir el menor.

Sin embargo, hay un camino, que por entre estos dos escollos nos conduzca al puerto deseado. Tal seria el de cometer dicha esperimentacion á algunos médicos homeópatas, acostumbrados á ella, para que públicamente la desempeñáran bajo las circunstancias necesarias al buen éxito, con la intervencion, ó ante un jurado compuesto de médicos alópatas, y otros individuos de distintas profesiones, dotados de probidad é ilustracion, que harian el oficio de censores imparciales. Asi es como dicho jurado presente á las esperiencias puras se aseguraria, de si los efectos artificiales de una sustancia medicinal dispuesta segun la homeopatía, y administrada al hombre en salud, eran hipotéticos ó reales, y de consiguiente, si la accion de las dósis atomísticas sobre nuestro organismo, era positiva ó ilusoria: veria igualmente que la sustancia que en el cuerpo sano habia provocado un grupo de síntomas morbosos artificiales, tenia el poder de curar en el enfermo de un modo suave, pronto y permanente otro grupo semejante de síntomas morbosos naturales, y en este hecho veria la justificacion mas completa del principio de la homeopatía formulado por *similia similibus curantur*.

Para esto, de otras salas del mismo hospital elegido para teatro de la prueba, se pasarian á la de clínica homeopática, aquellos enfermos cuya enfermedad se hallase en analogía, con la artificial que una sustancia determinada habia hecho nacer en el cuerpo sano: y si la administracion al enfermo de esta sustancia determinada, le curaba, se estaria en derecho de asegurar que la esperimentacion clínica, es la contraprueba mas segura de la esperimentacion pura, y que los síntomas que un medicamento cualquiera provoca en el cuerpo sano, dicen y señalan con una certeza casi geométrica, los que aquel mismo medicamento tiene poder de curar en un enfermo.

Claro es, que el pueblo espectador de estos hechos, por mas lego que sea en medicina, puede competentemente juzgarlos: porque aquí no se le convida á la discusion de si la sanguificacion se hace en el hígado, como se creia antes de Har-

veo, ni se le pide su voto sobre tal cuestion ni otra semejante, que requiera instruccion médica; sino solamente á que presencie, y en seguida diga si los enfermos tratados por la homeopatía van desde allí á la huesa ó á la mesa. Los lectores me disimularán esta pequeña digresion, que he creido conveniente para ilustrar al Gobierno sobre los inconvenientes que puedan oponerse al logro de sus saludables miras

El boletin de medicina y cirujía, que se publica en esta capital, tambien admite y estampa gratis cuantos artículos de homeopatía se le remiten. La Biblioteca escogida de medicina y cirujía, que antes se creia en deber de impugnar la homeopatía, hoy nos presenta en sus páginas brillantes apologías de aquella doctrina.

Tales cambios de opinion honran á sus dueños, porque prueban el amor que tienen á lo verdadero, y que si algun tiempo lo contrariaron, fué porque lo equivocaron teniéndolo por mentiroso, pero en cuanto la verdad se presentó á sus ojos, la reconocieron dóciles y la abrazaron gustosos.

La firmeza y solidez del principio de la homeopatía, la hace de tal modo inespugnable, que la lógica mas fuerte no pueda abrirle brecha, y le ha dado tantos triunfos, como ataques ha sostenido por rudos y porfiados que hayan sido. Por eso lejos de esquivar la discusion y los combates, los apetece y busca como otras tantas ocasiones de nueva gloria y engrandecimiento.

De esto son testigos mis comprofesores de Madrid, cuya mayoría se hallaba lanza enristre contra la homeopatía, á mi llegada á esta capital. Sus encuentros la hubieran herido mortalmente; el vigor con que se trabajaba en oprimirla, sin duda la hubiera sofocado, si ella no se hallára cubierta y defendida con la impenetrable égida de la verdad en que se estrellaban los golpes, y recibia los tiros de unos adversarios bien temibles por su valor y destreza. Se debe sin embargo confesar, que el modo decoroso, franco y legal de su oposicion (1), no permitia dudar de la educacion, buena fé y honradez de sus adver-

(1) La escuela médica de Madrid, puede con razon gloriarse de haberse conducido, al impugnar la homeopatía, de un modo que le honra, y no como el Divan, médico francés de París, y su gran Visir Orfila, que habiendo constantemente visto rodar por el suelo á sus doctores de la ley en las luchas con los homeópatas, de miedo las detestan ya, las huyen y las prohiben, teniendo por mas conveniente al instar de Mahoma, defender sus creencias, acreditar su verdad, contrariar y probar la falsedad de las otras, con la poderosa lógica de la zimitarra.

Por eso cuando la escuela médica de París, no puede presentar siquiera tres de sus maestros acordes en doctrina, y obliga á sus discípulos á oir esponer á cada catedrático los principios mas contradictorios, v. g. á Baulland, que no cesa de recomendar que en las enfermedades agudas, se sangre á golpe sobre golpe; á Chomel, que niega la utilidad de tales evacuaciones en las mismas enfermedades; á Rostan, predicador incansable del dogmatismo, del eclectismo y aun del escepticismo; á Piorry y atros, entre quienes ni hay ni principios

sarios, que se creian en el deber de defender contra las embestidas del charlatanismo, con todos los recursos de sus talentos, sus convicciones que tenian por mas seguras, debelando las que tenian por erróneas, y perjudiciales.

El carácter radical, absoluto y esclusivo de la doctrina homeopática, producia tambien en los ánimos de mis comprofesores un efecto repulsivo, pero vueltos de la primera sorpresa, y tranquilizado su espíritu, luego que á sangre fria meditaron profundamente esta doctrina, (á pesar

---

establecidos, ni método convenido..... Cuando tal anarquía ostenta aquella escuela, se arroja á reconvenir á Mr. Amador, porque al examinar delante de sus discípulos las doctrinas de Hipócrates, Galeno, Paracelso, Vanhelmon, Boherhaave, Brousais, Bichat, Sthal, Haller, Broun, Raeóri, muchas de ellas tan miserables, que ultrajan la razon, ha espuesto tambien en cumplimiento de su deber, la del inmortal Hahnemann, y la ha tratado racionalmente, y no segun las injustas prevenciones y espíritu de fariseismo de la sinagoga médico-parisiense.

A ella se le ha hecho ver, que la homeopatía es la emanacion de las leyes naturales eternamente verdaderas, y que por tanto, todos sus cánones, todas sus aplicaciones, son igualmente la pura verdad, como corolarios obligados de las mismas, enlazados tan natural como estrechamente entre sí, y con su principio generador, formando un todo armonioso, racional y perfecto, que no permite la separacion de ninguna de sus partes, sin destruccion del conjúnto, asi como el famoso escudo de Minerva, en que el diestro escultor Phidias, habia incrustado la imágen de Pericles, con tal arte, que no pudiera ser borrada por los enemigos de aquel célebre artista, sin echarlo á perder enteramente.

de sus pretensiones tan notables y estrañas, que les hicieron alarmarse contra ella como nueva y opuesta á las creencias íntimas y profundas, que habian abrazado ó sabido crearse, ó como se alarma el creyente á quien se le inquieta y turba en la fé de la religion, que tiene por única y cierta), obraron como hombres de sensatez y de talento, que no rechazaban la reforma científica por antipatía al movimiento progresivo de las luces, ni por obstinacion, sino por no pecar por falta de la circunspeccion necesaria en admitir novedades que pudieran perjudicar la ciencia de curar, y en cuanto la esperiencia, de quien se infor-

---

Tampoco se le oculta, que su escuela es una obra de tarea formada de trozos tan estraños entre sí, que el sofisma mas ingenioso no puede soldar..... De nada de esto duda, pero si lo confiesa su pretendida omnisciencia, será desmentida, y dice con el Dr. del Gil Blas, perezca el clero, nobleza y plebe primero que cantar yo la palinodia. No quiero discusiones, cuyos resultados menoscaban mi reputacion médico-pansóphica, poniendo en clara luz las ventajas de la otra sobre mi doctrina; mejor será impedir á Mr. Amador, que con su elocuencia y poderosa lógica se ocupe de dar á conocer á sus discípulos los principios mas puros de la medicina, y mandarle seguir, esponiendo el materialismo grosero de nuestra escuela de París, que no puede ver sin celos y sin envidia, la preponderancia y ventajas de su rival la de Mompeller, y oprimirla con providencias ridículamente despóticas, como la de exhortar á los estudiantes á que no concurran á la cátedra de Amador. Pero este encargo parece que se ha entendido al revés, pues el sábio profesor citado, ve su cátedra de cada dia mas concurrida.

maron acerca de esta novedad, les habló en favor de ella, doblaron la rodilla á los decretos del oráculo infalible en las ciencias de observacion, y comenzaron á dar á la homeopatía, crédito é importancia,

Habiendo visto con asombro, que enfermedades crónicas, rebeldes á todos los medios mas esquisitos de la alopatía, cedian como por encanto al tratamiento homeopático, dirigido por una mano diestra, y aun alguna vez por las suyas, todavía desacostumbradas á él; no dudaron mas del poder de la homeopatía contra las enfermedades crónicas mas pertinaces, reputadas incurables por la alopatía. Este seguramente fué un gran paso dado hácia la verdad, que se les empezaba á descubrir; pero aquel acto de fé homeopática, era todavía demasiado esplícito y limitado; no se estendia á creer igualmente poderoso, al tratamiento homeopático contra las enfermedades agudas mas violentas, cuando en realidad su poder sobre estas últimas es sin comparacion mas brillante.

Semejante equivocacion proviene de que se ha creido, que para acallar ó vencer la actividad morbosa de las enfermedades agudas, siempre eran indispensables dósis mucho mayores, que para reducir al silencio los padecimientos crónicos mucho menos intensos; y reposando en esta opinion, sin sospechar que pudiera desmentirse por la esperiencia, se han dispensado de hacerla, privándose de este modo de un útil desengaño, que

les mostrára el error en que permanecen, de que en las enfermedades de suma rapidez y violencia de síntomas, la eficacia de unas dósis tan pequeñas como las de la homeopatía, es sobrepujada y reducida á la nulidad, por la actividad morbosa tan graduada de dichos casos agudos.

Estoy bien distante de desaprobar la repugnancia de los principiantes al tratamiento homeopático, en circunstancias en que á la premura de obrar, se agrega el riesgo de formar viciosamente el doble diagnóstico de la enfermedad y del medicamento. Todos hemos pasado por este inconveniente, de que ningun homeópata se exime al principiar su marcha por la homeopatía adelante, sin que otro mas egercitado le conduzca, á través de las dificultades que le ofrece el desuso y escaso conocimiento que tiene del método homeopático, que quisiera emplear, pero que sin embargo pospone al alopático, en quien, por estar ya acostumbrado, confia mas, y se decide por él, impulsado del temor de dañar á su enfermo. Mas si tales homeópatas noveles no retroceden á la presencia de tales dificultades, que la homeopatía, como toda empresa árdua, ofrece en su principio, y con las necesarias precauciones siguen en su estudio y práctica con teson, no tardarán en coger el fruto de su constancia (1).

(1) El estudio de la homeopatía, ofrece tres períodos diferentes á todo el que se entrega á él. En el 1.º algunos sucesos felices que aun el homeópata mas visoño, logra en casos desesperados, le dán tanta

Durante los tres años transcurridos desde mi establecimiento en esta capital hasta hoy, especialmente en el último, he tenido el placer de ver principiar con una decision cada dia mayor, el estudio y exámen de la homeopatía, á los médicos de esta Corte justamente acreditados de mas sábios. Los maestros públicos de esta principal escuela médica de la nacion; don Joaquin Isern, don Melchor Toca, don Diego

confianza en la homeopatía, que se cree en actitud de curar por ella cuantas enfermedades se le presenten, aunque sean de las reputadas por absolutamente incurables: halla la nueva doctrina suficiente para todo, y para nada echa menos la alopatía. Es como el enamorado, que cediendo á los atractivos de una nueva belleza, olvida su antigua querida.

Mas á proporcion que sus conocimientos homeopáticos crecen, va hallando en la práctica dificultades que no habia sospechado, y sufriendo reveses de que echa la culpa, no á su impericia sino á la ciencia. Entonces vuelve atrás la vista sobre su pasada práctica, y aun le parece oir á lo lejos á su antigua querida la alopatía, que le dice: "¡Y me abandonas ahora! Entonces la reconoce de nuevo, y se reconcilia con ella, sin despedir á la homeopatía, cuyas creidas imperfecciones pretende suplir por medio de la alopatía, y con los principios de ambas doctrinas aplicados juntos á cada caso de enfermedad, la complica de un modo espantoso, y llega á convertirla en un mónstruo imposible de vencer por medio alguno tomado de cualquiera escuela.

Este segundo periódo del aprendizage homeopático, es sumamente desconsolador: mientras dura, no sabe el médico á que atenerse; se puede decir, que se queda sin homeopatía y sin alopatía; pues lo insuficiente de los conocimientos, que aun no ha completado ni rectifica-

Argumosa, y otros, son de este número, y con frecuencia en las cátedras, que dignamente desempeñan, no cesan de inculcar á sus discípulos la importancia de la homeopatía, y de recomendarles su estudio.

Muchos médicos de todas categorías en esta misma Corte, se ocupan de un estudio sério de la homeopatía, sin practicarla aun. Otros no poco la comienzan ya á aplicar, pero solo en aque-

do de la primera, hacen que la tenga por defectuosa, y que por consiguiente desconfia de ella, al paso que los vicios que le ha hecho ver en la segunda, tampoco de esta le permiten esperar gran cosa.

Si el médico, á pesar de todo esto, sigue constante y animoso en el estudio de la homeopatía, verá que mas pronto ú mas tarde, segun los talentos y aplicacion, llega al tercero y último periódo, que nada le dejará que desear, viendo á la homeopatía muy fecunda en recursos poderosos contra todas las enfermedades curables, y triunfando á menudo aun de aquellas apellidadas incurables por las demas escuelas, de quienes nada tiene que mendigar.

El que ha tocado ya esta altura de instruccion teórica y práctica en homeopatía, tiene á su disposicion toda la opulenta riqueza de ella, y la seguridad, de que su acertado empleo le sacará airoso siempre de toda empresa curativa, tanto mas asombrosamente, cuanto mas rápida y violenta sea la enfermedad: lo que ha hecho decir á una notabilidad médica de esta Corte, exhortando á sus discípulos al estudio de la homeopatía, que solo podia darles una idea aprosimativa del poder de esta doctrina respecto á tales casos agudos, diciéndoles que era la *verdadera mágica blanca* de la medicina, pero que su estudio y su ejercicio no era para talentos ordinarios.

llos lances mas apurados, en que ya no dudan de la impotencia de la alopatía.

Es verdad que en esta Corte, aun no tengo compañero en la práctica esclusiva de la homeopatía, y que esta ha progresado hasta ahora con mucha lentitud, á causa de los obstáculos enunciados ya en este capítulo, y á causa de la reserva y circunspeccion con que mis comprofesores proceden á su exámen; pero la revolucion científica está ya principiada; la reforma médica ha puesto en movimiento los talentos, es hoy el objeto mas interesante, casi esclusivo de sus profundas meditaciones: y sin temeridad se puede predecir, que si el movimiento progresivo de la homeopatía, ha sido hasta ahora lento y retardado por los obstáculos de toda especie, desde que estos felizmente cesaron, y desde que mis comprofesores españoles entrevieron la verdad de la nueva doctrina; esta, á pesar de su estrañeza á primera vista repugnante, acelera de cada dia mas su marcha progresiva, ya principiada en nuestra nacion, cuyos profesores dejarán atrás á los estrangeros, y llegarán antes que estos al conocimiento perfecto de la nueva doctrina, que hará el egercicio de la medicina delicioso para el médico de mas concienciosa delicadeza, y consolador para el enfermo, que verá en él un arte verdaderamente salvador de su vida y su salud, substituido al equívoco y congetural que hasta entonces le habia burlado con mentidas promesas. Tal es el estado actual de la homeo-

patía en España, y el brillante porvenir que debe sin duda esperar de la ilustracion, probidad y sensatez proverbiales de los médicos españoles.

APENDICE.

MANIFIESTO.

El presente contiene en bosquejo la conducta de la academia médica-quirúrgica de Castilla la Vieja, y de su sócio corresponsal y subdelegado don José Sebastian Coll, médico titular decano de Toro, con motivo de haberse este último presentado en la capital de dicha provincia, llamado á defender en su universidad literaria, teórica y prácticamente la doctrina homeopática del Dr. Samuel Hahnemann.

Una corporacion llamada científica, precisada por una parte, segun parece, por los ardientes deseos que la juventud clínica tiene de poseer en lleno la ciencia de curar, y alhagada al mismo tiempo por la idea de darse un aumento de crédito y de importancia, bajo la forma de una invitacion franca y síncera, ocultando su nombre, y valiéndose del de la escuela y maestro de medicina práctica de la universidad literaria de Valladolid, para ponerse á cubierto de todo evento inesperado, ha hecho llegar á mis manos en 24 de enero último, el siguiente cartel de desafio médico literario.

«Señor don José Sebastian Coll. — Cierta-

llos lances mas apurados, en que ya no dudan de la impotencia de la alopatía.

Es verdad que en esta Corte, aun no tengo compañero en la práctica esclusiva de la homeopatía, y que esta ha progresado hasta ahora con mucha lentitud, á causa de los obstáculos enunciados ya en este capítulo, y á causa de la reserva y circunspeccion con que mis comprofesores proceden á su exámen; pero la revolucion científica está ya principiada; la reforma médica ha puesto en movimiento los talentos, es hoy el objeto mas interesante, casi esclusivo de sus profundas meditaciones: y sin temeridad se puede predecir, que si el movimiento progresivo de la homeopatía, ha sido hasta ahora lento y retardado por los obstáculos de toda especie, desde que estos felizmente cesaron, y desde que mis comprofesores españoles entrevieron la verdad de la nueva doctrina; esta, á pesar de su estrañeza á primera vista repugnante, acelera de cada dia mas su marcha progresiva, ya principiada en nuestra nacion, cuyos profesores dejarán atrás á los estrangeros, y llegarán antes que estos al conocimiento perfecto de la nueva doctrina, que hará el egercicio de la medicina delicioso para el médico de mas concienciosa delicadeza, y consolador para el enfermo, que verá en él un arte verdaderamente salvador de su vida y su salud, substituido al equívoco y congetural que hasta entonces le habia burlado con mentidas promesas. Tal es el estado actual de la homeo-

patía en España, y el brillante porvenir que debe sin duda esperar de la ilustracion, probidad y sensatez proverbiales de los médicos españoles.

APENDICE.

MANIFIESTO.

El presente contiene en bosquejo la conducta de la academia médica-quirúrgica de Castilla la Vieja, y de su sócio corresponsal y subdelegado don José Sebastian Coll, médico titular decano de Toro, con motivo de haberse este último presentado en la capital de dicha provincia, llamado á defender en su universidad literaria, teórica y prácticamente la doctrina homeopática del Dr. Samuel Hahnemann.

Una corporacion llamada científica, precisada por una parte, segun parece, por los ardientes deseos que la juventud clínica tiene de poseer en lleno la ciencia de curar, y alhagada al mismo tiempo por la idea de darse un aumento de crédito y de importancia, bajo la forma de una invitacion franca y síncera, ocultando su nombre, y valiéndose del de la escuela y maestro de medicina práctica de la universidad literaria de Valladolid, para ponerse á cubierto de todo evento inesperado, ha hecho llegar á mis manos en 24 de enero último, el siguiente cartel de desafio médico literario.

«Señor don José Sebastian Coll. — Cierta-

mente que la medicina de poco tiempo á esta parte, ha dado un gigantesco paso hácia su perfeccion, (merced á la filosofía del siglo, y al génio esperimental que esta ha introducido,) y no parecia dable que unos principios tan luminosos como los emitidos por Broussaix, dejasen de conducirnos con el tiempo á una feliz práctica. Pero inesperadamente Hahnemann, siguiendo un rumbo diametralmente opuesto, se gloria de haber conseguido la palma: y la escuela de clínica de esta universidad literaria de Valladolid, no ha dejado de ver con sorpresa, tanto por sus ilustrados escritos, como por el aura popular, los beneficios que V. prodiga á la humanidad siguiendo este último.

Deseosa esta juventud médica y su digno catedrático, de no omitir nada de cuanto pueda contribuir á realizar las esperanzas que la nacion tiene puestas en ella; Y NO POSEYENDO LOS MEDIOS PARA INSTRUIRSE EN LA CITADA DOCTRINA, no duda conseguir del loable celo por el honor y progresos de la ciencia, que noblemente á V. anima, SE SIRVA COMUNICARNOS SUS LUCES HOMEOPÁTICAS, Y COMPROBAR EN ESTA UNIVERSIDAD los ensayos, que con tanta ilustracion y constancia ha practicado en esa poblacion y limítrofes. Nuestro digno catedrático, queriendo contribuir todo lo posible á tan laudable objeto, ofrece franquear todos los enfermos que la escuela tiene á su cargo. Si la doctrina de Hahnemann se halla conforme á los hechos; si estos son mas ventajosos que los que actualmente obtenemos, no dudaremos suscribir á ella, y la posteridad agradecida, concederá un distinguido lugar en los fastos de la historia patria al nombre de Coll, como apóstol de la homeopatía en España; y á esta escuela no le cabrá uno innoble por contarse entre sus primeros creyentes. Dios etc. Valladolid 21 de enero de 1840.—Los encargados de la comision.—Juan Andrés Enriquez, Pio Hernandez.»

Enterado del contenido de este amistoso y honorífico escrito, bien ageno de pensar que alzaba un guante arrojado en señal de desafio; acepté la invitacion y sin tardanza partí para donde se me llamaba. Apenas llegado, veo que habia yo incurrido en una equivocacion; y los DD. médicos en otra. Consistia la suya, en haberse persuadido que habia yo de reusar la lid: estaba la mia, (teniendo en esto por compañera la escuela clínica, que sin percibirlo hizo de heraldo de dichos DD. que con designio prepararon este paso) en haber tenido aquel escrito por otra cosa que un reto literario.

De cualquiera punto de vista que se mirase este acontecimiento, me era ya forzoso saltar á la arena, en que he permanecido veinte y tres dias esperando inútilmente un competidor. El combate ha sido esquivado por los mismos que lo provocaron de mera fanfarronada; y por haberlo yo aceptado contra su esperanza, solo ven

en mi un odioso rival, que hostilizan con asechanzas, emboscadas y demas arterías rastreras. Desde el mismo momento, dichos DD. se han permitido todo género de personalidades, y se han visto cincuenta bocas vomitando por el pueblo un diluvio de susurros, hablillas, imposturas é improperios, para fascinarle contra mí. A vista de tamaña animosidad, hubiera yo procedido con demasiada imprudencia y falta de prevision, celebrando un egercicio literario á puerta cerrada, sin otra concurrencia que la esclusiva de mis antagonistas tan declarados. No quiero suponer la intencion de cometer una violencia; pero es menester concederme, que el medio que me rodeaba ninguna garantia debia ofrecerme de que á mis trabajos no se les daria el color mas conveniente á las miras de la liga doctoral.

Estas consideraciones, y la manifiesta impaciencia del pueblo por ser cuanto antes espectador de una solemnidad médica, en que debian ventilarse cuestiones de muerte á vida por él, fueron las que me resolvieron á dirigirme luego por escrito al señor rector de la universidad literaria, solicitando permiso y señalamiento de dia y hora para sostener en aquel santuario de las ciencias, un acto público literario de medicina, que habia de consistir en discurrir una hora ó mas en defensa de la siguiente tésis: *La homeopatía, hija de la esperiencia, y fundada sobre leyes naturales de eterna verdad, es tan evidente y cierta como estas mismas leyes; y su utilidad práctica*

mayor sin comparacion que la de cualquiera otra doctrina médica. Respondiendo despues del discurso, á cuantas objecciones gustasen proponerme los DD. médicos. Establecí una proposicion tan general, con el designio de presentar á mis impugnadores el mas ameno y dilatado campo de objecciones.

Me parece que una cuestion como esta, por su originalidad, grandes consecuencias y otros títulos igualmente estraordinarios, debia afectar vivamente la curiosidad y el interés general; lo que hacia injusto el escarnio de los cultivadores de una ciencia, que basando sobre la filantropía, ennoblece y sublima el alma de quien la egerce como debe y no como un tráfico.

La contestacion verbal, que por tercera persona dió el señor rector á mi solicitud, fué: «Que no hablando el reglamento de la universidad, mas que de tres especies de actos públicos literarios, cuales son, los de cargo de cátedra, los de oposicion á estas, y los de doctorado; y no perteneciendo el que yo pretendia á ninguna de dichas tres clases, creia que no debia permitirlo.» Pero aunque el reglamento no haga mencion de otros actos que los acabados de nombrar, no me parece eso bastante razon para resistir el de que se trataba. Del silencio de la ley, no debe inferirse la prohibicion, y menos cuando se halla en pugna semejante interpretacion con la ley suprema de todas: *la salud del pueblo.* La causa de esta respuesta, quizá seria la influencia de las borlas médicas.

Sin embargo de esta sospecha, fundada en bien poderosas razones, acudí á la academia médica-quirúrgica con la misma solicitud, que debia tener por concedida, atendiendo á mi condicion de Socio corresponsal y subdelegado de aquella; pero su vice-presidente me dijo, que por sí solo no podia resolver sobre el particular, prometiéndome que en el siguiente dia sin falta, reuniria la corporacion al intento, y en el mismo me comunicaria la resolucion académica. Muchos dias esperé en vano esta comunicacion, adquiriendo en todos ellos nuevas y repetidas pruebas, sobre las que ya tenia, de que la academia distaba bien de pensar en semejante contestacion, y de que lo que se proponia era cansarme con sus dilaciones, y otros procedimientos oblícuos, entorpeciendo la vuelta al pueblo de mi destino, y dando ocasion á que este reclamase mi desempeño, y tubiera que regresar á él sin haber conseguido el fin de mi venida á Valladolid.

En medio de la ansiedad de esta ciudad, por ver cuanto antes resulto el problema, que ocupaba esclusivamente su atencion, y daba materia á todas sus conversaciones, mi inesperada ausencia de ella, fácilmente se interpretaria de un modo poco conveniente á mi honor, ignorándose por los mas el motivo de tal determinacion, que podria atribuirse á cobardía ó arrepentimiento, hijo de una veleidad y falta de meditacion antecedente; mucho mas cuando un enjambre de médicos, estendido por la poblacion, se ocupaba en desacreditarme para con ella, y era de esperar que no desperdiciára esta ocasion tan favorable á sus intentos.

Para orillar tamañas consecuencias, y la repeticion de repulsas como las recibidas ya, rogué al señor gefe superior político, para que en desempeño de su mision de proteger las ciencias y la salud de los pueblos, se sirviere designar lugar capaz y decente donde celebrar bajo su presidencia, el acto repelido por el señor rector de la universidad, y despues por la academia médica. Dicho señor accedió, y á mi presencia firmó el decreto de insercion del anuncio del referido acto público literario, señalándolo para el 23 de febrero, á las diez de su mañana, en el salon de las Angustias, y lo remitió en seguida á la redaccion del boletin oficial, para su insercion en el número del siguiente dia.

Pero la academia, conociendo que nada habria adelantado, si al fin se verificaba el acto público (cuya idea tanto le atormentaba), y en lugar mucho mas capaz que en su sala de sesiones, debió intervenir en la redaccion de dicho periódico, y en sus columnas no ha parecido aun el anuncio remitido por la autoridad superior de la provincia; disparando en su lugar la academia, una hoja volante á modo de filípica, que aunque suscrita por L. M., se sabe que es produccion académica, ó á lo menos escrita bajo sus auspicios, y atestada de indecentes personalidades, y mentirosas aserciones, conforme á lo

de..... *Utatur animi motu, qui uti ratione non potest.*

Continuando su estratégia, la corporacion médica aparece acto continuo en la Gefatura política, reclamando su pretendido derecho, á que todos los egercicios médicos literarios, hayan de celebrarse esclusivamente en su seno. Pretende de la autoridad civil, lo mismo que de la suya propia habia estado negando hasta aquella hora. Aunque á costa de una inconsecuencia, ó sea retractacion de conducta, aparenta quererse poner en camino de la buena fé, y en la realidad solo intentaba añadir obstáculos, á cuanto tendiese á la publicidad del acto literario en cuestion.

Aunque bien penetrado de las miras de la academia por todos sus procedimientos, noticiado de este último, le digo en mi oficio de 20 de febrero: «Accedo gustoso á esta resolucion, bajo la *condicion indispensable* de que, para no chasquear la esperanza pública, haya de celebrarse dicho acto con toda la *solemnidad y publicidad posibles*, etc.» A este oficio contesta la academia en 22 del mismo febrero, diciendome entre otras cosas, que no se permitiria asistir al acto, á otras personas que á los médicos, variando el dia y la hora para el 24 del mismo mes, á las cuatro de la tarde, y diciendo que tiene á la vista mi oficio del 20, como si en él no estubiese espresada *la condicion indispensable de solemnidad y publicidad*.

A consecuencia de estas contestaciones, deseoso de terminarlas, y de quitar á los DD. de la facultad todo pretesto de resistencia á la celebracion del acto, no queriendo tampoco aparecer yo demasiado exijente, repito mi oficio del 23, condescendiendo en actuar en la sala de sesiones de la academia, donde apenas cabian los médicos, pero con la precisa condicion de que la puerta estubiese abierta, para que por ella, ya que no cabian dentro, pudiesen desde fuera ver el egercicio, siquiera una media docena de personas, atendiendo á que nos hallábamos en tiempos de libre discusion, y nada contrario previene el reglamento. Pero en la noche del mismo 23, por otro oficio, el vice-presidente de la academia me dice: « En contestacion al oficio de V. S., que acabo de recibir en este momento, no puedo menos de manifestarle, que no residiendo en mí facultades para variar lo acordado por la academia en su última sesion, y cuyo acuerdo le he comunicado con fecha de ayer, no me es posible acceder á sus deseos, ni mandar que la sesion señalada para mañana, y á la que está V. S. convocado, se verifique de otro modo que en los términos que se le han comunicado.»

El espíritu y la letra de todas las comunicaciones de la academia y su vice-presidente, no permitian dudar, que cuantos esfuerzos yo hiciese para el logro de mi pretension, serian sin resultado. Todo me aseguraba de que la academia jamás consentiria en un certámen público; y el motivo de esta resistencia era bien notorio. Per-

suadido pues, de que el permanecer mas tiempo en Valladolid, solo podia proporcionarme el retardo de mi vuelta á Toro, resolví esta. Aunque en todas mis contestaciones tenia espresada bien constante y categóricamente mi resistencia á actuar encerrado á solas con mis antagonistas, quise, no obstante, avisar por última vez al señor vice-presidente de la academia, que pues insistia aun en mantener la puerta cerrada, nadie se tomase la molestia de esperarme, pues no concurriria. Asi aparece de mi oficio del 24 remitido á su señoría á las ocho de la noche, y concebido en estos términos. «La constante resolucion que V. S. obstenta á que se mantengan cerradas las puertas de la academia, mientras en su seno defiendo la verdad y utilidad de la homeopatía, envuelve la sospecha de que cualquiera que sea el resultado de mis trabajos literarios, se les quiere dar el aspecto que armonice con las animosidades de esa corporacion hácia á mí; y fuera poca prudencia, celebrar dicho acto bajo tales auspicios. Lo que comunico á V. S. para su inteligencia y gobierno, deseoso de evitarle la molestia de esperarme. Dios etc. Valladolid 24 de febrero de 1840.=José Sebastian Coll.»

Con toda la certeza que el señor vice-presidente tenia de mi falta de concurrencia (ó mas bien porque la tenia) no quiere dar aviso de ella á los académicos que tenia convocados para las cuatro de la tarde de aquel dia, sino que al contrario (si no estaban en el secreto de su señoría) dá lugar á la reunion, y los mantiene en ella, desentendiéndose del contenido de mi último oficio, y aparentando que voy á actuar allí aquella tarde. Y teniendo en su poder, como tenia, mis repetidas protestas escritas, que le aseguraban de mi inasistencia á la sesion,.... ¿por qué pasó ni aun á convocarla?..... Mas, aparentando ignorar lo que tambien sabia, y resuelto como estaba á no permitir la entrada en la sala de sesiones, á persona alguna del pueblo..... ¿A qué permite que este en masa se agolpe en la calle á las inmediaciones de la academia? Y si este creia ser admitido al acto el domingo 23 de febrero á las diez de la mañana..... ¿quién le pudo avisar que no se moviese dicho dia y hora?.... ¿Quién lo reunió al siguiente, á las cuatro de la tarde, á las puertas de la academia?... ¿Y, con qué objeto si no habia de tener entrada?.... Creo que este enigma no sea dificil de descifrar. Seguro el señor vice-presidente, de que mi presencia no podia estorbarle el designio de poner al pueblo en mal sentido conmigo, aparentó su admision al espectáculo, y aparentó igualmente lo inesperado de mi falta de asistencia. El golpe estaba bien dispuesto, hallándome bien distante del sitio donde se fraguaba; pues de otra suerte, mi presencia lo hubiera destruido, haciendo ver al pueblo, que en nada se pensaba menos que en admitirlo, aunque yo hubiese concurrido, y que por este solo motivo no asistí. A saber yo la farsa que se estaba representando allí, no hubie-

ra el público esperado hasta sol puesto, lo que la academia de ningun modo queria concederle: y cuando inquieto de tanto aguardar mostraba su impaciencia, no hubiera oido al vice-presidente, puesto en un balcon del edificio académico, decirle con un ademan disimulado y candoroso: «Señores, nosotros no tenemos la culpa del chasco que VV. sufren con tanto esperar: al señor Coll se le ha convocado, y no concurre.» Por este manejo se podrá conocer, qué ideas germinan en algunas cabezas debajo de las borlas amarillas.

¡Accipe nunc danaum insidias, et crimine ab uno disce omnes! . . . . . .

De aquí se podrá bien deducir el resultado de un acto literario, en reclusion con tales concurrentes, y si he debido ó no sustraerme á celebrarlo bajo tales influencias.

La única razon, ó mas bien pretesto de la academia para oponerse á la publicidad, aparece de su reclamacion dirigida á la Gefatura superior política en 18 de febrero, en la que se lee lo siguiente: «Se acordó por unanimidad (habla la academia) manifestar á V. S., que como gefe y protector de estos establecimientos, se sirviese hacer entender á dicho Coll, cumpla con lo prevenido en el párrafo 7.º del capítulo VII del reglamento de las academias que dice:=Los sócios que anunciasen á las academias algunos descubrimientos (1), tendrán obligacion de com-

(1) Tampoco se trataba de anunciar un descubrimiento, sino de sostener una verdad anunciada ya hace cerca de medio siglo (el año de 1793), y estendida prodigiosamente por el *mundo médico*; y si la academia hubiera dicho: "*Regnum meum non est de hoc mundo;*" no se hubiera tomado *dicho Coll* la molestia de acudir al reto de los académicos, en defensa de una verdad, que si como tal es inatacable para los que la conocen, debe serlo mas sin comparacion para los que de ella no tenian aun noticia, y esperaban *se les anunciase*.

probarlos en las juntas ó en las comisiones señaladas para ellos, ó presentarán documentos justificativos que los acrediten cuando no puedan verificarlo en la forma que acaba de prevenirse.»

Pero esta ley, que la academia trae en apoyo de su conducta, no establece que los actos sean públicos ni secretos: permite, pues, optar entre ambas circunstancias; y en tal caso, bueno fuera contar con la voluntad y conveniencia pública, que aquí están bien patentes. Pero la academia á falta de otro asidero, se agarra á una interpretacion de ley demasiado violenta y caprichosa: conocia que una conducta franca, haria traicion á sus designios ocultos, y por eso propendia á que el certámen fuese inquisitorial, escluyendo la entrada á toda otra persona, porque como *es un deber de los que nos honramos con el título de médicos ilustrar al pueblo en materia tan importante*..... esto era muy consiguiente. Mas el público de Valladolid, de quien parece se está haciendo befa, si se comparan las palabras de la

academia con sus obras, ha percibido ya el eco de los sorprendentes resultados de la homeopatía, ansía, y con razon, por ver esta doctrina sometida á la doble prueba del raciocinio y de la esperiencia, y dice: ¡hasta cuando el cuerpo directivo de la ciencia médica en esta provincia, nos hará todavía esperar que se le antoje dar alguna importancia á la cuestion homeopática, de muerte á vida para la sociedad; concediéndola siquiera los honores de un imparcial exámen, para ver si lo mucho que promete es cierto y utilizado! Nosotros no queremos intervenir en el gobierno de la facultad, pero como parte que hacemos de la humanidad sujeta á enfermedades, y deseosa de la perfeccion del arte de curarlas, tenemos el derecho incontestable de conocer la historia de la medicina, de pesar sus principios, de examinar sus procedimientos, y de juzgar de sus resultados. La salud y la vida que gozamos, es nuestra propiedad mas preciosa, los médicos, nuestros administradores natos, pues..... ¿Desde cuándo el propietario, no tiene facultad de pedir cuentas á su administrador?..... Y cuando este no quiere rendirlas..... ¡Cómo estarán ellas! Su señoría la academia, cuando en guisa de Crysálida, de propagadora de las luces médicas, se transforma en estanquera de las mismas, encerrándose y pretendiendo encerrar en su académico capuyo á los que las quieren difundir, ¿qué pretende? En tamaña avaricia de clandestinidad, ¿qué busca? Sin duda que se le diga con el P. Isla....

¡Para qué es encubrir la quisi-cosa
Si asi te ensucias mas, querida Rosa!

Es bien estraordinaria y chocante por cierto la conducta de la academia: sin cesar y por todas partes grita, que la homeopatía es un desvario insostenible, la concepcion de un cerebro en delirio, un edificio tan débil y deleznable, que vá por tierra al primer soplo de impugnacion, y sin embargo, todos sus miembros unidos, no se consideran bastante poderosos á derribarla: no impugnan la doctrina que tan poco cuesta destruir. Conocen su falta de razones científicas, de lógica severa con que abrir la brecha, y se sirven por eso de una sonrisa de desprecio, ó tal vez disparan un libelo infamatorio contra el que la intente sostener, como el que la academia me incluyó en su oficio de 22 de febrero, bajo una comun cubierta, sin ruborizarse de una bajeza, que acaso tal se reputaria aun en un rancho de gitanos. Y no limita su regalo solamente á mí, sino que lo hace trascendental á varias provincias, donde con largueza lo derrama, sin contar con que en ninguna de ellas será tan desconocido, como la homeopatía á sus adversarios académicos, el siguiente pensamiento de madama Sthael, que dice: «La mayor parte de los descubrimientos, han empezado siempre por parecer absurdos; y el hombre de talento, jamás hará cosa alguna, si tiene miedo á las bufonadas: pierden estas su fuerza, cuando se las desprecia, y tóman por el contrario un notable ascendiente cuando se las teme.»

Poco pues habrá adelantado la academia con la publicacion de su papelucho, que despues de costarle catorce dias de incubacion (y no por falta de calor) al cabo salió huero de noticias científicas.

Largo y fastidioso seria en estremo, patentizar las contradicciones, falsedades, tergiversaciones premeditadas de circunstancias destinadas á aparentar lo que no hay, y los insultos personales de que está llena la hoja volante, que me ha dirigido la academia sin provocacion anterior.

Por eso, y por partícipe de la opinion de la sábia alemana citada arriba, solo haré una ligera reseña de tales demasías, para descender mas pronto á lo que en dicha hoja parece facultativo. Protestando, que si por ser el papel de que se trata, el primero de su especie llegado á mis manos, me ocupo lo poco que he dicho en notar sus vicios, será sin ejemplar, pues injurias sustituidas á razones científicas en escritos polémicos, no merecen contestacion, sino desprecio. Ni se tache de escesivo mi lenguage, que justifican las circunstancias de no ser mia la iniciativa, pues hablo atrozmente provocado, y esta provocacion es la recompensa dada á un acto filantrópico, sobre desinteresado y aun dispendioso, que he sido invitado á practicar; fuera de que en obsequio de la verdad y de la humanidad, deben hablar alto la lengua, el corazon y el entendimiento, haciendo militar á favor de aquellas las palabras, los afectos y las ideas.

La academia en su filípica me trata de loco,

ó de Quijote afincado en hacer confesar á los mercaderes la sin par fermosura de su dama. Pero como es peculiar de todo loco reputarse cuerdo, y tener por dementes á cuantos no piensen como él, no podemos saber si la locura debe adjudicarse á la academia, ó á mí. Quizá lo que sigue, unido á lo que antecede, disipe esta duda. Aquella corporacion llama á la ocurrencia del manchego caballero, una aventura graciosa, y es un dolor que de la aplicacion que hace al mio de aquel lance, no se pueda con verdad decir otro tanto; porque si aquella es una aventura graciosa, es bien desgraciada la comparacion académica, y tanto, que puede servir de prototípo de inexactitud y de irracionalidad, por media docena de razones: 1.ª Porque don Quijote acometió aquella loca empresa sin motivo, provocacion ni compromiso alguno antecedente: mientras yo invitado, llamado, retado y comprometido, vengo al desempeño de un acto literario, y no á un hecho de armas. 2.ª Si don Quijote vá con su empeño á la encrucijada de un camino, yo con el mio me dirijo al santuario de las ciencias. 3.ª Los mercaderes deseaban un retrato de Dulcinea, aunque fuese del tamaño de un grano de trigo, para juzgar por él de la belleza del original sin temeridad, y sin perjuicio de las demas hermosuras de la Estremadura, y de la Alcarria. Los DD. médicos de Valladolid, no pueden ver á la homeopatía ni aun pintada, y esto no solo con perjuicio de los estremeños,

alcarreños y vallesoletanos, sino de cuantos habitantes del globo les confien su salud, sean feos ó hermosos. 4.ª Los mercaderes piden el retrato de Dulcinea, cuya belleza desean conocer, y el inexorable caballero lo niega: aquí todo sucede al revés; yo voy á poner á la vista de los DD. el cuadro al natural de la homeopatía, con todas sus gracias y atractivos, para que contemplen su hermosura verdaderamente sin par: y ellos cierran los ojos. 5.ª Los mercaderes, querian examinar el mérito de la ponderada belleza. Los DD. condenan y rechazan sin exámen la homeopatía tan conocida de ellos, como Dulcinea de aquellos otros. 6.ª Cuando los comerciantes no estaban obligados á conocer aquella muger, los médicos están en la gravísima obligacion de no desconocer doctrina alguna médica. ¿Dónde está pues la analogía, que salve la irracionalidad de la alusion? ¿Dónde el lazo de union armónica, que una estos dos hechos? Menester es renunciar al buen sentido, para ofrecer como semejantes dos acontecimientos tan diferentes, que muestran, que el que lo intentó, obraba de memoria, abdicando el entendimiento y la razon. Pues bien: la falta de esta, es locura; la del entendimiento, estupidez.

He dicho, y es seguro, que los tales DD. se hallan tan familiarizados con la homeopatía, como los mercaderes de Cervantes con la dama Tobosina, aunque en su hoja volante hayan estampado: *Las doctrinas de Hahnemann, hace algunos años que son estudiadas y puestas á*

la piedra de toque de la esperiencia, por algunos facultativos individuos de la academia medica, la que se ha ocupado de este asunto, *con la imparcialidad necesaria á su representacion, como consta de sus actas etc.*, porque toda esta fanfarronada no es mas que una ficcion, con que engañar al que lea lo rayado. De las actas á que se refiere, si no son fraguadas con el mismo objeto, deberá constar que hace dos años, que de la seccion médica de la direccion general de Estudios, tuvo la academia órden de someter á la esperiencia la doctrina de Hahnemann, y dar cuenta de los resultados: pero hallándose la academia en la mas completa falta de conocimiento de aquella doctrina, trasfirió el desempeño de su comision, al catedrático de medicina clínica, que por estar en igual caso, la delegó en algunos de sus discípulos, que casualmente habian leido algunos escritos mios de homeopatía: mas como esto no fuese bastante para el buen resultado, no lo hubo en el primero y único esperimento practicado en esta ciudad, á mitad de enero de este año; sin que antes ni despues de dicha época, se haya repetido otro hecho práctico de homeopatía, fuera de los que yo he ejecutado en el mes de febrero último.

Cuales sean los conocimientos homeopáticos de la academia, fácil será deducirlo de la invitacion insertada al principio de este manifiesto, en que se lee, *y no poseyendo los medios para instruirse en la citada doctrina, no duda conse-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guir del loable celo, por el honor y progresos de la ciencia que noblemente á V. anima, se sirva comunicarnos sus luces homeopáticas, y comprobar en esta universidad etc. Júntese esta claúsula con la bocanada de la hoja volante copiada poco mas arriba, y se verá la contraposicion de aserciones que presenta: véase tambien qué crédito debe darse á las aseveraciones académicas, y pasemos al análisis del único caso práctico homeopático ocurrido en esta ciudad, bajo la direccion ya dicha. El hecho en cuestion, es respecto á su homeopaticidad, un *titulus sine re*, pues se reduce á la administracion de una dósis crecida de tintura de cantáridas sin dinamizar; á un enfermo de la seccion de clínica, que entre otros síntomas de los que formaban el grupo representante de su estado morboso, era molestado del síntoma llamado *Iscuria*, que fué el único á que se atendió para la eleccion del medicamento, despreciando todos los demas.

Proceder nada conforme á los preceptos de Hahnemann, pues aunque presenta á primera vista alguna apariencia homeopática, esta desaparece delante de la consideracion, de que si la tintura de cantáridas produce en el hombre sano aquel efecto, hay otras muchas sustancias que tambien lo provocan, y es indispensable elegir la que entre todas estas conviene mas en la semejanza de sus efectos primitivos, producidos sobre el hombre sano, no solo con todos los síntomas de la enfermedad que se intenta curar, sino tambien con el

modo que estos tengan de manifestarse respecto á la época y circunstancias de su aparicion, desarrollo, aumento, disminucion, suspension, desaparicion etc.; si los síntomas de la enfermedad natural se agravan por la mañana, y se mitigan por la tarde, ó al revés, es necesario que con los síntomas patogenéticos del medicamento suceda lo mismo; debiéndose al efecto indagar con el mayor cuidado y sagacidad, si el enfermo se halla mejor en quietud ó en movimiento, antes ó despues de tomar el alimento; echado, sentado ú de pié; en la cama ó fuera de ella, al aire libre, ó de la habitacion; si los dolores ú otras molestias se agravan, ó al contrario, se alivian, se suspenden, ó cesan del todo, por la presion sobre la parte afecta, ó cambiando de postura, etc. etc. A mas de cuadrar asi el medicamento en cuanto á la naturaleza, hora y circunstancias de los síntomas morbosos naturales, debe tambien estar en exacta armonia con las influencias de la causa ocasional morbosa, de la edad, sexo, constitucion individual, ocupacion del enfermo, posicion social del mismo, y cambios que en su moral haya la enfermedad provocado.

Una vez hallado el medicamento, que tenga la virtualidad de hacer nacer en el hombre sano un estado patogenético *sui generis*, que armonice con el estado morboso natural tan completamente como queda dicho, la curacion de la enfermedad natural se obra necesariamente de un modo directo, pronto, suave y permanente, por medio de

la administracion de un átomo de la sustancia medicinal educada homeopáticamente.

Esto consiste, en que no siendo la enfermedad otra cosa, que un estado de desarmonía de la vida comunicada al organismo, y siendo los síntomas de la enfermedad, los conatos que la fuerza vital ejecuta para recobrar el estado normal, y restablecer el equilibrio de los movimientos orgánicos, la sustancia medicinal administrada homeopáticamente, obrando con preferencia, y con mayor intension sobre las partes mas enfermas, con quienes se halla en mayor afinidad patogenética, y por consiguiente, accionando en el mismo sentido que los síntomas ó esfuerzos convergentes del organismo, se une á ellos, y viene en su auxilio, ayudándoles á repeler la agresion morbosa, y restablecer el equilibrio de la vida accidentalmente perdido, ó sea la salud. Por lo mismo que la medicacion homeopática, vibra la misma cuerda que los síntomas ó esfuerzos de la vida, exige dósis tan diminutas, pues se percibe claro, que las enormes de la alopatía, en tal caso producirian un aumento ú agravacion de síntomas proporcional á su masa, que harian las mas veces sucumbrir bajo su accion al organismo mas fuerte y vigoroso.

Todas estas circunstancias, y otras muchas que seria largo enumerar, hacen la homeopatía tan racional y segura, como embarazosa y dificil de practicar para los avezados á ella, y solo ofrece facilidad á los que la desconocen. Esto mismo hace las esperiencias homeopáticas, impracticables para los últimos, aun cuando á un grande talento reunan bastante aplicacion. De esta verdad, ofrece una prueba el sábio Andral, á quien algun homeópata le nota las imperfecciones, que ha cometido en las esperiencias homeopáticas, hechas por comision de la escuela de medicina de París, para servir de base á sus decisiones médicas reglamentarias, con la circunstancia de probar dicha inesactitud, por la relacion misma circunstanciada de este hombre eminente, con que dá cuenta de los procedimientos y resultados del desempeño de su comision al cuerpo comitente.

Andral es quizá la primera notabilidad médica alopática hoy dia: nadie osará disputarle su mérito colosal: se halla á más bien enterado de la teoría homeopática, y á pesar de tantas brillantes recomendaciones, sus esperimentos sobre esta doctrina, adolecen de imperfeccion por falta de hábito á ellos: sin embargo, á su perspicacia científica no han podido ocultarse ciertas verdades, que con la buena fé que le es propia, consigna en las siguientes frases: *Creemos que esta es una mira* (el tratamiento homeopático) *que se halla apoyada por hechos incontestables, y que por las mismas consecuencias que de ellos pueden resultar merece á lo menos la atencion de los observadores. Repítanse pues estas esperiencias, y es seguro que se producirán hechos igualmente auténticos: medite estos un espíritu vigoroso, que los compare despues de bien examinados por*

todos lados. ¡Quién sabe las consecuencias que de aquí saldrán!.... Confesion ingénua y de mucho valor, por haber salido de la boca de un alópata, á quien justamente respeta y admira el orbe médico. A vista de esto, fácil será ya calcular cuán poco satisfecho debe quedar el celo del supremo gobierno médico español, con las noticias y resultados que le pueden presentar las comisiones esperimentales, encargadas á sugetos y á corporaciones aun las mas ilustradas, si carecen de práctica en este género de ocupaciones.

Al fin de la hoja volante de la academia, se hallan dos pequeñas notas que forman todo el inventario médico, que de tal escrito aparece. Dice la primera: «El método homeopático, se sirve de remedios que escitan *efectos semejantes* á los síntomas de la enfermedad que se intenta curar, pero su administracion ha de ser en cantidades tan pequeñas, que se consideran dósis muy apreciables, un millonésimo, billonésimo, *y aun un trillonésimo de grano.*» La primera parte de esta nota, contiene una definicion de la homeopatía, de tal exactitud y precision, que conviene á esta doctrina lo mismo ni mas ni menos que á la de la otra escuela, porque ambas usan de medicamentos que produzcan *efectos semejantes* á los síntomas de la enfermedad que se intenta curar. La diferencia está en que la una echa mano de medicamentos, cuyos *efectos primitivos ó de accion* provocados en el hombre que goza salud, sean *semejantes* á los síntomas de la enfermedad;

mientras la otra busca esta semejanza en los *efectos secundarios ó de reaccion* del organismo contra el medicamento administrado. Si hubiera dicho: el método homeopático requiere la administracion de un medicamento, que sea el emblema fiel del movimiento orgánico desordenado que constituye la enfermedad que se propone curar; ó hubiera dicho: el método homeopático se sirve de medicamentos aptos para producir sobre el organismo *efectos patogenéticos*, semejantes á los síntomas ó manifestaciones del mal que se tiene á la vista, ó aptos para producir una enfermedad artificial *semejante* á la natural que se pretende destruir; esto ya fuera exacto, y daria márgen á pensar que lo habia notado algun médico iniciado en homeopatía.

Lo restante de esta primera nota, muestra bien que su autor no ha abierto siquiera la farmacopea homeopática de Harthman, única que se halla venal en nuestra España y nuestro idióma, pues de lo contrario, no nos presentaria como el *máximum* de la divisibilidad medicamentosa homeopática, lo que precisamente es el *mínimum*, segun se debe inferir de *aquel, aun al trillonésimo de grano.* Una ligera ojeada á dicha obrita, que es muy poco voluminosa, hubiera libertado al autor de la nota de incurrir en la falta de meterse á impugnar cuestiones, que ni aun siquiera ha leido. Este pequeño trabajo le hubiera hecho patente, que la citada obrita contiene treinta y un preparados homeopáticos, que

se administran por bajo del trillonésimo; doce *aun al trillonésimo de grano*; sesenta y nueve no mas que hasta el decillonésimo; todos los restantes se hallan entre el trillonésimo y decillonésimo grado de divisibilidad, y aun Hahnemann y otros sábios prácticos de la homeopatía, aseguran que se puede llevar dicha atenuacion hasta mas allá del trigintillonésimo grado, sin que la sustancia medicinal asi educada deje de manifestar su actividad medicamentosa. El contenido pues de dicha nota, agregado al procedimiento homeopático esperimental de la academia, y á la frase de la invitacion citada arriba, nos proporcionan la medida fiel de la veracidad académica relativa á esta asercion. *Las doctrinas de Hahnemann, hace algunos años que son estudiadas y puestas á la piedra de toque de la esperiencia, por algunos facultativos individuos de la academia médica etc.* El charlatan menos pudoroso, mas pedante y embaucador, ¿pudiera esceder este comportamiento? Pues sin embargo, quien asi se conduce, me cuelga el dije de la charlatanería, sin otro motivo que el resistirme yo á sostener un egercicio literario inquisitorial, por los motivos que van manifiestados: me compara á un *maestro de esgrima en asalto* de una plaza pública; *á un charlatan que publica sus pretendidos secretos en las plazas y sitios concurridos*; me dice, que *la medicina tiene su templo donde se aclaran los puntos controvertibles.* Por eso me fui derecho á

él, y se me negó la entrada. Sí, por eso tube que buscar otro local, reputado por la academia poco á propósito para cuestiones semejantes, tratadas bajo la presidencia de la autoridad protectora de las ciencias, que señaló el destinado á sesiones de una asociacion de piedad cristiana, ya que ni la universidad, ni la academia lo concedieron; mucho menos á propósito deberá parecer para tales actos un café, una casa de juego del monte, ú otro garito semejante de un pueblo, donde se estaba actualmente celebrando una de las mas concurridas ferias de la nacion, y sin embargo, aquellos sitios fueron el *templo donde se aclararon los puntos controvertibles de la ciencia médica*, que se contemplaba decaida de su dignidad en el salon de las Angustias: en aquellos sitios no habia mas persona competente para juzgar la cuestion, mas médico ni mas doctor, que el que estaba esparciendo doctrinas, y apuntando el juego al mismo tiempo, y bastante despues de haberse estampado en la hoja volante; *por lo mismo, no deben ser sus cuestiones* (las de medicina) *objeto de entretenimiento para la curiosidad pública.* Hablar contra lo que se obra, ú obrar contra lo que se habla, es la divisa de la charlatanería y la mala fé: por estas señas será fácil hallar su habitacion.

El aviso á los amigos y enemigos de la homeopatía (reproduzco íntegra como hice con la primera, la segunda y última nota) *que dió á luz el médico Coll, hace poco mas de un año,*

es un tegido de denuestos contra la ciencia, y de improperios á todos los médicos de todos los tiempos, de todas las escuelas, y de todos los paises. Asi lo afirma el folicularío, y lo prueba nada mas ni menos que de autoridad propia, cuyo valor ya hemos visto. Los pasages que mas han debido alborotarle, son tomados de escritores bien acreditados y bien leidos de médicos estudiosos, y á mí no se me debe hacer responsable de la araganería y desaplicacion de mi crítico, á quien sin embargo ofrezco presentarle registrados los lugares de las obras clásicas, donde verá espresados aquellos mismos pensamientos, y opiniones que me imputa y que le inquietan. Por lo demas, la obrita que se me critica, es una série de hechos tan evidenciados, que nadie me contradecirá, seguidos de sus corolarios mas obligados, y á mí me ha parecido mejor este proceder lógico, que el seguido por mí crítico de hablar *ad libitum*, sin mas razon ni pruebas que la de *yo lo digo*. En cuanto á la terminológia, opino que para que se comprenda bien cualquiera cosa, conviene llamarla por su nombre y como vulgarmente se dice; al pan, pan, al vino, vino, y al pícaro mal hombre. Es pues infundado el reproche que se me dirige por los noteros, y mucho mas considerando que al reformar una ciencia tan importante como la de conservar la vida de los hombres, no cabe disimular los errores, sino al contrario, darlos á conocer para que en lo sucesivo puedan evitarse.

Si la historia de la medicina presenta tantos vacíos, ¿qué estraño será que muchos génios sublimes, se lastimen á menudo de esta falta, y quieran remediarla? Yo no he sido mas que el eco del voto de los deseos á que ha dado cumplimiento el inmortal Hahnemann, presentando en sus doctrinas la reforma de la ciencia médica toda entera y racional. Esta doctrina, hecha general con su clara luz, disipará todas las tinieblas alopáticas; y el arte conservador de la vida de los hombres, de incierto y conjetural que es, se elevará al rango de las ciencias exactas: y poniendo bajo el dominio del médico la curacion de todas las enfermedades, de un modo seguro, siempre el mismo, sujeto á demostracion con evidencia semejante á la jeométrica, hará que abunden los felices resultados curativos que ahora tanto escasean, y por consiguiente, que la medicina cese de ser el objeto de la sátira y de la risa vulgar.

Desechada largo tiempo como una ilusion pasagera la homeopatía, por hallarse los sorprendentes hechos que proclama (cual sucede á todo descubrimiento inesperado) fuera del círculo de los conocimientos de la época, adquiere cada dia mayor consistencia, multiplica sus resultados, y los consigna en muchos periódicos homeopáticos de las principales capitales del mundo. Cuenta acérrimos apasionados entre los sábios de Ungría, de Polonia, de Rusia, de Bohemia, de Austria, de Suiza, de Baviera, etc. En Filadelfia, en

Roma, en Nápoles, en Sicilia, en Ginebra etc. se halla practicada con el mejor éxito. En la última sesion de las cámaras de Carlsruhe, los diputados del gran ducado de Baden, han adoptado unánimemente la proposicion de crear una cátedra de terapéutica homeopática en cada universidad, y de no admitir al grado de Dr. en medicina, sin el requisito de tener el aspirante los conocimientos necesarios en homeopatía. En Leon de Francia, se ha reunido un congreso muy numeroso de médicos homeópatas convocados de las provincias y ciudades inmediatas de Grenoble, de Piamonte, de la Suiza, de Ginebra, de Colmar, de Moulouse etc. Se tuvieron las primeras sesiones en los dias 6, 7 y 8 de setiembre de 1833, se pronunciaron brillantes discursos, y se establecieron las bases de una sociedad homeopática, al modo de las que hay en Alemania. (Gueirard, Exam. de la homeopatía.)

En París, el Dr. Leon Simon, está ya hace algunos años desempeñando una cátedra pública de homeopatía, á la que diariamente concurren quinientos ó seiscientos médicos, muchos de entre ellos, de crédito bien antiguo en aquella capital, que despues de oida cada leccion oral, proponen sus dudas y objecciones sobre la materia en cuestion, y reciben acto continuo la respuesta á unas y otras. De este elaboratorio de la ciencia homeopática, y otros muchos de su especie esparcidos por el orbe, salen á menudo numerosos san Pablos convertidos en ardientes y celosos apóstoles

de la homeopatía, de acérrimos perseguidores de ella que antes eran.

Asi es, que por todas partes abundan médicos del mas brillante renombre literario, desengañados por una larga práctica de la influencia de su arte incierto, hombres de la mas alta capacidad, que lejos de suponer límites posibles á la ciencia, no han desdeñado confesar con el mismo Hahnemann, que ayer ignoraban lo que hoy saben, y guiados de una imparcial observacion, han emprendido con valor (algunos en edad ya demasiado avanzada) una série ilimitada de nuevos estudios, (Gueirard loc. cit.) Uno de ellos es el grande Broussais, el génio que desterró el incendiario Brounismo, y la ominosa ontología médica. Este hombre, pues, respetable por tantos y tan grandes títulos, es quien hace ya algunos años dijo: «Que l'on peut encore *mieux* faire en medecine, que l'on n' á fait jusqu' á ce jour, et qui il conseille chercher ce *mieux* dans la métode de Hahnemann, que lui-meme á experimentée et experimente encore avec succes.»

Aqui tiene pues la academia médica-quirúrgica de Valladolid, un modelo de candor, de buena fé y de grandeza de alma, que debiera haber imitado. Toda la aversion de este cuerpo literario á la homeopatía, proviene de un punto de honor mal entendido. Le parece indecoroso renunciar á las creencias que le han alimentado desde su infancia médica. Tiene por muy repugnante, duro y aun ignominioso, meterse de nuevo

á estudiante con barbas y borlas, sin considerar, que distando mucho de igualar en mérito á Broussais, nunca pareció este mas grande y elevado, que cuando creador de un sistema generalmente adoptado por el orbe médico, se confiesa inferior al otro doctrinario alemán, y abraza, sigue y recomienda el dogma homeopático.

El cuerpo, pues, regulador de la ciencia médica de Castilla la Vieja, en pos de las hüellas trazadas por este hombre colosal en el saber, por deber y por obsequio á la humanidad, debia ilustrarse en la doctrina del anciano de Coethen, anteponiendo el deseo de saber á quiméricas preocupaciones; y unir sus esfuerzos á los que fueran fruto de la esperiencia mas atinada de tantos médicos, que con ánimo sereno propenden á remover los obstáculos que se presentan á la propagacion de una doctrina médica tan racional y beneficiosa. España, sí, nuestra patria, cuna de la libertad, donde el génio ha difundido los conocimientos, es hoy dia la nacion mas á propósito para figurar en los fastos de la historia, tanto en la ciencia de curar, como ya lo hace por sus progresos respecto á las otras. La discusion pública fijaria la certeza, consignaria la evidencia y exactitud de la homeopatía, ó la postergaría. España no debe perder la esperanza de lograr este bien, tiene un Gobierno benéfico y libre; posee una facultad sin límites para publicar, estender y propagar sus pensamientos, y abriga en su seno hombres científicos en medicina, que animados tambien de valor personal, sin temor á las amenazas, sabrán darla aquel ensanche que la filosofía del siglo reclama, y esto á pesar de cuantos esfuerzos en contrario haga la academia médica de Valladolid. Mengua y aun baldon seria, que nuestra nacion careciera de la belleza, de la verdad y exactitud de la homeopatía, de su conveniencia y utilidad, abjurando de sus benéficos resultados, cuando entre los musulmanes de Constantinopla, en las márgenes del Surinan, en la bárbara Africa, en las Américas, bajo la proteccion de Mehemet-Ali en el Egipto, se está ensayando y practicando con ardor y asombro por sus grandiosos efectos, cuando esa sábia Francia, digna de ser imitada levanta estátuas en homenage de Hahnemann (1), para perpetuar la memoria del hombre que mas servicios ha dispensado á la humanidad. Secundar estos hechos, dechados del saber y de la esperiencia, es un deber no solo del Gobierno en la

(1) Hallándose Samuel Hahnemann en París el 19 de febrero de 1838, una comision formada de MM. los DD. Davet, Molin y Leon Simon, llevando este último la palabra á nombre de todos los homeópatas, y amigos de Hahnemann existentes á la sazon en aquella capital, le presentó una corona de bronce dorado, en cuyo adorno se hallaban inscritos los nombres de los médicos homeópatas de París y de Suiza, que mas habian contribuido á la propagacion de la homeopatía. Dicha corona, cuya presentacion fué acompañada de un elocuente discurso en honor del héroe de la medicina, y en la que se ostentaban los motivos

esfera de su poder, sino tambien de todo profesor de medicina. Por mi parte, correspondiendo al que sobre mí gravita, hasta donde alcance el círculo de mis limitados conocimientos, sin temor ni miedo á mis declarados enemigos, he de contribuir al triunfo de la verdad, evidencia y exactitud de la doctrina homeopática, con cuyo objeto he fijado mi residencia permanente en Valladolid, seguro de que la homeopatía ha de dar las bases sólidas y estables, que aseguren para siempre jamás y hagan certera la práctica de la medicina. Entonces las corporaciones que en fiel desempeño de su mision sean las primeras en abrazar y propagar la homeopatía, (pues su descubrimiento forma época y pertenece ya á la historia), convencidas de su verdad y utilidad, ocuparán un lugar honroso y distinguido en los fastos de la medicina española; asi como merecerán un título denigrante, las que permane-

---

de su gloria póstuma, fué de las sienes de este trasladada á la cabeza de una estátua de mármol, obra del acreditado cincél de Mr. David, consagrada á Hahnemann, en recompensa de sus grandes servicios á la humanidad. Asi el discurso, como lo demas de acto tan glorioso para aquel anciano respetable, le causó una viva emocion, inspirándole una breve y muy interesante respuesta. Finalizando esta ovacion con el cántico en celebridad de los descubrimientos del héroe médico en una oda italiana que leyó el Dr. Sinibaldi de Roma, y varias estancias en verso francés, que tambien leyó Mr. Briouse afecto á la homeopatía. (Archivos de medicina homeopática, série segunda, tomo 7.° París marzo de 1838).

ciendo en la pereza é insensibilidad, perpetuando la ruina de la humanidad doliente, sean dignas de la pública execracion. Valladolid 6 de abril de 1840.=*J. Sebastian Coll.*

DISCURSO DEL DIPUTADO WOLFF.

El Gobierno de Hesse, atendiendo á los deseos de las dos cámaras, que por sí mismas no habian sido mas que los intérpretes de una fraccion notable de la poblacion del gran ducado, decretó el 5 de octubre de 1833, que los médicos homeópatas gozasen en adelante del derecho de dispensar por sí mismos sus medicamentos.

A principios del año de 1839, se esparció la noticia entre el pueblo de que se trataba de revocar este decreto.

Inmediatamente el diputado Wolff, puso en la mesa de la segunda cámara una proposicion, en la que pedia el sostenimiento del decreto de 1833, y pronunció con este motivo, un discurso que creemos deber dar á conocer, y es como sigue.

Señores:

Si las manifestaciones en que voy á entrar, salen quizá de los límites acostumbrados, aunque sin embargo me lisongeo, que no cansarán vuestra atencion, estad persuadidos que mi conviccion depende únicamente de la alta importancia del objeto, y del interés siempre creciente que me inspira hace muchos años.

Los motivos de esta proposicion, parece que

esfera de su poder, sino tambien de todo profesor de medicina. Por mi parte, correspondiendo al que sobre mí gravita, hasta donde alcance el círculo de mis limitados conocimientos, sin temor ni miedo á mis declarados enemigos, he de contribuir al triunfo de la verdad, evidencia y exactitud de la doctrina homeopática, con cuyo objeto he fijado mi residencia permanente en Valladolid, seguro de que la homeopatía ha de dar las bases sólidas y estables, que aseguren para siempre jamás y hagan certera la práctica de la medicina. Entonces las corporaciones que en fiel desempeño de su mision sean las primeras en abrazar y propagar la homeopatía, (pues su descubrimiento forma época y pertenece ya á la historia), convencidas de su verdad y utilidad, ocuparán un lugar honroso y distinguido en los fastos de la medicina española; asi como merecerán un título denigrante, las que permane-

---

de su gloria póstuma, fué de las sienes de este trasladada á la cabeza de una estátua de mármol, obra del acreditado cincél de Mr. David, consagrada á Hahnemann, en recompensa de sus grandes servicios á la humanidad. Asi el discurso, como lo demas de acto tan glorioso para aquel anciano respetable, le causó una viva emocion, inspirándole una breve y muy interesante respuesta. Finalizando esta ovacion con el cántico en celebridad de los descubrimientos del héroe médico en una oda italiana que leyó el Dr. Sinibaldi de Roma, y varias estancias en verso francés, que tambien leyó Mr. Briouse afecto á la homeopatía. (Archivos de medicina homeopática, série segunda, tomo 7.° París marzo de 1838).

ciendo en la pereza é insensibilidad, perpetuando la ruina de la humanidad doliente, sean dignas de la pública execracion. Valladolid 6 de abril de 1840.=*J. Sebastian Coll.*

DISCURSO DEL DIPUTADO WOLFF.

El Gobierno de Hesse, atendiendo á los deseos de las dos cámaras, que por sí mismas no habian sido mas que los intérpretes de una fraccion notable de la poblacion del gran ducado, decretó el 5 de octubre de 1833, que los médicos homeópatas gozasen en adelante del derecho de dispensar por sí mismos sus medicamentos.

A principios del año de 1839, se esparció la noticia entre el pueblo de que se trataba de revocar este decreto.

Inmediatamente el diputado Wolff, puso en la mesa de la segunda cámara una proposicion, en la que pedia el sostenimiento del decreto de 1833, y pronunció con este motivo, un discurso que creemos deber dar á conocer, y es como sigue.

Señores:

Si las manifestaciones en que voy á entrar, salen quizá de los límites acostumbrados, aunque sin embargo me lisongeo, que no cansarán vuestra atencion, estad persuadidos que mi conviccion depende únicamente de la alta importancia del objeto, y del interés siempre creciente que me inspira hace muchos años.

Los motivos de esta proposicion, parece que

no han sido bien comprendidos por la comision de la cámara. Se habia divulgado la noticia de que en consecuencia de temores manifestados por las autoridades médicas superiores, y de una consulta de la facultad de Giessen, trataba el Gobierno de retirar la autorizacion que ha concedido á los homeópatas, de dispensar por sí mismos los medicamentos. Nada pues me seria tan agradable ahora, como la declaracion de la comision por la que pareciese, que estas voces no tienen ningun fundamento, puesto que de otro modo el comisario del Gobierno no hubiera dejado de hacer saber en su respuesta, que podria muy bien en efecto, haber algun proyecto de reforma. Creo pues, que puedo estar perfectamente seguro en cuanto á este punto. Pero no me siento por eso menos obligado, tanto por el interés de la causa pública, como por mi propia justificacion, y para manifestar que no se trata en este caso de un combate contra molinos de viento, á entregarme á algunas consideraciones, que quizá no han sido todavía presentadas hasta ahora á ningun Gobierno aleman, por los médicos alópatas admitidos en sus consejos.

Hasta principios del año 1790, habia un arte al que sus adeptos daban el nombre muy significativo de medicina racional, cuyos títulos de consideracion dependian sobre todo de que, independientemente de una edad que subia á muchos millares de años, los principios que constituian lo que ellos llamaban sus fundamentos científicos,

pertenecian á ese vasto imperio de la imaginacion, en el que se sabe, que cada uno puede creerse rey y pasearse con toda libertad en los risueños dominios de la manía de esplicar.

Pero los mas grandes maestros, y los mas afamados de estos héroes, solo se diferenciaban de los demas poseedores en que tenian la franqueza de confesar abiertamente, que su pretensa ciencia no era mas que un conjunto de opiniones, de conjeturas, de hipótesis y de ilusiones. Su saber no consistia mas que en un corto número de fragmentos de observaciones inciertas, con cuyo auxilio no puede uno en ninguna parte de la práctica elevarse á una regla, y mucho menos todavía á una ley. A esto se reducia lo que ellos llamaban conocer las enfermedades y los medicamentos. A pesar de tan bellas frases metafóricas sobre la causlidad y la causa final, sobre la esencia y la textura íntima, sobre los polos oxígeno é hidrógeno, sobre los sistemas ganglionario, sensitivo é irritable, sobre las funciones de la vida elevadas á una potencia superior sobre el centro de la vida vegetativa, en fin, sobre la espontaneidad y la vitalidad, corona de todas estas ideas, á pesar de tanta erudicion desleida en cargas enteras de in folio y en cuarto, faltaba á esta antigua medicina tan alabada, la condicion mas esencial de toda accion razonable, un principio directivo. A la cabezera del enfermo, se dejaba guiar por la casualidad ó á lo mas por los caprichos del impirismo. Mas la ciencia propia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente dicha, solo era un verdadero juego tragi-cómico de sombras chinescas. Este deplorable cuadro por sus mismos mejores maestros. Pues Boerhaave dice que se debe juzgar feliz el médico que no hace daño, y añade que el género humano seria incontestablemente mas dichoso si no hubiera médicos en el mundo.

Pedro Frank, que gozaba de tan alta reputacion en la medicina pública, miraba á los médicos como gentes peligrosas, é invitaba á los Gobiernos á que les hiciese responsables de los millares de asesinatos que cometen en el silencio de la habitacion de los enfermos, ó mejor todavía, á que les prohibiese enteramente el egercicio de la profesion.

Sthal y su comentador, encanecidos en la ciencia y en el arte, estiman en siete de diez el número de enfermos que sucumben á los medicamentos dados en tiempo inoportuno, ó en demasiada grande cantidad. Girtannear pretende, que la oscuridad que envuelve á la medicina, es demasiado profunda para que pueda penetrar en ella un rayo de luz, con cuya ayuda sea permitido orientarse de ella. Las medicina no era á sus ojos mas que un cúmulo de sofismas. ¿Quién llegará, esclama, á descubrir el poco grano bueno perdido en la inmensidad de la basura, que los médicos amontonan hace dos mil años?

Paracelso, ese génio reformador del galenismo, mira como un acto de desesperacion acumular tantas drogas simples en una misma receta; es

cubrir el cieno con otras inmundicias que le corrompen todavía mas.

Kieser, el ingenioso filósofo, compara tambien las misturas á las epidemias ó á las guerras devastadoras; y recomienda á los enfermos, que se guarden de los médicos, como del mas peligroso veneno.

Pues he aquí bastantes de estas altas autoridades alopáticas, de las que podria citar otras muchas todavía, para probar sin réplica lo que la medicina tan alabada ha sido realmente hasta la aparicion de la homeopatía, y lo que desgraciadamente es todavía hasta el dia. Mas de un escritor estraño al arte, ha señalado igualmente sus mortíferas obras. Puede uno instruirse ó edificarse en este punto por la lectura de Agrippa, de Vaesius, de Cardan, de Arcésilas, de Patin, de Rousseau, de Moliére. Pero yo, que no debo mirar mi objeto mas que bajo un punto de vista sério, me limito á decir con este nuestro gran poeta: ¡dichoso el que todavía puede esperar salir de este mar de errores! Se emplea lo que no se sabe y no se puede hacer uso de lo que se sabe.

Entre los que conocian vivamente este lamentable estado de la antigua medicina, se encontraba tambien Hahnemann, al que su conciencia llevó sin embargo mas allá del término, en que se habian detenido sus numerosos predecesores; pues abandonó la práctica, en la que no veia mas que un juego de hipótesis y de even-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tualidades peligrosas para la vida de los hombres, hasta el momento en que se sintió en estado de poder darse cuenta racional del modo con que obraba á la cabecera de los enfermos. Resignacion tanto mas meritoria, cuanto que les condenó, á él y á los suyos, á las angustias de la necesidad.

Sin embargo, en lo interior del retiro, su génio infatigable llegó á descubrir la ley, tan importante para la ciencia, y sobre todo para la humanidad doliente, de la analogía que existe entre la accion de los medicamentos sobre el hombre sano, y sus efectos curativos sobre el hombre enfermo.

Despues de haberse convencido plenamente de esta grande verdad por medio de esperimentaciones asíduas, primero sobre sí mismo, y despues sobre otras personas sanas, se apresuró á darla á conocer á sus compañeros, y inducirles á comprobarla por los mismos medios que él. Mas sus instancias y sus súplicas, solo encontraron oidos sordos. La viveza con que habia ofendido á las fábulas de la antigua medicina, manifestándola en toda su fealdad, le fué imputada por un crímen, aunque jamás se hubiese obrado de este modo con los que habian marchado antes que él por el mismo camino. Porque habia llegado mas lejos que nadie, y esto es lo que tan eminentemente le distingue de todos sus predecesores, porque al mismo tiempo que señalaba todos los defectos de la medicina, anunciaba la necesidad de reconstruirla sobre otras bases, fué

el blanco del ódio, de la envidia, de las calumnias y de las persecuciones.

Toda verdad nueva, dice Voltaire, tiene la suerte que los primeros embajadores que los estados civilizados envian á una corte bárbara: escita la desconfianza, la enemistad y el desprecio. La homeopatía, ha esperimentado esta suerte mas que ninguna otra verdad de nuestra época. No obstante, mientras que la antigua escolástica, y la antigua práctica médica, dirigian todas sus armas literarias contra la doctrina, y tambien contra la persona de Hahnemann, combatia él solo por sí y por su doctrina, con una intrepidez y una sinceridad sin las que su descubrimiento no hubiera tomado la estension que tiene en el dia. Dejó resbalar sobre él las flechas de las pasiones, y ni aun leyó las críticas de sus obras, á fin de no perder en futiles discusiones un tiempo que le era tan necesario para continuar su grande obra: porque la vida es breve y el arte largo.

El desprecio de los trabajos de sus compatriotas que siempre se ha echado en cara á los alemanes, los colegios y las facultades de medicina, lo han hecho por codicia para con Hahnemann. Mientras que se recibian con avidez los sistemas venidos del estrangero, por egemplo, los de Brown, de Rasori, de Broussais, se menospreciaba el descubrimiento nacional. Aun en el dia todavía mas de un orgulloso profesor creeria descender de su dignidad, ensayando un método que tiene la desgracia de apoyarse en sola la es-

periencia, y de desechar las hipótesis y las especulaciones de que tanto se ha usado.

Los alópatas de renombre en el estrangero, Brera entre otros, han obrado de un modo mas imparcial, y tambien mas honroso. Despues de haber hablado de los incesantes progresos que la homeopatía hace en todos los puntos del globo, Brera dice: «Aunque sea desacreditada por unos como inútil, por otros como estravagante, y muchos la crean como absurda; sin embargo, no se puede desconocer que en el dia ocupa su puesto en el mundo sábio, tan bien como otras doctrinas. Tiene sus libros, sus periódicos, sus cátedras, sus hospitales, sus clínicas, sus profesores y su público. De buen grado ó de mal grado, sus mismos enemigos tienen que admitirla en la historia de la medicina, porque su posicion actual lo exige. Puesto que ha sabido conquistar por sí misma esta clase, no se la puede despreciar, y merece un exámen imparcial. Lo que sobre todo la hace digna de consideracion, es que no propaga errores directamente nocivos. ¡Desgraciado el médico que cree, que no podrá aprender mañana lo que ignora hoy! ¿No oimos todos los dias quejas sobre la insuficiencia, y la incertidumbre de la medicina? ¿Y no son precisamente los médicos mas instruidos, y los que mejores resultados obtienen en la práctica, los que saben dudar de la solidez de sus conocimientos? Este sentimiento dirigia sin duda á la mayor parte de los médicos alemanes, que se han puesto á estu-

diar la homeopatía, cuando han triunfado de la repugnancia que les inspiraba.» Mas adelante, Brera confirma la verdad del principio homeopático, y la eficacia de las cortas dósis de medicamentos, segun los esperimentos que ha hecho con el virus variólico diluido.

La Alemania es el único pais en que el amor del lucro, que no domina menos en los adeptos de la ciencia que en los simples artesanos, hace á los adversarios de la homeopatía completamente sordos á la voz de la justicia; y si le llega á suceder á un miembro de un colegio de medicina, como al alentado consejero Muhlenbein, de Bruns-Wick, el renunciar sériamente á la alopatía, se vé obligado á separarse de sus colegas, para no renegar de su conviccion y de su conciencia. Mas de un hombre honrado entre los homeópatas alemanes, ha debido hacer este sacrificio; de otro modo, el número de partidarios del nuevo método, no seria todavía tan grande como lo es en realidad. Pero estas escisiones tienen poca influencia en los colegios y en las facultades; á no ser quizá, el que les hacen temer una reforma en adelante inevitable. Asi reclutan por todo el tiempo que les es posible, personas que participen de los mismos errores; porque los que no escriben mas que recetas basadas sobre hipótesis mistas, no quieren con todo, ni proteccion ni tolerancia para los homeópatas, y no debe esperarse el ver jamás á todos los miembros de ningun colegio, pronunciarse á la vez en favor de

ideas mejores. Porque su vieja medicina de doscientos años, no ha caido todavía hecha pedazos, muchos no creen en la posibilidad de una doctrina nueva que sea preferible. Por otra parte, los ignorantes sábios entre los alópatas, son incorregibles, y el espíritu de especulacion les prohibe malquitarse, ni con parientes colocados en altos puestos, ni con los boticarios. Otros se encuentran demasiado bien con su posicion para desear un cambio; otros todavía, los únicos que son consecuentes, se han cerrado, por su fanática precipitacion, todo medio de enmienda. A todos pues falta el deseo, ó la fuerza, ó la vocacion, para vencer la repugnancia que lo nuevo les inspira, y para estudiar á fondo la homeopatía, mientras á todos les es fácil vituperarla y condenarla ciegamente. Con todo, estas reconvenciones no podrian dirigirse á los honrados alópatas, que satisfechos del resultado del modo sencillo con que tratan á los enfermos, son apartados por las exigencias de una larga práctica, por su edad, ó por otras circunstancias, de consagrarse á un estudio que exigiria un tiempo de que no pueden disponer. Les conciernen tanto menos, cuanto que entre ellos es donde principalmente se encuentran los hombres que juzgan con mas modestia á la nueva doctrina y sus adeptos.

Todas las dudas que se han suscitado hasta el dia contra la homeopatía, son: ó generalidades perdidas en el campo inmenso de los razonamientos, ó miserables sutilezas sobre las esplicaciones

teóricas de Hahnemann, esplicaciones á las que ni el fundador ni los partidarios de una doctrina, cuyas bases ha suministrado la esperiencia, y continúa dando los materiales, no dan ningun valor, ó al menos no les conceden mas que una importancia muy secundaria. Mas nadie ha demostrado todavía, que tal ó cual medicamento no produce realmente los efectos que los homeópatas han reconocido, que son los resultados de su accion sobre el hombre sano, que no egerce una influencia curativa en las enfermedades cuyos fenómenos tienen relacion con los suyos, y que por consiguiente, la analogía entre los síntomas del medicamento y los de la enfermedad, no es la única condicion que la esperiencia asigna á la aplicacion útil de las sustancias medicinales. Son estas otras tantas verdades que diariamente confirman los numerosos partidarios de la homeopatía, y en cuyo apoyo citaré el testimonio reciente de un escritor estimado en alopatía, Hauff de Wirtemberg.

El principio en que se funda la aplicacion de los medicamentos esperimentados, ni ha sido refutado ni lo será jamás. Se han agarrado á cosas accesorias, al modo de preparacion y las dósis, de las cuales, sin respeto de la verdad, se querria poder hacer el punto capital de la homeopatía, á fin de quitar del medio con este indigno manejo, la doctrina que se detesta. Una multitud de pretensos críticos, se han torturado la imaginacion para llenar al nuevo método, y sobre po-

á su fundador, de sarcasmos poco á propósito; pero lejos de perjudicarles, les han sido útiles, porque la parte ilustrada y justa del público, ha echado sobre ellos hace mucho tiempo, el baldon y el desprecio que ellos querian hacer caer sobre otro. Demostraré bien pronto con muchos hechos, que no carecerán de interés, cómo se han realizado las profecías de los que ponian por títulos á sus libelos: *La tumba de la homeopatía ó la homeopatía espirando*, y que anunciaban como *muerta*, definitivamente muerta, esa homeopatía, calificada por unos de *malvada*, y por otros de *inocente*.

Pero mientras que todos los esfuerzos intentados en el terreno literario eran estériles, las corporaciones y las facultades de medicina, no se descuidaban en emplear su influencia para dar el golpe mortal á su jóven hermana, promoviendo obstáculos materiales á su desarrollo. Asi fué impelido el Gobierno austriaco á prohibir la nueva doctrina, y por consiguiente á impedir aun á los médicos el esperimentarla. ¡Y es en el siglo diez y nueve, en el que se ha tomado esta medida, de la que ningun egemplo se encuentra en la historia de la medicina, á no ser cuando Roma, en la época de su esplendor, tomó el partido, no de proscribir tal ó cual doctrina, sino de cortar el mal de raiz, echando fuera de sus muros á todos los médicos, á fin de que las generaciones venideras no estuviesen enervadas, para que conservasen la plenitud de sus fuerzas físicas

y morales! Roma pues debia tener ya ciudadanos advertidos y de probidad, que para el bien del estado, propusieron una medida cuyas ventajas han sido sentidas dos mil años despues, por los grandes médicos alemanes que he citado. Pero es probable que esta gran ciudad no tendria todavía entonces boticarios comparables á los nuestros, y es cierto que no poseia médicos homeópatas; porque en el primer caso, no se hubiera verificado la espulsion, y en el segundo el destierro de los médicos homeópatas no hubiera sido ni aplaudido, ni mucho menos ausiliado por el pueblo. En efecto, durante la epidemia del cólera, sobre los alópatas solamente y jamás sobre los homeópatas, es sobre quienes mas ha cargado el ciego furor del pueblo, no solo en Rusia, en Polonia, en Hungría, en Austria, en Prusia, en Italia, sino que tambien en Francia y en Inglaterra, en Lóndres y en París, esas dos capitales de la civilizacion y de la cortesanía modernas; fenómeno singular sin duda, pero que quizá se esplica por las mil doscientas hipótesis que la antigua escuela ha imaginado únicamente sobre la causa próxima y esencia del cólera, sin poder encontrar ningun medio de curarle.

Al mismo tiempo que esta proscripcion absoluta de la medicina homeopática, aparecieron en otros estados de Alemania, órdenes prohibiendo á sus prosélitos dispensar por sí mismos los medicamentos, lo que equivalía á prohibirla, puesto que con esto se trata de una cuestion vi-

tal para ella. Mas no fué este el término donde se detuvieron las persecuciones en la tierra en que habia sido descubierta. Fueron llevadas mucho mas lejos, tanto abiertamente como de un modo oculto, á veces aun á beneficio del mas despreciable sistema de espionage, y esto hasta en los paises que mas tarde han vuelto á los médicos el ejercicio del derecho natural de dispensar los medicamentos homeopáticos. Se trató de hacer á la homeopatía sospechosa á los Gobiernos, pintándosela como una innovacion reformadora ó hasta revolucionaria y odiosa á los pueblos, haciéndoles creer que era un tegido de mentiras, una verdadera obra satánica. Hé aquí porque aun en nuestros dias, un médico principiante ó versado ya en la práctica que no tiene posicion independiente, y que trata de crearsela, duda declararse partidario de la homeopatía: teme inspirar desconfianza y comprometer su porvenir. Estos motivos han determinado ya tambien á muchos á abandonar su patria.

El método homeopático se encuentra totalmente excluido de la mayor parte de los establecimientos públicos de Alemania, y aun donde cuenta mayor número de sectarios, como en Baden, no está permitido practicarle en ellos, sino bajo la condicion impuesta al médico homeópata, de someter préviamente sus indicaciones á la censura de un colegio alópata. Una obligacion tan humillante equivale á una prohibicion formal; porque un hombre de honor, un médico revalidado no puede someterse á ella.

Podria probar con hechos numerosos, hasta qué punto han tratado de hacer sospechoso el nuevo método algunos alópatas y boticarios, y esto hasta en la vida comun, hasta en la práctica privada, al paso que, ¡cosa muy digna de notarse! los homeópatas, fuertes con su derecho nunca se han hecho culpables de estas enemistades, que con tanta frecuencia han degenerado en repugnantes desvergüenzas. Si la historia de todos los grandes descubrimientos, no nos presentase por desgracia demasiados ejemplos de los combates, que la verdad se ve obligada á sostener contra el error, las preocupaciones, la ignorancia, el interés personal y la malicia; si no supiesemos que Colon se vió obligado á luchar por mas de diez años con sus estúpidos contemporáneos, hasta que al fin su inalterable perseverancia le proporcionó los medios de ejecutar sus proyectos: si ignorásemos la larga lucha del cristianismo contra la mentira, la codicia y los vicios de toda especie, la historia de las persecuciones cuyo blanco en nuestro siglo ha sido la homeopatía, deberia desesperarnos; no podria creerse ni concevirse, que hubiese sido posible que uno de los mas grandes beneficios con que ha sido dotada la humanidad, fuese hollado tan impunemente. Reducida por espacio de mas de cuarenta años, á sus propias fuerzas, y no siendo siquiera tolerada en el pais que la habia visto nacer, necesitaba la homeopatía, que una epidémia de cólera hiciese por ella lo que

una recta voluntad, y una justicia imparcial hubieran podido verificar hace largo tiempo. Dejad venir al cólera, decian sus adversarios, desesperados del poco éxito de sus medidas opresivas, y bien pronto dejará de existir. Sin embargo, desde antes de la llegada de la plaga, Hahnemann, y muchos de sus discípulos llenos de confianza por su arte, habian ya indicado públicamente el medio mas apropiado para combatirle, y demostrado la inutilidad de los gastos ocasionados por los cordones sanitarios. ¿Y cuándo el mal se presentó, qué hicieron la vieja y la jóven medicina? Segun documentos fidedignos, y la mayor parte aseverados por las autoridades locales, el número de casos de curacion, de cinco mil cuatrocientos treinta y cuatro casos de enfermedad, dió la siguiente proporcion, que con corta diferencia fué la misma en todas partes, á pesar de la diferencia y la distancia de los lugares.

I. De cien enfermos sometidos al tratamiento homeopático interno simple, sin ninguna aplicacion esterior, se curaron:

1.° Noventa y tres en las casas particulares.

2.° Sesenta y siete en el hospital de Viena, donde la mayor parte estaban ya muy gravemente atacados, por haberles hecho la pobreza descuidar el mal al principio.

II. De cien coléricos tratados en la ciudad con el alcanfor empleado homeopáticamente, sin asistencia especial del médico, sesenta y seis curados.

III. De cien coléricos tratados alopáticamente en Munich, donde además fueron los resultados mas favorables que en ninguna otra parte, cuarenta y seis curados.

Y sin embargo, el método alopático, independientemente de una série de doscientos ochenta y tres medicamentos, si se juzga por solo la farmacopéa anticolérica de Wilhelmi, tenia todavía á su disposicion una multitud de esas medidas, que las grandes catástrofes jamás dejan de hacer imaginar, pero que á decir verdad, no tienen otro efecto que el de asustar y perjudicar.

El cólera, decia Fleischmann, director del hospital homeopático de Viena, el cólera, que tanto ha empañado la gloria de la antigua medicina, ha salvado la libertad de la homeopatía.

Desde entonces, y sobre todo desde la muerte de Stifft, se ha difundido de tal modo este método aun en el pais en que habia sido mas oprimido, que en Viena, donde sus prosélitos apenas se atrevian á presentarse en público hace algunos años, hay en el dia mas de cien, y que en 1839 habia mas de cuatrocientos en toda la monarquía austriaca.

La ciudad de Viena posee tambien en el dia, á instancias de un gran número de sus habitantes, un hospital esclusivamente homeopático, al que el archi-duque Maximiliano ha consagrado una suma de treinta mil florines. Este príncipe es, ó su hermano Juan, el que habiendo caido enfermo, respondió á los que le decian,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la sangría era lo único que le podia curar: ¡la sangría! no ha podido salvar á mis hermanos Francisco y Antonio; llamad pues á un médico homeópata. Fueron ejecutadas sus órdenes, y en pocos dias recobró la salud. El mismo dia que el director de la academia Josefina, acompañado de tres profesores, obtenia una audiencia del emperador actual, para quejarse de las amenazadoras invasiones de la homeopatía, á la que se lisongeaba de haber dado con esto el golpe mortal, este monarca la declaraba libre en todos sus estados. Sucedió esto el 8 de febrero de 1837.

Señores, los hechos son los que mas alto hablan, y decia con razon uno de nuestros colegios, que un solo hecho tiene mas valor que toda una masa de argumentos *á priori* y de hipótetesis. Por esto pues, es por lo que casi me he limitado á citaros hechos. Permitidme en esta importante ocasion, referiros todavía algunos. Todos atestiguarán la utilidad de una cosa, que desgraciadamente no se aprecia todavía demasiado, y de la cual tambien en la mayor parte se forman ideas muy falsas.

Es un hecho notable, que el número de homeópatas conocidos, que se elevaba todo lo mas á doscientos, antes de la primera aparicion del cólera, es en el dia al menos de mil y quinientos, despues de apenas haber transcurrido ocho años, á pesar de no haber dejado de estar espuesta la homeopatía á las persecuciones directas ó indirectas, manifiestas ú ocultas, que no bastarian dias enteros para anunciarlas todas.

Es un hecho no menos notable, que en el dia además de la academia esclusivamente homeopática de Allentown, en el estado de Pensylvania, y cinco asociaciones en otros estados de la América Septentrional, en que la homeopatía cultivada en gran parte por alemanes goza de una plena y entera libertad, cuenta en Alemania, en Francia, en Suiza, en Italia y en Bélgica de treinta y cinco á cuarenta sociedades homeopáticas florecientes, cada una de las cuales posee hombres de la mas alta distincion.

Es un hecho que hay en el dia cursos públicos de homeopatía en doce ó quince universidades y academias, de las cuales ocho ó diez gozan de una grande celebridad en Alemania, y en las que muchos profesores, por ejemplo, Martin, en Iéna, hacen ensayos de los medicamentos sobre sí mismos y sobre sus discípulos.

Es un hecho digno de llamar la atencion, que la homeopatía posee hace largo tiempo, una literatura propia y muy estensa, que ofrece sobre todo ya una historia puramente esperimental de los medicamentos y de los síntomas de las enfermedades, tal que la medicina que data de dos mil años, no podria presentarla semejante (1). So-

(1) La mas bella página de su literatura, es su historia; jamás se la vé en ella ni estacionaria, ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre todos los puntos de la tierra en que ha penetrado la luz del saber y de la civilizacion, gran número de periódicos, que cuentan ya muchos años de existencia, la propagan en todas las lenguas conocidas, que se han apropiado tambien su libro fundamental, el Organon de Hahnemann. Una polémica decente, que encierra ya los elementos de una leal oposicion, la proporciona la energía necesaria á sus progresos, y el comercio de la librería acoge sus producciones en el momento mismo en que las antiguas doctrinas deploran el desden que se las manifiesta. Es tambien un hecho demasiado interesante, que entre el gran número de homeópatas, que todos han hecho sus estudios, y sufrido sus pruebas en en el seno de la antigua escuela, no se conoce todavía un solo egemplo de apostasía. Todos declaran públicamente, que querrian mejor renunciar á la profesion de médico, que á la medicina homeopática.

Es tambien un hecho digno de ser tomado en consideracion, la existencia actual de un gran número de clínicas, y de hospitales homeopáticos, de los que muchos son considerables, y entre los cuales los de Viena y de Leipsick reciben en el dia socorros del Estado. Las cámaras Bavaras, tomando en consideracion los escelentes resultados

menos todavía retrograda, sino siempre avanzando con un paso igualmente seguro en la ciencia y en la vida real.

del método homeopático en el hospital de coléricos de Munich, habian votado tambien una dotacion anual de cuatro mil florines, para la fundacion de un instituto homeopático en dicha ciudad; pero el Gobierno no ha aceptado.

Es un hecho notable, que no se haya visto todavía un solo homeópata, que dirija á su arte las desanimadoras y desesperadas quejas, que los mas leales de entre los alópatas no han economizado al suyo.

Es un hecho, de que se sorprenden hasta las gentes mas simples, que los alópatas, cuando llegan á caer enfermos, no solamente son mas reservados en el uso de sus mezclas heróicas, de sus sangrías, de sus cauterizaciones etc., sino que tambien invocan con bastante frecuencia el auxilio de la homeopatía, y encuentran en ella tantos socorros, que no ha sido necesario mas para determinar á muchos de ellos, á estudiarla y colocarse despues en el número de sus partidarios. Por el contrario, debe haber sido muy raro, que un verdadero homeópata enfermo haya perdido la confianza en su arte, y se haya dirigido á los alópatas, cuando podia valerse de los consejos de uno de sus cohermanos.

Es otro hecho muy significativo la franqueza de los homeópatas en sus prescripciones, franqueza tan preciosa en todas las circunstancias de la vida, y tan propia para inspirar confianza. No se citará un solo caso en que no se hayan apresurado á hacer conocer, ya al enfermo, ya á los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asistentes, no solamente los medios que empleaban, sino tambien las razones que dictaban su eleccion. ¿Mas quién podria exigir de la mayor parte de los alópatas, que indiquen la naturaleza de las mezclas prescritas por ellos, y los motivos de su determinacion? El hombre profano en la medicina, deberia juzgarse feliz si el alópata tocado en lo vivo, se contentase con darle una respuesta dilatoria, y reprenderle de un modo algo manifiesto de su curiosidad indirecta en preguntar cosas que ni comprende ni puede comprender.

Es un hecho notable y generalmente reconocido, que con grande sentimiento de los boticarios, ha ejercido ya la homeopatia, sobre los partidarios de las antiguas doctrinas, una influencia que cada dia hace nuevos progresos. Aunque sea de regla entre los alópatas, sobre todo en las enfermedades graves, escribir fórmulas que segun la necesidad, se hacen ininteligibles para las gentes que no pertenecen al arte, y correspondientes á las complicaciones del mal, que deben contener una base, un ayudante, un correctivo y un escipiente, y que cada uno de estos medios puede ser el mismo, compuesto de otros muchos; sin embargo, á pesar de esta doctrina racional, y á pesar de la inmensidad de lo que la antigua escuela llama su tesoro de medicamentos, se nota en el dia, que los alópatas mas estimados, no emplean ya esas mezclas con tanta frecuencia como antes. Este método, tan contrario á la naturaleza, de obrar sobre el cuerpo humano como si fuera de piedra ó de hierro, empieza felizmente á caer en desuso. En efecto, ¿dónde se vé todavía en la práctica privada, porque en los hospitales domina todavía el antiguo régimen, dónde se vé, digo, ese conjunto de apocemas, de misturas y de tinturas, de elixires y de lavativas, de polvos, de píldoras, de electuarios, de pastas, de julepes y de especies, compuestos de diez á quince sustancias ó mas que se administraban en otro tiempo durante semanas y meses enteros, á cucharadas, á tazas, ó de otro modo, cada hora ó cada dos horas, que se hacian tomar á la fuerza y con amenazas, cuando por repugnancia y horror la naturaleza se resistia á ello? ¿Dónde se ven en nuestros dias esas copiosas emisiones sanguíneas por medio de la lanceta, las sanguijuelas y las ventosas, esos vegigatorios, esos casquetes de pez, esas unciones con pomadas de base de mercurio, de emético y de cantáridas, esos espantosos cauterios actuales, esas moxas, y tantos otros instrumentos de tortura? Apenas se oye hablar de estos famosos tratamientos por medio del hambre, de los purgantes, ni en general de todos esos medios heróicos dirigidos á la verdad, contra la materia pecante, pero de los cuales los desgraciados enfermos se resentian con frecuencia, mucho mas que ella, y á los que las naturalezas mas robustas no podian siempre resistir. Por poco versado que se esté en la historia de la medicina, y es este un conocimiento que todos deben poseer en el dia, no puede uno

menos de convencerse, que esta loable moderacion que tiene al menos la ventaja de evitar muchas enfermedades medicinales, y ahorrar indecibles tormentos, no es el fruto del monstruoso conjunto de hipótesis de la medicina alopática, desde Galeno hasta Broussais, sino que debe su orígen sobre todo al instructivo ejemplo de la escuela homeopática, y del modo como se conduce á la cabecera del enfermo. ¿No se glorian los mejores alópatas, y con razon, de que sus prescripciones son en la actualidad todo lo raras y simples posible? Mas por esto no son homeópatas como ellos pretenden, porque no pueden serlo mientras continuen queriendo tratar las enfermedades á bulto con arreglo á las hipótesis; la diferencia entre ellos y los homeópatas, no es por eso menor que la que hay entre el herrero y el relojero.

Lo que un homeópata de talento, y que ha practicado largo tiempo el método alopático, Hering, establecido en el dia en América, piensa de la esencia de los dos métodos curativos, en particular de las hipótesis y de la esperimentacion, es demasiado significativo para dejar de referirlo en esta ocasion. He aquí como se espresa.

«La antigua escuela está descuidada en todo, escepto un solo punto respecto del cual se muestra unánime, á saber: su declaracion de que la homeopatía, es el absurdo mayor de todos los absurdos. Mas los alópatas se desunen de nuevo luego que se trata de decir, por qué tienen esta opinion. La nueva escuela es completamente una

en cuanto al punto principal; es una en sí misma y unánime en las reconvenciones que hace á su rival.

La antigua escuela tiene de particular, que los mejores y los mas leales de sus adeptos esclaman como Salomon, que su ciencia es una cosa bien triste. La nueva triunfa con la sencillez, la claridad y la certeza de su doctrina.»

He aquí sin duda un rasgo notable; pero no es todavía una prueba suficiente. Considerando las dos escuelas en su modo de obrar, vemos una diferencia muy importante.

La antigua escuela racionaliza, es decir, generaliza; la nueva individualiza. La antigua toma en consideracion los caractéres generales hipotéticos de las enfermedades, y dirige contra ellos las propiedades generales hipotéticas de los remedios. La nueva no se atiene en las enfermedades, mas que á lo que es particular, puramente esperimental é indudable, y trata de combatirlo, por lo que sabe de particular de puramente esperimental é indudable respecto de los medicamentos.

La ciencia de la antigua escuela, tiene muchas hipótesis que se contradicen las unas á las otras; pero no tiene ningun principio ni en la nosología, ni en la terapéutica, ni menos todavía en la materia médica; sin embargo, ningun médico de esta escuela puede á la cabezera del enfermo, pasarse sin las hipótesis que ha creido conveniente adoptar. La ciencia de la nueva es-

cuela, se estiende de año en año con nuevos descubrimientos, y jamás necesita de hipótesis á la cabezera del enfermo, de suerte que ni aun allí puede haber disidencia entre sus partidarios.

La antigua escuela tiene en patológia, nombres hipotéticos de enfermedades, y en materia médica denominaciones hipotéticas; por todas partes desaparecen las especialidades bajo los términos bien huecos; por todas partes la observacion y la esperiencia carecen de certeza y de pureza. La nueva escuela solo exige hechos especiales, observaciones puras; dá de mano todas las hipótesis cuando se trata de curar; toma los fenómenos morbosos, tales como se presentan, sin añadir á ellos nada de hipotético; despues en cada caso particular elige el medicamento, cuyos síntomas tienen mas analogía, y en esto tambien se abstiene de toda hipótesis.

No perdiendo jamás su punto de vista, el homeópatase conduce á la cabezera del enfermo, como lo hacen todos los artistas que no toman por guia mas que la observacion y la esperiencia puras, sin inquietarse con esplicaciones, opiniones, congeturas, interpretaciones hipotéticas y esperimentaciones arbitrarias. No puede haber observacion mas pura, que la de todos los signos de la enfermedad, hasta los mas pequeños, asi como la de todos los síntomas producidos por un medicamento. La homeopatía elige el medicamento, cuyos síntomas se asemejan á los de la

enfermedad, porque una esperiencia prévia la autoriza á ello, no porque tiene á la vista gran número de ejemplos, sino porque cada caso sin escepcion, atestigua la verdad de esta hipótesis, y prueba que es realmente la ley suprema de la terapéutica.

La nueva escuela hace tambien hipótesis y esperimentos, pero nunca á la cabecera del enfermo, ó cuando se trata de curar en un caso particular. De esto depende que las curaciones producidas por la homeopatía, son siempre, cuando se verifican, la consecuencia natural y necesaria de la prescripcion, absolutamente del mismo modo que el labrador recoge trigo, porque ha sembrado trigo. Al contrario, las curaciones de la antigua escuela son constantemente eventuales, aun en los casos en que la alopatía sigue el camino puramente empírico, y coloca sus hipótesis en segunda línea (1).

Este paralelo entre la medicina antigua y

(1) He aquí un ejemplo. Un enfermo tiene una fiebre intermitente; se le administra quina ó quinina, ó mejor todavía, cinchónina, y se cura. Ahora se pregunta:

1.º ¿Qué es fiebre? Nadie lo sabe. En este caso se trata de una fiebre intermitente. ¿En qué consisten pues la esencia, la naturaleza, y las propiedades de la fiebre intermitente? Se ignora, y esta es precisamente la razon, por la que se han construido hipótesis respecto á este punto.

2.º ¿Por qué se ha administrado al enfermo quina? No lo sabemos. Es un hecho demostrado, que la quina cura ciertas fiebres intermitentes. ¿Pero cuáles son

la nueva escuela, es de sorprendente exactitud. Prueba que todas las sofisterías serán impotentes para cambiar en lo mas mínimo las verdades de la homeopatía; prueba tambien, que los alópatas mas moderados y mas sencillos en sus prescripciones, no han comprendido todavía el espíritu de la nueva doctrina, y que no es esta la que ponen en práctica.

Pero el mas importante de todos los hechos, es el grande eco que la medicina homeopática ha encontrado en el público, siempre que se ha

---

esas fiebres? Respecto á esto solo tenemos hipótesis de todas clases.

3.º ¿Por qué se cura el enfermo? Tampoco lo sabemos. Y si no se cura, ¿por qué no obtiene la curacion? Lo ignoramos tambien. Es por un puro efecto de la casualidad, por lo que se ha curado.

El homeópata por el contrario, toma todos los síntomas del enfermo febricitante, hasta el mas especial. Encuentra que corresponde aun por el valor, á la quina ensayada sobre el hombre sano, mas que á ningun otro medio conocido, administra quina por esta misma razon. El homeópata tiene pues, en el modo de la fiebre, una indicacion inmediata é infalible del remedio, que falta al grosero empirismo de la antigua escuela, y que las hipótesis sábias no han podido proporcionar desde 1840, época de la introduccion de la quina en Europa. Mas este resultado no ha sido obtenido, sino por medio de una grande hipótesis, que la sagacidad de Hahnemann ha encontrado precisamente respecto á la quina, y sus esperiencias le han probado despues que es una verdad inalterable; lo cual han reconocido despues todos los que han querido examinarla á fondo y sin prevencion.

presentado ocasion. Pues este resultado práctico de la vida diaria, es la única verdadera piedra de toque del arte de curar. Al público es al que naturalmente pertenece el derecho de apreciar el grado de utilidad de un método curativo, porque él solo paga el escote demasiado caro, solamente en muchos casos, en que paga con su bolsa y su vida.

Hahnemann y sus discípulos reclaman este derecho en favor del público. Uno de los homeópatas mas distinguidos, ha dicho últimamente: «Todo lo que se sabe en medicina, ha sido estudiado por el pueblo; los médicos no han hecho mas que recogerlo, clasificarlo y viciarlo. Despues de haberlo viciado, se han dirigido á los salvajes para aprender de ellos igualmente, y esta es la causa de que casi no se empleen mas que medicamentos exóticos. Mas estas nuevas adquisiciones han colmado la medida del mal, y hace desaprender completamente la medicina, que la naturaleza misma se complace en revelarnos. ¿Debo decirlo claramente? Entre el pueblo solamente es donde debe buscarse el sentido comun propiamente dicho, y no entre los sábios ni médicos. Se llama sábio al hombre que sabe mucho, y no al hombre que tiene mucho juicio; porque á este se le llama prudente.

Mas estas esperiencias en la vida diaria, son la parte brillante de la homeopatía. En ellas es sobre todo, donde á pesar de los obstáculos y las cábalas, se ha manifestado y se manifiesta toda-

vía victoriosa. Por todas partes se concilia la benevolencia general; porque el público no tiene dificultad en comprender, que este método bien aplicado, proporciona ordinariamente una curacion suave, pronta y radical, que bastan remedios suaves y fáciles de tomar para detener una enfermedad en su principio, y evitar asi las conmociones profundas que los medicamentos imprimen á la economía, los males que su accion viva y prolongada determina. No cuesta trabajo el comprender, que las epidemias y las endemias, sobre todo, encuentran prontos y eficaces remedios en el uso de medios específicos, que estos curan una multitud de enfermedades, principalmente crónicas, contra las que la alopatía tiene muy poco ó ningun poder, y que garantizan de un gran número de enfermedades. No es difícil de creer, que los tratamientos exigen menos medicamentos, y marchan todavía con mas rapidez; que por consiguiente, no solamente los gastos son menos considerables, sino que tambien el enfermo vuelve mas pronto á sus ocupaciones; que no se está espuesto á los inconvenientes de la pérdida de tiempo, inevitable cuando hay que ir á buscar los remedios en casa del boticario, y esperar á que los haya preparado, que se evitan asi gastos con frecuencia ruinosos, y que en fin, ya no se trata de esa distincion entre la medicina del rico y del pobre, que honra tan poco á la humanidad. La influencia saludable de la homeopatía, bajo todos sus aspectos, la solicitud que pone en socorrer

á los pobres, sin aguardar las órdenes de la autoridad, la perplejidad de que libra á esta última de pronunciarse entre los sentimientos de humanidad y los intereses materiales de municipalidad, las inquietudes de que libra al médico de los pobres, deshaciendo por él las consideraciones secundarias, que con tanta frecuencia entran en colision con sus deberes; he aquí lo que los enfermos privados de los dones de la fortuna, saben muy bien en todas las partes en que la nueva doctrina puede ejercerse libremente.

Nada prueba mejor hasta qué punto son apreciadas las ventajas de la homeopatía, que las cartas que se me han mandado de una parte solamente de la esfera de accion de tres homeópatas, asi que se difundió la noticia de que se trataba de privar á estos últimos del derecho de dispensar sus medicamentos. He recibido ochenta y seis que contenian las quejas de quinientas setenta y ocho personas, que todas ocupan una posicion honorífica en la sociedad. Solo de la ciudad de Giessen, me han remitido treinta y tres. ¡Cuántos otros habitantes que han acogido en sus casas la medicina homeopática, mirarian como un paso retrógrado de los mas deplorables, como un ataque hecho impunemente contra los mas caros intereses del hombre, que despues de seis años, durante los cuales han podido convencerse cada dia mas y mas de los beneficios de este método, sobre todo para con los indigentes y los pobres, si quisiese con medidas violentas,

privarles del mas natural de todos los derechos! La libertad de elegir entre socorros dispendiosos y dudosos, y socorros desinteresados y verosímiles, hubiera debido ser respetada siempre y por todas partes; no ha podido ser atacada mas que por error, cuando los Gobiernos se veian arrastrados á ello por una solicitud exagerada, ó por pasiones de las autoridades médicas. No queriendo entrar en mas amplias manifestaciones sobre este punto, referiré solamente algunos hechos relativos á la cuestion vital para la homeopatía, la facultad que los que la profesan deben tener de dispensar por sí mismos los medicamentos.

Dice en el preámbulo del decreto del duque de Cobourg-Meiningen, con fecha del 21 de octubre de 1833: «Hemos tomado en consideracion, los progresos incesantes del nuevo método curativo, conocido bajo el nombre de homeopatía, y no queremos que á ninguna doctrina fundada sobre la ciencia y la esperiencia, se la pongan trabas políticas capaces de detener sus progresos y desarrollo.»

En Prusia, ese pais tan ilustrado, en el cual la homeopatía es mas perseguida quizá, que en ningun otro pais aleman, sin que esté todavía prohibida en él la dispensacion de los medicamentos por los homeópatas, no está formalmente permitida, y este reino no tiene como nosotros una carta constitucional. Sin embargo, la Prusia cuenta un número muy grande de homeó-

patas distinguidos, y los tribunales cuando llegan á ser perseguidos por causa de dispensacion, como ha sucedido á Paderborn, á Glogan y otros, despachan sentencias á los acusados, segun la justa interpretacion que hacen de los principios de la policía médica.

Señores, si es cierto que un hecho tiene mas valor que toda una masa de razonamientos y de hipótesis, creo haberos demostrado, no con un solo hecho, sino con hechos numerosos y de peso, cual es la importancia del descubrimiento con que el génio de Hahnemann ha enriquecido á la ciencia, y dotado á la humanidad.

Toda verdad es una adquisicion preciosa, aun cuando, como la mayor parte de las verdades de utilidad general, ha causado mucho rumor. Mas la verdad de la ley homeopática, es quizá una de los mas grandes que la historia tiene que anotar. Como el cristianismo, ha derrivado en el polvo á la antigua y deplorable doctrina que se habia fundado en el grosero materialismo, y con esto ha abierto el camino á ideas mas puras, mas en armonía con la naturaleza.

Ella ha despertado, y esto merece la atencion, en un tiempo en que los intereses materiales parece haber adquirido una preponderancia incalculable, la creencia en un imperio de fuerzas, en que la razon ya no puede descubrir ningun enlace con la materia. Y sin embargo, no se trata aquí ni de fé implícita, ni de suspension. El principio directivo de la homeopatía, se muestra al sentido

comun del hombre, como el resultado de la observacion pura de la naturaleza, y solícito en evitar todo esceso, marcha en el camino ordinario, acompañado de la sencillez y de la moderacion. No puede pues, dejar de ejercer una influencia de las mas saludables sobre la moralidad. Bien diferente de los dogmas positivos de las diversas religiones, es una é indivisa pertenece á todos los paises, se estiende á todos los pueblos, no hace acepcion de ninguna creencia religiosa. Asi la luz de la civilizacion esparcirá igualmente y por todas partes sus beneficios.

A la verdad, la homeopatía no ha tenido todavía en todas partes ocasion de manifestar lo que puede ella hacer en los establecimientos públicos, sobre todo en los de los enagenados, tanto para volver brazos útiles al Estado, como para disminuir los gastos. Sin embargo, por eso no ha dejado de continuar haciendo progresos rápidos, no solamente en su propio círculo interior, sino tambien en el público, y el filántropo puede decir con placer, que ella ha sabido ya procurarse una popularidad á la que ningun otro descubrimiento moderno no ha llegado. Como lleva en sí misma las razones de esta verdadera popularidad, no podia menos de suceder, que muchas gentes de mundo, notablemente los jurisconsultos, se hiciesen sus apóstoles y sus defensores. ¿Puede decir otro tanto la antigua medicina alopática? No; y aun cuando cuente todavía tantos prácticos ilustres, la popularidad que le cabe en suerte, no es mas que

una popularidad puramente pasiva, fundanda en la esperanza ó en una confianza tradicional y esclusiva de todo exámen profundo. Ningun hombre instruido, ningun publicista, ningun jurisconsulto se ha levantado en su favor, ni ha sido defendida tampoco en ninguna cámara de los estados de Alemania. Pero una multitud de médicos y de gentes de mundo, han señalado en todos tiempos los vacíos que todavía no han llenado en nuestros dias, y seguramente no podrá esperar ningun socorro activo por su parte, mientras los dogmas místicos la hagan inaccesible á la sana razon.

Despues de este discurso y de la discusion á que dió lugar, la cámara decidió, que el decreto de 1833, continuase en todo su vigor.

FIN DE LA OBRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA DE MATERIAS.

Prólogo . . . . . Pág. 5
Introduccion 7
Cap. I. *Rápida ojeada sobre la historia de la medicina desde su orígen, hasta la era Hahnemanniana.* 35
Cap. II. *Historia abreviada de la homeopatía y su hallazgo, por el Dr. Samuel Hahnemann.* 43
Cap. III. *Protestacion de fé médica del autor.* 52
Cap. IV. *Espíritu de la doctrina homeopática.* 59
Cap. V. *La escuela médica ordinaria, conoce el uso de los instrumentos de su oficio? Tiene medios seguros de adquirir este conocimiento?.... Crítica de su materia médica.* 87
Cap. VI. *De la esperimentacion pura.* 127
Cap. VII. *Esposicion de la ley de los contrarios.* 156
Cap. VIII. *Ley de los semejantes.* 178
Cap. IX. *Problema médico. Cuál de las dos escuelas lo resuelve mejor?* 196
Cap. X. *Esposicion del método fisiológico.* 245
Cap. XI. *Esposicion del método antiflogístico.* 252

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cap. XII. *Del método revulsivo.* 275
Cap. XIII. *Del método antipático.* 286
Cap. XIV. *Del eclectismo médico ó método eclectico.* 300
Cap. XV. *De las dósis infinitesimales de la homeopatía.* 304
Cap. XVI. *Recibimiento, progresos y estado actual de la homeopatía en España.* 344

APENDICE.

Manifiesto. El presente contiene en bosquejo etc. 387
Discurso del diputado Wolf. 421

Errores en que ha incurrido, el encargado de pasar las pruebas por el Autor.

11	26	aunqne	aunque
23	21	Fleuni	Fleuri
26	13	veutajas	ventajas
32	29	halmensanniana	hannemanniana
36	31	emplados	templados
39	7	applicationen	applicationem
id	8	coeterun	coeterum
id	9	adequatur	asequatur
39	14	Ajubantibus	A jubantibus
42	10	dice Hanheman	dice Hahneman
43	26	pahtos	pathos
44	22	curantur	curatur
id	25	Paraselso	Paracelso
59	16	controversibles	controvertibles
62	24	tan visible	tan invisible
64	3	su propio	de su propio
id	27	y curan	y curar
id	31	(Hanh).	(Hahn)
65	27	clínica	química
71	26	en antiopáticamente	enantiopáticamente
72	33	tanto mas cuanto	tanto mas, cuanto
73	10	imprevision	impresion
id	11	que ha tenido	que se ha tenido
80	15	que un efecto	que su efecto
id	16	una simple	á una simple
id	26	en la materia de	en la manera de
91	29	método ó	método á
93	28	acompañan la	acompañan á la
95	12	homeópatos	homeópatas
96	16	aleópata	alópata
97	11	administrarlo	administrarle
98	23	milloneismo	millonésimo
104	26	coloquintila	coloquintida
id	27	hiorociánico	hidrociánico
112	1	de á la mutacion	te á la mutacion
128	23	las que	los que
177	2	apostemas	apocemas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

id	id	lohox	lohoks
181	28	haya	hayan
190	5	no	nos
199	15	nocologistas	nosologistas
204	2	es pues	son pues
id	id	la parta	la parte
207	23	promisas	premisas
215	4	no es	nos es
227	10	causando	causado
237	17	mas internos	mas intensos
242	22	á los síntomas	los síntomas
252	24	sustituye	sustituya
257	27	tómenos	tomemos
260	2	Sulph cale	Sulph. calc.
261	11	plesímetro	plexímetro
267	9	deplesion	deplecion
271	16	por la	por las
273	22	las concedemos	la concedemos
275	7	metastais	metastasis
281	14	fracticia	facticia
282	28	desglegar	desplegar
284	18	intencion	intension
id	20	prudentes	imprudentes
289	21	sólitan	sólitam
290	25	encarñado	encarnado
292	19	sino en	sino de
301	5	mas de otras	unas de otras
302	2	los atrofias	las atrofias
id	8	hipocremias	hiperemias
306	26	Retorque	Retorqueo
id	29	gintal	quintal
307	1	directa	diestra
318	30	intencion	intension
324	31	*cui generis*	*sui generis*
326	28	acciom	accion
339	3	contraditoria	contradictoria
344	3	aloptía	alopatía
id	5	que las emplea	que los emplea
346	10	dé su	de su
id	17	asosie	asocié
349	3	*lo estaba*	*lo está*
351	13	acertada	acordada
354	7	asi del todo	casi del todo
356	4	de novenbris	novembris
358	1	Sansano	Samano
362	9	remora	demora

372	31	Roldan	Rollan
373	28	practicarlo	practicarla
375	26	servible	inservible
378	26	no pueda	no puede
379	23	falesdad	falsedad
id	29	Baulland	Bonilleaud
id	34	y atros	y á otros
380	17	Racóri	Rasóri
385	11	desconfia	desconfie
id	31	aprosimativa	aprocsimativa
id	8	no poco	no pocos
391	26	resistir el	resistir al
400	28	capuyo	capullo
404	1	vallesoletanos	vallisoletanos
413	20	el juego	al juego
417	20	et qui il	et qu'il
423	7	poseedores	paseadores
id	18	causlidad	casualidad
id	31	impirismo	empirismo
424	3	cuadro por	cuadro ha sido trazado por
id	20	Girtannear	Girtanner
431	29	multistud	multitud
id	31	y sobre á	y sobre todo á
444	25	está descuidada	está desunida
446	21	homeopatase	homeópata se
448	20	que corresponde	que corresponden
id	27	desde 1840	desdé 1640
449	20	hace desaprender	hecho desaprender
451	31	si quisiese	si se quisiese
453	3	á Paderborn á Glogán y otros	en Paderborn en Glogán y otras partes
id	4	sentencias á los	las seutencias de los
id	18	de los	de las
id	30	ni de suspension	ni de superstición
454	8	ó indvisa	é indivisa

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA ALFONSINA U.A.N.L.
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON